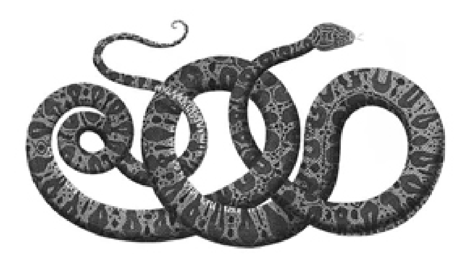
POESÍA REUNIDA



Francisco Ferrer Lerín



Nuevos textos sagrados

Índice

SINOPSIS

La presente *Poesía reunida* acopia toda la «libertad imaginativa y fervor iconoclasta», toda la tensión seductora y el humor taumatúrgico de este legislador secreto, desde su primer libro, *De las condiciones humanas*, hasta el reciente *Grafo pez* (2020), pasando por *La hora oval, Cónsul, Fámulo, Hiela sangre* y *El libro de la confusión* (los tres últimos publicados en Tusquets Editores), además de algún inédito. Se añaden en este volumen los abundantes poemas contiguos a sus primeros libros, recogidos por Javier Ozón Górriz en *Edad del insecto*, entre otros diversos materiales descollantes que dan por fin la fiel y mejor imagen de la revulsiva radicalidad de este poeta.

Francisco Ferrer Lerín

POESÍA REUNIDA
(1959-2022)

Edición de Aurelio Major





Marginales 320

Nuevos textos sagrados

Colección fundada por
Antoni Marí

DE LAS CONDICIONES HUMANAS
[1964]

Enérvate hombre despreciable porque los querubes aplacarán tus iras
lamerán tus desdichas y acogerán las turbias manos del pordiosero amigo.

Pero si prefieres balancearte con los remolinos del nuevo día
asciende a las cimas donde sólo reina el olvido
y tus pasos serán descontados.

Homenaje a Perse, 1961

El estado, situación, o modo de ser temporal, reglamenta,
con su carácter evolutivo, la condición del hombre.

De las condiciones estáticas y evolutivas, 1959

Que engaño al mundo
que nadie sabe la verdad de mi existencia
y de las altas glorias que albergo.

Que mintiendo y transformando lo que por mí pasa
agoto la esperanza de los zaheridos por mi lengua
nublo el son de sus vidas
y la gruesa fruta resbala entre mis dedos
aniquilándose.

Ya la rueda enorme camina sobresaltada
sus radios disformes confundidos
y ella representa toda elocuencia
y disimulo de risas.

Ya la leña patente a cualquier ojo
crepita indemne a la fuerza de vuestras hoces
vendida a mí
y a todo lo que represento.

También
es posible acabar con la cabeza aplastada
o con el latido fresco del potro vibrando en derredor
y también
notar en el estómago un tenue vacío
o una bala reluciente adherida a las capas más hondas.

Por lo tanto
prefiero desnudar mi gigantesca valía en presencia de los
pueblos
recibiendo así el tributo magistral
honra y prez a los grandes
y sus nemigas inocentes apuntalando mi huida.

EROS

EROS

Una hectárea de tierra desprovista de canciones francesas
y las márgenes rotuladas de truhanes agradables
un sencillo eslabón de caracteres
y otra vez recorriendo el túmulo.
Nicole
qué harmonía en los cromados de nuestro descapotable
   educado a hirsutas embestidas
qué harmonía en los contrastes
y la bondad de los recuerdos.
La tarde hundida en el único y delicioso neologismo
confortable
un cielo errante parodiando espejos de *meublé* fantástico
y la separación forzosa de lo que fue ver siempre niñas
   amarillas.
Son las horas
las horas y aprieto tu muslo inauténtico
cargadas de tediosas esperanzas
y la nube tiene el perfil de Francesco Petrarca.
Es decisiva esta caricia
llena de singulares cantos rodados
el grajo se estremece a casi veinte metros
y tus ojos brillan en lo congelado del desierto impúdico
oh noche
cercando la vereda los enviados del duende arrancan notas
   de furibunda contextura
duermes con las uñas teñidas en sangre
la característica sensación

paja
los bengalíes
aunque ahora estoy demasiado lejos para sentir vahídos
calientes
hace frío en la superficie de tu cuerpo
y las fauces del prado no la remedan
quizá esas luces viajeras contengan sólo química estructura
pero debo acercarme
y abocado a ellas clamar
y ser reconocido hombre de singulares dimensiones
tu vientre es científico
oh luna.

PRIMERA CONMOCIÓN

Los que pernoctan cerca de las olas y saben del grito
neptuno y la suave gaviota
aquellos decretados inabordables con la faz viento
sin poder cuidar su estirpe la baraja marcada
enmiendan pasados desafíos
y resuelven un tálamo de caoutchouc.

Ivette paraíso de las sombras
abismada en el sudario errando tus pasos en mi contorno
bebemos la unión de desiguales
recomenzamos una sabida imposible danza
lacrada por la inapetencia bestialidad del desmayo
y moviendo el péndulo a contramarcha un beso en la
cicatriz yo fetichista desbordado
una mano del mundo deposita golondrinas vergonzosas
páramos salinos
y la huida entre cadáveres presentes eternos saludos brazo
desconchado
y sobre la barca triste de los remos azogue tu cansada vida
y el temor por la luz testigo estúpido.

Canto abrazado a las barreras del sueño
apoyado en la mesa color absenta color absenta
una figura diluida tenue abstracta nina ricci cambiando el
vaso de mano diferente sabor
sobre el universo cariátide apetecible
el supremo inalcanzable ahora

EROS tu espalda cegada por las caricias y las burbujas
abiertas
el resto rescoldo apartado yo de quien los adivinos hacen
recaudo

despido la jornada con los ojos anegados en polvo y
estrellas color pernod
la nostalgia en las sienes.

POBRES MARIONETAS CON SUS VESTIDOS NUEVOS

Ten la mirada atenta y los movimientos prestos porque los asesinos delicados merodean.
Cuantas veces cayó la prohibición yo la levanté
restituí sus cimientos con las uñas cansadas de tanto arañarme
y el ciego milagroso aún sonríe.
Tus lacayos danzan en los claustros del tiempo tu lengua rosada sueño.
No veo sin embargo posibilidad de cumplir la promesa
hay tanto candor en sus palabras que da miedo torcer sus dedos
es una tarde excesivamente cálida para hablar de los horóscopos
pero yo mantengo la postura podría dañarla y sus labios retumbarían.
Pasan ahora unas amigas deshilachadas
soy el mundo de algo ignorado y que se derrumba ostensiblemente
lentos descubrimos el sentido de la existencia
de su existencia desde luego y llena de febril esperanza
de saber de qué soy capaz y otra vez las palomas
de saber uno es así encaprichado por las flores y más adelante quizá
y ella es derivada de las rocas sólo erosionada por el viento y mar
no sé dónde esconderme cuando me bautiza
viento y mar
para ella que sueña con los tiempos muertos viento y mar
no hay en el horizonte ave que sea amiga y me traslade de ese sufrimiento.
Otro pequeño perro faldero enamorado de mi extraña

consistencia
pretende coquetear con los hoyuelos de novela erótica que no sé quién le puso ahí
nosotros
y yo de nuevo incluido en la vida de los que hablan de mis ojos
ella esperará y yo refugiado en mis minúsculas manos
y una cita trenzada de antiguo que no consumaré
ella lo sabe
y sus brazos trazan minotauros.

SESGO

Rezumando mundo en ribera lodazal del contratiempo,
hallé la desesperada peregrina, senecta vigilancia acumulada,
y entrelazados ya recorrimos las postreras alucinaciones.
Ella caminaba despacio, subterfugio del alejado,
y su íntima parsimonia era nublada especie y cámara de tañedores.
También reconocí en sus ojos la dulzura de los gideanos efebos,
y su voz onda métrica, delicada esencia del vagabundo de las islas, mar ignoto.
Luego, sufriendo sin poder preguntar sin ser espejo cara alba suya efigie,
yo blandiendo la mugre del desespero, incapaz, y su nombre lejano e inacabadamente opaco, apretado al vagir de lo máximo,
yo flor impúdica y trashumante,
vendido al resplandecer,
y al fin girando la nebulosa nostalgia la perfumada caricia de su talle
nupcial abisagrándose siendo apetente locuaz tortura y frío y así callado
erecto conforme a cánones espléndida y feérica visión de lo incompleto. Yavé.
La estrella palúdica mece sus brazos y gimotea.
No hay en lo abisal especie alguna que iguale un caos equidistante.
Pero al acecho están las avutardas, tiendes tu mano.
Y sonrío.

...aportando la harmonía al caos...

¡YE LOS QUE CREEN!

QUE ARRASTRA LAS HOJAS MUERTAS

Casual amigo conoce la índole adusta de tus gobiernos
entreabriendo los días.
Que las invernales heladas empañen tus aviesos cometidos
y el pavor de la venganza difumine tus alas.
El polen de los justos asciende
y la esperanza anida en los semblantes.
Hoy es tiempo de gloria en las casas donde tú habitas.

Por fin las horas tremendas pierden sus pasos
el árbol definitivo sacude sus potencias
y en los huertos cultívanse alegrías
incluso el niño de los ojos de vidrio juega con sus lúcidas
esferas
cuencas al sol repletas de rocío y luz aclaradora
viendo en las tinieblas
y los pastores sacrifican las últimas angustias.

Un techo dorado sirve de pobre receptáculo a la sin par
belleza
emergen a su vera los clavicordios celestiales
fiesta con nosotros oh rey tangible
las doncellas huelen a prado y los afluentes acarician al
gran padre río
es la culminación de pasados ensayos
la epopeya presumible profecía confirmada
dios palpable.

Y el blanco enano despierta, los miembros ateridos.

MEMORIA DE UN RECUERDO

Qué años cuando corría por la era
tropezando con las piedras desencajadas
tuve una cometa y las márgenes
volvía del río con el saco viejo lleno de pequeños barbos
y las márgenes estaban fangosas porque las aguas habían
   decrecido
también estaba solo aunque no me molestaba
nada entonces me molestaba y
preferí buscar renacuajos inventándome amigos
eran los mejores y podía hablarles
luego no sé exactamente cuándo tuve una bicicleta
una bicicleta corriente y en parte con ella
perdí las ganas de hacer cosas por mí mismo
comenzando a saber lo que era el desengaño
conocí también nuevas medidas
del tiempo y las distancias desde nuestra casa que ahora
podía ver hundida en lo que siempre había sido
la pequeña montaña
todo fue cambiando y comprendí lo relativo de nuestra
   manera de ver las cosas
creo que entonces me hice mayor
y ahora me arrepiento de haber tenido aquella bicicleta
porque todo cambió y la vida quedó distante
separada de mi alta posición.

En aquel año iba a sucederme una cosa importante
fue mi verdadero entrar en lo que veía como prueba de mi
   capacidad
de hombre maduro y en las filas de la mili
con un montón de recomendaciones
de todo lo que quedaba en el pueblo y yo sabía

que eran inútiles porque empezaba a estar realmente envenenado
y todo se me antojaba respecto a mí
empecé a querer contemplar las cosas
a lo mejor para revestirme de unos aires extraordinarios
y de golpe quedé apartado de lo que significara ser algo vivo
cuando todos tuvieron una novia ellos supieron que yo
no la necesitaba
y yo tampoco sabía por qué andaba solo por unas calles
ahora las vuelvo a ver quizá creyendo
entonces pasé una enfermedad estaba solo y ellos no me comprendían
pero no pudo ser eso ya que hallaba placer en aquel comportamiento
aprendiendo a despreciar yo estando aparte y era bueno
observar a las pobres parejas
y los viejos jugando al domino que sabía hallé de nuevo cuando volviese.

Mi padre murió y quedé al frente
acabando igual cualquier cosa que pueda grabarse
casi cuarenta y cinco años vacíos
aunque alguna vez notara que algo iba mal
en aquella mañana sobre todo treinta tenía
y me sentí hombre algo quedó al menos que hoy pueda
recordar aquí en esta piedra ella
desgranaba una mazorca y se me abrían las sienes
tuve los días cerca ella aquí con el pañuelo azul
sabía que no me pertenecía pero no me salieron las frases
que debían las frases y ella hubiera sido allí quizá todo hubiera cambiado
pero nada salió y corrí a la cuadra y maté al potro recién nacido.

Ahora pudiera parecer que ya da lo mismo
y sin embargo yo sé que no es así
incluso esta semana he intentado

he intentado hacer alguna cosa que pareciera
poder tener significado entonces y ahora y recordarla
pero mi cerebro está seco y no coge nada nuevo
y no sé qué hacer no puedo
refugiarme en las cosas pasadas porque no las tengo
necesito volver atrás y no hay nada
a veces recorro el camino que bordea el huerto antiguo
e intento acordarme de mis primeras impresiones
ese olor aunque no entiendo por qué
no me vuelve nada
debieron yo entonces seguramente estaba solo
cuando realmente pude creé
unos personajes que ahora no consigo
y no tuve novia
o al menos una gran borrachera con alguien
y aquí espero su llegada
con lo único que representó algo y vuelvo atrás de nuevo
y no hay nada
estoy sentado contemplando el desmoronamiento de los
   nidos
sentado en la vieja piedra de molino
lo único auténtico en tantos años
aguardando el calor de la primera muerte.

DE LAS COMUNIDADES

UNA RAZA DE HOMBRES

una raza de hombres principiantes en sus tareas de albor
que asemejan las variaciones angélicas
e iluminan nuestro retorno,
el día columbrado en tu desvanecer
perfecto bandidaje de horas
y la música pareja a las ramas muy altas,
es aquí donde posibilita la templanza
es aquí paraíso de pequeños afluentes a la deriva y
tú oh simiente de mezcla
marchitando mis ojos
dices ahora «qué cielo más alto» y tu lengua sorbe la
añoranza de alas,
destellos en la magnífica cicindela
sabe desprender la impureza de sus antenas
y el río fluye
blasón en piedra,
una fogata en el bosque bajo, aguas someras plenas de
relucientes dítiscos y de nuevo la diosa de la noche oh
genio imbricado a la piedra puntiaguda
y me hablas de luces fluorescentes, prolija sombra —esos
montículos albergan al topo—
no hay marejadas
una raza de hombres
calígine y hojarasca
desprendo ahora la veleidad de lo grávido
oh mujer de estrechas caderas
tú, y me acaricias, vuelves a llamarme por el nombre de las

algas más limpias
y sonrío pensando en la culebra que cacé horas antes,
dádiva y
relación de hechos acontecidos:
recuerdo un dedo amputado, alguien haciendo brillar un señuelo
y vuelve la caminata
una torrentera
y pescadores de truchas
pescadores de lucios
pescadores de barbos
pescadores de carpas
y peces ensartados
ramillete máximo,
otra relación de ilustres:
alcaldes
alguaciles
guardias jurados
hombres de uniforme —niño soldado—
un tipo oscuro calado por la lluvia vocinglera
jefes de gobierno
ministros
nuevos carices de hombres
pequeños gerifaltes
salteadores
gentes imprevistas
abogados de pleitos divinos
formadores de curias
el que vigila la maestranza
el derogado
conductores de pueblos vejados
tañedores de soberbia
soldadesca
jueces
fiscales
reos que hablan del amor botánico
chacineros
bisuteros

hombres que manejan lo maloliente
constructores de puentes
constructores de togas
constructores de burbujas
barqueros
tensores de cable
ujieres
el que mece
y un coleccionista de urodelos,
cambia la brisa y el corcel galopín añora la yeguada, es amador de tiernas estancias en la cálida cuadra, oh día y
barcas
un negrero
«te acuerdas»
fueron los primeros
oh tú y
arboleda
forja de gnomos
la extraña que yo nombré epeira diadema
y tú bajaste la faz
eran
fueron tiempos
oh razas.

DEMOCRACÍA

Ha nacido una mueca en el gran caos
sus labios absuelven rosas y cotejan armaduras
hoy es otoño para los feriantes
y los ademanes de esas gentes son torvos y no poseen pudor
caminan adscritos a la sublime tragedia y sin variar
adolecen en sauces.
El gran árbol saluda su llegada y los arreboles fornican
retumban algas y corazones
sordas melopeas eclosionan
hoy es día ilustre y el caucho desmoronándose.
También es tiempo hábil para los que gustan del
hemistiquio y el oropel
del mango sayal rastrillo torpedo y galaxia
hoy es día amplio en el que todo es bien acomodado y
cúmplese así la profecía
conforme heraldos y palaciegos
y arriba
entreabierta a soles providenciales
bruñendo en perenne
aparece la mártir-agonía del clamoroso devenir
la mansedumbre vesánica
la bella Lola
enjambre de peregrinos
meca acrisolada
en ella dormido vive el alentar de pueblo éste que sabe de
tradiciones virtudes y enamoramientos que valora la
prudencia en joven o vieja mujer que perpetúa las
creencias enseñoreándose de así practicarlas y en ella
otrosí perdura la arrogancia de siglos el siempre saberse
bendecida y respetada por esta turba de maléficos
pulsadores de gaita zamorana y seno petulante.

Luego
previsible en incluso detalles malévolo-microscópicos
el azar sojuzgador perderá su postrer baza
y los lemúridos paladearán la enjundia
el rollizo corpo de la madonna
ebúrnea y turgente frambuesa
manjar de aristócratas.

ANTIGUO

Noticias de yerros cometidos en olor de santidad
noticias de hombres que aquilatan el valor de las cosas
nimias
noticias de enormes descubrimientos y periplos inigualables
y sobre la panza gris del alabardero
un gato de porcelana,

oh retorno a la vida sencilla
chorreante de ambrosía sin par
adobada en la refringencia de soles maduros
y la lentitud de las labores
con sus aperos hechos catalepsia
y la densa amplitud de unas estancias
mecidas en los hilos de una época
los paseos con los amigos que perciben el olor de los
geranios
con los amigos que distinguen el color de los pájaros
son esas tangibles entonces seguridades de estar haciendo
algo exacto
luego
con la mescolanza de gentes y caminos
una bisagra diferenció nuestras vidas
nostalgia en nuestras manos y rostros
oh neblinosa tarde junto a la umbría fuente plena de
mantillo
una salamandra juega con su maravillosa piel,
y mi hermano arranca el sonido de la piedra oscura,

recuerdos apañados por dedos de sonrisa
imbricados en la melopea de las especias picantes
y tú viviendo aún en la cárcava de nuestros primeros años
despidiéndote un pañuelo a puntos amarillos

lanzado a un invierno distante
oh magnate del disimulo
ahora veo claro en tus apariencias saciadas de miedo
las hojas tornasoladas
te acuerdas
junto a la pared vieja
y la perra
siempre con la mano derecha levantada
claro
en primavera otra vez reunidos
y la huida
juntos
a la frondosa cénit de toda existencia
y de nuevo
un largo verano
hasta que muchas cosas cambiaron
y tu mirada se tornó lejana
desprovista de lo esencial para ser nuestra
seguramente fueron ellos los que te hicieron mirar así
aunque ya ahora da lo mismo
fíjate
hasta los árboles han cambiado
e incluso las gentes tienen otro aspecto
parecen descontentos
y sus labios no se abren apenas
tengo la impresión de que alguien nos ha engañado
a lo mejor todo fue una broma
contempla las colinas.

LOS JUSTOS

Qué farsa amigo tus uñas pintadas
escucha ahora el rugir de la caldera humana
sones de producir sones de altos designios sones de poetas sociales
sones que hablan de la naturaleza de las cosas
sones del porvenir acuñado en raros círculos
y tu mirada altiva oh raíz de estirpes,
cierra el orificio por donde huye la destemplanza
tapónalo con tu lengua reseca calentada al compás del siglo
oh rey tus ojos
cierra las risas de tu adversario
tapónalas con la saliva que venden los comercios
mira acuden los pájaros
son tantos que cubren nuestras propiedades
en la tierra y en el río
y tú aún repartiendo caricias los frentes compartidos
oh rey tus ojos
cierra la puerta por donde escapa el sonido del arpa
yo sé que la adquiriste para alegrar a los tuyos
y el extraño besa sus cuerdas
tapónala con tus lágrimas más expresivas
ellas obran grandes beneficios
y las reses vuelven su aliento es el nuestro
la paz del prado un toro que busca la mata espléndida
abre ya tus labios glacial amigo que la hora es placentera
escucha hubo antes
oh rey tus ojos,
no comprendes el porqué de mi marcha
saluda sin embargo a las gentes que cruzan las avenidas
son ellos marciales y erectos
adosados a la inteligencia de las viñas y olivos y frutales

atacados
hablan de las últimas tempestades y crujen sus frágiles
hablan de tiempos no conocidos y su única pierna dibuja en el polvo
hablan de nosotros que derrocamos la fuerza de su brazo
hablan de sus doncellas que todos desean en silencio
y sus nombres son más amplios al ser pronunciados en la roca dominante
por eso saluda a las gentes que cruzan las avenidas
y tu paso será borrado,
amigo ten la espada
ponla sobre el tronco que emerge
yo combatí con ella cabellos sueltos
las razas eran altivas
cubiertas perpetuamente de rocío
en los aledaños de la nieve eterna anidaban las huestes prevaricadoras
descendían flagelando el aire con sus aleyas
pertenecían al clan no metódico
y sus dientes entrechocaban
oh amigos los años fueron hermosos un gallo dueño irisado
y las fuentes nunca secaban
yo fui acompañado por la diosa del bosque a nadar en las aguas color turquí
emergí colmado de tritones que policromaron mi encendida piel
incluso dos silfos amistosos embellecieron mis sienes
ella cubrió mi joven vida con el manto de los sueños un vidrio entre los dedos
y tornose espada
ésta que deposito en tus manos
y cumple mi ruego
amigo ensalzo a la clase de hombres que baten el limo
en su seno mi alma mece su albor magnífico
amigo ensalzo a los hombres que saben de las delicias del viento
y yo bebo su sangre.

LOS HUMILDES

Al que bulle en desafío y los manjares esparcidos;
al que conoce la modestia del helecho, numen contrito;
al que avergüenza la claridad del sol y baña su rostro en la ternura de las lágrimas;
al que recorre las provincias más antiguas saludando con los brazos, mástil altivo;
al que recuerda y sus labios ya no son buenos;
al que amasa el pan de los días entonando migajas terrenales;
al que se desvía por el frío, por el viento, por las olas o por el miedo;
al que desprecia y los ojos sellados;
al que está seguro de su desastre;
al que teme las fuerzas desconocidas;
al que abre la puerta todas las mañanas y espera encontrar un mirlo;
al que mata y su cerbatana es recia;
al que de nombre tiene el grito de un pájaro y sus piernas aún caminan;
al que es torturado por los buscadores de algo;
al que es huraño y los suyos comen raíces;
al que pasea una urraca atada a un cordel encontrado;
al que posee una casa y un cerdo y una cabra y nada veloz en la charca de su vecino;
al que es consagrado a las labores del amor y su vientre es estéril;
al que corretea junto al arroyo, una zarza lacerando sus rodillas;
al que escucha la voz del dueño retumbar en los acantilados;
al que es joven y sus espaldas anchas;

al que descubre la vida bajo una piedra plana;
al que bebe sangre, leche, grasa, y sus padres llaman mudo;
al que se cobija en los matorrales, los demás riendo;
al que da nombres a los arados, hachas, esteras y amigos;
al que siempre está solo, una encina dibujada;
al que lleva en los bolsillos trozos de papel, piedras de río y
una sabandija;
y al que el paso del tiempo le produce tedio, una mano
enguantada.

LA HORA OVAL
[1971]

1960

LA HORA OVAL

¡Atención amigo…! Crepita parte de nuestra memoria mancomunada —las citas mutuas en otros mundos— y aparece un extraño resplandor en la cornisa. Seguramente es la hora oval.

ALELUYAS DEL CAMINANTE

No es el temor lo que mueve a los caminantes
no es tampoco la sutil lluvia de los invernaderos
sólo es y lo tengo comprobado
el amor por los pájaros
tampoco el primer búfalo que se interpone tiene ningún valor
son los cien años de abúlico cometido los que nos promueven el llanto
el llanto del pirata nunca bien ponderado
y así cuando percibo los fallos en las cocinas siderales
y comprendo el sentido del rumbo de los barbos
es porque no sé ya dónde caerme
dónde reventar definitivamente
y es que la tristeza del caminante tiene poco valor en los prostíbulos
en los andamios aéreos.

EL ÚLTIMO CONTACTO QUE TUVE CON DALIA FUERON LAS GARDENIAS QUE AMOROSA RECIBIÓ EN SUS BRAZOS. LUEGO, AL MARCHARME, INTENTÉ VERLA PERO YA SE HABÍA IDO; ¡Y NO VOLVERÍA!

m oooooooooooooooo
e o o
h o o
e
l o oo oo o 1 en el largo corredor
l o o 1 un zorro bullidor
a o o 1
m o oo o 1 en 2 cenagales
a o o 1
d o oooo o 1 la luz a raudales
o oo oo 1
s o o 1
i o o 1
e ooooo iiiiiiiiiiiiii
m o o 1 pero qué se ve allá lejos
p o o 1
r o o 1 son sólo reflejos
e 1
h 1 pero los conejos
í 1
g 1 esos son muy viejos
a
d
o

María lavaba despacio la ropa
sus ojos muy tristes miraban al niño
y cuando una ola
y cuando una ola
////// zas
y ya ha muerto el niño
María lavaba despacio la ropa

los objetos soñados: un bidé eterno en ruido color lechoso y salmodia pueblerina, un carcaj repleto de albondiguillas de pato y bolitas de cabra de

esas tan negras y apetitosas como olivitas, un
domador que domara sus leones con músicas
celstese cesteles seceltes teselces

CELESTES POR FIN Y UN CONFESIONARIO LLENO DE RENACUAJOS DE HYLA
ARBOREA Y PEQUEÑAS COLES DE BRUSELAS

1961

J'ATTENDS UNE CHOSE INCONNUE OU PEUT-ÊTRE, IGNORANT LE MYSTÈRE ET VOS CRIS,

Podría resultar que Emilio Carrère Moreno fuese un gran
poeta
incluso sería divertido oír algún quejido mutilado
sin embargo no creo que eso suceda
nada más perdurará el gran bardo
el gaélico de Cuchullín y Fingal
y resulta triste
más adelante sin ya demasiadas contemplaciones podremos
no obstante lanzar algún petardo oneroso
a sus sinapsis claro
ahora hablemos de al acpa
o capa
que de todo hay
de esa pintoresca y corcusida
simbiótica melaza del no madrugar
espasmo que es vida
vida de la capa
y del que escapa
de esa tapa que es tapujo de infamias cometidas
y de ignotas adquisiciones
el pino es grato a los vampiros como la gárgola a los
navegantes
y por nada enredo burlando en casi no poder respirar
estrías de un buzo
y la cpaa paac capa que es vida nueva
vita birrefringencia de vipera berus
ignoto
y ya comienzo extraño es que no antes me hubiera o

hubiese sucedido
que las ranas no repartieran o repartiesen invitaciones
y que al fin el buen dios no eyaculara en los pararrayos.

EN EL MARASMO DE BUFONADAS HOY IMPERANTE, SOBRESALE CON FUERZA DE ORÁCULO, LA PEQUEÑA CAMPANA DE BRONCE, DE LA QUE ARRANCADO HURTÉ EL BADAJO

Tuve en mi recuerdo
durante una noche
a la lágrima de bronce
luego la olvidé
experimenté una sensación parecida a la de conocer el nombre de la modelo favorita de Modigliani
ROSALÍA
la criadita
GABRIELA
la criadita
de Renoir
ambas criaditas
supongo dentro de una campana de bronce
de la que yo tengo el badajo
la pendulante lágrima
de bronce

conocí a modigliani no así a renoir
conocí a modigliani en niza pocos meses antes de morir
conocí a modigliani y estuve borracho sólo de hablar con él
EL GRAN ALCOHÓLICO
supo perdurar
yo no.

PORT-ROYAL

Nostalgia inusitada. Corsario moteado.
Divino caminar. Doblón áureo.
Húmeda grandilocuencia. Abordar.
Yo, pedazo de historia. Philip.
Arrancado al trasunto. Gosse.
Notando aún frágiles. Pirata patapalo.
Esas noches negras, maravillosas. Taberna.
A ti, emblema de una vida. Mástil.
Por falso escondido y grácil despertar. Buque.
Yo, intentando parangonarme a no caducas vibraciones. Tiburón.
Yo, paladín de la deshonra. Cuatro veleros grandes, rápidos.
Entrego aquí, en innoble súplica, todo un padecer. Blandir.
Agonizo. Adam Long no rezaba a horas preestablecidas; pronunciaba cuando estaba inspirado oraciones que brotaban de su alma, con palabras casi desconocidas para él.

REGISTRO

La color del verderol o verderón canadiense: azul-rojo
la color del fringilo de la isla de Timor: azul-verde
el color del cielo sin nubes
quinto del espectro solar
y que subido torna turquí
y aclarado celeste
y gríseo cárdeno eléctrico
y obscurecido suavemente mar o marino
el color principiante de mínimas frases de cosas útiles o
inútiles
sajonia cobalto montaña ultramar o ultramarino o
ultramaro
ciba champanagra alizarina berlín parís hamburgo
erlanger metileno lyón prusia toluidina
soluble (derivado del lyon)
y tripano y turnbull (parecido al prusia).

1963

NIÑA CON MUÑECA

Tuve
en los comienzos
en el segundo mes de mi estancia parisina
un agradable tropiezo
conocí a una tríbada maravillosa
APOLLON
seguramente estoy en plena decadencia ya que no hago más
que recordar
quizá lo único que pueda importarme sea el color del
lacerta lepida
sin embargo de vez en cuando aún encuentro pasados giros
iguales casi a otros que hiciéronme famoso
fugazmente
apollon trabó amistad conmigo porque supe tratarle
él era muy difícil
supo mostrarme París como nadie
fue el mejor amigo de aquella primera y larga estancia
luego
el tiempo y una mujer nos separaron
ha sido hoy
en este vigésimo aniversario de la muerte de James Ensor
contemplando su niña con muñeca
como han arrancado de nuevo los pretéritos
y no quiero que nadie me llame mentirán.

NASTENKA

Nastenka
quiero volver a la dorada superficie
y engendrar lánguidas torturas,
aún recuerdo el corral repleto de extraños instrumentos
y tu espalda efeba surcada de cicatrices color limo,
fueron etapas delicadas
girones de nunca concierto imprevisto
tus ojos resistiendo lo máximo
y mi pecho derrumbado
cubierto de goces exasperantes
batalla única,
junto a la sombra de las acacias tu mueca de sufrimiento
insuperable en los tonos violáceos
yo
mi brazo derecho hendiendo el pesado ambiente con la
 destreza de lo no foráneo
verdadera elocuencia de lo sensible,
y al fin
el día máximo
el fuego de leña tierna
jalón difícil a última instancia
tus ropas desprendiéndose mucho más rápidas
y el balbuceo por mí resuelto
casi titánico esfuerzo
y el estático aroma de tu carne ardiendo
paraíso delirante
mi rostro tatuado por el resplandor de tangible clímax
un violento caer
hielo en las axilas
amargo
y de nuevo las manchas rojas esparcidas por el dorso de

naipe
tu cuello.

Carmeusu ustán tu cara chinese
bajo el peludito brazo Truman Capote
delicioso —¡tales caricias!—
y así de nuevo en la ruta de los verdaderos caballeros.

Ser proclamado amigo de la gran duquesa
y leer todas las noches cuatro párrafos —consta de doce—,
Sophronime, ayant perdu les biens de ses ancêtres
tediosas a lo largo aventuras d'Aristonoûs.

Voy y vengo por este paseo lleno de recuerdos,
con la mano ahora apoyada en el mármol preferido,
¡qué difícil resulta todo esto!
Marcel por ejemplo, con el cráneo hecho trizas.

Las pinturas del tercer cuerpo, Vlaminck,
Puy, Manguin, Van Dongen y la brutalidad de la robusta
fiera,
¡oh Matisse —ella, Margot—!, todas supongo
reproducciones apreciadas, allí alborozada la tierna amiga.

La fronda, cualesquiera que sean
esos ruidos a ras de ternura, que hablan de tu cariz de
reina,
otra vez tus manos adoran la tarde
y sus despojos de últimas glorias.

Charente Charente,
no me cierres el camino,
ten al menos un ojo tiznado,
con el agua de Rodenbach.

...LOZANA LA GRAMA ONDEABA EN TORNO A SU PUERTA, O MEJOR: *...LOZANA LA GRAMA ONDEABA EN TORNO A SU COPA*

Estoy intentando descifrar el significado exacto de esta ambigua frase. Se halla en la obra *Lecciones sobre La Retórica y las Bellas Letras* por Hugo Blair. Traducción de Don José Luis Munarriz. Madrid, 1817 (3ª edición). Tomo IV (y último). Pág. 34.

El autor está tratando de la Poesía Descriptiva y concretamente de Ossián. Atribuye al discutible bardo una potencia descriptiva notable; y lo compara a Homero y Milton. Cita inmediatamente un párrafo concerniente a las ruinas de Balcluta y en él la frase que encabeza estas líneas.

Supongo inútil la siguiente postulación pero preveo en cambio una posible aclaración de cuanto se refiera a mi turbia mente. Leí, la primera vez que posé mis ojos en el libro: »...lozana la grama ondeaba en torno a su puerta»; y hasta que un fútil contratiempo me obligó a releer la página, no di con el intento de metáfora del poeta gaélico. Es decir que en mi error anulé la capacidad total de creación del escritor sucumbiendo en aras de una precipitación injustificada. Luego, el mismo hecho de repetir la frase, abrió violentamente las puertas del misterio y me permitió, con claridad meridiana, bucear en la intención del autor.

EL MONSTRUO

Acabé con la provisión de pollo
en un santiamén y mi plato
quedó colmado de huesos.

MICKEY SPILLANE

Oí gritar «Fenk-Fenk» y comprendí de qué se trataba. Otra vez había vuelto después de varios años. Pero nunca se le lograba ver a la luz del sol o por varias personas al unísono. Y ahora parecía derrumbarse la costumbre. Varios lo habían contemplado. Tranquilamente ubicado en el centro de la era Truci el monstruo permanecía en el estado que le permitía su elevada edad. Los campesinos de la granja eran los más próximos. Sus turbantes violáceos de gasa sutil ondeaban casi sueltos por las innumerables idas y venidas en todas direcciones. Intenté infiltrarme hasta la primera fila. El sol en su trabajoso ocaso dañaba mis ojos y me obligaba a protegerme con las manos. Ahora conseguía ver bien. Realmente su talla sobrepasaba todo cálculo pero tanto el color como la forma parecían vulgares. La cola necesariamente debía de tener unos veinte pies. Era lo más sobresaliente. También las orejas y la longitud del pelo impresionaban. Además surgía de un modo constante una llama verdosa de las fauces semicerradas que pude vislumbrar como huidizas. Sin embargo como ya he dicho antes el color y la forma no asombraban al principio. Mas al cabo de algún tiempo me pareció reconocer un cierto tono frío en su aspecto general. Quizá era el efecto del largo rato transcurrido con el consiguiente enfriamiento tras la puesta de sol. Había luego una aureola que no dejaba de inquietarme. Era una aureola lívida y carmín que aumentaba al mismo tiempo que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad reinante. No podía dejar de chocar al buen

sentido lógico de aquellas gentes el extraño fenómeno de la evidente luminosidad de aquel ser. A mí indudablemente también me sorprendía. Tracé con el dedo índice un movimiento bascular y noté satisfecho que mi dedo era transparente. Ahora las fauces variaban mucho más deprisa. A lo mejor su traslación corría excesivamente para poder ser registrada por mis ojos ya fatigados y la llama verdosa daba el efecto de invadir toda la extensión de la bestia. Por eso quise darme cuenta sucintamente de cuál era su forma que seguía siendo vulgar. La comparé al principio a una piel de carnero pero desdeñé rápidamente la idea por ser la piel demasiado viva. Pensé luego en el corcho arrancado de los alcornoques del bosque Hert pero no hallé el límite de la zona más clara. Indudablemente se trataba de una forma difícil de una forma cercana puede a un cuerpo geométrico desposeído de aristas. Un cubo de lados infinitos pero reducido al tamaño de un huevo de pato por ejemplo. O un halo de puntos en la intersección de las líneas aromáticas del profesor Ludel. Olvidé momentáneamente la persecución formal y me fui inclinando al socaire de la brisa. Debía de ser bastante tarde. Estaba solo. Llorando de eso no me cabía duda. Y el monstruo aprovechaba estas circunstancias para desvanecerse un poco. Volví en mí y logré atenazar la última parte de la bestia que casi ya había traspasado la barrera de la noche. Era una parte pequeña pero comprendí que se trataba de la más importante. Parecía que la guardase para el final por si era sorprendido y debía mostrar algo. Me acerqué aunque resultó imposible. La distancia permanecía inalterable. Decidí hablarle sobre alguna cosa que el comprendiera como por ejemplo sobre los campesinos que por cierto no habían hecho ruido alguno al desaparecer. Medité un momento en qué idioma debía dirigirme pero ninguno de los que conocía me pareció bueno. Aguardé un instante y comencé a susurrar. El susurro surgió con una violencia extraña. Callé en seguida y volví a sumirme en el silencio. Conté los pasos que me separaban de la fiera y coloqué mis miembros en posición de salto. No sé por qué pero deseé maltratarle. Resultaba

odioso de repente e incluso sus ojos no tenían suficiente belleza. Salté. Y caí sobre el pavoroso ser que comenzó a devorarme las hojas bajas. No experimenté ninguna sensación dolorosa a lo sumo un cosquilleo algo enervante. Intenté desprenderme. El monstruo desparramaba al moverse un viento de lluvia y todo el cuerpo me quedó empapado. Ahora me dolía tremendamente algo. Algo como una extremidad lateral. Algo que hasta entonces nunca había poseído. El monstruo cedía en su abrazo y nuevamente estiré en la dirección que el no podía mantener como idónea. La maniobra dio resultado y logré desasirme. Dando tumbos volví a la posición inicial con su consiguiente separación y volví a llorar desprendiendo un jugo blanco de las articulaciones altas. Amé al monstruo en aquel instante ya que me permitía existir. Su hocico se convirtió tajantemente en una mano y deseé ser acariciado. Extraje del bolsillo un bombón brillante y dudé entre comérmelo y entregárselo. Hice lo primero pero había perdido el gusto. Vi colgadas del cielo cientos de maletas. Y comprendí que se estaba acabando el verano y que pronto habría que partir. Hablé por teléfono y la voz no correspondió a nada. Vi al monstruo hendiendo el tiempo con su pata mediana. Y me di cuenta de que había concluido por ahora la posibilidad de soñar.

LA HEREDAD

> Salían los helechos a la linde
> y daban en la siesta caliente
> un aroma de frío.
>
> GABRIEL MIRÓ

Julius consumió la pera girando intermitentemente la cabeza. Descendió y supuso que todos le habían observado. En el enorme zaguán su prima Helena extasiaba a los presentes con sus bucles y dedos de almíbar. Avanzó silencioso. El corro de parientes y amigos vibraba atonalmente y sin la vistosidad de antaño. Ello le disgustó. Supuso ahora que su presencia resultaría evidente. No lo fue. Dio un rodeo y colocose al lado de su madre. La señora Werfel sonreía a sus invitados. Julius comenzó a gozar de su anónima situación. Observó a la concurrencia. Greta e Isabel Darzen cuchicheaban morbosamente. El prefecto Dan asentía a la vez a varios interlocutores. Un grupo más importante era el constituido por su padre y los industriales de Cósima. Se sintió orgulloso de lo que representaba su familia en todo el valle. Bajo el arco los criados iniciaban el recorrido con las saturadas bandejas adheridas a los pulcros guantes. Tuvo sed y pensó en la naranjada que tardaría en llegar. Las copas con dulces y vedados refrescos brillaban maravillosas.

Traspuso el sector violáceo. De nuevo la margen lívida y tentadora del monte Ura apareció en el horizonte. Diríase que no había comido nada en mucho tiempo. Las entrañas le dolían y en la boca se le formaba un nódulo de sales y arcilla. Comenzó a escalar la falda de la montaña. Creyó distraerse conversando e inició un diálogo. En un principio le pareció absurdo lo que estaba diciendo pero las palabras le confortaban. Helena tenía entonces quince años y sus

piernas blancas prolongaban el día. Sintió realmente la necesidad de romper con él mismo. Hizo un primer pacto y brilló en sus ojos el éxito de la empresa realizada. Las nubes eran mitad escarcha y mitad rizos. Ensayó una vieja canción que corría por su sangre. Nunca la había cantado pero creyó amarla. Con la música todo fue más fácil. Logró coronar la cima el 14 de mayo de 1803. Eran los tiempos del sitio de Tarento donde Pedro Ambrosio Francisco Choderlos de Laclos hallaba la muerte. La brisa se trocó en viento y la camisola desceñida tembló sobre su carne. Helena quedaba algo apartada. Saltó sin carrerilla el torrente y sus cuerpos se encontraron. Besó sus labios y luego sus ojos. Presintió entonces que su destino no era el de los otros hombres. Montaron en sus caballos y descendieron por la otra vertiente.

Halló la vieja ciudad con el hosco crepúsculo cercenando los torreones. Penetró en ella con el vulgar sentimiento de ya haberlo cometido y sin saber sin embargo si sería la última vez. Nublose el cielo y sus manos tropezaron con la ruina más altiva. Trepó notándose joven y dominó desde el basalto la ciudad dormida. Formose entonces el llanto de las piedras y Julius adoró la noche.

Crecieron su barba y cabellos y en la soledad buscó la raíz de las cosas. Vivió en la verdad de su aventura y luego inició el regreso. No encontró el camino y temiendo por sí mismo vio su imagen reflejada en lo hondo de un pozo. Con alegría descubrió a su madre. Dijo que las dos eran hermosas y la sangre le afluyó al rostro. Helena caía en sus brazos y Julius diría que el Tiempo estaba ya creado.

TÚ

Cambiaste el apoyo de tu lengua tersa
hacia la rareza de los ecos y arcos
construidos por sangre de rasguños
y multicolores soldados de plomo.

Tu queja saltó por encima del humo
alto y convexo de honda procedencia
convirtiendo mis labios en llanto
acaso suave y matizado por otro origen
lejano de turbia y vidrio momentáneo.

Estuve en los mismos trozos de vida
anidada en setos y broncíneos montículos
apretada y lenta como entonces sucedía
y conforme a lo que hoy rememoro.

Pude no volver a pisar estas nubes
de cal y musgo sin la distante caricia
que hoy no cejo y transformar
el tiempo de niño por una selva
de puntos en mis retinas de miope.

CONRAD

Mares y quimeras sobresalientes en la barba de nuestros abuelos
hombres y lacias por la rudeza inigualable de aquellos signos
allá borrados allá dolidos en su vena de gente y fueros de uña
quejumbre hendida y por esa estirpe que ya no fuimos en altares
y losas abrillantadas al socaire de postreras navegaciones
jirones que lacraron unas estancias y domeñando la furia lógica
enervada y cribada por horrendos pecados y ancestrales dramas.

¡Como tales postrados en la arena sucumbimos al hurto de estrellas!

¡Y qué capaces en la ingeniería de seculares hordas!

Tuvimos la roja marca de los soles sureños y abruptos acodada
en la linfa de nuestra mayor artillería aquejada de hambres
y por lacustre tenida en la otra venta de reyes y lánguidas sirenas.

Manglar en la boca de los soldados que aúllan en tu ocaso
preciosa en la huida y siniestra por la rodera mordida inútilmente
a derecha e izquierda de años y caderas fecundas en la paz
orgullosos fuimos y de eso nuestro engaño que hoy penamos
al fondo de puros raciocinios y estela de horribles dedos.

LES BRANCHES DES SAULES PLEUREURS

Aquella vez que anduve tantos meses
por los páramos más antiguos torciendo
armoniosamente las ramas de eucalipto
y pude haberme cansado de las otras cosas
azucaradas en vino espeso y las ubres
llenas de varias tonalidades prendidas
en lo alto de nuestro desatino.

La inexplicable manera de olvidar tanta caricia
percibida en la suave noche acogida al trasluz
del invernadero fatal a tantas cosas nuestras
rozando los dedos cansados por la pequeña
superficie
de las extrañas bolas oscuras hundidas en el
tiempo
de otros recorridos y sedentarias sonrisas.

Ungir al unísono el acorde galante
con la dulce capa de paño brumoso
y las serenas tardes en que llovía
a ráfagas ligeramente sentidas
consumiendo un montón de vasos rotos
y apreciaciones agradables.

Cambiar lentamente la posición de los hombros
formados por nudos cegados en leche suave
al perfume del tallo y el recuerdo sumido
en tu música de gnomos peludos brotando
por la magia de los años y el perfil de las fresas
untadas en el veneno favorito de las horas tristes
junto a la ruina de aquel hermoso amor de llantos.

Aquí pierde la niebla de las altas miradas
toda fuerza inocua adherida al labio terso
de otros tiempos tañendo la estirpe clara
en el viaducto de las dulces gárgolas
encantadas por la mano del buen año
y fuertes basaltos encumbrados en la estepa
de la tranquila remembranza acuciada sólo
por el vaivén del dogo ensoñando su contorno
y las lúbricas fuentes goteadoras
parlando suaves en el vestigio de tales escarnios.

Pudimos remedar con hojas olorosas
el impúdico cetro y captar el halo
de las fiestas paganas con la faz tupida
mangos en las sienes y corola de haces
tremendos en su reflejo de ola cansada
y la rauda epopeya del lustro silenciosa
hubiese quebrado esa armonía de pecho
y torso de viento con las zonas
más oscuras de nuestro extraño presagio
ahuecadas en la roca perentoria de leche
blanca y calurosa por la boca del Dios.

Sentimos en las colinas desviadas por los humos
funestos de aquellas piras de ópalo
el parpadeo de una vida carente
de la estrechez de la horda buena
chamuscada en olor de errante
y generosa lengua prensada en seno
de siglo y blando nardo
unida a la espesura
y funesta añoranza hosca

como en la tarde de nuestro engaño.

UN JUSTO HOMENAJE A JUNO

Pronunciar por ejemplo
Ballantines y luego caer
al lado de tus dulces axilas
cambiando el sentido de las frases
y de las mismas sílabas
de un soneto ambiguo
procedente de eso prohibido
a tus claros ojos
y que cede torciendo
abriéndose despacio al tranquilo invierno.

Respirar una vez al menos
bajo la rosa cuidada
por tantas manos húmedas
con la garganta de la princesa
demasiado próxima al lugar del beso
y hace exactamente un mes
yo estuve en esa almena
una lanza de sueño
atravesada en el seno
de la lluvia y tu cuello.

Quizá el pavor pueda
iluminar la ola inalcanzable
bajar tranquila por la ruta
de la pesadilla fatigosa
e ir aspirando el jugo
de los labios verdes
hundidos en la extraña
y sensible danza antigua.

PLEGARIA

Están sobre la mesa húmedos
libros de Pound y Kock mezclados
a los recuerdos de aquellas
flores de Picardía.
Tocados por las manos
que entregaron al hijo
en la subasta de 1944
cuando Hitler aullaba
en la vieja Génova
observan el declive
de sus vidas rancias
y delicadamente obscenas.

DALLA FANGAIA AFFIORA
ROSEO ANELLIDAE
ERMAFRODITO

Aquí está apoyada la vieja máquina Kodak.
A ratos contemplo
como las horas del tiempo han depositado
la pátina de los años cuarenta y cuarentaycinco
cuando era bueno jugar a ser hombres
y yo no conocía aún a Helena y a los poetas
comprometidos.

Precisamente entonces
pude haberme decidido por alguna empresa grande
por alguna de esas cosas que cambian el destino
de los seres y de sus novias color anís
pero mi camino no debía de estar trazado todavía
y decidí hacerme amigo
de varios personajes insignificantes
tañer las noches parisinas con la guitarra de Lautréamont
y coleccionar delicadas rubias
en el féretro familiar.

Ahora me arrepiento de todo eso
y noto que se me están agotando las posibilidades.
Además sé que debí portarme de otra manera
aunque sólo hubiese sido para satisfacer las esperanzas de
mi pobre Martine
y la eventualidad de aquel claro de luna.

Hoy permanezco a la espera
de cualquier reclamo que llegue del otro país
también me siguen gustando
las recetas de mi decaída Marsella

leo a Isou con desgana
y pronuncio varias veces palabras como Papandreu y Mandalay.
Cabalmente soy un buen hombre.

EN LA ESCALERA BLANCA DE MÁRMOL

Et la pluie et les autans
Ont réduit mon arbre en poudre

G. B.

En la escalera blanca de mármol
y limpia bajo el vaivén de ropas
onduladas por la brisa cálida
a un tiempo que fría anida
el raro liquen.

Hundida en el artificial y vivo
lago circular con ese puente
viejo ya entonces atravesando
la cuna de peces y la rana
asustada por tantas cosas
queda aún el fiero casco
del balandro regalado en aquel
Domingo de Pentecostés.

Las hojas medicinales del eucalipto
tapizan indolentes ya los surcos
marcados por nuestras bicicletas
veloces en sus dulces quejidos
a la furia de la juventud naciente
en aquellos veranos.

Todo el resplandor de los cristales
frontales al atardecer de octubre
queda aniquilado por el adobe
de las horas transcurridas
permaneciendo sólo en los azulejos

gastados del invernadero tan caro
a la fiel servidumbre.

LAURA

Estoy aquí
lejos de aquellos años en que gustaba de Saroyan
y sacudía las noches con la botellita de agua
tónica.
Ahora me acerco ostensiblemente
a la posibilidad de permanecer largo rato sin hacer
nada
y preguntarme el porqué de mi vida estúpida.
Realmente han cambiado las cosas
no sé sin embargo
si de modo consciente.

Tengo los dedos en el humo que
vuelve a depositar tantas risas en el vaso
lleno de pobre whisky español
y canto para ser un punto
de referencia en todo
este jaleo
de grandes embestidas
y baladas nupciales.

(Que pudimos haber sido
unos enormes soldados de la guerra
de las dos rosas y también
la rosa misma caída del búcaro
del sin par amigo repleto de cicatrices
hilvanadas a un diente sucio
oh cuántos y qué hermosos
los desplantes de mi bella Clara de Herstad
la noche está cerca
y yo no la noto.)

1964

BARBARELLA

Me late el corazón con cada cosa
cantada en pos de ti, loor y prez;
añoro al pescador, ya, cada vez,
que gime la alborada primorosa.

Se cambia así la brisa, galopando
los fieros caballeros y, sus damas,
con labios de fibrina, por las ramas
terribles de los sueños, tiritando.

Se alejan las mesnadas, un ocaso
sin dúctil añagaza y abalorio
—tangible, plateado, casi raso—
cancela la jornada y el jolgorio.

Princesas y validos resplandecen.
Las flores sombreadas se adormecen.

PAVANA DEL PRÍNCIPE ALADO

La rosa móvil del jardín afgano
despide arrobos de frambuesa y miel
enciende süave un perfil romano
e infunde azahares a la tersa piel.

Su rara fragancia de estival aroma
prende ruborosa en la tela azul
cálida perfuma un cuerpo que toma
el tono morboso de un juego de boule (bul).

Estas son historias de crímenes lentos
de dulces pasiones a un ritmo de vals
que cuelgan gonfladas de sutiles vientos
sólo molestadas por lienzos de Hals.

Descienden las damas trinando maitines.
En el vidrio santo vuelan serafines.

LA MANO

La mano de hierro pende tranquila. Ligeramente fría y negra. Aproximadamente de unos veintycinco de largo. Sujeta una bola aplastada donde se enfrenta a menudo y en uno de sus dedos finos un anillo incómodo. Algo de mujer que brota de una puntilla breve.

Simplemente un movimiento brusco y ya me pertenece. Un fuerte peso y algo de ingrávido a la vez me ofuscan en un principio. La oculto bajo mis ropas y huyo.

Ahora en la pared destinada promueve una satisfacción lógica. Reposa magnífica en lo encalado ayudándome a componer este relato. La miro y comprendo que debo mantenerme apartado de ella. Al menos unos instantes.

En la calle un motivo irreconocible me impulsa hacia el lugar del drama. Vislumbro de lejos la muchedumbre vacilante en torno al portal. Logro penetrarla y situarme en primera fila. Alto y fuerte un policía interroga a los inquilinos del inmueble. Por fin logro ver la totalidad de la escena. La mano sangrante aún y ya amarilla destaca en el centro de la resinosa puerta. Algunos hombres desapacibles la desprenden de la madera y la trasladan a un recipiente estéril. Todo ello sucede rápidamente y pese a la emoción que me procura el cercano acontecimiento un dolor bárbaro sacude de golpe mi cuerpo. La presión de la masa humana aumenta y me imposibilita contemplar la extremidad de mi brazo izquierdo. Intento de nuevo la maniobra y la impotencia se convierte en tortura. Noto algo como líquido. El calor animal es insoportable y la opresión de la masa creo aumenta el flujo. Comienzo a abandonarme al vaivén que me envuelve. Hay canturreos con estrofas solemnes y horizontes salpicados de pequeños coágulos. La temperatura mengua y también el movimiento. Pasos de

terciopelo. Pasos pequeños. Y luego algo como un silbido. Algo redondo.

EL FRACASO

Un hombre emprende un trabajo arduo y convencido de su capacidad descuida algunos detalles. Estos le hacen fracasar.

De nuevo comienza una obra que seguramente es más amplia y laboriosa. Al principio acuciado por la propia necesidad de éxito acelera enormemente su desarrollo y corona las primeras etapas antes del tiempo prefijado. Esto le hace aminorar la marcha y cada día realiza algo menos que en el anterior. Así llega a un paro total que le lleva al fracaso.

Otra vez desea justificarse y acepta una labor importante. La emprende con alegría y rapidez pero temeroso de cometer algún error la reestructura y racionaliza. De este modo el trabajo se dignifica y pierde trivialidad y gana empaque. Sin embargo el exceso de metodización le confiere un aspecto agrio y ante la perspectiva de una posible abulia vuelve a la alegría y rapidez con que comenzó. Así llega de nuevo al período en que desea metodizarse y así al período de la alegría. La repetición de estos estados le causa miedo y decide intercalar una etapa que alargue el ciclo. La búsqueda de dicha etapa es difícil y empleado exclusivamente en ello distrae el negocio. De nuevo fracasa.

La vez siguiente prefiere arriesgarse en algo definitivo. Es un trabajo enormemente delicado y difícil con una duración además extraordinariamente larga. Los motivos por los que lo escoge son obvios. Realiza un verdadero juramento ante sí mismo de dedicar toda su vida al logro de la empresa. Calcula los años que le quedan de vida acogiéndose a la media de sus antecesores. Asigna a cada año una parte y así mismo a cada mes y día y hora y

minuto y segundo. Construye un calendario que constantemente le indique el punto en que se halla en su labor. Elimina dos períodos. El ocupado en agonizar y el ocupado en planificar su obra. Curiosamente al restar del tiempo total la planificación y la agonía aparece un tiempo asombrosamente ridículo. Acobardado no acierta a realizar con tino la gran cantidad de trabajo acumulado en cada parte del minúsculo tiempo total. El error le vale una rápida expulsión de la férrea empresa. Afortunadamente un fallo en el cálculo de la longitud agónica le hunde antes en ella. Así prematuramente descansa.

José D. Hebern envuelto en la satinada manta grande y olorosa de su viejo abuelo aguarda la salida del sol. En la presa, un hálito de larvas y venenosos seres se adueña del aire. José D. Hebern sueña, con la frente escuálida, amarilla y vacilante, de cara al río, pergeñando la que será su última aventura, sobre un invencible apego a la casta que en él hubiese culminado.

Llega de la otra vertiente un frío caballero. La montura presiente el llano tras la horrible noche caminada sobre la breña de Las. En la hora que el pueblo despierta, arriba un hombre con el flaco deseo y lastimoso de reventar, y José D. Hebern es su único testigo. Desciende el jinete del caballo, acaricia el lomo y besa entre los ojos al compañero, mira el lugar ya premeditado en el viaje y se arroja al lóbrego precipicio sin una sílaba.

El niño pequeño y pintado de las otras ferias y cuando otros decidían llevarlo a visitar parientes ha traspasado, quizá involuntariamente, la penosa línea de la edad incierta, con el simple hecho de un inconexo acto presenciado. Toca a la bestia caliente y húmeda recubierta de vaho. Escucha no sabe cuánto rato, el fatigoso quejido y en sus ojos aparecen imágenes posibles, anegadas en leche y cristalería.

Monta aferrado desproporcionalmente a la silla, y con las riendas enrolladas a las muñecas. En la cima no se vuelve a contemplar el pueblo y ciñe la manta a su cuerpo. Desciende, y en el cruce, toma el sendero que lleva a la presa, olfateando ya, la prohibitiva zona pantanosa. Traspone el primer grupo de cañizos, lentamente, formando con el animal una comunión de instintos, y la cabeza balanceada bajo la tupida selva. José D. Hebern penetra en

la desconocida vida del pantano, seguro del hallazgo que aún no se produce, sino, en otra jornada; la eterna casa de los A'DO, siempre erecta y en la que desemboca un nexo de nubes y cuidados ruidos de agua pura.

1965

2 - III - 65

18:30 h. – Empiezo a separarme de la pared encalada. Además un molesto hormigueo me impide cerciorarme de la totalidad de los espectadores. Doy a Margie un nombre acabado en «o».

18:35 h. – Ni la fisura es tan grande ni el hombre de la camisa azul me odia tan profundamente. Margie me acaricia.

18:37 h. – Ya me he separado bastante de la pared encalada. Olvido ahora el lugar de mi nacimiento y momentáneamente río. Un hombre alto con los brazos caídos ríe también de mi travesura. Margie ha subido a la torre.

18:39 h. – El hombre alto de los brazos caídos juega con los hombros de Margie. Un aire general de fiesta acude al lugar de los acontecimientos. Formo con la cortina de la puerta un gracioso contorno. Se aplaude en el foro. La otra mujer del otro invitado se despide.

18:47 h. – Una distancia superior a la que yo hubiese deseado me separa de la pared encalada. Contemplo tranquilamente la fisura hasta que la necesidad ineludible de ser interrogado prefigura una violenta discusión. Uno de los comparsas es derribado de su montura y ya en el suelo su mirada se cruza con la mía.

Hay un instante caótico. Debo repetir que fui ecuánime y un viejo militar arrastra a Margie hasta los espectadores.

18:55 h. – Pasó quizá una nube ante mis ojos pero algo que no puedo perdonarme impidió a mi acusador articular la frase decisiva. Estoy de nuevo afuera y añado a la anterior observación de la fisura una fugaz impresión de hastío. Tengo a Margie a mi lado con sus hermosos cabellos penetrando en mi boca. Alguien golpea suavemente la puerta. Entran Brad y su madre. La anciana no halla la facilidad de otras veces. Se disculpa y huye. Brad la deja.

18:59 h. – Brad me entrega el arma. Todos ríen.

19:00 h. – Tanto el hombre de la camisa azul como un grueso sector de público investigan en un libro anaranjado sus posibilidades de subsistencia. Creen equivocado un párrafo anodino que narra las secuencias finales de un drama. Incluso la turba intenta captar la tonada fluyente de un río que se describe en la última parte de la obra. La vieja arma da un agudo chasquido al apoyar mi dedo índice en su fláccido gatillo.

19:15 h. – Muere el hombre de la camisa azul y un grueso sector de público. Margie se inclina y besa a la mujer de Brad. Una confusión superpone las imágenes de la madre y de la esposa. Brad asegura a Margie que su madre ha sido realmente besada.

19:19 h. – Aparece el resto de los invitados que incluyen por esta vez a todos los miembros del juicio y al hombre de los brazos caídos. Este último saluda a Margie. Brad entrega personalmente tibios dones a toda la concurrencia. Hay un general bienestar. Brad hace salir al grupo por la puerta trasera.

19:30 h. – Margie conduce a Brad al pie de un inmenso árbol. Allí le confiesa su identidad. Me abstengo de abrazar a la mujer de Brad. Aparece un dolor difícilmente localizable. Enumero otros lugares. La mujer de Brad profiere por fin la acusación. Sin embargo es ya demasiado tarde.

19:44 h. – Una casa rojiza iluminada por un foco inseguro en su pedestal de caña. Un hombre sale y saluda. Define su posición ante el amplio horizonte de risotadas. Detiene primero a Brad y a su ambigua esposa. Vuelve luego sus ojos hacia el foco y el elevado calor funde su máscara. Es inevitable una parodia de huida a cargo de la madre de Brad. Además una lengua excesivamente carnosa recorre mi estómago convocándome a un rictus indebido. Oigo mi nombre acentuando la anciana la preclara «o» final. Realmente es una situación inútil. Intento explicar la relación completa de los hechos. Por fin aparece Margie.

19:58 h. – Retorno a la fisura en compañía de mi hermana Margie. Noto una brutal opresión en mi pecho.

20:01 h. – Se me agota el léxico y he de nombrar a mis descubridores con la palabra que poseo aún.

20:02 h. – Grito «Brad».

Julie querida. Qué hermosa eres. Me apoyo en la silla forrada y veo tu espalda de mujer soltera. Con tus amigas 1.ª, 2.ª y 3.ª, a las que nunca comprenderé. Estáis ahora junto a la valla que limita el parque. Luego un mundo de sombra y el frío del lago grande.

De arriba a abajo una extraña chaqueta pálida abotonada por delante y que cae sobre la falda escocesa. Además seguro hay una blusa blanca que cruje dócilmente y que al retorno lucirás. Los últimos os contemplamos cuando dobláis el recodo y un brillo inaudito surge de la nuca y tu cabello. Así un compañero me golpea con la rama y también ríe. Estamos ya cerca del mediodía y el ayo busca la explanada.

Un corro doble con las niñas detrás. La hoguera húmeda invadiendo nuestros ojos y motivando constantes alucinaciones. Me vuelvo y ella está allí. Justamente a mi espalda. Ya se puede comer y el murmullo aumenta. Una botella de coñac aparece y pasa por mis manos. Las llamas verdes tapan ahora el cielo. Hay un conato de alarido general y la risa es aún más fuerte. Me giro y ella ríe también y la hierba como gris trepa por sus piernas cruzadas. Otra vez la botella y la llama. Se agita creo el corro en la parte opuesta y recibo una sacudida ya menguada. En mi zona decidimos iniciar un balanceo. De derecha a izquierda. Más fuerte. La llama es viva y me arde la boca. Grito y me vuelvo a contemplarla. Necesariamente mi grito le debe haber gustado ya que ríe más aún y me mira fijamente. El balanceo me impide seguir contemplándola. El fuego se concentra patentemente. Una línea gruesa. Más corta. Un punto ya. Que se me clava en los ojos. Logro girarme. Ella se levanta. Rápidamente. Salta

hacia el bosque. Intento desasirme. Estoy totalmente trabado al círculo. Me incorporo un poco. Me atan algo como raíces. O lianas. Ahora un esfuerzo supremo. Y me deshago. Comienzo a correr. Estoy en el camino que va al lago. Ella delante a una distancia inalterable. No puedo correr más deprisa. Tengo los miembros adormecidos. Y no consigo detenerla. Decido hablarle. Algo que la detenga. La boca no me permite articular nada correcto. Caalsaan. La lengua está también evidentemente dormida. Riaaaal. Falta poco para que se precipite en el agua. Un nuevo esfuerzo. Raaaaeem. Y misteriosamente se detiene. Llego a su lado y produciendo un chasquido se vuelve hacia mí. Naturalmente no es ella. Un error estúpido. Intenta quien sea explicar algo. Caalsaan. Mueve los brazos de hombre y escupe un sonido. Riaaaal. Es necesario acabar. Toda mi mano dentro de su boca. Como una barrena. Un recuerdo de virutas y miraguano. Se va deteniendo su mirada en cada parte de mi rostro. Mi brazo ha penetrado enormemente. Algo increíble. El error aún protesta. Raaaaeem. Y comienza a deshincharse. Muy deprisa. Lo soporto íntegramente sobre el brazo. Como un guante. Simplemente ahogado.

Crucé la habitación y hallé desvanecida a la mujer de mi amigo. Tuve el valor suficiente y registré sus prendas más íntimas: no llevaba nada que me interesara. Luego, en la cama matrimonial, la poseí: no volvió en sí hasta el final. Me miró y dijo: «Soñaba precisamente contigo». Me separé y, tranquilamente, busqué entre mi ropa desparramada, el tacto suave del arma. Sólo un disparo, y el vientre adquirió la rigidez precisa: descargué sobre la muerta, una lluvia de golpes, y no concluí hasta que su piel tomó un color harto desagradable. Odio el amarillo.

Los periódicos dieron detalles vergonzosos sobre el crimen. Algunos resultaban hirientes para la sensibilidad del lector medio. Decidí, por lo tanto, hablar con el director y amenazarle. Debían retractarse y pedir perdón por su falta de delicadeza. Todo ello me distrajo unos días, pero cuando las cosas empezaron a olvidarse, el aburrimiento se apoderó otra vez de mí y planeé otra fechoría.

1966

OTELO

La huida en el coche festivo y cálido junto a la mujer que amo.

Así es el comienzo de la historia que yo debiera relatar. Después contratiempos de toda índole ensombrecen el propósito y la historia se diluye.

En marzo con los bolsillos llenos de dinero fresco adquiero la casa y ella dirigiendo un ejército de obreros meticulosos dispone el marco de nuestra aventura. Desde el principio un clima de amor y tranquilidad que ninguno conoce hasta ahora: permanecemos abrazados con los ojos indagando en la blancura del techo favorito; las tardes aún frías en la terraza que da al mar; y la noche embrionaria y olorosa que nos convierte en animales recién nacidos.

La sospecha aparece con los últimos días de primavera: allí donde se oye cantar al hombre una necesidad de acudir y la intolerancia propia de estas ocasiones que él me robe la hembra yo no puedo tolerarlo y decido acabar con el intruso. Luego se dijo que no iba a eso pero no hay pruebas de nada que lo confirme —aunque tampoco que confirme lo contrario— y obro conforme a lo que se espera y despeño al odioso.

La locura convierte en falsas las apreciaciones más íntimas y así me aseguran que cayó un muñeco ayer mañana desde el balcón del dormitorio al arenal que bordea la roca. Falso pues yo mismo asesiné a John Updike ya en trance de cohabitar con la débil Lucía. Pero si deciden no creerme les mostraré el cadáver. En este país hay indulto para este tipo de crímenes.

Bajamos cogidos fuertemente. Las escaleras de pino enano se arquean flexibles bajo nuestro peso y sus brazos me rodean. Hay un tallo húmedo recorriendo mi espalda cuando su lengua traspone el umbral y su vientre de pez espada me roza. Ahora se separa un poco y recoge un montón de algo que se desparrama aún por mi cerebro. La víctima creo. Y nuestro automóvil se aleja de la mansión de mis sueños.

MUERTE DE JOAN MARSH

No dejes sin acabar la casa que edifiques,
no sea que la corneja chillona
vaya a posarse en ella graznando.

HESÍODO

Otra vez he intentado acercarme a la mujer que amo pero ella debe de estar avisada y huye sólo verme. Trepa la pared verde y vislumbramos entonces sus muslos de reina aunque rápida cae al camino que la aleja. Maldigo mi torpeza.

Siento ahora el frío humedecido por la proximidad del río y el resplandor tenue de nuestro sol de otoño. Está el campo dormido en esta mañana hosca y el ruido de vida animal no arranca en el bosque. Me caliento las manos refregándolas a mis gruesos pantalones de pana y ajusto el cuello levantado a mi piel blanca. Esta es la hora. Debo esconderme.

Sus pies casi no crujen la hierba escarchada levantando nerviosamente a veces los brazos hasta anudarse el pañuelo en torno a la cabeza. Busca también desde luego algo que pudiera agazaparse entre las matas y apresura el paso cuando surjo y saludo cortésmente aunque esta vez no podrá escapar.

1 Zzuuk zzuuk y vuelve la cabeza 2 zzuuk ahora acelera algo más y yo ya lanzado y casi de un salto me planto a su lado a su lado casi no puedo creerlo 3 rraaaaa rraaaaa obtengo una poca risa y animado la golpeo 4 rraaaaa rraaaaa disminuye la marcha quizá por el sobresalto al verse maltratada pero poso suavemente mi brazo sobre sus hombros 5 rraaaaa rraaaaa qué bella es la vida he decidido estrecharla un poco pero se agacha se libra y corre bastante y yo corro también 6 hiiiiii mi grito lo

escucha cuando imprudente penetra en la margen inundada mojándose la falda larga Joan digo y estoy a su lado con el barro salpicando el cashemire y ella chico tonto déjame en paz 7 ggrruuuuuu no me interesa lo que dice sobre su madre y si la reñirán o no por el vestido manchado y además por qué no se descalza y con el sol este que ya hay se secará pronto 8 hhiiiiii y ahora veo sus piernas acabadas por los pies pequeños y seguro blandos como goma de mascar qué importa que me mire así 9 hhiiiiiiiiiiii sé que no es el frío el que ha endurecido su carne sino los años pasados en la casa de los abuelos cuando era niña y corría y saltaba hasta que el sol descendía en un lugar tan diferente a todo esto y allí supongo hubiese sido de otra manera 10 ggrruuuuuu la pequeña arma gira muchas veces antes de hundirse en el frío lecho y cenagoso tras el crimen perfecto.

1968

DEDICATORIA

Contra la estirpe humana que culmina
es este absurdo hombre que camina
junto a mí y en mi sombra peregrina.

Contra ese triste y solitario afecto
por el hecho consumado y vacío,
arrumbado con secular aspecto
en el huero lugar del griterío.

Contra todo ello van mis versos,
refrendados con firme poderío
por la fiera espada que los pechos
deja abiertos, sangrantes, yertos, fríos.

La pequeña Brownie untada bien y con el cerrojo abierto se pega al magro cuerpo que tanto he trajinado en estos veintyséis años. En la guantera abierta y al alcance de mis dedos rápidos duerme tensa la Beretta mercada en Francia. El motor a punto. Neumáticos nuevos. Firmemente anclado en el asiento único que envuelve mis espaldas. Las manos enguantadas prestas al volante y al total de mandos. Ya parto. No llueve. No se nota viento. Estoy rodando a 160 por la pista lisa que me lleva al sur. Adelanto constantemente vehículos y la frecuencia de estos indica la proximidad de la ciudad. Llego al edificio. Parece que el asiento automáticamente girado a la izquierda y la puerta abierta con un crac preciso preludien ventajosos mis pasos por el pasillo largo iluminado en azul y con techo de espejo. Llamo. Un disparo seco tumba al hombre inseguro alto y blanco que taponaba. Entro. La claridad se cuela por los resquicios horizontales de la persiana americana y da un aspecto de cebra a la hembra pálida desnuda que esperaba larga al hombre muerto. Estoy a su lado contemplando el nacimiento de sus cabellos rubios en el marco superior de lo que se llama frente y que se llena de gotas de sudor ocre al mezclarse con el maquillaje de fondo. La habitación convencional aguarda mis actos e invalida la precipitación. Un cuarto de baño luego la terraza sobre el mar y un pequeño gabinete rodean la sala en que se desarrolla el drama. Nitto Ferrara contra la pared empapelada riega con sangre el zócalo y el gotear mantiene extasiada a la mujer. Por si acaso disparo sobre su nuca de cristal y se inmoviliza abiertos los brazos temblando antes la carne dura de los muslos y dándome prisa ahora sí. Abro uno dos tres cajones de la mesa grande que utilizaba Ferrara para dirigir su

mínimo imperio. Extraigo el documento rosa que me preocupa. Lo pliego introduciéndolo en el chaleco mientras salgo y contemplo por última vez a mis anfitriones. De nuevo en el pasillo. Nadie. La calle. El ruido séptico de la vida. Aplico la llave. Obedientes la puerta y el asiento me absorben. 4 minutos 45 segundos. Pulso el arranque. El motor ruge. Todo en orden.

INVIERNO EN LA CHOPERA

Se están doblando las ramas en esta tarde de invierno,
ponen sus dedos mojados brevemente en mi espalda
y las hierbas tranquilas ceden humildes bajo mi peso.
Parece que el agua se niega a partir en esta hora;
permanece atada a las raíces grandes y a las pequeñas
piedras,
llora a veces sobre la pálida roca
y luego me mira en su reflejo turbio, con fondo de hoja.
Puedo hablar de la voz de las aves,
puedo hablar de la voz del bosque que asoma en el cortado,
puedo hundir mi cuerpo en el liquen y esperar el frío,
puedo verter mis ojos en la charca y lanzar las manos al
aire;
pero al fin me callo,
y escondido,
observo el paso de las nubes.

3 - XII - 68

Estoy sentado en la silla de los verdes años,
de cuando era moda saludar con el puño cerrado
y parecía que siempre iba a seguir todo igual.

Me noto viejo en esta habitación llena de recuerdos,
no por lo que el tiempo se ha llevado,
ni por la carencia de esperanza en lo que llega,
sino porque creo que algo hubiese podido ir mejor.

Ahora contemplo el curso de los acontecimientos:
la guerra de los negros, de los chinos, de los pobres diablos;
y ya no siento pena; ese es, ante todo, el premio,
el no sentir ya nada, el despertar vacío.

4 - XII - 68

Se ha roto el aire que sustentaba mis largos paseos,
mis horas muertas en la noche del barco amarrado.
Se ha roto la angustia que me impulsaba a pensar,
aquí, entre sueños que guardaban mi silencio.

Igual que los gestos del hombre en las calles que no acaban,
así mi vida se ha truncado; no queda nada,
y aún me esperan tiempos que vivir solo,
con las manos yertas, y la mirada en tierra.

5 - XII - 68

Voy sintiendo el paso de los tristes días,
el paso que acaba con las grandes ilusiones,
con los pequeños proyectos, con nuestra vida
íntima.

Así, voy cerrando las puertas llenas de humo
las puertas que reducen mis ojos,
en la quieta casa, donde tu hablabas.

Porque estoy perdido y nunca hallaré el camino decido abandonar definitivamente, dejar que se extravíen mis pasos hasta llegar a donde ya no se es nada, aunque la pereza no sea suficiente y me hablen de grandes glorias y por ella las pierda. Así sea.

He ido cerrando las puertas que se abrían a esplendorosos beneficios. Mis ojos ahora permanecen dormidos y mis labios callan. Ya no son palmas las que suenan en los frentes en que combatí sino ásperas disquisiciones sobre la naturaleza de mi fracaso. Mi fracaso predicho. Mi fracaso que alegra a los que molesté. ¡Y no podía dejar de hacerlo!

Echo la manta sobre los hombros. Levanto las manos hasta rozar las nubes y me lanzo al mundo con entereza. ¡Oh qué hermoso es el día cuando nada sobrecoge y las horas puedo llenarlas a placer! Me siento en el sendero, en el borde del sendero que me lleva hacia la vida, oigo el agua, el agua y la música de los árboles, y ahora, moviendo las manos como en los tiempos en que solía burlarme de todo, camino en dirección norte-sur, emigrando.

Así, llego a las zonas de ocaso, a las hogareñas veladas en que se cuentan hechos, a la martilleante habladuría de los que venden, a la traición, al desgaste de manos y brazos tras la caída de los frutos al mar implacable. Y cuando recorro los países más distantes, cuando enseño mi pasaporte de hombre que va al infierno y la gente se acerca para escucharme, entonces, me aparto y lloro, porque ellos ven lo que soy y nadie intenta disimularlo.

Ese es el declinar a través de los años. Nacer poderoso, con los arados de la violenta dicha arando tus campos, vivir empujado por el deseo de rápida gloria, y al fin, cuando

hasta las cosas más simples resbalan entre los dedos, conformar la vida a la aventura, y luego reventar oscuro, allá, en la tierna mansedumbre.

1969

MIS MEMORIAS

> En el fondo del féretro se colocará una capa
> de mirra pulverizada cubierta con un tul,
> y encima de ella se depositará el cadáver
> completamente vestido.
>
> MANUAL DEL NATURALISTA

Debo de equivocarme a menudo. Llego a lugares que no debía y al recobrar la postura pierdo la vista en lontananza. Quiero anotar paso a paso todas las desventuras que hoy me sucederán para así poder analizar mis actos y descubrir el extravío.

20 de mayo de 1968. Luce el sol y me invade un optimismo reconfortante. Son las 10 de la mañana. Abrí la puerta del jardín mientras acababa la tercera y última tostada con mantequilla y señalaba enérgico con la otra mano la taza de la leche aún vacía. Eva se acercó con la jarra y vertió el saludable líquido. Luego me afeité y me lavé los dientes. Escogí el traje beige y salí alegre a la calle. Podía coger la avenida Pearson o perderme por las calles empinadas que llevan a Santa Ana. Hice lo primero. Pocos coches a esta hora. Desdeñé los dos primeros y me apoderé del tercero. Era cómodo y la dueña había olvidado un pequeño bolso. Crucé la parte alta de la ciudad y me dirigí por la autopista 5 hacia la playa. El faro más solitario que nunca. Bajé a estirar las piernas. La brisa acudía puntual y gracias a las raquetas para la nieve no me hundía en la arena. Volví al coche. El bolso contenía unos billetes que guardé y una libreta de direcciones. Arranqué una hoja de la libreta y tiré todo lo demás al mar. Ahora hacía frío.

Cerré la ventanilla y puse la calefacción. La hoja arrancada hablaba de un lujoso apartamento y de una cita a las 6. Debí callarme pero puestos a errar mantendré la arrogancia. No le afectó el que no supiese pronunciar bien mi nombre. Retrocedió hasta el centro del vestíbulo y colocó la ficha. Pasaron 8 segundos y se abrió la puerta del fondo. Me hizo pasar y me senté en la única silla. Luego sucedió todo muy rápido. Entró George y me dio la rosa. Aplaudieron. Vino mi madre y me habló de Bronx. Aplaudieron. Yo estaba hecha un lío. El director y parte del decorado se me echaron encima y casi no me dio tiempo a huir. Al bajar las escaleras George me cogió del brazo. Quería sincerarse. Me habló despacio de todo lo nuestro. Casi susurraba las palabras y yo me sentía invadida de una sensación muy agradable. Me gustaba dejarme llevar. Su brazo parecía transportarme por los aires. Llegamos al río. Hubiera podido poseerme sin ninguna dificultad pero prefirió que recobrase los ánimos. Estábamos sentados en el banco de piedra y dejaba que el viento agitara mis cabellos. George estaba ahora deprimido. Tenía la cabeza entre las manos y con la bota ortopédica dibujaba mi nombre en el lodo. Me llamaba Betty. Acaricié su nuca rojiza y descubrí la etiqueta de su abrigo. Una etiqueta negra con letras doradas. Balsom o Belsom. Un nombre extraño en aquellas tierras. Quizá lo hubiera adquirido en el viaje a Inglaterra. Me levanté. Había dos pescadores en el borde de la presa. Dejé a George sentado en el banco y fui hacia allá.

MANSA CHATARRA

> Manolios inmediatamente se tornó a su gruta, buscó un grueso tronco de encina y se puso a tallar de nuevo el rostro de Cristo.
>
> KAZANTZAKIS

Salí de casa molesto y conturbado por la desazón que me trababa estas semanas. Al llegar a la calle observé mientras intentaba abrir el paraguas la muchedumbre basta agolpada en las aceras. Me aparté rápido para dejar salir al gañán de Roberto Fuentes que iracundo me atropellaba balbuciendo en su jerga no sé qué de su prisa y su trabajo. Decididamente empezaba otro mal día. El paraguas seguía sin abrirse. Ya había intentado abrirlo suavemente luego a tirones y ahora forcejeaba de forma brutal para lograr extender la tela envarillada. Otra vez hube de hacerme a un lado para evitar ser arrollado por la barahúnda de críos que marchaban a su escuela. Y otra vez el intento inusitado doliéndome ya los dedos y parte de manos y brazos. Seguía la clarividencia permitiéndome adivinar los forros de podre de la gentuza estacionada. Opté por dejar el zaguán. Corrí jadeante aún por las décimas que restaban hasta el palacio de los Sidonia. Bajo el pórtico lateral logré serenar el pulso y apoyado en el venerable paredón consideré los hechos. Estaba lejos de la meta con un paraguas absurdamente inútil con una fuerte alteración nerviosa secuela de tanto mal y las calles aparecían hoscas parodiando mi entrega. Menudo panorama. Tuve fuerzas para agacharme y dar migas de queso al muchacho fornido que me acuciaba restregarle la chepa a mi madre e intentar una vez más abrir el aparato. Nada. Si me tranquilizo si descanso sin pensar si cierro los ojos y reparo esas fatigas podré lanzar

otra carrera y amarrar en Santa Orosia. Lo pruebo. Ahora en tinieblas noto la mejora subir desde el fondo de mi alma escarchada y remendar el cortejo quebrado. Va bien. Sigo oculto. Falta poco para abrir. La luz. Salgo pues. La caminata larga apretada a las fachadas pares. El concierto de Robinson Crusoe en Filadelfia allá por 1960. La mosca de Benito Mussolini. Aquí recalo. Excesiva la etapa. Entro en la buñolería-turronería. Como. Me atiborro de mazapán de Cádiz. Guardo dos brevas en el alero del bombín para Banesto Andrina. Ella me aprecia. Salgo y vomito la bosta en la cara de San Nicolás de Alejandría. Que por allí andaba. Desde ahora todo debiera mejorar pero algo me dice que no será así. Empiezo a oír el susurro. Dudo un poco de él porque el clamor de la muchedumbre confunde a cualquiera. Espero y se cumple el instante en que todo se calla y me permite notar el galope que persiste y se aproxima. Subo a la giralda y por la escalera pienso en A Bao A Qu y en el silencio que preví. Algo nefasto en las predicciones sí que hay y mascullo una salida a mi estado. Los corceles se aproximan. Desde arriba los podré ver y habrá muerto mucha parte de los hombres que se estacionaban en la avenida ya que sube el llanto a carne chamuscada. Falta poco. Me noto mareado y aunque no es nada grave me incomodan los peldaños que restan. Estoy en la plataforma junto a la cruz roja que señala el lugar exacto donde se posa el helicóptero. Ni rastro de los ordenanzas e incluso las chicas aparatosas han descendido a la calle. Estoy de pie en el lugar más alto. La caballería llegando a la base de la torre y ha formado un surco en la masa humana al pasar. El surco es verde. Como la sangre. Me giro y veo a Gertrude Dreyer. También a Nina Pena Rode y a San Jerónimo azotado por dos ángeles. Ahora ha crecido el espejo de la cornisa y al asomarme al vacío veo mi efigie oscura recortada en el cielo de noviembre. Qué bello soy. Pulso el botón y el espejo se repliega en las entrañas del edificio. Otra vez la ciudad bullendo sus habitantes que taparon el surco y la congregación prusiana en mi justa vertical. Me habla Piranesi. Sus palabras rojas permanecen

unos segundos sentadas en la silla curul y luego se escabullen en la boca del gamo. Leo rápido pero empiezan a escapárseme algunos párrafos. Ve más despacio. No obedece. He perdido la mayor parte de esta última frase. Me poso en su cabeza. Debo encontrar la entrada. Cabello hay en abundancia y produce al arrancarlo un ruido apocado y un polvillo acre me atufa las narinas. Su corsé de oro me encanta y olvido el discurso que cae al suelo al marcharse el corzo. Bajo por la espalda cálida donde se pone el sol y hallo la caja de música. Me hastía ya. No mantiene el secreto tanto rato y su aspecto es corriente. Lo echo al montón y vuelvo al borde. Qué de gente. El personal aumentó en estos días que me encontraba de viaje. De pronto contemplo horrorizado que los caballeros no están. Agudizo mis oídos. Suben. Los cascos resuenan metálicos en el pasamanos de la escalera principal. Calculo grosso modo. Dos semanas. Tres. Pero no puedo arriesgarme. Deben de estar llegando. Beso a Lisbeth Movin profundamente. Atuso mis cabellos. Estrecho la mano a la concurrencia. Me retiro unos momentos al excusado. Salgo. Léon Moussinac me entrega un paraguas nuevo. Por la pasarela llego al mirador. Al norte Gredos. Tengo una extraña desazón al recordar a mi familia. Añoro los veranos en Cestona. Salto. Ya caigo. El paraguas se porta bien en un principio. Luego no es capaz de frenar lo suficiente y al aumentar la velocidad mis piernas se abren grotescamente y el vendaval penetra indiscreto por mi ano de cartón. Empiezo a notar una desagradable tirantez. Me estoy hinchando. No puedo expulsar el aire porque la bruja dejó su lengua leprosa taponando mi boca. Soy enorme. Bola de sebo oigo que me llaman. Todo el mundo me empuja. Gordito gordito. Están aceradas las puntas de los cascos de los soldados del Káiser. Me clavo en todas tan grande soy. Estallo. Me hundo entre las faldas plisadas. Tarzán.

OCTUBRE 1969 I

No debería haber vuelto, siento
que se han enfriado las calles, que mis horas
pasadas
no han dejado huella, que ya no consienten
que ande sin rumbo. Quiero pararme en cada
esquina
y ver la gente honrada reírse de mí, mientras
las aliagas trepan por mi espalda.

A veces me pregunto que cuál es el camino,
si debo de ser un caso aparte que no sabe
lo que quiere, o si eso,
la duda, el temer afincarse, el hastío,
acometen al prójimo y también sufre.

Pero qué prójimo hay en este erial, no quedan
muros que intentar mover, no puedo
apoyar mis manos en el aire porque resbalan, y
murió
el pájaro que alegraba esta hora. En mi ausencia,
cambiaron hasta el color de la tierra.

OCTUBRE 1969 II

Tengo la sensación de que perdí la carrera,
que se adelantaron los canes podridos
y sus heladas fauces beben ahora el vino
que yo debía.

Oigo llorar mis endiablados nervios
cuando huyo por la pista pulcra.
Me da miedo contemplar lo que dejo:
la casa que no llegué a amar, mis guantes de piel nuevos,
olvidadas, no sé cuántas direcciones,
números que contestaban, todo quedó allá,
ahogado, sabiendo que no espera, ya, para mí, muerto.

Sé que ahora aquí, con la experiencia grande,
con la mirada fortuita puesta donde debo, ganaré,
con la ayuda de Dios, la caliente leche de otros pechos
y con ella recorriendo las calles daré envidia
a esos pobres herrumbrosos cerdos
que se enrolan en el vicio de las interminables fichas, sin
que a mí
me importe —hay que decirlo todo— mucho,
para ser exactos: nada. Yo a lo mío y a ellos
que les parta un rayo.

1970

LA DAMA QUE VIVE

> La dama que vive frente a mi burdel es alta, trigueña, de buen caractel.
> Tras entrar silente por el tragaluz intento besarla junto a la testuz.
> Iracunda pugna por librarse de mis brazos morenos que a ella aferré.
> Rodando desnudos por sirio tapiz contrato a la coima mercar su desliz.
> El befo solemne que adorna su tez la garduña entera excita a la vez.
> Así mis caudales espero medrar si salud el buen Dios decide otorgar.
>
> POPULAR

La dama que vive cruzada la calle penetra el seto frontal por la puerta en arco. Aseguran que estuvo invitada a la boda del Duque de York y al bajar del cycle-car anoto su pergeño noble. La pierdo al doblar el porche pero su estela permanece en mis retinas soñolientas. Son las doce del mediodía. Aprieto el timbre y aparece Cri-cri con el desayuno y la prensa. Muerte de Valenzuela como secuela del encono Guerra-Estado. Auge de el Raisuni por el mismo motivo. Decido tomar un baño antes del desayuno. Cri-cri servil retira los bollos y el café con leche y echa un chorro de Colonia Añeja en la templada bañera. Un hombre nuevo. Iré de compras. Quizá un perfume prepare a la dama.

La noche corteja mi sombra en la altura de la glorieta. Desde aquí la diviso. A veces sólo es la silueta si se interponen los visillos. Pero en cambio dichoso la veo entera cuando se ha sentado frente a su bufete. Arranco unas gardenias y enmarco la caja primorosa de Origan d’Or

Francy. Avanzo. El jardín crepita malicioso bajo mi charol. Estoy adosado a la cristalera con el corazón pegando fuerte y la vista extasiada ante mi bella. Llegó de la embajada y no parece vencida por el cansancio. Quizá negó el palique y ausente paseaba por la balaustrada norte. Pensativa pues con las perlas abandonadas entre sus líquidos dedos. Repaso el atuendo. Vestido de crespón «georgette» color gris perla guarnecido con bandas fruncidas. Golpeo el vidrio. Horrorizada se endereza y su rodilla derecha golpea el maderamen. Dolorida y agachada recula hacia el centro del cuarto. Temo que grite y entro rápido tapando su boca con la seda y ella se desmaya sobre el lecho. Estoy aquí. De pie junto a mi dama. Meditando qué voy a hacer. Decido besarla. Coloco las dalias en el búcaro y el perfume en la mesita. Me acerco. Le saco los zapatos de chapa niquelada y la extiendo longitudinal sobre la colcha. Lleva dos anillos lisos y un brazalete de asta de búfalo. También un collar en doble recorrido de perlas japonesas. Fuera abalorios. La falda es doble en las partes delantera y trasera a modo de un delantal. Juego con los rizos laterales que rozan sus orejas de naipe. Alzo su brazo derecho y contemplo la encantadora axila depilada y el origen del seno breve. No venzo la inclinación y acaricio su cuerpo a través de la generosa abertura lateral. Va desnuda debajo. Estoy enormemente excitado. Mi mano llega a un extraño lugar donde acuden los jinetes en sus correrías por la lejana Extremadura. Hojas de geranio y pinchos de rosal en ese punto que me desconcierta. Debe de estar a unas pulgadas del esternón pero no corresponde a nada de lo que conocí. Me cuesta retirar el brazo. Está trabado a ese alto nido con calor de verano. Logro desasirme y la mano roja y pegajosa me duele enormemente. Voy hacia el piano. Aparto a Paderewski. Me siento. Ante mí el teclado. Quisiera conseguir la octava. Ahora. La obtengo. El dolor cede. Me invade algo extraño. Corro hacia ella. La falda interna es tubular pero permite el paso. Suerte de abrebocas. Lo coloco dos metros arriba de las rodillas. Se forman hematomas instantáneos. Pero a mí qué me importa.

Recorro holgado el túnel. Cámaras donde se me reconoce. Cámaras donde se me considera. Numerosas antesalas con los muslos flanqueando. Ahora el espacio se ha reducido tanto que no permite el paso a una persona. Doy más vueltas al abrebocas. Al máximo. Suena un grito desgarrador. Creo que cedió la tela. He llegado al fin. La tumba de Tut-Ank-Ammón. Abracadabra. 1 de enero de 1942. Todo se mueve. Gritos. Procedo rápido. Al principio la resistencia de siempre. Luego. El paraíso. No puedo estar más rato. Un gran desbarajuste a nivel de dirigentes. Forcejean entre las columnas. Golpes y palancas para soltar la traba. He de salir ya. Están consiguiéndolo. Un último estertor en la mansión cálida de mi pasión. Han extraído el abrebocas. Es cuestión de segundos. Frasco de sales. La levantan. Saco la cabeza. Me oprimen tanto que me sofocan. Paredes peludas que asfixian. Ella despierta. Lleva sus manos hacia mí. Levanta la tela. Ojos desorbitados y dolor en su rostro cuando aúlla la plebe en este crepúsculo. Me ahogo. Sus manos de hierro estiran mi cráneo. Me muero. La hermosa enseñando su sexo lascivo orlando mis restos. La rata. La rata. Y cae de nuevo. Esta vez sin vida. Y yo en su recuerdo.

LA EMPRENDEDURA

Porque acabó mi vida en esta tierra
y mal movieron los hilos que guiaban
la marcha de mi sombra.
Porque abriendo la carne de mis dedos
sin saber si los vencejos anidaban
hallaron aire.
Porque algo había en mí que les dañaba
y molestaba el color de las raíces
que me tenían.
Por todo eso regresé de nuevo
con las botas relucientes
la casaca a cuadros cepillada
y sin mucha convicción
de que notaran mis pasos
tan ligero mi espíritu andaba.
Mas triste fue el vacío
que no hallé
hasta plantaron un chopo
y se mudaron de enaguas.

MAR

Estoy sumido en el tiempo
sobre la barcaza que descansa en el agua
en la hora de las lampreas
en que mis lágrimas bajan
juntándose a la sabia caricia del océano.

Hallo placer en apoyarme aquí
en notar la rugosa tarde rozar los flancos de la
nave
—la nave que abre los mares desnudando peces—
astillándose mi piel al contacto de las olas.

Estoy sumido en el tiempo
en el tiempo de las horas largas
que cunden sin saber por qué
parodiando mis ademanes en la escuela de
párvulos
y resuelto a amarrar en el puerto de la noche.

Me gasto lentamente
mis cabellos como jirones de banderas
caen unidos a otras faneras despiadadas
enterrándose en el verde piélago
sin gritar apenas.

El tiempo me consume
me devoran sus fauces mojadas.
Asomado a la borda que rompe el horizonte
oigo bramar la mirada de mis ojos
clavados en los destellos de los rizos escarpados.
Me aterra no asir las rápidas formas
saber que se escapan definitivas

hacia otra proa.

Con las manos crispadas en el mástil
intento hender mi cuerpo
dejándome penetrar por la madera
pudiera probar el roce de la profundidad
   amaneciente
en mi vientre calafateado
con la piel de alga y quilla de acero.

Mas mi halo débil se quiebra en las aguas
pierde la textura de fuerte aspecto
y trágico me expando en la obvia corriente.

TIEMPO EN LA PROVINCIA

Saber que perdí la luz de las mañanas,
la grotesca pareja que nos hacía reír
al pasar junto al portal y la timba dominguera
de trajes ajustados y gruesos juramentos.
Recuerdo la escalera crujiente, hundida
a trechos desiguales, con los pomos de latón
brillantes e inclinados y la barandilla
que rozaba tu falda azul comprada en Francia.
Qué poco queda de todo eso.
Cayeron los divertidos frescos de tu patio, degollada
la moza gorda se asoma al huerto que de verde
se ha vuelto de ladrillo, y las aves,
antes mantenidas sobre las rubias cabezas, fragmentadas
se agazapan a la derecha de la segunda puerta,
la que protege de las grandes nevadas y relentes.
Cerró el mal restaurante del hombrecillo hosco.
Las mesas de hule
corta una pata, el calendario
con Murillo y el gato negro
que te seguía.
Hasta las bolas de carne picada,
servidas calientes
atravesadas
por los palillos que el primer día
despertaron tu risa.
Y el vaso que siempre
a mí me tocaba,
con una quebradura
en forma de ojo.
Qué fue de la sombra de mis manos en el rincón de los
libros.

Se oía el reloj de pared caminar
—como tú decías— en el comedor contiguo,
estabas ya dormida y acuciando
los sentidos, notaba la vida íntima:
el gemir de los viejos muebles, el olor
de la ropa colgada en la silla, las voces
últimas, calle arriba, colándose
por el resquicio que habría que tapar,
junto a los vidrios empañados y las cortinas.
Salía a veces del cuarto y miraba,
tocando a propósito las paredes, todo el piso, la cocina
con la enorme pila de mármol y la grifería de cobre,
la alacena deliciosa y el llamado trastero,
repleto de increíbles cosas, juguetes
de tu madre, almanaques
de quién sabe cuándo y mis maletas prestas
a ser llenadas.
Abría el mirador y me asomaba
a la desierta plaza. Qué hubiera dado
porque lloviera; aunque sobraban
motivos de goce. Orden perfecto:
tú, viviendo a mi lado, las calles, la casa
que amaba, el tiempo triste, los campos,
la noche exclusiva, el frío, y la certidumbre
de que ya faltaba poco, de que habría
que dejar colgada para siempre la llave de la puerta
y regresar al mundo de los nombrados vivos
para sacudirme poco a poco todo aquello y recobrar
la inefable marcha, el control de las horas,
la diaria espera, olvidando cada día algún nombre
que me uniera a la tonta fantasía de aquel año
que pudo no suceder y que ahora yace
irreversiblemente ahogado.

Luchar contra el anquilosamiento de las palabras
moverlas disponiendo nuevas mallas sacudir la estructura
del poema
despertarlo
se trata de agarrar un objeto ver su nombre pesarlo medirlo
olerlo observarlo
darle libertad para que se manifieste
para que se realice totalmente
cambiar la decoración la situación de los muebles del salón
de todos los días
la palabra corre y se adhiere
aparece un grito una modulación un fondo de sentido
se crea sonido de frases con los elementos volcados
el fuego de las cosas que conocemos bajo otros aspectos
valorar lo que tenemos
llegar a exprimir el color y la forma de las letras unidas
cuidar y dar vida al poema exhaustivo que creamos
madurar la idea sobre la posibilidad lingüística
conocer el léxico tanto que huelga la estrecha gramática
las frases nacen limpias
criticamos los versos con los versos
demostrar nuestro convencimiento con la anarquía en la
elección
cavilando nuevos programas
saber qué se vierte sobre la hoja blanca
aquí ahora poder columbrar nuestra diaria vida
desconocida
la vida ceñida que desatamos
hasta que auténtica se refleja en lo que no se limita a un
modo
que incumbe el total de mis actos

que a modo de canto damos lúcidos
porque se domina el oleaje y el calado de la semántica.

CAMPO DE BURGOS

Sobre la tarde lacustre
en la añeja borda que inclina
mi espalda apoyada, vagan
la luz de las garzas
y el atento mirar —forma
tersa, ecuestre—,
en esta hora directa.

Como la hierba escondida
entre las chinas que apenas
en el año favorable apunta
su capa grácil,
así es mi vida.

Parece llover en el fondo de los ojos;
se nota una propensión a la quietud,
recogerse en el ámbito hogareño
y a lo sumo hojear, de refilón,
la revista ilustrada.

Qué hubo en esa edad. Algo
hosco, removiente, forzándome a dejar
lo que tenido parecía poco,
llevando mi absurdo aspecto
a la justa parcial que dirime
el claro privilegio.

Tal parece el resultado.
No hablar de fracaso, quizá
simple hastío, resumiendo, inútil
permanencia. Como en los cuentos:
retornar a casa, comprobar

si el perro aún te sabe,
sacar la silla, pedir la lumbre
y echar una partida.
De ahora en adelante
con eso basta.

ASTURIAS, QUINCE DE AGOSTO

Me veo bajo la sombra de los muertos
donde beben las cañadas y se asoman,
busto enhiesto, las chiquillas del barrio,
donde caza el alcotán en el estío
sobre el chapoteo de los canes.

Me hallo en la grieta de la vida,
en la grieta de las tumbas comunales
que mancillan la cuaresma —calenturas
moradas y elevadas almas—.

No sé aún de qué se hundió
la losa manifiesta que aguantando
mis arrobas brilló en la añada.

Quedé atrás de las perdidas pugnas,
retirado del corral en que lucía
mis atributos de hombre, para ceder,
puesto a puesto, mi lugar,
resignado y yerto.

Qué importa ya el color de los campos.
Trazo con mis manos la alegoría del mundo:
el baile de mi alma —alegre
desde la dorada cuna—, y las mozas
acosadas en las fuentes y el aire
que festivo precedía mi concierto.

Cierro en fin mis ojos cadavéricos —tapa
de vidrio roto—, me remuevo
en el fondo, ligeramente apartando
mis helados compañeros.

Negra está la noche.
Lejos quedan los tazones humeantes,
la mano de la novia en mayo
y la amigable estancia.

Hasta perdí el olfato campesino
y el hábil tacto que mesura
bajo la bordada colcha
la quebrada hora.

Olvidaron mi acento.
Borrada la andadura
quemaron mi nombre.

CÓNSUL
[1987]

A Charito Ortega
y Dubroy Picko

OLGA

1

Me escondo en la clara del huevo duro. Desde allí contemplo a los caminantes y a la armazón sensiblera de las begonias. Comencé llenando los bolsillos de begonias y pasta sémola aclarando luego con huevo puro. Resultó bien y me entretengo en recordar tanto fuero íntimo y la máxima presión en el estrecho. Salí al patio y desmonté el arma. Gemían las dos hermanas al unísono cada una muerta por distinto motivo aunque ninguna doblemente apasionada. Me cercioré del estado de ánimo. No fuera a errar de nuevo. Caminé hasta el cercado y en el crepúsculo de ese año deposité una rosa. Una rosa abierta es la caricia que amo teniendo puesta la intimidada pena en toda su extensión. Carlota. Qué ánima señera para ser prejuzgada. Latiéndome la arteria donde refleja cuño y al lado la veleta inmóvil queriendo herirme. Hastiado hasta el momento. Música de negros clavarme el alma. Mi hermana pudo cambiar el curso de los acontecimientos. Astro de cine. Por más que huyera.

2

Considero mi reputación echada en el olvido, con la caída de la tarde en los bolsillos y la triste enredadera adosada al señorío. Ésta es mi historia; gravemente enmarco la pastosa crema y por la pista falsa me dirijo al teso.

Cabría una fortuna en el paraje. Mientras subo y bajo repetidas veces oigo moverse el mar y oscilar el barco. Cariño: estoy tan lejos.

Noto la brisa en mi alma, la falda crujiente y añoro el trasiego, la calumnia. Bastaría una sílaba tuya para transportarme al mundo de los vivos. Me nombras a mí sin saber que te engaño, que te debo una explicación y una caricia. Debieron molestarte los retablos durante el viaje. Me imagino cuántas veces pensaste que te equivocabas. Un trayecto tan largo, y sin ropa adecuada. Fue una locura pedirte que vinieras. Los caballos salieron disparados.

3

Sonó la hora en que digo adiós a Katy Elder y a sus torpes hijos y me dispongo a partir. Elucubraciones acerca de mi retorno resuenan en mis oídos al alejarme y observar la sombra de la casa extendida sobre el bosque.

Tales fueron mis años en la ausencia y la perspectiva en este verano me aterra porque sé que no puedo regresar con las manos vacías y ellos cuando vean llegar mi ridículo 203 acudirán a recibirme con la esperanza y la bondad y no sabré qué darles. Canes de madera acuden al disparo con la vajilla de plata bruñendo en los flancos y la saliva mojando la senda que hollan. Canes heráldicos conociendo el desatino y la sagacidad del llanto. Testigos del crimen que no pené y ahora rememoro.

4

Estoy sujeto a una disciplina total. No se me permite mover ni un brazo ni una mano ni un dedo incluso. La tormenta que se avecina inundará mi sombrero mejicano y no puedo hacer nada para evitarlo. No se me concedería el permiso correspondiente. Hay excesivos trámites de por medio y ellos están cansados.

Gruesas gotas rebotan en la superficie pulimentada de la carpeta roja. En ella están guardados documentos

fundamentales: listas de reos, tallas de ganado próximo a subastar, nombres de fármacos habituales, y la filiación de los hombres que forman mi grupo. La carpeta me protege del vendaval y el ruido de la lluvia al golpearla me fascina durante unos instantes.

Tengo prestigio de brujo y de honorable; ambas cosas me procuran servidumbre eficiente y ligero malestar en determinados momentos. Sin embargo, el hecho en sí, resulta grotesco. Aparecen fatuos epígonos y su sombra no hace sino acrecentar mi valía. Mi fama trasciende rápidamente a las cimas de la organización. Y así mi clientela es cada vez más heterogénea. Mis hermanos estarían orgullosos.

Ahora, con la cara mojada y las botas hundidas en el barro, contemplo el fin de la tormenta. Aquí una lancha, allí un aljibe de irregular escudo.

[1969]

Mentía sin necesidad o tal vez necesariamente. Le obligaba su oficio a ello y purgaba el pecado sumiéndose en lo que odiaba. Así al preguntarle: —¿Dicen que dices lo que no piensas? —él respondía: —Simplemente porque les amo.

En primavera, tras las fuertes llovidas propias, encontré a la caravana descansando en las orillas del Nhei. La mayoría remendaba la lona y un grupo, quizá escogido, comía en silencio. Allí estaba Beón, sentado de espaldas al río. Su hijo —o copia de él— me miraba insistentemente.

—No sabía que estuviera contigo.

—¿Dónde iba a dejarlo? Y además aquí aprende.

Luego, en la meseta que dominaba el campamento, hallé la ocasión de disculparme. Él me observaba tranquilo, con las manos grandes que mi padre besaba, cruzadas sobre el regazo y la boca predispuesta a la ironía. Miré ahora el valle: me estaba preparando para escuchar la confesión de aquel hombre y el surco que marcaba el río traíame imágenes calientes, falsas en la mayoría de veces. Hundí las manos en el musgo, apoyé la cara —sólo un instante— sobre la roca y rápido me volví en dirección a su rostro, que se inundaba entonces de una luz muerta.

—Bartak —dijo inseguramente—, estamos casi en la cima del mundo y no conocemos la historia de nuestras vidas. Mi historia desordenada, revivida constantemente en cada función nocturna; mi historia familiar, de antigua grey; mis noches ciegas, sin el reposo de una verdadera satisfacción. Busco el porqué de tantos actos estúpidos y sólo encuentro el sonido de una vara de mimbre. Contemplo a mi hijo y me pregunto qué me movió a crearlo. Veo sus inclinaciones, que son las mías, empujándolo al atolondramiento y a la vanidad y temo que

no lo sane ni la tranquilidad de estos lugares.

Cogí un extraño animal y lo levanté por encima de nuestras cabezas. El acto me permitió clavar las uñas en la blanca piel del payaso. No brotó sangre y él no notó la maniobra.

—Esperas interminables —prosiguió— me obligaban a buscar distracciones nuevas: me divertía contando las luces de la pista, reía al descubrir inesperadas polvaredas grises tras los cascos de los caballos y aguzaba ridículamente mis sentidos con la esperanza de sentir en mi carne los cuchillos que se clavaban cerca de la mujer rubia. Así, en una larga espera, con la desesperación del que se siente habitualmente postergado probé, introduciendo mis dedos, la viscosidad tranquila de la miel. Apuré, sin saber prácticamente lo que hacía, el frasco, y salí a la pista con el cuerpo barnizado interiormente de aquella nueva materia dulce y peligrosa. El fracaso de aquella noche transcurrió rápido. Imaginaba el regreso a mi camerino y la posibilidad de ingerir sin prisa otro bote del nuevo descubrimiento. Era el nacimiento del vicio más extraordinario de toda mi existencia. La miel me gustaba apasionadamente. Su corporeidad crujiente y densa, su sabor picante bajo la apariencia dulce me transformaban, y sobre todo evadían a mi cansada mente de la monotonía diaria. Durante un maravilloso año, mi vida corrió tranquila bajo los efectos de la droga, hasta que una noche, en que debía representar un papel algo más largo que lo acostumbrado, mi cuerpo entró de improviso...

No permití al mentiroso clown proseguir su relato. Era inútil intentar penetrar en su vida. Primero, anunciaba enfáticamente que ello no era posible por mi incapacidad, quizá de análisis o quizá de juicio y luego, apañaba una historia para distraer mi atención. Su mismo hijo, apoyaba con sus muecas y aspavientos la certidumbre que yo ya poseía. Beón intentaba engañarme de nuevo. Era infinita la relación en que se citaban nuestros fallidos encuentros. Pero ahora no sería así. Aproveché una natural distracción de todo padre: miraba, mientras describía la historia, a su

hijo y dejaba resbalar su mano derecha por la frente de la inhóspita criatura. Di un salto —y un grito también— y me abalancé sobre él. Mi peso, mi corpulencia, mi fuerza y el hábito en mi raza a estos actos acabaron rápidamente con su vida. Hinqué mis colmillos en el cuello fino, débil y frío y, horrorizado paladeé, en lugar de la sangre habitual, una pastosa y dulce crema: algo blando y amarillento que rellenaba la maquillada piel. Mi sorpresa envalentonó a la cría y prodigiosamente comprobé que su tamaño real no era el que aparentaba. Debía de haber estado doblada toda la velada y de sus brazos surgieron hierros que abrieron mi carne chamuscando mi largo pelo y quebrando mi lomo. Quizá de las montañas llegaran hermanos vengando la afrenta porque mis últimos aullidos parecían tener eco en la penumbra dolorosa de aquel 23 de mayo.

[1964]

UNA RELACIÓN IMPORTANTE

Poseo en la finca de Lamsland
1.000 acres de buen terreno
700 cabezas de ganado
y 3 cobertizos nuevos.
¡Así da gusto vivir!
Oui, la chemise Lacoste!

Quisieron o querrían
saber demasiado
y les corté las agallas
a mi manera.

Rememorando
las viejas calles
y las avenidas olorosas
pasamos la tarde
agradablemente.
Encendía la pipa
con pausados movimientos
y yo introducía en esos instantes
definitivos asertos sobre la construcción de la
 choza.
Llegó la noche
y Ernst subió al taller.
(Así saldría la obra eterna).

[1966]

He hecho esta relación con la esperanza de que vinieras a merendar. Creo que lo conseguiré. Ana, tequiero. ¡Guau!

También estuve enredado con la rubia que vendía bicicletas en el estadio. Ella era auténtica. Enervante la trastada me alejó de la mina y recomencé la balada con la frase grata al marisquero: «Soñad bribones». Así las cosas decidí abandonar. Doblé las puntas del lazo y grité. Luego todo fue más fácil. Vinieron los bastardos y se abrió la subasta. Ofrecí ciento. Mi enemigo cientoyuno. Qué drama pues más no llevaba. Y así perdí la talla. Pura cubana.

Abanicas de un modo particular. Con la convicción de que estás abanicando a un rey. Y ello te predispone al llanto. Es práctico asomarse al balcón y ver cómo gotea la fuente. Ahí está el sentido de nuestras vidas. Teamohoy. Vienes hacia mí con la sombra recostada en el borde del espejo. Entonces me miras y das un original soplido. Recoges la falda hasta el límite que permiten las ordenanzas y me besas. Yo digo siempre lo mismo: «¿Dónde andará ahora mi padre? ¿Perdido a lo mejor en el bosque?» No sé qué hacer. Dame el bastón.

Ésta es la historia de mi estancia en la ciudad. De mi estancia larga. Y de mi ciudad propia. Luego hay otras cosas. Pero eso ya no interesa. Podría explicar lo que me sucedió subiendo al campanario. Lo que me dijeron aquellos hombres retirados de los negocios. El color de mi hermano cuando nos invitaron a desmontar el encofrado. Todo ello me entretendría y además no sería prudente aunque a ti te gustara. Así que me callo. ¡Dómine!

[1966]

LÁMINA DEVOTA

No vemos la espalda a los ángeles, el sexo
les naciera entre alas; reclinada la cabeza
sobre el divino hombro la perfecta alma.
Cruza la estampa una lluvia de besos
y se arruga en los bordes
por la ola de manos que del pan
al cabello se posan como el fuego
en el rincón de la fragua.

Cuántas veces recontaba las hileras:
la primera —de cinco, como todas—
con Bartholomaeus al frente seguido
del cordero que junto al dulce arroyo
pace y luego Ambrosius y los dos
ángeles acabando por el romano
Expeditus con la cruz de amarillos destellos.
Es fácil recordar con detalle toda
la estampa, pero ello no devuelve
la tierna infancia.
Así fue todo. Caminos donde las fuentes
manaban chorros de oro, cantos
en las tardes de abril y en la mesa
frugales refrigerios a la espera
del lino de las sábanas.

[1970]

ADRIANA ASTI

Parece seguro que entonces
estaba animado por un gran fuego interior.
Se me veía hablar por la plaza
con los brazos extendidos, la cara
enrojecida mirando a los que al cruzar
apretaban el paso
sin saludar apenas.
Llegaba el atardecer y seguía
apoyado en los muros
arengando aún
a los difusos compañeros.
Se acercaba el momento:
venían rumores contradictorios
y se apilaban noticias
a noticias, y todo estaba
ya dispuesto.
Qué fue pues de mí en aquel tiempo.
Todo llevaba a creer en la victoria:
hasta los más ajenos se apresuraban
a estrecharme las manos;
se me invitaba y profería
fácilmente charlas de hombres.
Pero algo falló en la gran empresa:
acabó otoño y un viento
helado cerró las puertas.

[1971]

TROPA

Interesa que quede bien claro el recorrido.
Hay que recalcar los puntos dudosos, los tiempos
de salida, el equipaje, el presupuesto y la alegría
con que se volverá, la alegría que tanto nos
conviene.
Es banal el modo de acercarnos;
como los detalles que a muchos parecen
importantes y que indudablemente
no lo son en absoluto: me refiero
al tamaño de los sables, al brillo
de las monturas, a las compañías intransigentes.
Debemos ante todo partir. Luego,
ya en el camino, qué sé yo, surgirán
grandes calamidades —como todos los años—,
y alguno desmerecerá del resto, es posible.

Cuentan que antaño gobernaba el peñón
un fraile que tenía, en su memoria,
la clave que abría el túnel: el túnel
que daba paso a los simios. Así será nuestro viaje:
alguien conociendo el lugar de las fuentes,
la senda de las fieras, el tacto de los árboles;
pero todos ignorando qué piensa el compañero,
si al lado está la señal que permite,
sin variar el paso, atravesar la húmeda
capa de nuestro estrecho y acabar
sentados a la diestra en la distante arena.

Parece que ya oigo los dorados corceles.
Se respira bien en la sombra de mayo:
quizá tengamos al fin ganado el premio.
Me río agitando las riendas y observo

cómo llegan jinetes y grupos de aves
—garzas, grullas, ánsares— levantan el vuelo
entre el polvo del camino que bordea la selva:
contraste de la vida humana estéril
y el verde mar de plantas que estalla.
Conducir el rebaño por la dócil pendiente,
girar en los repechos procurando
no olvidar nada, esta es mi norma y así la observo.

[1971]

CASINO EN PROVINCIAS

Hay una mesa hexagonal,
verde como la risa, que nos reúne.
La madera del borde, donde los cigarros
queman, soporta, horas
más horas, nuestros codos.
Así, bajo la escayola
y sobre el crujiente suelo
paso las tardes.
No parece importar
el clima, tampoco las modas
y sólo quizá el suceso
cruento, en la línea
de los de la guerra
o algún atropello.
No diré que pierda,
después de todo
no sería cierto, pero
el cariz conviene,
por eso del aire,
que sea sombrío.
A veces no puedo
aguantar, y cuento
algún chiste: chistes
viejos mal contados;
y sólo el sordo
y aquel que gane

levantan los ojos. Como
entre sueños,
creo incluso
que vivo.

[1971]

DESCENSO AL MAR

De Sinatra a mi calle a través de la muchacha de las medias
negras y el cabello flotante.
That's life.
Qué cita y qué amor en la encrucijada.
Pienso en su uniforme y yo en el instante preciso deslizo
entre tus manos el billete esperado.
Acude puntual.
No sé realmente lo que digo y ella sacude la cabeza y ríe.
Da igual.
Lo cierto es que me ama y me siento capaz de todo.
Bajamos hasta el muelle.
Hasta las tiendas árabes.
El cielo estrecho se llena de vencejos.
Le compro un abrigo.
Salimos al mar y bajo el giro del faro beso sus brazos.
Brazos de oro con sabor a rape.
Ella llora ahora.
La hora del llanto llega.
Pero estaba prevenido.
Voy hacia el buque varado.
Qué luz en el lugar.
Se oyen gaviotas y la dulce música de los yates la hace
soñar.
Le hablo de cuando mi padre calafateaba.
Del linaje.
De Beatriz Guido.
Parece animada.
Puede llegar hasta la bocana.
Y hasta el profundo significado de las palabras.
Allá la veo bien.
Su figura se recorta en el ocaso y me hundo en las aguas.

Quisiera emerger con el mayor mero.
O con la esperanza de toda una vida.
Pero ella huye en la espera.
Y nada hay que la haga volver.
Ni mi alarido en la noche.
Ni la promesa de no mentir.
Dice algo desde la escalerilla.
Algo a no sé quién que la ayuda.
Cuando el motor ruge parece que empiezo a morir.
Eso debe ser.
Morir en las aguas.
Hermoso final.

[1971]

OBRAS PÚBLICAS

Grison, ne, a. canoso / sm. el criado de librea que se viste de pardo para hacer recados secretos / ...

NOUVEAU DICTIONNAIRE FRANÇAIS-ESPAGNOL
Ancienne Maison Cormon & Blanc. 1848

La carretera es una comarcal que partiendo de X va sólo a Z. Tiene 12 kms que parecen más debido a la mucha pendiente —X se halla a 720 ms de altitud y Z a 1380— y a lo angosto del trazado. Está asfaltada en su totalidad pero las cunetas abandonadas permiten progresar los setos de olmo y zarza que contribuyen al desmoronamiento de los bordes ya de por sí amenazados por las heladas invernales. Hasta 1968 era transitada exclusivamente por los habitantes de ambas poblaciones pero a raíz de la inauguración en Z de un mesón se inició un aumento paulatino del número de usuarios que en los meses veraniegos llega a complicar el tránsito. Desde entonces no se han verificado mejoras en el firme ni tampoco se ha ensanchado pero en dos puntos en que transcurriendo paralela al barranco ofrecía posibilidades de convertirse en mirador se han desbrozado las márgenes permitiendo el estacionamiento de varios coches para que sus ocupantes gocen de las delicias del panorama desde unas plataformas cementadas construidas sobre el vacío y que gracias a una frágil —y muy criticada— barandilla de madera permiten que los turistas se asomen a unos acantilados de más de 100 ms. Los miradores se hallan a 6 y 9 kms de X y aunque dan al mismo barranco aprovechan diferentes curvaturas por lo que las visiones son de diferente dirección quedando oculto cada uno respecto al otro. Este mes de octubre debido a lo bonancible del clima se observa un movimiento regular de

personas en los días festivos. En su mayoría son automóviles españoles pero también se ve alguna matrícula francesa. Los autocares son muy raros y siempre se trata de vehículos medianos o de tipo microbús tan mal está la carretera.

El sábado 31 de octubre de 1970 llegamos a X a las 6:34. Nuestro Land Rover diesel tamaño grande cruzó el pueblo despacio no se veía ni un alma. Enfilamos la comarcal y a las 6:47 en la curva de gran desnivel del km 5,7 paramos para dejar a uno de mis hombres. Llegamos al mirador del km 6 donde bajamos el material y mientras el chófer conducía a otro hombre hasta el repecho del km 6,4 empezamos a trabajar. A las 7:16 el sol daba ya en nuestras caras. La barandilla de madera estaba retirada suavizamos el escalón —añadiendo tierra y piedras— que formaba el bordillo de la plataforma con el asfalto y colocamos unas vallas en la carretera. Nuestros cascos amarillos brillaban al sol que empezaba a calentar. 7:49 el hombre que dejamos primero y que llamaremos X me avisa —emisor portátil— que ve un vehículo que le parece una furgoneta 2 caballos seguramente la que lleva el pan al mesón y que se acerca lentamente. Compruebo la comunicación con el hombre que llamaremos de Z —el que el chófer fue a dejar— y le ordeno que detenga cualquier vehículo que proceda de Z avisándome no obstante desde el momento que lo divise. El hombre de X informa que la furgoneta se halla a unos 700 ms de él. En el mirador bajo el estruendo del agua que corre a nuestros pies distribuyo a los dos hombres. La furgoneta llega a donde está el hombre de X y éste escondido me informa de lo que ya sabíamos 1 hombre y 1 chico dentro. La furgoneta aparece en la recta anterior al mirador mis hombres acarrean tierra mientras me dirijo hacia el centro de la carretera. La furgoneta se detiene al obstaculizarle el paso. Me acerco a la ventanilla sonriente y le digo al conductor que estamos cambiando la barandilla y construyendo un drenaje para el terraplén de enfrente lo que obliga a restringir el paso le invito a que se coloque a un lado y pare el motor. Lo hace y a través de la ventanilla

abierta hago dos disparos. Rápidamente los sacamos. El chico lleva 7 pesetas y el conductor 362. Tras el cacheo los ponemos en dos carretillas y los llevamos al mirador desde donde los arrojamos al barranco. Caen sobre un promontorio rebotan y van a parar a unos robles a unos 20 ms sobre el río. Son las 8:04. No se ha manchado de sangre el pavimento. 8:21 el hombre de X ve un 600 que se acerca. Va rápido. Por la parte de Z no viene nadie. Doy orden a X de que se esconda. El coche le sobrepasa. Dos parejas jóvenes. Las mujeres atrás. Hago un tranquilo ademán y le señalo el lugar detrás de la furgoneta 2 caballos que uno de mis hombres ocupa. Un lugar llano y que si fuera preciso disparar sin que el conductor hubiese frenado el coche éste no pudiera rodar cuesta abajo. Me acerco a la ventanilla. Baja el cristal y sin más preámbulos disparo. Un tiro en la frente del conductor y otro en el cuello del compañero. Las mujeres están como petrificadas. Abro la puerta y cómodamente les asesto un tiro a cada una. No han intentado siquiera protegerse con los brazos. Conductor: 2.000 justas; compañero: 1185; mujer de la derecha: 360: mujer de la izquierda: 7000 (?). Buen golpe. Los introducimos de nuevo en el automóvil y fácilmente lo empujamos hacia el mirador. La pendiente bien calculada consigue que el coche no se detenga y salte limpiamente en el vacío. Antes de llegar al fondo del barranco el vehículo gira sobre su eje longitudinal casi 90 grados. Estalla al chocar contra las rocas de la margen izquierda —no ha cruzado desde luego el río— y se eleva una breve columna de humo de entre las llamas. Queda claro que no hay peligro de incendio para la zona de robles —donde quedaron los primeros cuerpos— ya que los vehículos la sobrepasan y por otra parte la zona de rocas en que se irán estrellando queda lo bastante apartada del río como para impedir ensuciarlo. 8:40 el hombre de X informa que un coche de marca extranjera —un coche inglés tipo Austin— avanza. Bastante rápido. Se esconde y comunica: dos matrimonios mayores los hombres delante. Colocado en el centro de la carretera y desde atrás de la valla le hago señas

para que se sitúe detrás de la furgoneta. Se para. Le indico que no es allí donde debe detenerse. Pero no hace caso y después de apagar el motor poner una marcha y frenarlo baja con el aire de ir a estirar las piernas. Al mismo tiempo recibo un mensaje del hombre de Z que me indica que se acerca una furgoneta 2 caballos. Le ordeno la detenga. Momento delicado. El otro hombre ya ha bajado del coche. Se dirigen hacia el pretil para ver el paisaje. Voy hacia ellos. Las mujeres siguen dentro. Estoy a unos 5 ms de la pareja que mira el barranco y recibo un mensaje del hombre de X. Se aproxima un tractor. Le indico que si no hay contraorden lo detenga. Los dos hombres al oírme hablar por la radio se vuelven. Tienen aspecto simpático. De unos 60. Igual modo de vestir. Deportivos bons vivants cazadores de patos gourmets negocios de compra y venta de coches y alguna representación del ramo de la construcción conocen dos o tres lugares en que hay menores mañana fútbol. Sobre la marcha les disparo al vientre. Al más bajo le he de tirar de nuevo esta vez sobre la nuca y a bocajarro porque seguía moviéndose. Una mujer ha salido enloquecida gritando con los brazos en alto hacia mí. La espero y le tiro al cuello a medio metro no hay fallo posible. Corro hacia el coche. Está acurrucada. Se tapa con un bolso grande y he de dispararle para no perder tiempo bajo la grotesca minifalda a cuadros. De golpe baja los brazos y sobre la descubierta cara le descerrajo otro tiro entre las cejas. Mis hombres han venido corriendo y ya están cacheando a los individuos. Total cerca de 8000. Hay que poner el coche en marcha. Los cadáveres amontonados en la parte trasera y en el otro asiento delantero resultan cómicos. El coche desfrenado desde el punto justo salta a reunirse con su compañero. Aviso al hombre de Z para que dé paso al detenido. Vía libre mientras explota el nuevo coche. El humo apenas llega a la altura de la carretera. La relación de atracos puede resultar monótona por lo que haré un resumen de la jornada. El equipo estaba formado por 5 hombres. El que dejamos primero. El que el chófer dejó luego. El chófer. Yo. Y otro más. Al anochecer

comunico al hombre de Z que hemos concluido y que el chófer va a recogerlo. Desaparecido el jeep disparo sobre el hombre que quedó conmigo y lo echo abajo. Comunico con el chófer y le ordeno que vuelva ha habido otro atraco y le necesitamos. Al llegar disparo. Luego ya es fácil. Voy a buscar —conduciendo yo el jeep— al hombre de Z y una vez allí lo mato. Lo subo al vehículo y al llegar al punto del atraco lo echo al río. Luego camino de X paro como si fuera a recoger al hombre restante y sin bajar del coche le disparo. Allí se queda. Después de todo. Por qué tanto orden.

[1969]

La acción del cuervo sobre las lomas. La pareja de cuervos última de las mayores aves que planea en la tarde. Sus voces (graznidos) señalan el territorio. Las lomas desde el viñedo hasta el cantil y el mismo cantil en toda su extensión. Luego las eventuales zonas de aventura trófica. Las playas y los vertederos de la ciudad donde compiten con otras aves. Volvamos al vuelo coronado sobre las lomas. Llegan a la cresta y el macho azuzado por el falso celo del otoño gira ciento ochenta grados sobre su eje longitudinal en su planeo junto a la hembra. Se recorta un ave menor que parece inquieta. Cernícalo. Los cuervos se posan en el cortado.

Miento en los habituales puestos fronterizos. Puedo llegar a la ciudad con mi equipaje íntegro y paso comúnmente desapercibido. Tengo un cuarto compartido. Turcos y croatas. Parece imposible un descanso en esta noche y salgo a la azotea. Veo la bahía con sus interminables luces y echado sobre las ristras me duermo. Ahora nace el sol entre raros colores. Nadie en la ciudad. Es la hora del mar y de las primeras luces. Sé que no hay nada como esta soledad. Por los tejados y azoteas llego a la playa. El frío húmedo las primeras gaviotas la brea las redes. Está la ciudad durmiendo con sus tripas vaciándose sobre esta playa. Se amontonan los perros en el vertedero del cabo y las gaviotas giran ávidas. Al fondo el gran telón de las montañas blancas. Inexploradas. Sólo para iniciados. Allí los cuervos y las blancas águilas. El tiempo pasa y por la resquebrajada escalera voy a la ciudad. Las calles vacías. Llego a una plaza circular en cuyo centro se alza un estrado. Restos de una feria. Las cucañas están llenas de moscas y comienza a levantarse un viento helado. Impropio

en la estación. De la plaza parten numerosas calles. Ninguna es cierta. Sé que mi destino es la plaza. Aumenta el viento. Dos cuervos cruzan rápidos el cielo. Grrac. Hacia la playa. De las montañas. Una puerta acristalada se destroza al golpearse contra su marco. Me mantengo a la expectativa. Parece como si fuera el único hombre en la ciudad. Brillan los cristales en el suelo. Me acerco a ellos. Es una tienda. Me atiborro de chuletas y magro. Salgo de nuevo. Nadie. El viento dobla los árboles. Y se arremolinan los envases los papeles la cordelería. Es la hora de buscar soluciones. Extranjero en la ciudad. Mediodía. Fuerte viento. No se ve un alma. Todos me aconsejarían huir. Pero este es mi puesto. Estoy seguro.

Segunda noche en la ciudad. He alcanzado una azotea más elevada. El viento cesó y parte del cielo se ha nublado. Me envuelvo en unas mantas y despierto entumecido. Veo que nada ha cambiado. El sol el viento que empieza y las calles solitarias. Voy a la plaza. Ahora que ya la conozco perfectamente descubro que no es tan grande ni del todo circular. Tengo visitas. Cinco perros olisquean la tienda. Les dejo hacer. Me hastía la chacinería. Ahora los cuervos. Más entretenidos en su observación. Quizá por los perros que arrastran carne. Bebo de la fuente. Veo fruta en los balcones. Escalo y como. Desde aquí veo enormes bandos de gaviotas sobre la orilla. Se mecen al viento. Muchos perros. Y ratas. También desde este balcón veo varios cuervos volar sobre los tejados. Muchos cuervos. Tantos como nunca viera. Decido dormir aquí.

La mañana trae la brisa. Y con ella un nuevo olor. Olor a mezquita y mercado. Olor a ciénaga y a polvos de talco. Me desperezo. Tengo sed. Al inclinarme para ver la plaza creo enloquecer. El suelo aparece sembrado de cadáveres. Cadáveres humanos que las ratas cubren mientras los perros trajinan pedazos y el mundo alado se mantiene sobre mi cabeza. La muerte.

Han pasado semanas. Me costó al principio. Pero no hubo más remedio. Vivo en los balcones en las azoteas en los tejados. He descubierto que aquí las ratas no llegan.

Cuando tengo hambre me descuelgo y disputando con ellas y algún perro harto me agencio una parte. Subo. Y aquí me la como. El mar de fondo y el rumor de las olas contra la playa. Muchos creerán que estoy loco que miento que quizá exagero. Nada de eso. Cualquiera haría lo mismo. Tengo provisión para mucho. Tengo el mejor clima del mundo. Sé que nunca vendrán a buscarme. Y puedo vagar horas y horas bajo el sol mientras crece mi barba y los perros arrastran los muertos hasta la plaza. Desde las casas. Desde los cuartos. Desde las camas.

[1970]

MESNADA EN EL LLANO

El placer gingival que equivale al letargo de las costas,
La amarilla arena bajo el paso de fuego que nos cercena,
Son dos partes de nuestro diario desplazamiento:
Acampada y oteo desde los montes ásperos,
Limpieza del ganado su recuento comida cantos mitigados.
Varios son los nombres que se aplican al lugar:
Desde tierra grande hasta terral del infierno;
Cumplen ambos y en las piedras que el tiempo no devora hallamos formas,
Elocuentes tráficos de la masa al polvo,
Del mineral a las matas enhiestas.
No hay razón en lo que nos lleva a cabalgar horas más horas;
Quizá el temor al frío o la búsqueda de arroyos,
Ver el vuelo de las águilas o la sal que reciben los cabellos.
Llegaron nuevos capitanes —los otros fueron muriendo—
Y al revisar la interminable fila cojeaban por no caer al viento
Que sacude hasta los ojos y vísceras de la carroña.
Mas ésta es la esperanza de los que aquí venimos:
Ser enmascarados por él en nuestras fugas,
Poder comer con la boca entreabierta los vegetales arrebatados,
Volar casi —grupas agitadas— por las crestas de marga
Y llegar sanos y salvos al hogar situado lejos.
Tan lejos que este resuello de hogueras y mulas de estiércol,
La piel sangrante del perro y la carrera de los jerbos,
Son nuestra vida y por ella luchamos contra el invencible enemigo.

[1971]

Ariola Espino

Se teme la llegada del sarcasmo porque doblas
angustiosamente la boca
Como reflejando lo único horrible de tus vicios.
En la espera brillan algún día las fuentes coloradas
A cada lado de tu convexa frente y peculiares ojos.
Vienes de improviso y escalas sobre el calzado ortopédico
Sufriendo las angostas sayas y la blusa besada.
Qué momentos al iniciar la hora:
Formas nudos en los dedos interminables y queridas
piernas.
Reprochan la erudición pero bien callan
Si ante el encerado permites la envidia
En ellas por sus nalgas vastas que rebasan la madera
Y en este sexo porque no se alcanza la anarquía.

Recuerdo la mañana que en tus pequeñas ojeras
Vimos el color del buitre macho:
La mancha azul del cuello que resalta en las frías cópulas
Y preludiando la esteparia pitanza.

Sorprendente Ariola.
Perversa Ariola matadora de clero.
Venida del rubio país con libros en la axila.
Cabizbaja tramando nuevos disturbios en las puras mentes.
Sustituta de un ave enferma.
Ariola Espino.
Aquí, te amamos.

Rinola Cornejo

Comprendida la zona de interminables abrigos
que coronan la pana y el borceguí caminante
es un espacio que ocupan la risa y un movimiento de
cabeza.
Ésta es breve y poblada por mitades
de los cabellos en bolas que excitaran
—sería enero— al cumplido seglar.
(Sé que ya no llegan de Ayamonte
—fronterizo y con parroquia gótica—
a estas costas bastas ni cereal
ni salazón ni encaje porque el tiempo
cambió costumbres y así celebrar
tu entrada no es tarea inútil
sino justo hallazgo y lógica opción.)
Qué bien produces el raro rosado
al doblar las hileras de bancos
en la cara que tantos pretendieron
y tú entregaste al tedesco.
Algún día hallaremos la fórmula de convivencia
alejada del banal adulterio
y de la sórdida orgía
para llegar fácilmente a ti
sin degradar el medio.

[1971]

RINOLA CORNEJO Y EL ESTRANGULADR DE BOSTON

Nota previa

Rinola Cornejo y El Estrangulador de Boston no es una historia fantástica, sí lo son algunas de sus apariencias. En cierto modo nos hallamos ante un esquema pericial, desprovisto, por lo tanto, de simbologías, aunque el tratamiento léxico y sintáctico lo hagan válido para la representación teatral o la más atenta lectura. Como esquema permite su ulterior —o simultáneo— desarrollo, es decir, la creación de otras historias, perpendiculares o paralelas, que propongan una prolongación de los detalles. La aventura, por muchos motivos entrañables, no desea una especulación psiquiátrica: siempre carecen de interés tales conjeturas que, por otra parte, al faltar datos, deberían surgir gracias a desagradables pesquisas.

1. Encuentro de Rinola Cornejo y El Estrangulador de Boston en una amplia plaza. Se diría que Rinola llega a la cita acompañada por un ser nauseabundo, no humano, no terrestre, pero es una simple falacia. Rinola y El Estrangulador hablan. Rinola adquiere desde aquel momento un valor melodramático. Ella es alta, con tendencia a la parodia, normalmente lejos de una raza definida y quizá experimentada en algún rito de infundada conexión. El Estrangulador procede de una estirpe hoy agotada, en el sentido que su plástica es total y escoge sus víctimas en los más ingratos lugares. El Estrangulador conduce a Rinola a cierta guarida, que curiosamente resulta ser la mansión de ella.

2. La sala es rectangular, de paredes desnudas, elevado techo y gran ventanal al fondo. El suelo aparece enlosado con brillantez aunque un inusitado número de objetos lo empaña. Estos objetos impiden a veces que Rinola y El Estrangulador se desplacen con comodidad, casi hay una dificultad dolorosa en sus recorridos. El ventanal da al mar y aquí surge una duda: ella asegura que allá abajo la ciudad no existe, pero él, que se asoma varias veces, cree distinguir el aspecto sórdido del suburbio y algún conato de actividad fabril.

3. Los preliminares son inoperantes. Posturas de ansiedad, prosopopeyas. Rinola ante cierto poema primordial, El Estrangulador de pie con el rostro grave. Media más de una hora y nada importante sucede. El Estrangulador está abrumado, incapaz de comunicar su verdadera identidad y Rinola perdida en su juventud no atina a imaginar la personalidad de su amigo.

4. Es el momento en que nace una peculiar corriente de simpatía entre los protagonistas. Rinola describe su infancia apoyándose en viejos relatos inverosímiles. El Estrangulador escucha con los ojos iluminados. Se repasan fechas, hitos en la historia de cada cual, y hallan necesariamente multitud de confluencias. El Estrangulador comienza a canturrear. Rinola reconoce en la hermosa melodía varios pasatiempos atroces, formas perentorias de alabanza, riñas inacabadas.

5. Rinola aparece echada. El lecho resulta confuso, camino de humedad, vaso profano o simplemente una depresión en el firme. El Estrangulador avanza hacia ella luchando denodadamente con los objetos esparcidos. Hay instantes en que parece que va a triunfar, pero luego le vemos desmoronarse, caer vencido. Ahora suceden los hechos más triviales del drama: la confesión de la verdadera identidad de El Estrangulador hecha desde el caos y la aceptación de esa identidad por Rinola mediante una vulgar

dicotomía.

6. Se entra ahora en una etapa taimada, sensual, en la que nuestros héroes se encuadran perfectamente en los moldes «clásicos». Rinola demuestra buenas dotes interpretativas: sabe que va a morir pero pretende no aparentarlo. El Estrangulador, tras la dura confesión, parece más tranquilo. Se charla animadamente: no temas banales, no súplicas. Rinola, en determinado momento en que El Estrangulador va hacia el ventanal, podría coger un arma, pero la mayoría opina que no lo hace. ¿Se aman estos héroes? No se puede afirmar. Ella opta constantemente por la sonrisa, y ello dificulta el análisis. Así no queda ya nada que esperar, la situación se alargaría sin provecho. Sólo deben buscar los aspectos escénicos del crimen, acudir al ensayo para lograr la sencilla perfección que nos sorprenda.

7. Mayor economía de gestos fue imposible. Sin retórica alguna cae muerta en la tumba de objetos. El Estrangulador vuelve al ventanal. Pasos profesionales, noción de destino. Aquí acaba la obra.

[1972]

CARTA A UNA ESTRELLA MALLORQUINA

Chula
la espalda comida por el Gyps
buscaste el secreto de las tumbas
cabellera en la losa sangre en las uñas
por las verdes tinieblas
caminabas a mi lado
procaz almidonada enternecida
hasta el círculo de plata
y el vuelo del águila marina
Perla
Ernestina de Noailles
nadie pudo alabar
por la arrogancia de casta
noches de lupanar
tu vegetal ternura
más allá de la doble historia
surge la oferta
corazón en el altiplano
casamata de menta.

[1973]

Hastiado Ferguson Lee se encamina hacia la paradójica e incontrolable región de la jovialidad. Resultan fáciles las primeras maniobras: ensimismamiento, súbita atención a brillantes objetos, atolondrado repaso a hechos inconcebibles. La espera —tranquila, brutal, acostumbrada— también es fácil. El encuentro, el viaje, el desarrollo de la historia, no lo son en absoluto, y de ahí nuestra obligación moral.

Elena Blum pertenece al mundo de la eficacia. Su existencia es hídrica. Sus métodos especulativos. Ferguson Lee tiene la llave de numerosos secretos. Y el universal conocimiento de esta circunstancia, unido a su amor por la fama, posibilita el encuentro de ambos personajes.

Por el saturado universo familiar, llega Ferguson a la pradera innoble de sus pertenencias. Elena Blum está en el cerro montada en la yegua. El cielo de la noche estrellada le confiere la aureola. Ferguson echa pie a tierra y saluda de lejos —hermoso sombrero vibrador en la silueta—. Elena —nalga de acero, senos en propiedad— agita la cabeza breve y sonríe.

Que venía del mar, lejos de la angustiosa finca, y a la busca de nuevas aves. Que llegada la estación éstas pasaban y por oscuras razones se encuentran necesitados de cariño, con leve hinchazón de las aletas nasales.

Por la senda contemplan notables pasos de halcón abejero y al llegar al río acampan en la orilla. Elena Blum se sumerge en la fuente. Ferguson Lee prepara las armas.

Dispositivos de ajuste, finos paños sobre la óptica; pernos y tuercas milimetrados, trípode rígido, y la carga apoyada en la mano.

La espera. Elena brillando al aire de la mañana. Suave

perfumada en la hierba que no teme a nadie.

Con la luz aparecen los objetos de la distancia: muñecos del entorno, sombras de la duda.

Ahora las ráfagas son habituales. La basta masa acribillada es recogida por la experta Blum. Caen jornaleros de la siega, alimañeros, fornidos boyeros, vividores de saca y rotura, sembradores, abonadores, contaminantes esparcidores del producto clorado, abúlica y tardía relación de impropios habitantes de la breña.

La obra cumplida, aparece un momentáneo fardo: pitanza para el buitre y demás carroñeros. Elena Blum y Ferguson Lee abandonan los campos. Camino del embarcadero, escuchan la música que tanto gustan: en la atalaya el vigía silba profundamente y la alfombra de cepos parece un mar. Ferguson acude al comienzo de la historia. Cuenta el porqué de su vida: los comienzos duros, penosas sacrificaturas, difícil búsqueda de la isla, la elección del grupo, la construcción del acantilado. Elena Blum sabe ya que la ama y de la arena extrae con vida el cuerpo del poeta.

A menudo nos sentimos viciados por determinadas sintaxis y terminologías. Podríamos decir que el léxico —que algunas porciones del léxico— nos coaccionan, nos obligan incluso a desfigurar una trayectoria limpia. La historia de Elena Blum es, pongamos por caso, de una simplicidad total: muchacha conocida gracias a las reuniones de cierta sociedad coral donde el joven excursionista intenta ampliar su campo de amistades. Pero sedimentos retóricos y el inexcusable cientifismo llevan al autor a revestir al héroe de extraños atributos: por un lado aparece como un rico hacendado ornitólogo, por otro como insigne escritor y, final y lamentablemente, como un esquizoide aniquilador del llamado sector primario. La complicidad de Elena Blum resulta segmentada: quizá temor, quizá maldad; pero hay un positivo descubrimiento de la verdadera psicología del héroe en la última fase de la obra. También otras partes de la tragedia son oscuras. Debe saberse que la construcción de

muros para el cómodo aguarde y nidada de carroñeros, la requisa de artes de caza y la vigilancia de las costas, obedecen a una violenta praxis proteccionista; el mismo hecho de regresar fatigado, a través de los campos, con la mente en los placeres de interior, supone una actualizada estampa venatoria.

[1972]

RAILROAD FAREWELL

Abril es el mes más cruel en la gran alcoba. Se abren
nuevas grietas murales, prosperan
ávidas carcomas, y en la penumbra, como tentadores
monstruos,
se debaten los recios cortinajes movidos por el viento.
En abril cruje el alero con la pertinaz violencia de las aves
y las frías fuentes arrojan súbitas su agua atroz.

En abril acude la jauría al lodo
—bestias colmadas de aullidos, rojas miradas—
con el jadear frenético de la carrera.
En abril la escuálida veleta gruñe enloquecida
mientras el calamite bulle entre las piedras.
Porque abril es la muerte desde que el aire perdió tu olor
y tu cuerpo ya no empaña los viejos cristales.

[1973]

Son cinco los puntos de la cábala: menarquia, combate, hidropesía, lasitud y acromegalia. Los cinco implican otros conocimientos: manejo de armas, danza, robo de alfiles, monta, remedos varios: bulbul, escorpión, pejesapo.
La menarquia se anuncia en el combate (batalla de Río Salado), el enemigo huye, el enfermo abre sus tumores y la lasitud le invade.

En la acrobacia descubre el sentido del rito y sus pezones se abultan al ser pellizcados. Moja un día la almohada y el pubis la fascina.

Sé la muerte. Interminable caída a través de las épocas. La cal. El viento. Mascullar la derrota, la palabra feliz. En el orden, conocer la pars pudenda. Amerizar sin prisas. Amar a la india (ambigüedad manifiesta). Viajar perdido.

Increíble paradigma, la magnitud de la cábala permite connotar muchos detalles. Si se hallan cinco puntos, la misión se reduce a ensamblarlos. Por el peligro juvenil —no púber, no prepúber— se llega al conflicto general: luchas intestinas, acumulación de humores, astenia, desarreglos hormonales: maxilar prominente, extremidades gigantescas.

Queda el recurso vulgar del descenso: ultimar las categorías alegorizando hasta el límite. Al carecer de patrones —el mar es infinito—, no se repite la travesía. El punto resulta pluridimensional. Se duda de la fidelidad; se desvía el surco: anochece en Khenifra. Mármol brecha.

La historia no es susceptible de una investigación. Los puntos —ya se ha dicho— carecen de referencias. El paso de las hojas —el paso de la caravana, el paso de las fieras— es inútil. Y sus huellas no son, sin embargo, de igual tamaño. La historia se reduce a la malla genital. La gran carpa —*Cyprinus*— sobre el lodo. Los puntos —aire bajo el

lodo— cruzando nuestro proceso: la carpa, el circo, alguna forma mágica, la tarde. La cábala se vuelve tradición. Se transmite en el amanecer mural de los urinarios, en las trovas de los pish-men.

[1973]

FÁMULO
[2009]

BIOGRAFÍAS

CONSIDERACIONES BIOGRÁFICAS

1

Hablo
de familias como la mía, que
todo lo deben al amor
por la aventura y
al temor
a molestar, al amplio,
desconsiderado
y cruel
temor a caer
en el ridículo.
Alguien dijo (sería Lascu):
pertenecéis al último
peldaño
de la moda hippie;
autoestopistas en cambio de rasante, taxones
de olvidadas
aves
siempre corredoras, poco
o muy poco
prensiles.
¿Qué fue? ¡Nada!
¡No hubo nada! Sólo
la sombra
del abad Virila, homeópata
y soñador —nacido
en Tiermas.

2

Y si vino a instalarse
en capas superiores, dispuesto
a cambiar el curso
de la historia,
nadie
preguntó por qué. Aglutinaba
sin mayor esfuerzo las distintas
corrientes, tan grande
su distancia
de la cruda realidad que fulminaba
las diferencias
entre los grupos como, en un ejemplo
recurrente,
esa cuestión de
lo lejos, de
al estar
tan lejos el sol de la impávida tierra
que resultaba
irrelevante
lo lejos de la luna.
Deseábamos al héroe.
Antes de que naciera o que se
perfilara
en el marco de la puerta para
no tener que esperar a
alguien
siempre necesitado
de nuestras voces, esa
rémora,
el freno coreado
al avance general, la mutilación exhausta
a la necesidad colectiva; olvidarnos
del corto
plazo, de
la estólida y
constante invocación

al penoso
y absurdo favor
dirigido
hacia el campo abonado de
las minorías.

3

Maestro
¡oh sí! ¡no más!
colocado al frente de la lista,
embravecidas almas
sinuosas y agradecidas
muestras de cariño repartidas a diestro
y siniestro ¡compañeros! ¡qué
tiempos para el desaire! fui nombrado, otros
dijeron que señalado,
para
gobernar, de hecho
para
formar gobiernos; una escuadra,
una formación sí naval, rigurosa,
procelosa, ¡como la espuma del mar! ¡o como
el mismo mar en el discurso cautivo
del tópico y la sucesión de los hechos! Nadie,
como en los cuentos, osó
alzar la voz y, sólo ese agorero,
fatal muchacho, con la espada de madera
podrida, carcomida por la espera,
levantada por encima
de ti y de todos nosotros, sosia,
alcahuete,
adivinaste el sentido, la ruta
marcada por la mano
del tahúr,
del telonero, el más
cabal

de los informes: no hay,
no queda,
no espero que,
en los próximos treinta, cuarenta,
quizá,
en los próximos mil
años,
ocurra ya lo que pudo
y
no ocurrió. Caballero
de anís, sencillo
revisor
del tren caminante,
propietario
del bien, senil
novedad, ¿ya
caer
ahora
hacia el infierno?

4

En la iniquidad, brusca
noche del hielo, máscara
de la muerte en la muerte, crujido
del cemento, latón, madera bruñida, añades
la burla ósea al dolor seco, conmueves
los restos, golpeas la sien del justo
con la maza burda, el gesto
indigno.

Nadie allí supo qué hubo: ¿qué conducta
se recuerda, qué actitud? ¿Fueron
partículas nerviosas, un sistema
de avanzadas leyes de la física? ¡Gloria en vida
mero
manifiesto de tormentas eléctricas!

Y ahora, todo está aquí, apagado, irremediable,
   sumido
en ese vacío infame, en la negación
del tiempo, esa rigurosa,
procaz y desesperada falta aludida
en las mañanas, en las tardes
de la soledad;
el pavor del silencio, el silencio
mismo, ese horror que al fin
nos ha vencido, lo que sólo
ha quedado,
lo que entonces
tanto temías, madre,
lo que tanto odiaste.

5

¡Chiffre! Amo.
Casual monarca.
Juez
en las pendientes. Grey
húmeda, vez, jineta
magra, deslucidas
ovejas
cabizbajas.
Fustigaste a mí, a nosotros, caminantes
correspondientes, como
industriales
del excremento, ¿o no es ya
el excremento el título
mayor caballar?
¿El vacuno? Qué imperio
de delirio. Aguardo,
puesto,
acecho, la voluntad
de la espera, paciente
infortunio. Ya está,

abrazas, por el costado, por las corvas
sangrantes, viertes
el fardo, la piel frágil. La boca
abierta
de la tierra mala, pedregosa,
engulle
el peso ingrávido, mercancía
lábil,
particular
muestra de hueso.

FORNIDO MAESTRO

1

Baba la prole, inmensa
beibibún de patio vecinal, flagelo,
estúpida fanfarria
que acometes; delantal
con sonido de pizarra, viscosa
pared, orina
y flatulencia.
No pude avanzar, copada
la acera, tomada la calle, rasgada
la avenida
salvaje
latrocinio de madres en pijama;
cochecitos, golosinas
empaladas
que no chuches,
imbécil
palabra, reclamo, rótulo
a la carta
de estos tiempos de boca a boca,
nexo de unión y sí empalar
niños
debería un gobierno
del raciocinio estipular como bando
de obligado cumplimiento.
No quedan
muros donde
la esquiva lagartija pueda
saludar al sol
ni nidos trenzados

en la humedad
del seto. Ahora
se impone la patada seca, la sequía
del polvo
en la polvorienta
plaza
de urbanismo hosco.
Horda,
griterío, destrucción, apabullantes
cifras
de incrementos
de pensiones, máquina
de producción, término
de la paz serena, del útil
paseante. Acabó
así
nuestra edad,
por la vía directa nos echan,
esa peste explosiva,
al foso
del igualatorio.

2

Tap, tap, la huida.
Cremoso eres ¡San Dios!
Qué merienda de
negros. Saliste
fortalecido, dijeron al recular
todos
hacia el pimpón, hacia
la morgue, ambigú,
calvados
para ti, sólo
para ti porque
hubo quien, con la mano
en alto, anunció

otros tiempos. Sí así fue,
la anunciación, la proclama, el
estro
general,
la convicción de la llegada
del salvador, un tipo
particular,
monitor de infinitas
habilidades, mimo, petrarca,
ventrílocuo
ya en la cuna y qué fue
pues,
qué interruptor simón, qué
barbacoa
de espanto reventó
vuestras
cabezas, panda
de esclavos sordos, mudos,
ciegos. Crueles
siervos.
¡Malolientes!

3

Éste es un aviso
dirigido
a un amigo, caballero,
adiposo
genital, que tuvo
la desgracia, un domingo
en plena misa
cantada, de ser pillado
por la autoridad competente
mientras
mostraba entusiasta
a un puñado de
muchachas

su impoluto micropene.

Te digo pues Braulio Hernández, campeón
de la gimnasia, buscador
de lo imbuscable, que sólo un
ser bien tenaz, poseído
de la fe
consigue tan buen resultado;
dijeron
que algo vieron, que
bajo la bola de grasa, un gusano,
una lombriz de guasa, agitaba
la cabeza e incluso
alguna, hubo una
en concreto,
adorable y algo ilusa, que juró ver escupir
a la tan buscada fiera. Por eso
te pido, hermano,
que andes ya siempre advertido, que
la porra, el grillete
y la sirena
nunca entendieron de artistas
y menos contorsionistas
de generosidad sincera.

4

Nunca nadie vio ni pudo imaginar que un día
aciago, sin señalamiento
especial, un día que vale ya
por una era, eso que llaman
sistema de valores, la vértebra-
ción de nuestras vidas, ¿para ellos
también fue pues
así?, la cara
extrema, de fealdad
total, horripilante, vulgar —eso es,

vulgar—
ocupara nuestros hogares,
durmiera
en nuestros lechos.
¿Qué oscura trama? Desmedida
ambición
por destronar las reinas: veo
a Ingrid Bergman,
a la princesa Gracia, por no avanzar
más, y a aquellos hombres,
volviendo a Notorious, Louis Calhern, Claude
Rains, e incluso
el algo insípido y envarado
Cary Grant y me estremezco al comprobar la tropa
que invade: un tal Tosar,
tratante sin duda en casquería, Resines
tendero de la esquina, y las féminas
como una Seseña, otra Padilla y otra Baró, jefa,
ésta, de una chabola donde la mugre
del amontonamiento causa furor en las audiencias. Fue
   Somerset

Maugham quien
nunca
pudo
acostumbrarse
a la humana
fealdad. Qué suerte
haber, amigo, alcanzado ya
la definitiva paz.

5

Grasa, un horizonte
sí de grasa, limitado
a cuatro paredes que de tan próximas
parecen tres, o incluso

dos; un círculo, cuadrilátero
del vis a vis,
pringoso columbario
que a ellos, habitantes
del rifirrafe, charlatanes
por los codos, resulta
el paradigma
del confort
y la meta, indiscutible,
de la total
alegría.

¿Dónde anda el héroe hoy? ¿Qué tuvo,
en la progresión del compadreo, qué
debió de hacer, para vivir
aunque fuera
a la sombra,
de la tumba? Ruin
es la contienda, nulas
las armas
—honor en grado cero, sudor
de barrio— que alguien pudo
aunque no supo
esgrimir,
sobre la moqueta
y el sofá de plástico.
Ya ni quedan nostálgicos, arrasados
por el desconcierto, la docena
escasa
de cierto porte, como figurantes
malviven
en el
cruel
reparto.

Fornido, tal cual es fornido, hombruno
como Raymat en la mesa de dulces, caliente,
menudo pasmo la vitral señora, ¡Corina! Sesuda
señora guantes borceguíes, y la fiel cuaresma, pasaremos
juntos tantos cumpleaños: yo, Francisco de Sales, ginebrino
puro, di nombre a Fornido sin saber su etnia —de Lerín judía—, arrancado
a golpes, transferido al norte, repartido, por oriente
Bielsa a occidente Luna y los verdes territorios del Bearne, la Gascuña
y abajo por la hoya, rodeando Huesca. Grito (comenzaba a hacerlo
en los años treinta) (metido en la ropa de Auger, Ferrer, Francisco, otro de Sales,
ya doctor entonces), grito pues, y un selecto, público nutrido vitorea ciego
al sin par Fornido.

Las noches son crudas en la estepa natal, caminos que cruzan,
perdidas marcas, tornos, cicatrices, estigmas del miedo, balano incierto,
cable, cuerda, soga, la mascarilla: respiro hondo —violentas amígdalas— con sólo
tres años, y el frenillo, todo mutilado,
poco queda en España, la sal
en los cabellos, las riendas, cabalgar
horas y horas —aprendí, sí aprendí,
no me enseñaron— sobre la yegua
sacrificada ¡en qué tiempo! ya no
recuerdo. Corina, ella
cambiaba el curso
de los acontecimientos.

Balance
de un lugar, un no lugar,
centro comercial, estadio
del infierno, cancha, cenobio

habitado, por este pasajero, señor
del universo
que pudo
y no fue, que
cuando quiso
no le dejaron. Balance gris
amigos, saldo
de gallina en leche, croquetas,
y algo
de cochifrito.

MATUSALÉN

1

Ráfaga que ocurre, breve
cada vez
más breve, en la vigilia,
sueño ligero, también breve
cada vez
más breve, ráfaga,
una sola, a veces
dos, jirón
del pasado, eso
sí, eso
que ha sido llamado
jirón, partículas, suma
de recuerdos, muertas
cada noche
¿miles?
de esas,
células,
neuronas podridas. Abro
los ojos
o aflojo
los párpados
y la imagen, el conjunto
puede
de varios sentidos,
se borra, imposible
amarrarla, duele
el cerebro, diría
que los nervios viejos
tienden a quejarse; ¿a qué horas,

en qué tiempo ya,
venís
a llamarnos?

2

¿Fueron nubes cargadas de agua, cúmulos
tan próximos al parabrís, o lejanas
montañas inéditas
en mi archivo
adolescente?
Varias veces, los tres,
en un juego dorado, frente
a la mole
blanca
o gris, alborozados,
en la carretera festiva, en eso
que luego fue
la nacional
dos, discutimos
—contemplamos la posibilidad, especulamos,
se diría hoy— acerca de, y lo deseábamos,
de que fueran
unas grandes
majestuosas nuevas montañas.
¡Qué padres para una infancia!
La dicha, los tres,
sí, así era, los tres
en el coche ¿Opel? metidos,
camino,
el domingo, y no hay razón, hacia una merienda
campestre, no sé
a qué obedece, en el horror
de mi noche
de hoy, en la soledad, en el frío, por qué
vuelves
otra vez, esa duda

feliz, de qué estaban hechas
esas formas, coliflores
de algodón, o, tal vez, orografías
de matorral, incluso
abriendo, con violencia,
los ojos,
no consigo,
que se vayan.

3

No lo logro,
faltan piezas, dónde estuve,
¡canalla!, ausente
del lugar, del momento
en que debí
construir
el pasado, imposible
formar un pasado
real, compuesto
por piezas
de dos generaciones, ¿o fue otro
el culpable? Faltan
más que piezas, elementos
de comparación, suma
de comparecencias, pues sí, yo no estuve
como mínimo
a la altura
de las circunstancias, pasó
como un rayo, una etapa, ¿dos
décadas? No es posible, debiera disponer,
de eso, al menos, de algún error
comparativo; confundirme
pensar
que era yo
con mi madre
en la gran sala de actos, viendo

a mi hijo
recibir
las dignidades, creer
que era yo
y que era él
el agraciado.

4

Aniquilados por la ciudad extraña, tragados,
consumidos, por quien quiso acabar con quien
escribe y que fue,
en un acto de cobardía,
capaz de huir sabiendo, que ellos
deberían,
por el fatal destino
unir
una parte de sus vidas, ¿la principal,
quizá?
a ese brutal espacio,
latitud desplomada, desierto
de alquitrán,
y yo aquí, sin fuerzas ya, preso,
irredento títere
de la enfermedad oscura, de la que aún
soy consciente
que, ahora sí, hay algo
que por fin
está
aniquilando, pude pues
escapar,
una vez, pero ahora
es tan
poderosa
la red, la malla
acerada, pierdo
día a día,

pierdo,
hora a hora, caen, como a plomo
las palabras,
los hechos también, aunque la culpa sigue ahí,
   aumentando,
así es, pegada a mí.
¡Maldito sea!

PALEOGRAFÍAS

FÁMULO

Vacas de vientre
hijos de tus bragas y bueyes de tus vacas
brabán
barras de jabón roídas por los lobos
la condición del finado
señala en el toque a muerto
la campana
músculos del campo
vacas
los mulos y aquellos bueyes
cantón.

Qué habrá de comer
quizá canguingos y patas de peces
la noche produce rüidos extraños
a hurtadillas mamar a las cabras
también a las vacas
la tierra vaca
niños que sorben
clandestinos
huevos de gallinero haciendo agujeritos
vocativos de afecto
galán
amante
querido
el señor Eliazar,
de Castellanos,

vende cebollas coloradas.

Bollo maimón
pan de farinato
cazador de tendencias
(no se empleaba entonces la palabra viento)
garbanzos torrados
piedra de manteca
lanzaban su relincho
mujeres relinchando
ese jirijeo grito de la fiesta
lítote
práctica que pertenece al pasado
insoportable hedor que produce desórdenes
   mentales
uno de los bueyes conoció la sangre
pendejo
costumbres livianas
vieron grupos de pobres
rastro de penuria
cuando lo encontraron
matrimonio invasivo
eran los ratones
royendo las orejas.

En la salida las nubes fueron la única ceremonia
los humedales en la ciudad
y en las escaleras de Desdicha la vegetación aún sin
desarrollarse.

Barca austera sin duda
el viento nos haría felices.
Silencioso.
Oscuridad cuya acústica debiera de ser realizada por
órganos ondulantes.

Como cita geográfica nombro la lengua de arena.
Qué ocasión para ser transparentes.
Cerca de la plenitud, mucho.

Encuentro con los remeros de la Universidad de Leipzig
el náufrago que hizo como que no nos había visto
y aquella familia norteamericana.
Quién debe saludar primero.

La quería.
Descubrimos el secreto del vuelo.
Colonias de verano.
Perdidas.
Inicialmente construidas para albergar colonias de verano
abandonadas al constatar el silbido intermitente
y el regreso de la niña Belenice
vuelta a casa

a nado
ya al amanecer.

No había nacido.
Época nefasta pues por no conocer la vitalidad de las creaciones artísticas
época de «Prolongación de Claudia»
o «Eres un único».
Se agrupan los cautivos.
Una de las ciudades de Calvino.

WODWO

Hay un tipo de cuerpo
más pequeño que la garza
y de forma más sincera
que huele como a almizcle.
No pone por vicio
tampoco se acopla
y en las regiones etéreas,
donde le arden las plumas,
es un rumor muy común
—complexión intransigente—
su clara tendencia al pasto.
Las llamarían *plomadas*.

Otra bestia sólida,
que cunde en los sueños,
rozada a intervalos
y algo aumentada
provoca los fuegos.
Nunca habita en ruinas
no posee salsa
y sólo Aristóteles
sabe del oficio
de sus orificios.
Son las *vacas negras*
o *ley comejenes*.

¿Quién digiere el hierro,
la silla,
el mucílago?
Sólo se recuerda
el lugar del nido
y la forma enfriada

que olvida en sus viajes.
Amarrado el hombre
al riñón violento
dicen que apacigua
el dolor de aire
y el búfalo intenso.
¡Qué especie exterior!
¡Qué humedad rabiosa!
Equilibrio lábil,
el *cerdo infrecuente*,
evoca el abismo.

El sonido del omóplato metálico como el zumbido del
macho de moscarda.
¡Estiércol!, eso sí gusanos, mama tumefacta mordida por el
perro quitador
de clara utilidad hecha colirio para la vista débil hasta leer
la letra pequeña
y el grabado flojo.

Fue adecuado para el hombre mientras mantuvo el terror
nocturno.
Las mordeduras de víboras y jumentos no impidieron al
joven de lindo rostro
untar con miel ricina la tiniebla, el leucoma y la sangre
coagulada.
Las crías del palomar aumentaron y el asmático hizo crecer
el pelo de la ceja
al animar las entrañas matando la lombriz con el polvo de
hueso
humano.

Hubo corrupción de la carne y, en las mujeres, humedad en
la parte delantera.
Mas el cerdo alimenta, alimentan mucho sus grasas
que ocupan el lugar de la llaga, la estría y la flaqueza.
Trajimos cremas de bazo de vacuno para aplicar fácilmente
el letargirio
y, al dibujar las serpientes que dan sed, echamos
fragmentos de barro
sobre el centro de la cabeza del demente.

Pasaban jinetes de la ciudad con sus partes arrasadas al
montar de modo continuado

y alguien comparó los étimos: las llamadas palomas ciudadanas
que vuelan sobre tierra, caminando, y cuya complexión es muy cálida.
¡Flatos fétidos!, pulgas y el cruel insecto que devora al mirlo:
añagazas del despectivo para anular la ciencia del combate, el poder de la pomada
en el tumor calibrado.

No mención de liebres marinas, no sanar, en mujeres ardientes, el dolor de muslos.
No yugular de oveja, azote en nalgas, babas, sudor, orín de cabra, maza sarracena.
No sauzgatillo, incienso de ciervo, mirra, resina de pino enano, cuajo de rata.
Ya no ver el macho cabrío quitarse el semen con la boca
ni fumigar con guano de gato negro debajo de una mujer para que expulse
el niño muerto.

Ahora, como el águila asfixiada al respirar un buen olor
y los polluelos de grajo blanco ahogados por la lluvia benefactora,
me arrimo a la sombra del anciano encaramado en el muro
para pisar su sombra, derribarlo y luego ser apaleado por sus deudos;
médula quebrada, articulaciones embarulladas, así ya nunca perderé este hogar
de bilis y aspaviento.

IRO I

Substancias esencialmente diferentes:
más de treinta;
entre ellas el Espacio,
Dios,
la Materia,
la boca besadora,
los seres extensos dotados de sentimientos,
los seres extensos dotados de pensamiento,
los seres pensantes no extensos,
los penetrantes,
los no penetrantes,
y el resto:
frailes blancos,
frailes negros,
frailes grises,
frailes de capirote puntiagudo,
frailes sin capirote,
jóvenes profesos de una orden extinguida,
verdugos,
alguaciles,
grandes
y unas cuarenta personas cubiertas de sacos:
judíos que no renegaron de Moisés,
cristianos casados con sus comadres,
cristianos que no habían adorado a Nuestra Señora de
   Atocha,
cristianos partidarios del caballo, del guasón,
el caballo cuya diferencia era la voz, a veces
la estatura y siempre
la extrañeza parda de las crines.

«Sí, sí, el camino de la orina.»
Antoni van Leeuwehock fabricante
holandés
de microscopios
presenció robos de poca monta, y en La Haya
al llegar
cortaban la cabeza a un predicador de capa negra.
¿Cuántos sentidos poseen los hombres?
Sesenta y dos, dijo
el académico partidario
de la generación espontánea: gorgojos,
pulgas,
mejillones
surgiendo de los granos de trigo, de la arena; nadie
vio aún los huevos diminutos.
Fue un placer, diez millones de fieles
socarrados
en la América de Chiapas.
El argumentador,
mitad geómetra,
mitad quimérico, arremetió
contra la memoria
y contra los sentidos: ¿Miembro quizá de la banda
filosofal? ¿Regreso
del círculo polar, de observaciones
pioneras?
Maupertuis, en efecto,
llevó a París
a dos laponas.

Cordero blanco.
Cordero negro.
Hubo que elegir:
Tamerlán
u otra dinastía tártara. Ispahan
no acepta la duda. Según cuenta Arouet «el populacho,
siempre extremo,
siempre cruel, cuando se le libera la brida, arranca el corazón»: piensa
en Concini, ese
Concino Concini mariscal de Ancre arrastrado
y devorado. María
de los Ángeles
soñó una vez
que era un sueño de los otros (sueños). Locke
no estudió en los libros, porque éstos
le vendían
instrucciones equivocadas. Scarmentado
a punto estuvo
de perder,
por una inconveniencia,
su fiel prepucio.
Fieles Penates.
Amado Lulli [1632-
1628]
por un Voltaire, voltigeur.
Révolter.
Voltiger.
Virevolter.
Ese sillón, la poltrona
(silla poltrona).

Vautour.

Juan Bodino,
el Jurisconsulto Cujacio
y, en general,
unas palabras de idioma inane
(escribir de cualesquiera inciertos rumbos) ya de duendes
ya de aquellos espíritus
que
acá
llaman consentidos
(un espíritu familiar)
en terreno de envidia para muchos.
El Padre Sinson, aquel, el infatuado
el adivino
el bárbaro nacional, aquel
que en el silencio de la noche perpleja vio
(por continuado vapor)
un agigantado espectro.
Dime pues si revinientes
o redivivos tanto da si también brucolacos
—volverán Loli Jiménez «caloraco» y Loma de Claraco
militar—
ahondaron
en esta materia de tanta incertidumbre: remedo
de la Fábula
del antiguo Poeta
Simónides y de las Damas, los Demonios
y los Ángeles derramadores
de dudas.
¡Qué buen estado interior!
¡Iluminador de la Edad! ¡Qué obra útil
a los artistas y hacendados!

Excomulga
al célebre botanista Joseph
Pitton de Tournefort —su viaje
a Levante— postrado
en Micone, se inflama
ve
en las Sagradas Letras vampiros ratones,
gatos
que travesean la noche, bestias que por algún accidente
se inquietan;
dadle
segunda muerte, o matadle más, intervenid el mismo
estorbo.
Santo Rey David: Todo hombre
es mentiroso:
Omnis homo
mendax.

MELVILLE I

Oberlus
ese hombre tenaz
que fuera muchacho desdichado
abandonado
también llamado
Señor Anaconda y
el Rey de los Perros
ecuatoriano peruano
anónimo combatiente
trocado luego
en dios reyezuelo.

Tierra de nadie
sí
esa res nullius
Gallípagos a veces
el lugar ruinoso
el lugar destruido
por excelencia
que mereciera
pese a todos los
pesares
los exordios de Spenser
y de esos difíciles
Francis Beaumont
y Yohanán Fletcher.

Anidada avícola
rastro quelonio
torrente linfático
sólo permitieron
en el tiempo joven

un lugar en los Cuentos
del hindi veranda
esos Piazza Tales.

MELVILLE II

Pensad en veinticinco montones de ceniza, en viejas
ciudades transformándose en deshecho que, como
en todo lo asociado a lo humano, logran extrañas
   capacidades
y no es la menor saber vivir sin alimento.

¿Capitán David Porter, la solitaria Hunilla, tal vez
Fray Tomás de Berlanga o
malhechores redomados en la línea
de Cook, Wajer, Dampier, Cowley, Eaton;
serían pues la materia
suficiente?

The Faerie Queene, el verso, es quien señala su forma
espeluznante, su apariencia que turba,
ferozmente,
a la Madre Natura; el adjetivo
lóbrego, la insatisfacción
de la tumba entreabierta, la demanda
perentoria
de carnuz y carcasa, y ejemplos
de soledad ya en el texto acuden desde las ruinas
de Babilonia —chacales paseantes— y la anomalía
   presencial
el plutónico *aguano* mudo, falto el roquedal de paria
   humano
y paria lobuno.

La lista capital
de estas islas, manzanas
de Sodoma, no incluye pájaros
de las nubes ni

a la gran tortuga de inclinación
servil a la línea
recta; hablo
del censo de Albermarle observado
desde el torreón Rodondo, atalaya
cruel
sobre españolas sillas de montar
para mujeres.

Hombres: no hay
Osos hormigueros: se desconocen
Odiahombres: se desconocen
Lagartos: 500.000
Serpientes: 500.000
Arañas: 1.000.000
Salamandras: se desconocen
Diablos: sí hay

LA TORRE

El ascenso a la torre de piedra produce placer y existen instrucciones para un viaje correcto por el interior de la misma. Hablo de la única superviviente del castillo de Jervis a la que ciertos compiladores, raza de seres absortos, definen como un pastel de calabaza habitado por aves que nunca se posaron en mástiles y quizá tampoco en lugares propicios para el carenado. No sólo la viuda Sicórax sino también los hermanos Mugendo emprendieron esa madrugada, negra como cueva de herrería, la prospección minuciosa de la estepa inmediata. Franciscanas marinas, formas que aún no han sido descritas, embarcaban en el puerto de la vecina isla Floreana rumbo a la costa para visitar, junto a monjas enanas en formación de combate, la combusta ruina. También dos caballeros donosos de la orden de El Vil Reproche, coronados por el Pájaro Penitente, se unieron a la comitiva, que ya llega al basamento de sillería de catorce lados, y parece penetrar presurosa por la puerta Masatierra.

Macilenta soledad. El tictac del escarabajo leñoso devora la andrajosa viga y el desafortunado Stuart (uno de los caballeros donosos) muere aplastado por el entibo desprendido. Su hermano Carlos, que también estuvo a punto de dejarse los huesos, toma el mando y encamina la tropa escaleras arriba. Nadie coronó antes esta fortaleza. Ni enemigos sañudos. Ni quien quiso medrar en indignas singladuras. Ni los que clavaban la daga entre costillas españolas. Ni un camarada experto en lugares estrambóticos. Nadie. Así brindan con licor y una a una enanas y franciscanas son lanzadas al vacío por los Mugendo y Sicórax mientras Carlos, sobre un tártaro de

escoria, sueña con los afectos de una damisela morena. Luego, el grupo ya reducido, desciende por la rampa helicoidal que rodea exteriormente el edificio a la vez que entona la balada del barbero charlatán e inicia el recuento, en la lejanía, de las abolladuras de los cascos de los buques. Gente portadora de la virtud genuina —facción de la Guardia de Corps—, sabían que eran esperados. Claude Jolyot de Crébillon, llamado Crébillon hijo, alcanzando la fama por la escritura de cuentos licenciosos, redacta ahora, al pie de la atalaya, la relación exacta de aquel desastre marítimo; el abordaje y destrucción, a cargo de Manada Canina, del navío de regreso. Coda: tercer aporte proteínico en importancia, por defenestración y batalla pirática, en este año de 1777.

Esos primeros años del diecisiete hubo gran trabajo en
recoger personas fallecidas
no llovía en dieciséis meses y un obrero de villa inició las
obras señeras
gran equilibrio de antigüedad
ese Palacio Episcopal que luego tuvo fachada dieciochesca
y se encarga a Juan Pérez Oltra hijo de Juan Pérez Mesa
al buen Juan Pérez
se le encarga el ataúd preciso largo y ancho en proporción
debida para traer a los muertos
un ataúd que no es barato
un ataúd que cuesta diez sueldos
y diecinueve dineros.

Alguien abre pues el panteón bajo el suelo de la Iglesia del
Carmen
el panteón de la sacristía de las Religiosas Carmelitas
el entierro de Fray Pedro el 29 de junio
Fray Pedro caído fulminado por chispa eléctrica
al tañer la campana
conjurando en 1614
la nube
que amenazaba.

Manchas de humedad en el esconjuradero
ramas machacadas
cenizas de palosanto en notable abundancia y láminas
de madera de alcanfor carcomidas
y eso no era posible según libro alguno
hasta que la centella
la hierba lobuna
y la fauna insecta rebosante

la vasija el vano la naveta bendecida
rompen estalladas
por la luz carbono que cruza de un extremo
al otro extremo de Fray Pedro Bonete hijo
de Ano Bonete
y Orosia Puente.

INSCRIPTA

Illo anno quando rex Garsias venit super Iaca et cremavit illo burgo novo
¿conocerían Juan Poggio y el beato Simón Stock recibiendo el santo escapulario
el nombre del camino ruta de Francia y qué casa tuvo categoría de encomienda?
Cuando el rey García Ramírez de Navarra vino sobre Jaca y quemó el burgo
de Jaca et Aruxo se abrasó igualmente
las tierras a comprar qui es en Iacca en lo barri de Burnau fueron tasadas
por el que después sería cardenal Xavierre dominico
visitador en el atacado
Burnao en el embrión con forma de hidromedusa de la vieja
Europa almudí de sangre dignidad de hospitalario del Cabildo Catedral.

Caminaron por fin solos modernistas ucranianos Yermilov luego Boichuck un arte
ese estilo moderno o Secesión interesantes Composiciones
Experimentales Constructivismo en suma
suma de figuras geométricas sencillas y otros elementos
como letras que alguien dejó grabadas ya
en la sillería arrancada de la incómoda sí considerada incómoda torre eclesiástica
nombrada vulgarmente de Burnao
las letras emplazadas ahora cabeza abajo traspasados los sillares
de la torre sin provecho alguno
a la esperanzada comunidad de las madres de clausura
Benedictinas

a mediados
del dieciséis
Puerta de San Ginés mirando
a Biescas.

Cofradía hirsuta vuelos pelopincho
carnes albardadas
cerdo
becerro
sobre enlutadas carnes
rosario alfanje camina
dormida signo materia escribe abierta la camisa pechos
de embrión con forma de hidromedusa
de Maximiliano
el signo la cifra cede
por Marsella justa el temblor la logopedia
cenar arcángel bismuto
fiel manteca
crecen solitarios
la Cantera merma
nos contaba el Padre Huesca
¿pendolistas y claveros?

ARITMÉTICA

La fuente es el lugar de los regenerados.
En el baptisterio (*delubra*) son siete las gradas conformadas
en el Misterio del Espíritu Santo, tres
de bajada, tres
de subida, y el séptimo grado,
que es el cuarto escalón,
equivale al Hijo del Hombre, extingue
el Horno de Fuego, sirve
de apoyo estable
y da fundamento al Agua.

Simbólicas son las repeticiones numéricas,
los gestos del sacerdote oficiando la Misa y, en general,
todos los números enteros.
La Iglesia Cristiana es la iglesia del símbolo, somete
sus espacios de arquitectura a la dictadura
de la medida. Luego,
vendrán las armonías musicales pero, ahora,
mandan, en los huecos internos,
las razones 13/10, 21/12, 35/24, 10/7, 40/34 que,
en ningún caso,
pueden considerarse como armónicas. Por ejemplo,
analizando frecuencias, el número esencial,
en los templos eucarísticos, es,
sin ningún género de dudas,
ese 7 no armónico, ese concepto
copioso
por su fundamental carga: la Gracia
del Espíritu Santo. Sí,
hablamos de las plantas de edificios religiosos españoles —
Santullano, Valdediós—,

de la mística aritmética estudiada
por teólogos orientales y, sobre todo,
de ese recopilador prodigioso,
actualizador eficaz,
maestrescuela alemán, el discípulo de Alcuino,
el abad Rábano Mauro.

Este errabundo trapecista y calamita hablo del calamite
tenaz
poblador de las cañas sedicente tripa del cagalar caso
insólito
y estupefaciente
de la obra maestra del trampantojo quimera impávida
alborotada colorista arrastrada
por el deuteragonista rey
del calambur
y de la risotada igual
a la ballena que nada
en el mar de agua
y lleva
dentro de sí un mar
de aceite
que también nada
sevicia singular gran fiesta mayor atracciones
colegios mataderos plazas mayores
ejidos granjas de cerdos abrasiones
en los comercios mayores
y en el detalle lumbar qué ocasiones
da la mar
para mentir.

Por fin pues perros sabuesos
recio spin-off altercado
lunar fardos cereales
no pudo Garrincha entender
por razón intelectual
qué son las reglas del juego ¿estólido
ciego marcial? no por cierto

es la mar
clarividencia solar acorazado mayor
Fengo Hamlet Elsinor
ver cubierto por la nieve el puerto del Muladar
¡coprolalia!
hápax grifo muradal
yo sueño para soñar.

Conozco editores que sueñan
con los verbos apropiados
para designar cada tipo de cisura con cuchillo.
Editores como Claustras,
reconocido experto en arreos para momias que, desaforado
al no hallar en Mogadiscio exegetas
para Alanus de Insulis o la Naturaleza
Efectuada
como espejo
de la Naturaleza Principal, no repara
de inmediato
en el pudelhund bermellón en
ese perro de charco o podenco que
como Hermes Psycopompos le lleva, de hecho
le espera en el recodo, le lleva hasta el artesano, ese lugar
lancinante, el hogar del supremo
elaborador
en Europa
de duros nervios de protección
y cabezadas de seda.
Editores como Plinio,
rey de los cargaremes, manos de yeso y que nació en
   Iquique
eso sí tras nacer en la acaudalada Boston, emperador
hermano
de la incalculable Julia
Migenes
esa indecente Carmen de Rosi, como Plinio digo editores
empeñados en trasladar
en letra microscópica a la parte inferior de las
cajas de dátiles (de la cuaresma céltica)

prolijas
reflexiones
de Lévi-Strauss, el buen amigo de Breton, Duchamp, Calder,
   André Masson,
Maritain que él publica, reflexiones,
nostálgicas reflexiones en la línea de
que el mundo
este mundo actual
ya no puede
inevitablemente
no debe
ser
mi mundo nuestro mundo,
y así es.

UNANSWERED QUESTION

OCTAVIO JAMES

1

Señora Antonia Porcuna del Tomizar, cabrera.
Salimos pues al camino —robledal de Corpes— con ánimo
de agradar
(la refriega, el manto, el analista Orum)
y unos seres llamados Grises interpelaban:
este es el inicio
de una historia
que se postula heroica, sustentada
en la selección de monedas, en la discriminación
de monedas mediante el sonido —nuevas técnicas de
selección
de monedas
que atienden al impacto
y a su sonido—. Mas fueron los andantes,
caminantes
venidos de la nada, los que importunan, los
no nacidos: nadie supo nunca
qué aparición, qué
horario era
el que debimos seguir para evitarlos;
irrumpieron
en nuestros corazones, vimos
la espantosa muerta degollada, un protomártir, sitiado
en el Dique Flotador,
miliarios, un sinfín de fuentes epigráficas, cúrcuma,
bayoneta,
todo tipo de inscripciones rupestres,

Antonia, dicen
de ti
que eres persona muy respetada, que te devuelven
las llamadas; como que la primera vez que oí la expresión
«a ti no te respeto, a Ud si le respeto»
fue a cargo del individuo
menos respetable
que he conocido. Así fue así. Él, el no respetable, él me
habló,
en Canarias, en casa de Ramos padre, de ese
gigante, rey de los agentes, ese Charles
Ives, y su trompeta
atronadora.
Volviendo al camino, junto
al humilladero,
al patíbulo, —madero podrido,
Porcuna del Tomizar, monedas—;
qué años, vencidos
nada nos puede, reventamos pero
vamos ya, siempre
adelante, hacia adelante
como ratón de autopista, muñecos,
ojos de mosca,
múltiples.

2

Carretera —lámina axial— fuente
de enorme emoción, aquí están,
parroquianos de ababol, el encuentro
con autómatas, erguidas
estructuras de expresión facial
de gran nitidez, mirada fija
en lo que ha de venir; ligero
balanceo, sólo quizá
en antebrazo y manos, con suavidad. Son
legionarios, metal de la ciudad

de complexión elevada que arrebatos
de insulsa estupidez pudieron hacerme creer
que dirigían sus pasos
a beber. Supuse
en la charca de la curvan
a la izquierda, a la altura
de la caseta arruinada, llamada por alguien
Gornal, allí el agua
de la charca aunque rastrera
es alimenticia, se tumbarían
pero sin flexión, se echarían
tal cual. Y no hay origen, no se les ve
nacer y
todos creen
que tampoco, que
no tienen
un destino de exacta claridad, que no llegan y tampoco
llegarán
a nada, «sin lugar de acogida» apostilla
el de Ordovás, pastor
sin ganado menor, rey
del punch,
del timing,
del swing.

3

Sí,
la ciudad es el paisaje del hombre moderno mas
hay ventanas condenadas, números,
cifras, signos, símbolos, guarismos, la universalidad
del signo,
la matrícula de la ruta, esa ruta en la que
sólo el fatigado, el inoperante, atiende a la pregunta «¿Sólo la muerte?»,
sólo el fatigado, el de «hay golpes en la vida
que son tan fuertes...», sí,

sólo en presencia
de la corregia,
de la gabarda, del cardo plano
hablo de la muerte, apoyado
en el muro fatal, acuclillado, doblado el espinazo
sobre el hito fiel, rebuscando
a la víbora de la cruz, a la araña
de cruz
en la cuneta infame, especies
comedidas, habitantes del placer
de la ruta —sal,
asfalto roto, grafito blanco—, sólo aquí
se me presenta
aunque yo no sepa,
a ciencia cierta,
lo que sí es,
todo lo que
ella
debe
de ser. Quizá,
todo lo más,
tenga visiones.

UNA PURGA

Mozos de estoque en la Estación Central de Tabar-Satié,
mozos de estoque y mozos de mulas, estoliques calibrados
que en la noche tremebunda
abríamos fardos con los dientes
y con la espada las tripas de las monturas.
Mas no es bueno hablar, surgió,
ante la bonanza laboral, dura
competencia, gente obrera,
malandrines, los llamados
mozos de paja y cebada
que, raza similar,
pretendieron robar nuestros puestos
y ensalivar nuestros lechos,
ordenando así nuestro caudillo,
Jaime Ducrós Peñalver,
estrellar a esos pajeros, con saña pintiparada,
contra la Gran Cruz de las Aspas
de la plaza del Virrey
y ahora ya, transcurrido
casi tanto como un mes,
trocear los restos pútridos,
echarlos al albañal
donde sin trámite alguno
el reflexivo caimán, la pizpireta pitón
y el albiverde cochón
darán cuenta en un pispás.

AL AIRE

Alas delta, goma, plástico, cordajes
gimnastas de pared, arañas secas, pájaros de roca
montañero erudito, hallazgo de alambre, informador del camino
contador de historias, aportador de cotas, vientos, tormentas nailon
ascenso acompañado, muchachos alegres del banlieu industrial
lumpen de hipermercado sección deportes, anoraques de tul, gepeeses
la turba encendida, trepa, muge,ríe nerviosa cercana a la cima
como el hombre enlutado, fantasma de julio, que supervisa el parquin.

El chivo expiatorio, la mofeta turbia, el calamar pardela
la turma de pradera, el alce capinegro, la semimona
son especies de montaña, hitos de la naturaleza generosa
elementos del paisaje, objetos de la duda, mercancía del aire
retahila que el culto sobrecargo pronuncia en la sentina
flanquean atletas breves, héroes de cartón lastre, niñas nauseabundas
submarinos, profetas, arrabaleros, croatas, un clérigo ciego
coronar la cumbre ¡qué dislate! todos corren a apuntarse
habrá que esperar pues, la pradera llena, a que el día avance.

Los primeros las aves de acero, los topos, la ardilla voladora
luego la marta cibelina y, en seguida, ultraligeras espaldas
la masa viscosa no tarda, rifeños, muslistas con brazos de esparto

hay quien lanza cables y estolas benditas para columpiarse
consortes de Gambia, fáciles planeos, abrazos lombardos
rumor de sotanas, aleteos tiernos, muchachas abiertas con
   faldas de besos
cabal desbandada, se acelera el cambio, vuelve la pradera,
   el árbol del rayo
variado muestrario de esqueletos negros, elección compleja.

Estalla la rama, desastrosa, hueca
salto hacia la muerte, tiznadas las partes, arrancado un ojo.

ALMAS DE METAL

La maquinaria agrícola tirada en el ejido no se incorpora
bien al uso del paisaje, cuesta
que la hierba trepadora cunda entre los ejes y
que el polvo forme, en las hoquedades férreas, suelo suficiente
para la generación de indómitas
especies ruderales.

Aunque peor se incorporan los vehículos de carga, furgonetas,
camiones tráiler, cisternas para el transporte de bencina y, en general,
esos medianos y grandes mastodontes de la ruta
ahora adormecidos para siempre en el erial contiguo
a la urbe histórica o al camposanto pulcro.

Los coches, los turismos, llevan, a menudo, una vida final más agradable, aparcados
en la parcela de vocación rural junto a breves troncos alimento
de barbacoas muertas, fuentecillas
de abigarrada rocalla,
grandes depósitos de pernicioso amianto, los coches, humildes, hunden
sus ruedas reventadas e incluso los acerados discos de frenada
en la tierra fértil, de aluvión,
extraída, con paciencia,
del cercano río.

PRIMERA RELACIÓN DE ENCLAVES PROPICIOS

Ababuj (Teruel). Partida de Ablaque. Viga en La Caseta del Sordo. (Practicable)

Abertura (Cáceres). Campo de Custodio. Olivos centenarios. (Practicable)

Aborníicano (Álava). Pinar Mayor. Varios ejemplares en la umbría. (Practicable)

Albí (Lérida). Ruinas del convento. Escarpias del muro norte. (Practicable)

Altura (Castellón). Viga en La Torre del Moro. (Necesita escala)

Borjabad (Soria). Pértigas en el claustro de la iglesia. (Riesgo de rotura) (Practicable)

Buyo-Frene (La Coruña). Roble del Rey. (Practicable)

Caborriu (Gerona). Masía Pons. Viga madrina en iglesia. (Necesita escala)

Estación de Larva-Cabra del Santo Cristo (Jaén). General. (Practicable)

Garcibuey (Salamanca). Finca La Sisona. Viga en El Torreón. (Necesita escala)

Peleas de Arriba (Zamora). Quinta del Moscón. Encinacurva. (Practicable)

Real-Mellid (La Coruña). Pazo Perdido. Vigas del establo. (Practicable)

Rusiñol Cuford-Capelat (Barcelona). Camino real. Almez quemado. (Practicable)

Ruydeferros-Balboa (León). Ruinas del puente romano. (Practicable)

Salón-Boborás (Orense). Ermita del Milagro. Perchas. (Practicable)

Torredonjimeno (Jaén). Cortijo del Salado. Olivos muertos. (Practicable)

Torremormojón (Palencia). Garfios solanos de la caseta del cementerio. (Practicable)

Ucero (Soria). Viga principal del Castillo Menor. (Necesita escala)

Villatobas (Toledo). Quinta la Polilla. Álamos quebrados. (Practicable)

Vistahermosa-Navacarros (Salamanca). Pértigas del Lavadero Judío. (Practicable)

Wamba (Valladolid). Calvario. Escarpias de la Hornacina Mayor. (Practicable)

Xurxo-Ares (La Coruña). Carballeira. Ejemplares enfermos de gusano. (Practicable)

Yorgui-Güeñes (Vizcaya). La Acería. Vigas del cargadero. (Necesita escala)

Zuza-Lónguida (Navarra). Escarpias del Humilladero del Diablo. (Practicable)

ORNITHOLOGIAE

AGUILUCHO CENIZO

Llamó *veletas* a las aves planeadoras
las que lo hacen a ras de la cebada y el trigo
luego cansado entró en el vehículo
para no salir en toda la jornada
y no pronunciar una palabra
hasta las 6 ó 7 de la tarde
cuando alguien
antes de clavar las ruedas en el barro
le oyó decir
«no sigáis
que estas son tierras pocinas».

QUEBRANTAHUESOS

Qué grito lastimero, fino. Un destacado
haz de ásperas cerdas, dorso de hielo. Luz
devorada sobre cabellos de luna. Caes
maltrecha, y un relámpago espantoso abre
el pavimento, quiebra la tarde de escuelas,
   papagayos
sobre el risco, sobre el mar
de nubes gruesas, bagaje espeso de familia honda
y gran significado.
Contemplad el vuelo, flecha
de dimensión desconocida, garras
sobre hueso frío, la médula mordida, el viento,
y tú me hablas
—lo peor fue verle el rostro—
mientras mueres al arrancarte el corazón
y la bestia inyectada en sangre,
normalmente solitaria,
planea lejos, se aleja
entre el chasquido de láminas secas que cortan
el aire.

CUERVO

Cuervo, ilustre señor.
Raven, Kolkrabe, Corbeau.
Gran tamaño, pico grueso, plumas de la garganta
hirsutas, extremo de la cola en cuña
plumaje negro
irisado
así, en feliz traducción, González Díez, Mauricio
define al enterrador
al volador acrobático
a quien dispone de un grave «grrac«
de un metálico y agudo «toc»
y de numerosas otras notas cloantes y croantes.
Sí cuervo,
ayudaste en pareja a Odín dios escandinavo
que os libera de mañana para que recorráis el mundo
y regresar de noche
con nutrida información.
Ayudaste a Benito
a Benito de Nursia luego San Benito patrón de los moribundos
al que un competidor malvado
sacerdote de Subiaco
quiso envenenar con pan mas el cuervo salvador
confiscó la miga
y en coronado vuelo
se la llevó a la torre
quebrada y pronunciada
frente al mar latino.
Ayudaste en la ingesta
para evitar podredumbre
al viajero temerario

que llega a la ciudad costera
donde «dos cuervos cruzaban
rápidos el cielo
grrac hacia la playa
desde las montañas.»
Y en peripecia dramática
el protagonista europeo
es comensal complacido
de la perseverante rata
del olisqueante perro y
«sobre los tejados,
muchos cuervos, tantos
como nuca viera.» Opulenta historia
muy bien denominada
y por todos conocida
como *Corvus corax*.

ENCADENADOS

TAF

No ocurrían naufragios más que por las coces de las
monturas.
Equipos de artesanos, calafates, carpinteros de ribera
dispuestos al diseño de navíos
capaces de albergar con gran holgura
cuadras de hasta mil quinientas caballerías
surgieron de los extremos del mundo
y fue la tafurea
ese ingenioso invento, el modelo elegido
una quilla
de amplitud exagerada contraria a la zozobra
y al consiguiente hundimiento.
Sí, tafurea, familia
en visión precipitada
de tafur, el sugestivo
vocablo, y su rey
ese Rey de los Tafures
monarca y tropa que pudo sin duda embarcar
camino de Tierra Santa
en la embarcación planuda
andrajosos como eran, hambrientos hasta el delirio
fuerza auxiliar del cruzado, devoradores incluso
del cadáver sarraceno.
Y en inusual pirueta
ingresa el vate en la morgue
a perfeccionar estudios
bajo la mirada atenta

de un cuidado catedrático Don Manuel
Taure ¿González?
Profesor de Anatomía riguroso hombre de ciencia
ignorante sin embargo
del vínculo que su apellido, en pura aplicación lingüística,
posee con ese nombre
maldito entre los malditos
que condena a su discípulo
al infierno del tapete
verde prado cementerio
tahúr que lleva la muerte.

F. F.

Francisco Ferrer Mascaró, notario, natural de Balaguer,
Lérida
viaja destinado a Puigcerdá, Gerona, a mediados del siglo
XIX
cómo sería el viaje, qué emolumentos supone el cargo no lo
sabemos.

Buenaventura Morer Gasset, natural de Pareras, Gerona
contrae matrimonio en Puigcerdá con Francisco Ferrer
Mascaró
qué dote, qué salud, qué piedad, qué belleza no lo sabemos.

Abilio Ferrer Morer, natural de Puigcerdá, hijo de Francisco
y Buenaventura
ejerce como odontólogo en la ciudad de Barcelona y tiene
muerte prematura
quién le induciría a iniciar esos estudios, quién le induciría
a jugar en la bolsa
no lo sabemos.

María de las Mercedes Auger Massanet, natural de
Barcelona
contrae matrimonio con Abilio Ferrer Morer, la recuerdo
sentada
ella siempre de negro, la abuelita Mercedes, dónde casarían
no lo sabemos.

Francisco de Sales, Sebastián, Abilio, Ygnacio Ferrer Auger,
natural de Barcelona
hijo de Abilio y Mercedes, odontólogo, luego médico
mi padre, que recupera el binomio F. F. gracias a quién
no lo sabemos.

María Luisa Lerín Falcó, natural de Barcelona
contrae matrimonio con Francisco Ferrer Auger en la ciudad de ambos
a su único hijo se le bautiza Francisco gracias a quién no lo sabemos.

Francisco Ferrer Lerín, licenciado, natural de Barcelona
duda de si él es un error, de si hubo un hermano de Abilio llamado Francisco
de si esa sería la verdadera rama, de si ha sido fatal recomponerla
no lo sabemos.

Concepción Jiménez Castro, natural de Torredonjimeno, Jaén
contrae matrimonio con Francisco Ferrer Lerín, en Jaca, Huesca
propone Francisco como nombre para el primogénito, ¿su marido duda?
sí lo sabemos.

ENCADENADOS

Uranio disimulado en botellas de vino bajo la forma de una especie de arena
la fille d’un espion allemand au service d’un agent americain
y un hombre muy pequeño enamorado de una mujer muy alta.
Dice Truffaut que prefiere esta cinta a todas las otras en blanco y negro, este Notorious
—Tuyo es mi corazón, en Méjico y, en Francia, Les enchainés— esencia
de Alfred Hitchcock, lugar de Leopoldine Konstantin, aquí en los créditos Madame Konstantin,
como Madame Anna Sebastian la madre
de Alexander Sebastian ese Claude Rains nominado al Óscar que casa
con la hija del espía alemán a la que envenenan —madre e hijo— lentamente
con arsénico. (Leopoldine Konstantin, nacida en Moravia
en 1886, en el Imperio Austro-Húngaro). Qué Mc Guffin, silente
trasfondo de bomba atómica, malos nazis, la RKO-RADIO
allá en el Paseo de Gracia cuántas veces paseante
yo un niño y el estreno
o reestreno, en los sesenta, en la húmeda
butaca de aquel cine Cristina, ya derribado, y ese día
ese corto,
au bord d’une rivière
près
de Karacabey
il y en avait au moins 30
dissémines

sur les gravieres. (Kumerloeve et Niethammer en ont
signalé
200 ensemble
près des abattoirs d'Ankara). Les percnoptères
los alimoches, el abanto boñiguero
un grumete singular, compañero
de Neville, de doña Concha y,
según algunos,
de ese galán Cary Grant preferido
por Alfredo
al sin mirada Gregorio.

TENDRESSE ET BIDET

INVERTEBRATA

No hay pasión mayor para los que amamos el desierto
que contemplar las nupcias de la abeja enana.
Otros, entre los que se cuentan capellanes, enfermeros
y sectores poco eficientes de lo más angosto del
  Protectorado
prefieren la cópula anodina de la mosca grillo y, los aún
  más directos,
la higiene concienzuda de la filoxera clavo o la
  degeneración venérea,
en sus partes blandas, del pseudoescorpión templado.

Al llegar a Erbala, un tenebrio dorsal acebrado fulmina de
  cruel picadura
al negroide chófer de mi todo terreno, perdido
y sin rumbo, caigo al profundo barranco llamado La Esclava
  donde
un mudo tropel de sanguijuelas grises
—*Barbronia weberi*—
acaba con mi flujo sanguíneo
y con la ventura de seguir extasiado
ante el variado plantel de especies entómicas
del *kavir* nigeriano.

HOTEL SIBONIS

Chico, te habla un cadáver
desde la 112, La Tirolesa,
en esa primera planta que albergara
no hará demasiado tiempo
a varias personas interesantes, ¿recuerdas
a Fragata Spleen, la mulata informe? decía
que el primer barco francés forrado de cobre fue una
   fragata
¿Ifigenia?
sí, así debía de llamarse aunque ahora
la lucha por poder recordar, alcanzar la mirada, el nombre
   de las cosas, el desamor,
tus hombros trémulos Romina Power,
ir, venir, buscar, ocultar, huir, matar,
se fait épouser, pour le surveiller, par un agent nazi que
   l'empoisonne lentement,
carabela, urca, fragata, Holanda, su flota es la de mayor
   arqueo (400.000 toneladas),
cómo será ya el cuerpo de Claudia Cardinale,
hasta aquellos detalles que nos mantuvieron vivos
la yeguada, la recua, el hato, la manada,
el argumento, una muchacha debe acostarse con un espía
   para conseguir informes
el guion, de 1944, un año antes de Hiroshima,
splendia e nuda
Claudia Mori en San Remo,
aquel trozo de papel
del poeta cliente habitual
o traductor
sería traductor porque John Ashbery
no desembarcó en la isla

no era hombre para frecuentar
estos garitos, no era hombre además
de expresión que no fuera inglesa, ese Ashbery
de Rochester, Nueva York,
qué gran poeta, las rameras
celebramos la navidad ¿del 85?
recitando, mas ahora ya un muerto no puede
recitar, las neuronas se secaron
y Holanda, Cary Grant, Tyrone Power
navegan, flotan entrelazados
en la sopa de la memoria
como fideos.

WETLAND

Salimos de estampida en el Panhard de tu abuelo
motor rugiente, nube de gritos, un largo oficio
religioso los domingos con los hermanos Bones
   contemplando
los tobillos y el resplandor inaudito de las nucas infantiles
una rutina incluso el trayecto hasta la charca, la desnudez,
   la risa
que parecía dedicada sólo a mí, ciertos besos, el espasmo
y verte agachada en la orilla lavando tus genitales, esa
rosada vulva que sólo yo frecuentaba, luego pasto
universal, sustancioso mercadeo, hasta que el mayor de los
   Bones,
Ezequiel Mateo Bones, la adquiriera en propiedad,
   desapacible persona
que ahora espero, rifle al hombro, que no sé,
que no quiero saber nada de hijos
no conseguidos, que reclame
por escrito, en los juzgados del cielo,
a quien sembrara bacterias,
microbios, barbos, anguilas que pudieran ocupar
el espacio de otro Bones.

COLOFÓN

EL POEMA DEL PERRO GLU GULAGUER

Este es el poema de los restos del perro Glu Gulaguer
ese perro malhadado que moriría un 16 de noviembre de
   1964
en la población litoral barcelonesa de Vallgorguina
fruto del pánico, la impericia y la circunstancia
de la familia Díaz, sus propietarios,
cuadrilla venida del oeste, humanos de entrega,
que idolatraban al poeta reseñado en el semanario Destino.

No hablar de huesos, no es recomendable,
un error fatal confundir la intención del que glosa,
un error confundir el esqueleto del perro Glu Gulaguer
con los huesos que ramonearía, trasladaría y enterraría
en la espesura del bosque mediterráneo
o quizá en las márgenes fangosas
de la multitud de arroyos.

Glu Gulaguer
el otro Glu Gulaguer vuelto a la realidad consuetudinaria
por la emisión, la noche del pasado sábado 31 de marzo,
en la 2 de Televisión Española,
de aquel sombrío relato La última película
The Last Picture Show
con Cybill Shepherd en estado de gracia
y otros actores entonces poco conocidos
entre ellos un rudo y varonil Clu Gulager.

Clu nombrado desde la cuna Clu
por su padre John Gulager actor de vaudeville
por el clu-clu del rojo pájaro
Red Bird nombrado en Oklahoma Clu-Clu
en Holdenville donde al nacer Clu Gulager
el dieciséis del once de mil novecientos veintiocho
varias avecillas clu-clu preparaban ya sus nidos
con huesos de hermanos clu-clu
fallecidos en el tórrido verano.

[Anarene, enero 2008]

HIELA SANGRE
[2013]

POSTFÁMULO

THEL 12 C

El dominio donde reina la arcilla bajo forma de terror,
   donde
el contumaz gusano —gigantesca lombriz lobo— apabulla
el aire oculto, y la sombra del agua,
como ollar inmarcesible, regenera
la voz de Aquel al final de la tarde, cabeza débil
que no soporta ya el peso del fino humano,
insobornable alférez
que fue a ocuparse de los muchos a su cargo. Esa misión:
oler sus ropajes lechosos entre las cuadernas rotas, entre
obra civil de manos complacientes, adscritas
a miembros activos de razas degeneradas. Sí,
aunque de porte exquisito, desconocen
cuál es la fecha de la composición del texto y no miden
la iniquidad de los gestos del sordo, el tamaño
de los ojos de cerdo que comen los esclavos, no saben
cuál es el objetivo, no pueden
(sólo restan quince ejemplares del libro iluminado)
castigar a quien magulla los cuerpos seccionados, repiten
el nombre de origen oscuro que no debe mencionarse,
   llegan
al confín, a la puerta norte, a la imposible extensión del
   salto
y a la ciudad donde jamás se vertió aceite
sobre ellos,
criaturas asociadas a la muerte, llameantes esculturas

de porte hospitalario.

FUROR CENSAL

Este es el embustero que a veces imita el ladrido del perro.
Este es el rey de la leña podrida y de los huesos de médula atinada.
Esta es la madre de figura capciosa que mece imprecisa la impudente alimaña.
Esta es la mujer de facciones morenas que cruza ligera las colinas cansadas.

Son cadáveres dispuestos al alba en atroces posturas,
reptantes longitudes que todo lo envenenan, valles asustados,
padres convertidos en ogros de antro, septenarios ciegos,
parejas contrarias, visionarios pulcros en arte maduro,
reos aquejados de un rural siseo, cundió la costumbre de negar el uso
de suaves nodrizas, ¡serpientes, no hijos!, proclamó el soldado
taciturno hirsuto, mendigo de hierba que engrasa el ganado.

Núbiles obreras, de hábil maleficio, quemaron el lienzo,
vieron al enano que modela el barro, a Cruel, a Guisado,
a Sesenta Inviernos, a las Pestilencia —cuñadas enormes—
y a las Moribundo —primas elocuentes— forzar la sintaxis
que inclusivas hordas —amazonas bulbo—
vierten en el Húmedo. Pasmada montura,
nadar nunca pudo.

HIELA SANGRE

LEPUS

¿Qué quedará de la liebre de Durero? ¿Nociones
de partida y de llegada? ¿Un punto
de atadura de sus sueños? ¿Un recuerdo
de ciertas partes de su cuerpo?
Esa joven liebre
proviene de la cólera adusta, de la frambuesia
que hace áspero al cuero, de ese fetor oris
producto
de los alcaldes de la lepra,
del salpicado de la lepra, ese apetito sexual
   desbocado
que señalan
los alumnos, apetito,
satiriasis, dijo entonces
el alumno que fue inocente, pero
el tobillo
apareció manchado de la plaga, elefantiasis puede,
aunque dudaban si el pelo
de la joven liebre
fue pintado con pincel
de un solo pelo. Hubo oficios
reservados
para ellos
que alguien llamó
infamantes, oficios justos:
sepultureros
recogedores de bestias muertas

cordeleros de sogas para condenados
cordeleros de sogas para campanas
fabricantes de campanas
leñadores de madera para cadalsos. Fetor oris, ese olor
delataba su presencia, recordaba
el olor de la liebre
ya macerada
prendida al lazo
del malato ahogado en Sèvre
en el pantano cubil. Caligaverunt
oculi mei.
Circumdederunt me
gemitus mortis.

LEONOR

He visto ese huevo
una especie de huevo, olvidado por los griegos,
pero de gran fama en las Galias.
(En verano
innumerables serpientes,
por la baba y la espuma de sus cuerpos,
se enlazan y pegan
unas a otras.)
Se llama huevo de serpientes
y viene del Reino de las Madres.
El tamaño:
el de una manzana redonda;
y la cáscara:
cartilaginosa con numerosas cúpulas
como los brazos del pulpo.
Los druidas dicen
que el silbido de esos reptiles
proyecta el huevo al aire
y lo recogen
antes de que toque tierra
dentro de un saco.
También se sabe
que esta clase de huevos
flota
contra corriente
y que el artista lo ama
como si fuera un cráneo.
Fue,
quizá,
el huevo del que naciera el hombre luciferino
y que ahora

incuba
la guardiana radicular,
esa obra maestra, apoteosis
del germen.

DICEN QUE LOS CELTAS

Dicen que los celtas
encierran hombres en maniquíes de mimbre,
   luego,
ya hastiados, les pegan fuego;
incluso alguien hizo con cera un monigote
a semejanza
del marido muerto y,
secretamente,
lo abrazaba
hasta que el padre,
juicioso,
mandó quemarlo.

Sí, el maniquí es uno de los símbolos.
Se identifica con las materias perecederas:
se dirá «quemar en efigie», tomar la imagen
por la realidad;
de hecho la madera
es, por excelencia,
esa materia.

El manco,
ese Mucio, llamado a vivir
a un nivel diferente
de gran exigencia.
Hablo del manco en estado de sueño o
de muerte cierta,
siempre,
en cualquier caso,
fuera del tiempo.

Ese manco maniquí

sin la mano que separa
el día de la noche
pierde su condición de simio,
su aspecto desconcertante
y su raza disipada;
no será ya el gran bandido,
ni
siquiera
el aventurero
de buen humor; tomará un sobrenombre,
El Zurdo,
Escévola para algunos.

La Bella Durmiente
se pincha la mano
con un huso
y duerme por un siglo.

TALPA

Ayer me fui de toperas, acechadas
en estos días de otoño
por panzudos ratoneros, pausados
milanos rojos
y equilibrados cernícalos.
El aire
que es festivo
confunde
al espectador inexperto
y fascina
al rutilante marido.
¡Qué posturas manifiestas!
¡Qué ademanes de prestigio! ¡Qué gloria
nunca alcanzada! Los recios picos, las garras
corvas, atrapan
las cabezas puntiagudas, destripan
al minero pintoresco,
al concienzudo gran topo, impávido
e inocente
en su labor
de huroneo.

Así
en estas mañanas
medito acerca del limen,
ese fiel concepto lábil
que permite el recorrido
de la oscuridad a la luz,
de lo sabido a lo ignoto, del calor
al hielo, la fulgurante mudanza
hacia una muerte, llena

de chasquidos sordos
y recios pelos arrancados.

El laberinto arcaico de Epidauro
se inspiró
en esta red de galerías.

SABEMOS

Sabemos que el milano significa la clarividencia,
la identificación con un deseo pervertido,
la identificación con una falta
—posee una función creadora—, y en la vigilia
así como en los cuentos y sueños
el castillo está situado en las alturas.

Sabemos de la indefensión del insecto al que dejan solo
y que la ligereza de la sangre del murciélago le obliga a
colgarse cara abajo,
pero el inválido es la figura del rey asesinado,
la figura del chantre,
de la reina del burlesque,
de Reinaldos de Montalbán, que fuera
emperador
de la fabulosa Trebisonda.

Ellos lo saben,
se calzan las botas Wellington,
y parten,
hacia el combate
diario.

RINOLA

No sabía tirar piedras, tampoco
abrir con celeridad
la puerta del automóvil, de hecho
chocaba con el quicio de las puertas del edificio de
la playa
y barría,
al despojarse del abrigo,
las pequeñas fuentes de avellanas y boquerones
del ambigú del Casino Principal,
incluso
un domingo de verbena,
en la Casa de los Pájaros, permitió
al actor de largas patillas y voz
engominada
que le hiciera un hijo, al que llamó David,
ahora labriego, y yo
cuando ya empezaba
a cansarme de tanto desvarío recibí,
en varias ocasiones, esa pregunta
brutal,
que luego repetiría
otra hembra despechada,
recibí, digo, con insistencia, esa pregunta,
si no sería maricón, ¿o dijo
homosexual?, y luego, al cabo
de los años,
veinte o treinta años, supe

por parte de otra persona endeble
y agostada
que ella

estaba muerta, tras
una historia alemana
de incendios apagados, rubias de cochera
y otras dificultades
de acomodo, despiste
y mucho miedo.
Sí,
a aquella mujer
la quise, a mi manera, quizá
sólo al principio pero
lo que está claro
es que
no merecía
acabar tan malamente.

NOTA AUTOBIOGRÁFICA

Estaba dotado de un cuerpo caliente, como
magnate marítimo, minúsculo
depredador
a la velocidad del salto
corriendo por el suelo.
Al bautizarme
manché la pila con inmundicias intestinas —la
   incontinencia
como peste viva—, saqué los ojos
a mis dos tíos, corté
la nariz
al fiel Leoncio y mandé que no hubiera perros,
sólo lobos.

Los muros de sangre y cuerpos aplastados,
las excitadas complacencias,
la condena a los muchachos, fueron
los métodos de fuga, hasta que
el gramático italiano, el risueño,
el que siguiera a la mujer desigual, la que llamamos Cava,
   tuvo
ese cariz de octogenario, propuso
en las tardes de verano
la muerte del penitente, la muerte
del gran nostálgico, el que dijera: «Comer habas equivale
a comer la cabeza
de los propios padres».

UN HOMBRE NEGRO LLAMADO AZOTE

No ha existido tiempo en el que Dios no fuese.
[Jenófanes.]
Por eso
las capillas de tránsito
(zoques)
se sitúan en los altos del camino
(eminencias).
Sí, parar el tiempo
como ese adusto hombre negro
que espera la llegada de la paloma mensajera:
¡Antonia, Antonia!,
vocifera Azote.
Todo está en la adolescencia y,
si se me apura,
todo está en la infancia;
esa prole rosácea
del bicho bola.

DESCRIPCIÓN DE LA VIVIENDA

Habitaciones maniáticas para el hombre y su sueño; como
  la plata
despiertan pasiones. Pasadizos
hacia oriente como punto de desprecio enlazan
piezas de pluma, pelo o escama, soportes consagrados
de las fuerzas malévolas. Jardín
que contiene, símbolo de la ignominia,
a la bestia en el hombre, la rubia vaca
de fauces abiertas
por las que sale
a veces
manchado follaje.

Alcobas
en las que seccionan cerebros a hachazos, donde medran,
con la ayuda de ritos diplomáticos,
el hongo, el tifo que aventaja al conserje, la tenaza, la pinza
que arrebata extremidades. Diancecht
así mata a la hija, botánica, apasionada,
por divulgar los nombres de las sesenta y cinco especies
crecidas sobre la tumba
de Miach
su hermano.

Cenizas húmedas en el suelo del hogar
aplicadas en la herida incurable abierta
en el pecho del valiente, balaustrada
volcada al océano, valoración nocturna
de una brizna de tierra, puñado de materia primitiva
útil en la caza de gamos. Baños, piscinas,
mármoles de madriguera incrustados
en la falda de granito del nombre del dueño, hombre

de peculiar contorno, caballero indultado, no sólo en la
lápida
sino en las mentes de tantas niñas color anís,
fervorosas filles chatouillées.

MULATA

Una mujer de cuatro cuerpos.
Lasciva.
Asesina de almas, bebedora
de ingentes cantidades
de cerveza de plátano. Comía
la luz del sol, trataba
el azufre aprisionado en la materia
como esos ofidios sólidos
que perforan
nuestras partes;
en el primer encuentro
se erigió en símbolo
de la ley organizadora.
Antonia Porcuna del Tomizar,
cabrera,
cambiaste mi mano abierta apoyada
en el mazo de la baraja española,
sin expectativas de destino,
por esa masa espesa ensortijada
y el busto de picadillo de carne magra.
Qué clamor en el gobierno, falda
de Vasconcelos, corpiño
de goma elástica, sangre
en las uñas cortas, piernas
de galga ahorcada, dibujitos
en la piel: aros
de pasta sémola, grilletes,
y plumas de alcaravana. En la calle
una sólida fricción de muslos. En la casa
aquel silbido de acero y la caja
vacía

ya entonces
de dientes
y demás alhajas.
Señora laxa, pantera,
cuánto la admiro yo a usted.
Culata.

ADORAN LOS BOMBONES

Bañan a sus hijos en el jugo en que cuecen las gambas
como preparando sidra de cola de pescado
que venden en bolsas de papel madera,
¡vesania y nafta!
Ella maneja el Oldsmobile igual que trajina,
como fusiles apuntados,
versátiles pilotos, esos impermeables, gabardinas,
que hieren al importante.
Él patentó los boopies, ajuares futuristas saldados
en los mercadillos del guano y en la plaza occisa
aunque se dijera
que su destino fue otro, el esplendor
de la fiesta rica; esas braguitas de espuma
velcradas, coloreadas, diferentes,
kits semanales a precio abusivo, situadas
sobre el vaquero de marca, envolventes, ambas prendas,
de culetes de brillantina y rasuradas conchas de nácar y
cremita.
Gordos mórbidos, la familia devora, bajo la sombra de la
acacia florida,
cajas planas de ese producto ahora Lindt,
conglomerado siempre fresco de manteca de cacao y otras
sustancias
destructivas, que algunos, malamente, llaman Pirineos,
siendo
su verdadero nombre, fruto de una correcta traducción,
el gentilicio Pirenaicos; pequeños ataúdes, cofrecillos,
siempre elaborados
por manos femeninas.

BREVES

OTRA VEZ ELLA

Me atormenta.
Llevo décadas buscándola.
¿Eres tú, Marta Loverdos de Altimira?
En la fase final, de recuperación biográfica,
hallo en el arcón esta foto de boda.
Luces brazos de manteca
y un caballero impávido
te flanquea a la derecha.
Él no mira a la cámara
porque sabe
que tú y yo somos la imagen.

RIMA

No controlo el esfínter que yugula la rima
y debo matarla en cuanto la intuyo
sin embargo ahora
quizá envejecido
o simplemente puro
permito que mane con toda su fuerza
y cierre el poema.

PESADILLA

He soñado con la más hermosa de mis cuñadas,
y los musculosos brazos y muslos que la rodean no son los
míos;
ahí permanecen cuando me rechaza.
Busco el rostro que les corresponde
y sólo encuentro los rasgos de ella.

Dudaba entre la hiel de buey y la cola de esturión rusa auténtica.
Pero Schorpion decidió por mí. Llamó a Lefranc & Bourgeois
y encargó siete frascos de colle d'amidon de maïs STOULS-EM 91136D.

VARIA

VARIA

Hélade fatal, hastiada,
llevas marca de futuro, señal
sobre la piel extendida, sobre la piel
tersa, brava, en el año
capital, cuando naciera el preboste
y aquel clérigo señor, autor
de obra menor
angustiada.

Qué común razón, martirio,
una porción de estiaje, campo de proporción,
natural pista de ondas,
electrónica ferial, gas de chimenea, cristo,
salimos a saludar, convencidos
de que el tiempo era este, que la esposa, la industria
del metal, la tarde
culminaban un hecho
trascendental,
hipogrifo botocudo,
linfa astral.

Mostró el vidente las cartas,
blancas, apostilló,
es la harina salpicada, y el viento que hería el rostro, ese Potoc
que no habló, no habló muy alto, habló mal,
especialmente.

Cágney, Merlot, Cannavale,
nombres de amor, pasatiempos
de lo mejor de la finca. Grímbey,
Sesún, Iturralde,
cuánto dolor,
dijo Cágney,
y sí, mereció morir,
no nos quedaba ya aire
para tal espiritual
locuaz minoico albañal
ese dulce primordial
hojaldrada flor de lis.

A UN ALMA PRECORDIAL, ASESINADA

Japonesa,
son tantas las cautelas y la previsión
de los hijos que
la escuela de poetas pobres y la lavandería
mecánica
adolecen estos días de crudo invierno
de los más indispensables enseres: aperos,
gasas, alcanfor en rama
y monumentales jaliscos.

¡Qué sumisión
a las normas establecidas! Guayaberas,
moriscos, hasta un terno fosco capihundido que el maestro
de ayuno
importó de las islas. Amo
en especial
aquellas tardes
de lectura, besos
de carmín a carmín, pintalabios, lápiz
de labios que, en nuestra lengua (tendida al fondo,
pacata),
son varias las acepciones
y las imágenes (hombreras
de plenilunio,
bombera,
pájaro carpintero,

dama de cobalto
en la cuna,
silenciada).

TODOS RIERON

Única Lanar y Copa Nirel como cuerpos geométricos.
El método topológico demuestra su igual naturaleza.
Recepción en el Consulado General de España en Pau, en
Francia.
Lanar acude por su facilidad parietal.
Nirel ofrece un pasado ferruginoso.
El cónsul general Tapia Vicente pronuncia unas breves
palabras.
Bernardino de San Pedro invita a Única a Roma.
Bailan.
Ella es bella.
Copa la observa.
Confundido.
Recuerda un verano en Oviedo cuando nacían los gemelos.
Pero muchos lo negaban.
Lanar abandona al santo y saca a Copa a la pista.
Gran desplante y emociones.
Única y Lanar se desdoblan.
Y también Copa y Nirel.
Cuatro en danza contemporánea.
Mas cuatro se vuelven dos.
Y al final estos se acoplan.
Y queda uno.

BUITRE LEONADO

Lo intentó el poeta
allá en los comienzos de la década séptima,
traer a colación
al sin par necrófago.
Se recuerda el verso
«la espalda comida por el Gyps»
en un poema áspero
dedicado a la estrella
chula mallorquina.
Poco tiempo antes
en composición más laxa
pormenoriza a otra musa:
«Recuerdo la mañana que en tus pequeñas ojeras
vimos el color del buitre macho
la mancha azul del cuello que resalta en las frías
   cópulas
y preludiando la esteparia pitanza».
Ambas sin duda
diestras corografías
alumbradas en plena
cumbre ornitológica.

EQUIPO RUBOR

CLIMA

Abonado con espuma
en los cuernos hay un cómputo anual
de transiciones
que unen al infante con la rama
que ahora observo.

Si alguna ciencia aparte
sujeta el envío —la arboladura—
diversas doctrinas aceptadas
reptan hacia mí.

He dicho que
pereza y prejuicio
informaron al cobarde.
¿Especies invasoras?
Fue en el frío.

SENIL

Era real
negro artificial
comió carne de hombre
y sus entrañas, oscuras como el mar,
sienten el fervor del sol
en el cemento. Enumeración de sierpes
(régulo de sierpes,
locuaz cocodriz)
fueron declaración
de escritores válidos.

Se agota el ciervo
en su mismo ser.
Aseguran que inmoderada
salacidad
acorta la vida; ese
exceso
casi impar
en el deleite sexual
enemigo
de la longevidad.

Parvo
Pamo
y Tribelán
acuden en opinión común
(la usaron como diamante)
de que Dios
es erección (sic)
de la razón.
Queda ya poco y conocen
las lenguas nacionales

europeas,
sin nacimientos dorsales
sin la expresión del interno
sin la presencia lobuna
en los martirios cristianos.

¿Volverá el mamífero encaramado,
la tierra vermípea,
lo común de las marcas
en mi piel
de los dientes de Adán?

SALUDO

Al compás de tu brazo mecánico
las calderas
siguen ardiendo, renuevan las llamas, levantan
pesados martillos. Y nosotros, och och
(igual que esa polea
de madera astillada),
perdemos la fuerza
como nadadores
en el frío desierto.

Ten, sin embargo, hermana, el díscolo
centollo, la elegancia
extrema, aplica
sobre el áspero lomo de la cebra
las fuerzas tan poderosas
que el vaivén de la vida
no os suponga,
a ti
y a tu hijo cabezudo,
en esta fiesta extraña,
anormalidad alguna sino
feliz recorrido; grasa en abundancia
sobre los ejes y
la mirada puesta en el objetivo: carnes
de primera, espacios
desprovistos de maleza, limpieza
profunda
en el viejo y rastrero emisario, cuadrículas
nítidas
en el bloc de cuaresma
y la herida, pletórica en larvas, que ilumine

este fin de milenio.

Och det vart afton, och det vart morgon, den
andra dagen.
Y fue la tarde y la mañana, el segundo día.

PROSAS

TEXTO PARA UN FRISO EN LA CAPILLA DEL MACBA

Son raros los lugares sagrados que no disponen de un monstruo apostado en la entrada; es el doble aspecto del símbolo, la conclusión del gesto del rayo. Ahora, aquí, un chorro de sangre blanca arranca del altar cruel inclinado, recorre la nave sombría, dobla la esquina que besara Juan Bodino y sanciona las figuras de mazapán antes de acabar en la sagaz sacristía habitada por Barro Materno, aquel Desierto Viviente del obstinado Walt Disney donde venenosos seres brotan de la realidad negada. Hay un friso, moral y saludable, como freno al bisonte, al recurso de carne y cuero, que cierra el flujo: letras cáusticas que marcan el final del universo. Sin razón aparente vuelve el blanco, el color del candidato a ujier de la ciudad de Constantinopla que, en ese doloroso año de 1544, viera una reunión de ciento cincuenta madres y liebres en las lonjas de madera y tras las matas de mimbre. La sangre es la vida, de hecho el vehículo de la vida, de la vida de los metales y del presagio de la lluvia. Sí, alguien comenta que los muñecos de almendra son sanguijuelas en ciernes. El caballero Durante muere, quizá lo fulminan.

MADRE ESTABA ALLÍ

Madre estaba allí. Yo llegaba a la ciudad, de paso, y a veces no la visitaba o dudaba en hacerlo caminando nervioso por aquel barrio tan amplio y blanco. Y cuando entraba parecía que ella acababa de llegar, de las compras, o qué sé yo, o es que sólo estaba allí cuando yo venía. A veces pienso que madre era una sombra, delgada, echada, como si reposara en el suelo. Al irme, con voz casi inaudible, decía: «¿Y ahora, hasta cuándo?». Y al alejarme no me giraba para ver si se asomaba al balcón. Quizá se quedaba dentro de la casa, o salía y se iba lejos calle arriba, o se desvanecía hasta que yo volviera.

Recuerda el raro jugador los tiempos de estrepitosas timbas en la poca ventilada estancia; también la llegada de los puntos, anunciada a bombo y platillo, y cómo eran, según Bedoya:

1. Produce lluvia.
2. No te fíes de él.
3. No tuvo una vida alegre.
4. Había estado enfermo.
5. Hablará de lo negro.

Cágney, taciturno, da las cartas mientras canturrea la balada de Francisco de Asís. Gregorio, de Caspe, conoce el sentido de las rachas. Narbo, endocrino, pincha los naipes como si fueran senos.

Sé que los ases circulan con inusitada brillantez, aunque no es prudente hablar de la combinatoria: jugadas sin duda fruto del azar pero en las que influyen la posición de los codos, el recorrido sanguíneo y el peso de los rotuladores y puntas finas. Hay chequeras desvencijadas, horizontes de la infancia poco feliz, divertículos infectos y, al clarear, esa sensación de abandono y dejadez que nos lleva al reclinatorio y a la punción raquídea. En marzo vi a un perdedor recalcitrante sacarse los ojos con el rey de espadas tras un intento baldío de provocarse el vómito.

Se completa la secuencia con un barrido de la cámara, situada a metro y medio del suelo, prestando especial atención a los enseres desperdigados sobre la mesa del comedor y, luego, al cuerpo de una mujer vestida, y quizá muerta, echada en el sofá: «Está la cabeza, está el tronco,

están los brazos, pero no las piernas, que quedan ocultas por una elevación del terreno sobre la que reposa una ciudad escalonada».

[Tecnología futura permite entrar en esa descripción de una ciudad escalonada y verme avanzar, una tarde de sábado de comienzos de los sesenta, por la barcelonesa calle Buigas camino de la casa de J.P., en la plaza Eguilaz, donde, para conformar la partida de póquer, también se espera al vitriólico J.L.B.S., al elegante y apacible G.L. (copia anticipada de Eduardo Mendoza) y, quizá, a los atorrantes P. y R.]

Justificación:

Se busca un nombre para el juego y alguien propone «Liso». En un ambiente lejano, cuatro seres anodinos situados en las esquinas aguardan la señal para ocupar la tumba vacía excavada en el centro. Es un patio cuadrado al que no llegan los rayos del sol y al que no azotan los vientos: estamos definiendo un espacio para su uso en un cortometraje.

Reparto:

1. Canadiense.
2. Negra ociosa en la hamaca con un perro encima.
3. Terrón como nombre de persona.
4. Fugacidad del jardín.

Desarrollo:

Tremendo error. No se trata de una persona natural de Canadá, sino de la prenda de abrigo habitual en los cincuenta conocida como «canadiense». Harapo, andrajo, piltrafa, echada en el rincón aguarda no sabemos qué resorte para lanzarse a la fosa. Sin duda la imagen proviene de «Viejo circus», del párrafo: «Mi sorpresa envalentonó a la cría y prodigiosamente comprobé que su tamaño real no era el que aparentaba. Debía de haber estado doblada toda la velada y de sus brazos surgieron hierros que abrieron mi carne chamuscando mi largo pelo y quebrando mi lomo».

El pensamiento de la negra gira en torno a la idea de que Dios ama a los reyes moribundos y castiga al perro que magulla la forma inerme, así que lo sostiene con ambas

manos con leves movimientos de disidencia; ella, que fuera reina de las llanuras del oeste y sabe que desde ese punto acudirán los sepultureros.

Terrón como nombre de persona pertenece a la fiel dinastía aunque sólo sea una palabra. Llegado pronto al lugar de salida, avizora el objetivo, busca la fórmula, afirma que no debe pronunciarse en vano cualquier réplica de origen tan oscuro y se adentra taciturno en una mitología privada. Repleto de dolor mortal, toma el aspecto de la edad indefensa, de la ciega prudencia, y tortura la noche con sus gritos de duelo.

La fugacidad del jardín reside en su sombra. Una sombra que carece de piezas dentales, de hegemonía, de aire oculto, pero que maniobra, entre los residuos del bien, con la madre y el bufón lanzador de cáusticas inconveniencias. Es también la fugacidad de la tormenta, de la condición ahorradora, y muchos aseguran que es el fruto adverso del caminante que lamenta no hallar lápidas adecuadas, cubiertos de vigilia y excelentes consejos.

LA CASA

Regresé a los treinta años de mi muerte. La casa, vieja, sin aquella mano de pintura que nunca pudimos dar; los libros, sepultados por el polvo; los muebles, devorados por la carcoma. Ni rastro de los míos. Mi mujer, enterrada lejos, en el sur seco y amarillo. Mis dos hijos, a los que tanto quise, irremisiblemente borrados, sin pistas para saber qué habrá sido de ellos. Subo y bajo escaleras, cojo el ascensor, recorro el inmenso garaje, paseo por la acera, pero no conozco a nadie, no queda nadie de aquel tiempo. Y no puedo preguntar a esa gente extraña, porque no me oyen y, quizá, ni me ven. No debí volver.

EXPERIMENTA

CINEMATÓGRAFO

Actos de canícula. Argumento.
Un grupo de vagabundos de río
en posición de nacer de una alta roca
neutralizan dos extrañas figuras flotantes:
un taimado forastero agrimensor de lo básico
que consigue acentuar la personalidad de la gente
   amargada
y un ambicioso monstruo multiforme
que combate los engendros del proceso evolutivo.

Actos de canícula. Reparto.
El rastrero capataz Tuck Pendelton del rancho El Triángulo.
El letal pero encantador Utica Kid,
inventor de un sistema de cercas de alambre.
Garrotte, que fuera inocente idealista,
ahora asesino en serie.
El vaquero Jim Bowie,
experto en cuchillos fabricados con trozos de meteorito.
La bella Judalón, nativa predilecta.
Y el caballero François de Capestang,
leal a la Corona.

Rallarás el pan y el queso para cuarenta escudillas.
Cocerás las hierbas que son acelgas y lechugas.
Picarás todo un puñado de perejil y acederas.
Irás echando pan hasta que se tenga el cucharón.
Dispón siete libras de arroz y algunos livianos frescos.
Echa agua en un puchero, tapado con papel no endeble.
La media libra restante la mantendrás hecha polvos.
Tiende la harina grosera sobre manteles de raso.
La leche, que no esté agria, no te expongas a afrentarte.
No ha de retener mucho grueso ni la olla pizca rancio.
Es la escudilla de ayuno, la que excede el alto coste.
Viene Anselmo Londinense, autor de La Interlineal.

Monda de gravedad calabazas harto duras.
Pásalas por un lienzo claro que retenga las venillas.
Ponlas en almohada terne a escurrir toda una noche.
A cada cántaro de vino añade onza de arrope.
Irás echando burete revolviendo que no tríe.
Desátalo luego todo y ponlo a fuego reluciente.
Si fuere tiempo de invierno no le tengas más confianza.
Emperdiga las cabezas y límpialas de los gachones.
Que degüellen el cordero, ten cebolla confirmada.
Es muy gustosa telilla y se puede comer fría.
Cuánto daña la tibieza al nutrirse de la Carne.

Arroz de grasa, canela, yemas y alcachofas magras.
Cortadura en el pezón para entrar en el recado.
Sume pan a fiel criterio, fustiga requesón muy fino.
Aborda los huevos curados en mansa correspondencia.
Espumadera acerada con agujeros crecidos.
Lomos equiparados a los cabos de cuchara.
Sustancia infirmaria densa y un cuarto de gallina buena.

Enjundias y papadas hechas, camuesa en trozos festivos.
Compón gustoso abadejo, usa pues de este artificio.
Vasija siempre espaciosa, ajos recocinados.
Raciones acomodadas hasta que recline enjuto.
Sabrás que, de común, lo llamaron «derretido».
Y Macedonio de Verms, «por la gravedad y castigo».

EL BOTOCUDOS

Fue descrito como estando debajo de la altura media
pero amplio llevado a hombros
y notable para el desarrollo y la profundidad musculares de
sus pechos
su brazos y piernas eran
sin embargo
suave y carnudo.

Eran amplios y planos
los cheekbones altos
la nariz bridgeless pequeña
las ventanas de la nariz anchas
y la proyección de las quijadas leve.

Eran dolicocéfalos.

Su pelo negro grueso y larguirucho
su color era un blanco de color marrón amarillento
a veces casi se acercaba ligero
el tinte amarillo general acentúa su Mongolic aspecto
que todos los viajeros han notado.

El Botocudos

Ellos mismos fue pulsado grandemente por Chinos coolies
que resolvieron en puertos brasileños
y que inmediatamente aceptaron como parientes.

El Botocudos

Era nómada cazador-gatherers
el vagar desnudo en las maderas y vida del bosque

sus instrumentos eran toda la madera
sus solamente armas eran caña
su solamente instrumento musical era un pequeño bambú
   nariz flauta
sus viviendas
abrigos ásperos de la hoja y de la estopa
raramente 1.5 m de alto
en cuanto a la lengua
del Botocudos
se sabe
aparecería
que no tenían ningún medio de expresar los números
más arriba
de *uno*.

Dios & la Trinidad & la Potencia.
Pater noster & Aue Maria.

Animale.
Agua & humidad.
Bestes.
Bosq[ue] y la[s] otras cosas saluaticas.
Bois & choses des bois.
Bodega & lo q[ue] en si contiene.
Casamientos & todos su estados.
Couleurs.
Casas.
Ciudades & castillos.
Christianidad & los fieles.
Contiendas & guerra & zugaros.
Camara & lo q[ue] contiene.
Diablo & del infierno & purgatorio.
Diez mandamientos.
Emperio & della segnoria.
Emp[er]atriz & las magnificas mugeres.
Enfermedad & malatia.
Estudio & della escuela.
Estufa & cozina & lo q[ue] se conti[e]ne.
Familiares & seruidores.
Frio & calore.
Formiga & gusanos & todo el bestiame.
Granario & otros & el grano o frumento.
Halaias & vestimentas.
Huerto & los sus frutos & arbores & iardines.
Laiere & de los vientos.
Locos.

Merçeria & las otras mercancias.
Mercadores & artifices & artes.
Maestros de las armas.
Montagna & valles.
Numero compuesto & simple & dinero.
Naues & galeras.
Ombre & todas sus partes interiores & exteriores.
Oro & argento & todas las cosas liquefatas.
Organos & los otros instrumentos musicos.
Offiçio ecclesiastico.
Obedientia.
Pagno & lino & semeiantes cosas.
Piedras preciosas & otras cosas.
Paxaros & ssu generation.
Peçes & ssu generation.
Patria & patriquos.
Palatios.
Santos & de los nombres & de los ombres & de las mugeres.
Sonadoros & pisaros.
Siete peccados mortales.
Siete obras de misericordia.
Tiempo annos meses semanas & dias.
Visaguello & todo el parentesco.

Insensez & vermine.

ANIVERSARIO

Fuiste Derrida y yo Paul de Man.
Y el abismo se abrió en el vértice de la palabra.
Hoy cumples una edad adolescente.
Yo, anteayer, un certificado de tránsito.

Éramos caballeros que montan el mismo caballo,
cristos podridos, diría el pianista canadiense,
formas y sonidos / geometría y música (Tommy Lasorda).
Por las rutas reales hervíamos en aceite
los cuatro pedazos del ajusticiado para que duraran más
   tiempo
y depilábamos cadáveres (tú lo reclamaste),
ese oficio poco remunerado.
Zapadores de largas piernas,
más que podridos
crispados, eso sí, con heridas purulentas; ¡oh, Grünewald!
¡oh, Braque, patrón!

Al llegar,
qué regreso,
bebimos té negro sujetando terrones de azúcar entre los
   dientes
como las tías abuelas italo-rumanas,
permanecimos al lado del asno
frente al perro rojizo que dormía; ese refugio, el universo,
ante el viento de superficie. El mar,
según el excelente señor Auger,
fue licor de vida para los cuerpos de la ciudad (los billetes
del Waqf
estaban en francés). El mar
predecía
el final del desatino.

Y sí, me olvidaba,
me olvido casi siempre,
en Turquía se camina
con zapatos de cuero. La cualidad,
que perdura en el arte,
es la visión propia del mundo:
laystall.

LORRA

Una lorra
no evita siempre al humano
se sabe
autora de burlas provocantes a risa
porque
no hablamos de la zorra de carne
ni
siquiera
del gato de clavo
hablamos de quien festeja la piltrafa
en los meses de mayo y junio
de quien
como el esclavo puesto de continuo a la tortura
no está libre de cardenales.

Amara Montoya Doblas: No identifico el poema, ¿a qué libro pertenece?
Ferrer Lerín: No tiene libro aún; es un homenaje a «lorra», un hápax.
Amara: Ahora comprendo por qué no aparecía «lorra» en mi diccionario. Benditos hápax siempre fugitivos y solitarios.
Lerín: En el famoso opúsculo *Sobre el animal cebra que se criaba en España* (1752) del Padre Sarmiento se dice que «los Golpefares son sitios en que abundan de Lorras».
Golpefares; golpejares; vulpejares; golpeja; vulpeja; vulpécula; vulpes; raboso, -a; raposo, -a; zorro, -a; lorra.

Golpejar de la Tercia
Se deriva del nombre latino *vulpes* = «zorra» y su sufijo abundancial.
Es, por tanto, un poblado en cuyo término hay abundancia de raposos.

Uno de sus topónimos del monte se llama, precisamente, Las Raposas.
En la provincia de León existe otro Golpejar, en La Sobarriba.

León: Golpejar de la Tercia, Golpejar de la Sobarriba.
Salamanca: Golpejas, Golpejera.
La Coruña: Golpa, Golpilleiras-Cambre.
Lugo: Golpeiras, Golpilleira-Baleira, Golpilleira-Cospeito, Golpilleira.
Germade, Golpilleiras-Abadín, Golpilleiras-Castro de Rey, Golpilleiras-Fonsagrada.
Orense: Golpellás-Calvos de Randín, Golpellás-Paderne de Alariz.

De la higiene.
De la bendición.
De los judíos, de los paganos, de los catecúmenos.
De los apóstatas de la fe, de los herejes, de los cismáticos públicos.
De los nominalmente entredichos.
De los que se hallan en lugar entredicho.
De los excomulgados vitandos.
De los que hayan puesto manos violentas sobre clérigos.
De los suicidas.
De los duelistas.
De los torneadores.
De los que voluntariamente dejaron de cumplir el precepto de la confesión y de la comunión pascual.
De los usureros públicos.
De los religiosos que mueren con peculio.
De los ladrones y salteadores de caminos cogidos y muertos en el acto de cometer el crimen.
De los raptores de iglesias que no hayan restituido.
De los pecadores públicos que mueren impenitentes.
De los concubinarios.
De los clérigos concubinarios.
De las mujeres públicamente prostituidas.
De la inhumación, exhumación, traslación y quema de cadáveres.
De la cuarta funeral.
De las exequias de cuerpo presente.
De los carros fúnebres.
De las llaves.

LIBRO DE LA CONFUSIÓN
[2019]

Para Conchi

La principal preocupación del poeta es dar vida
a la obra de arte de tal manera
que resulte imposible intentar explicarla.

JOHN ASHBERY

Sólo es merecedor del título de poeta quien sepa
regresar a las regiones de lo sagrado.

W. H. AUDEN

Un trabajo estará terminado cuando uno ya no pueda
mejorarlo aunque lo encuentre insuficiente e incompleto.

EMIL CIORAN

PROEMIO

CULMINACIÓN DEL PATRONAZGO DE SAN BENITO DE NURSIA

De los caminantes de llanura
De los mercaderes de comestibles, especialmente de carne
De los archiveros
De los agricultores
De los ingenieros
De los curtidores
De los moribundos
De los granjeros
De la villa de Heerdt cerca de Düsseldorf en Alemania
De las enfermedades inflamatorias
De los arquitectos italianos
De los que padecen la enfermedad renal
De la villa de Nursia
De los religiosos (entiéndase pertenecientes a
congregaciones religiosas)
De los escolares
De los criados
De los espeleólogos
Del sentimiento exhausto
De las brumas de traición
Del equipo de soldados que elimina perros
Del hombre pez que habita en la piscina
De quien abrasa en secreto
Del prelado Oppas
De la selva de materias predicables
De quien come niños ajenos
Del desarrollo inane

Del animal ímprobo
Del enebro
De la grasa ambigua
Del rostro fascinante
Del zafiro

SENILIDAD Y MUERTE

TODO PIRATA VIVO

Todo pirata vivo contiene un caballero muerto en su
abismo más diabólico
o lo que es lo mismo,
una larga permanencia entre caníbales
culmina,
a menudo,
en las grutas donde un ruido,
de procedencia desconocida, arranca,
de los grafismos parietales, gruesas
pieles de bisonte
que alivian el frío permanente
del cuerpo de los viejos.

Intenta levantarse de la silla
y se desparrama a trozos sobre el suelo de linóleo,
al tiempo que las voces,
como racioneros de mensa,
se ríen de él
y llega una ramera
llamada Sombra.

QUÉ INGRÁVIDO SOSIEGO

Qué ingrávido sosiego.
La nave industrial, hangar
de proporciones inmensas, cemento
sobre el que, dispuesta
en concéntrica figura, aguarda
a ser cargada,
en el ómnibus rugiente,
una remesa de ancianos, inmóvil,
sumisa, únicamente alterada
por una discreta nube
de insectos taladradores.

Ellas abotargadas,
las cabezas abatidas, troncos
de serrería, los brazos
en proyección
hacia una muerte que tarda, en postura
de cavar, o suplicando
el arrastre, el vertido
ya al foso, aunque
no esté abierto del todo
y caigan sobre la tierra
removida.
Ellos,
ausentes,
masticando sangre coagulada,
mientras bailan sus muelas en las inseguras encías
y sueñan con novias desnudadas por solteros.

NELSON

Nelson García
chulesco auxiliar
se mofa de aquel señor de sienes plateadas
que concitaba odios
entre las clases bajas
cuando azotaba con una vara de fresno las nalgas de las
sirvientas.

Nelson nunca supo qué fuera el rito de apertura de la boca
la reducción de tamaño hasta convertirse en pájaro
ni el porqué de viajar con una piedra para emitir el oráculo.

Ahora
cuando el señor de sienes plateadas
busca entre las sábanas frías el estilete fabricado con
mandíbula de lucio
Nelson inicia un repertorio de mofas
se siente seguro con la bata blanca y con la llave con la que
ha cerrado la Puerta
pero en pleno interrogatorio de carácter indecente
sobre cuándo fue la última vez que el señor hizo uso de
matrimonio
siente un intenso dolor en el cayado de la aorta
un fino estilete de firme empuñadura
le atraviesa la caja torácica
y lo deja desangrado junto a la cama metálica
como un gran payaso
de porte innoble.

FIGURÓ COMO CABO OBSERVADOR

Figuró como cabo observador
entre oficiales desencantados
dispuestos
a afilar los sables.

De niño
dio moyana
a los perros de ganado
y el silencio ocupaba la casa de sus padres.

Ahora
es el número 6
número que siempre olvida
y se afana en coser plomos en el borde inferior
de la bata
no sea que
como las olas en los Baños del Carmen de Málaga
las corrientes de aire
pongan partes de su desnudez
a la vista
del procaz enfermero.

DEJAS ATRÁS

Dejas atrás la blusa de organdí con que excitabas a Infausto,
la orquesta de charanga principal en los festejos del Día de
los Ángeles,
el revuelto de ajos tiernos que incomodaba a Gato Cero
y la macedonia de frutas tropicales
dedicada al recuento de las moscas de la carne.

También dejas atrás la lectura de Seferis,
la hormigonera de juguete comprada en el mercadillo de
Parque Ministerios,
las bombillas fundidas del vestidor de los domingos
y el ruido endiablado del cambio de marchas de nuestro
primer descapotable.

Te quiero Conchita tal como fuiste en los primeros años,
tal como fuiste en la época de esplendor que duró tan poco,
tal como fuiste en el griterío de la sordera y la escasa
claridad,
tal como eres ahora blanca y sonriente en esta caja de pino.

Empujan los soldados corpulentos de uniforme verdoso,
parecen tener prisa en este trámite vulgar,
quizá teman que el calor y la humedad pudran la mano
que cuelga fuera intentando despedirse del mundo
o quizá agarrarse a la mía,
también colgante.

COMO LA SIMA

Como la sima,
esa moldura cóncava que afloja los oscuros,
el pulcro vate mantiene vivo el recuerdo de restringidos
   capítulos,
así aquel
cuando escribiera
«el universo no existe si no hay testigos»
aunque ahora
esa cesión,
lo que cederá al morir,
esté dejando de interesarle
todo deja de interesarle
hasta lo que dirán de sus poemas
los gordos exegetas
sentados sobre sus huesos.

Los domingos,
cuando entra el capellán
y hay reparto de galletas,
piensa,
y es notable que lo haga,
en lo que pensó una vez
cuando su amigo,
Luis de Pablo y de Costales,
le habló de monos y liebres,
piensa
en lo que será
la mezcla impura de carnes
en la angostura del nicho.

A LA ESPERA DE LA HUMEDAD

A la espera de la humedad, la impertinencia,
la oscuridad, no son virtudes extrañas para quien naciera
en una carreta colmada
de mujeres muertas.

Hablo de José Garganta Dulleta, el Cojo Bonifa junior,
que acometiera con éxito al tigre de bengala César,
y que,
atribulado,
negara la existencia de capillas disimuladas
en los edificios del barrio.
Ahora,
en esta calcárea residencia de mayores, en pleno auge
de fallidos organismos
bajo la advocación de la canícula nociva,
se amontonan sugerencias
cuyo origen
es el Reino de Aporía; letrados
inteligentes, figuras
del estallido, hombres
especiales que, prosternados,
proponen lápidas color vermú, dibujos
de un bribón menor, lastrado
por el peso
de sugestivas entrañas
y sagaces calcomanías.

También,
alguien,
quizá invidente,
postula «su parecer como el Líbano»
citando a Salomón

ápud Hugo Blair
cuando evoca la dignidad, hermosura y gentileza del
esposo.

TRABAJAMOS BIEN

Trabajamos bien, trabajamos
con un cadáver reciente, levantamos
el brazo enclenque, doblamos
los dedos, la muñeca, el codo,
hasta que alguien, sin duda
discípulo de Nicolás Tulp,
advierte, meditabundo,
que no va a ser nada sencillo
aserrar el espinazo.

Vienen de la Residencia Cristo, también, algunos,
chafados,
de la glorieta de Roma, de los muchos
pasos cebra
al final de Tucumán, en el barrio de las Flores,
incluso uno, hace años,
y fue toda una sorpresa,
llegó matado de bala, un obrero
pecador,
de la factoría Reynes, un tipo metido en carnes
y en negocios poco claros, un tipo que,
según dijeron entonces,
respondía por Basilio, un tipo
hecho a la huida,
no gavión de bolapiedra, sino
obrero metalúrgico
extraordinario.

Y luego nos habló el forense, un joven
fuerte, sesudo,
ligeramente almizclado,
que llevaba ya cientos de cuerpos:

«Basilio no está aún muerto,
rebosa vida,
ha entrado
en descompostura calmosa;
gran camada de acidez,
autolisis, sobreabundancia de enzimas,
venas pequeñas,
colapso, devastadores efectos
de la implacable toxina».

¡Qué buen forense togado,
cuánto aprendimos reunidos,
agremiados,
bajo las bóvedas pétreas,
qué notables esos años
de morgue,
plenitud
y pasmo!

UN OPACO VOLADOR

Un opaco volador, lobo fino a quien le asustan los blancos.
Viejo infame, medidor, tañedor de amplio ladrido.
Fue llamado observador
del peso ajeno.

Abastecía de carne
al presidio y a las minas, permutaba,
él guiaba a los perplejos, consumía,
como amante confesado,
el agua de consonantes.

Alguien citó a Gikatilla, dijo algo de la lengua
que ya no hablaba, de la cábala del viaje, del regreso al frío
hogar,
el hogar clarividente, el regreso apresurado, la lengua,
dijo el poseso, tiene caudal, abre puertas,
las negras puertas de tierra, invita
a la quema de corrales, descuartizando las bestias.

Aseo de loberías, inventor de la humedad, descubridor
de las cosas, caballero de manteca,
quiso, desde ese instante, evitar nuestro destino, doblar
la esquina anunciada, acelerar la agonía,
en ella nacía el germen, con ella, literalmente,
comienza la desecación,
en esa niña.

CUATRO PROSAS Y UN INFORME

LA ESTEPA O QUIZÁ EL DESIERTO

he visto de nuevo la colina desnuda, la ladera estéril coronada por un resalte rocoso, y no ha sido durante un sueño sino en una secuencia de *Hasta que llegó su hora,* en ese plano general en el que miles de obreros se afanan en colocar vías de tren y Henry Fonda se aproxima pausado a Charles Bronson, que talla una figurita de madera. Sé que, no lejos de allí, existe un cruce de carreteras en el que yo detenía el coche y buscaba una indicación que nadie puso; me perdía, aprendía el concepto de extravío, de soledad. Una carretera recién y mal terminada, mal peraltada, con abombamientos y blandones, una carretera de asfalto gris que no se diferenciaba, al atardecer, de las ralas y desdibujadas cunetas. La visión de hoy, cinematográfica y real, no mejora el vigor de las imágenes soñadas, imágenes que no regresarán (ya no queda tiempo), como nunca regresaron la pareja de águilas perdiceras posadas en un promontorio y aquellos huesos de cabra calcinados por el sol, esparcidos en el fondo de una vaguada polvorienta. Pensé entonces: ¿hubo aquí alguna vez rebaños, hubo gente, hubo aves? Me dijeron que la razón del sueño radicaba en mi pasión ornitológica, en la búsqueda constante de grandes especies necrófagas; pero hoy pienso que esa no era la razón, que el sueño, que la sucesión de esos sueños, era fruto de la conciencia de que ese paisaje, y mi misma vida, culminaban su término.

Entraba en la casa, grande, subía las escaleras, dejaba atrás el comedor sumido en la penumbra y, guiado por una luz poderosa, desembocaba en el salón en el que ahora se comía y en el que mi padre, sentado de espaldas a la puerta, me lanzaba, así de sopetón, sin poder verme todavía, un misterioso «¿estás regresando?». ¿Mi padre vivía aún? No parecía alegrarse de mi irrupción, ni tampoco el adolescente gris que apenas levantaba los ojos del plato, ni tampoco mi madre, de pie, como llegando de otro lugar, y que adoptaba una actitud que podríamos definir como huidiza. Pero, ¿qué casa era esta?; la puerta de la calle, el recibidor y las habitaciones que se adivinaban a derecha e izquierda resultaban desconocidas; sin embargo las escaleras y el comedor eran de la casa de mis abuelos maternos y el salón era el de la casa de mis padres. ¿Y yo quién era?; entraba en ese domicilio y avanzaba con total desenvoltura cruzando diversas estancias y me sorprendía al ver que mi padre estuviera allí (había fallecido hacía tanto tiempo), mas no su gran parecido conmigo; de hecho me reconocía más en él que en su hijo, personaje que según la lógica más elemental debía ser yo, aunque podía ser Ricardo, mi hermano gemelo, al que, en esos años, encontrarían ahorcado.

Ha vuelto la mujer admirable. En estado de tranquilidad. Permanece sentada en una silla de brazos. Sus rodillas, cerradas, color azúcar cande, invitan a ser abiertas, de modo imperioso, para disfrutar con lo que allí, en el fondo de los muslos, debe de haber.

He conseguido rozar mi cara con la suya, y quizá acariciar su nuca y los cabellos cortos, aunque esta vez no ha habido revuelo de puertas en torno a un pasillo, de chinas y arcilla, que siempre fue el eje de la aventura.

La mujer, la criatura, no tiene nombre, no habla, creo que no respira, pero sí despide calor intenso y dispone de labios gruesos como de grosella. Las mejillas son de piel de ciego, y me pregunto de nuevo por qué no habré abierto esos muslos; yo era un joven agraciado.

E.C.A.

Aparecías sin aparecer. No te veía pero sabía que eras tú quien estaba allí. Era feliz sabiendo que compartías mi vida. Aunque nunca fuéramos a convivir. Quizá eran los grandes problemas familiares de los que se hablaba en voz baja y que no podías desatender. O quizá la imposibilidad que tú conocías. Mi imposibilidad genésica que pese a todo te asustaba. O te apartaba inconscientemente. Quiero decir que nunca hablábamos de ello. Que no era algo importante. Que a nosotros no nos incumbía. Que eran asuntos de otra clase de personas. Clase baja. Gente de aluvión. Como la que se veía en los veranos. Y fue en esos años cuando ya no quise publicar más. No sólo por las presentaciones y demás actos sociales. Es que me molestaba el hecho mismo de que se divulgaran nuestras cosas. Porque entonces todo lo que yo escribía era sobre ti. Era gracias a ti.

Descendencia de Josefa Antonia Engracia Pérez Oliveta (1884-1921), casada con José Juan Abilio Castaña Serafín (1881-1934).

1904: Sufre dos abortos (2 de enero y 24 de diciembre).

1908: El 4 de mayo nace Josefa Antonia Engracia Castaña Pérez, que vive poco más de dos meses.

1910: Nace Josefa Antonia Engracia Castaña Pérez (20 de junio de 1910-19 de febrero de 1916).

1912: Sufre un aborto (24 de enero).

1914: Produce y le extraen una mola (20 de octubre).

1915: El 4 de diciembre le nace un monstruo con dos cabezas que no es bautizado y que fallece a los dos días.

1917: Nace Josefa Antonia Engracia Castaña Pérez (29 de noviembre de 1917-26 de noviembre de 1924).

1919: Sufre un aborto (3 de marzo).

1921: Josefa Antonia Engracia Pérez Oliveta muere el 6 de marzo de 1921 de una encefalitis por garrapatas. Se halla en avanzado estado de gestación y, suponiéndola muerta, los médicos proceden a extraerle el feto, momento en el que la infortunada madre profiere un agudo grito de dolor que demuestra que todavía está viva. El feto brota muerto.

LIBRO DE LA CONFUSIÓN

LIBRO DE LA CONFUSIÓN

Yo era así
sincero
gozaba de gran popularidad entre las chicas del barrio
comía dátiles en Cuaresma
conversaba con una paralítica anónima en la fuente de
   Barrancofondo
y reescribía el epitafio de Rufino
aquel que fuera
abatido por ladrones.

Ahora rezo mucho
prospero en la oración
visito en verano extensos pantanales
buscando incansable la fuente
la perla de gran precio que me ayude a concluir
Libro de la confusión
para el que ya dispongo
de dos inicios
«Edith lo ama (luego volveremos a ello)»
y «Muchas aves hay allí».

Un protagonista
pérfido vástago
hijo del rayo de la guerra
compadre de Tumbalobos, Culocontento, Moniche y Tío
   Momo
describe el animal llamado «Gran Bestia»

superior al perro de arbusto
pero tengo miedo
no sea que las palabras de Sócrates de Atenas
«nada extravagante perdura»
caigan sobre mí como losa férrea.

Quizá el éxito
venga de la mano
de Susan Trombino
de sintagmas como
«Tere, la cuñada, nunca fríe de noche»
habituales hallazgos de la vida diaria.

Qué angustia no dar con la clave
no hallar el camino
el desarrollo fácil de conceptos como «Besos humanos»
o «Razón y combate»
que me abran las puertas del cielo
que hagan buena la expresión coloquial
«Deo volente
será un gran libro».

GRAN HOTEL

Caminar, ver, entrar,
entrar en la parcela injusta, taladrar
con el arma de papel al inepto capitán.

Estar ahí, santiguar
con la mano perforada, atajar
hacia la cárcel de ti, la molestia
eras tú, o
qué fue del estado febril que tanto nos agradaba.

Embarcación del poder, aquel te llamó así
aquel que nunca miraba.

Dónde pasaste las horas, cruzar,
ordenaste que callara, dijiste
que se acabara,
yo me acababa, caía
por la pendiente del mal, la sentina, el camarote,
tu boca inmensa, tragar,
tragar la mar, el petrel,
y yo solo, en la cubierta, Allure de Coco Chanel,
tienda en la calle Mayor.

Anunciaron, confiscaron
mi complexión corporal,
yo no era de fiar, indicaron
que no volviera a intentar
lucir la casaca gris, uniforme
de retén, soldado
de gran ciudad, aquel soldado espantoso
que no supo más de ti.

¿Qué pecado, qué íntima miseria
cometiste tras la puerta? ¿O fue al cruzarla,
al franquear lo no debido,
al sentir un pinchazo cruel
y saber que me perdías?

Pórtico penitencial.
Cuento fatídico.
Alzaste los brazos
y vi
en tus axilas ciegas
la entrada del infierno.

Supe,
luego,
de tu facultad de aprender a hablar,
de que al pasar la mano,
para compensar la sombra,
tus plumas o tus cabellos
parecían
estar cubiertos
de harina.

Hui
de ti,
provoqué pavor en las fábricas,
blancas y despiadadas,
de Neurona Vieja,
y alguien,
el guapo Abortino,
el que favorece el comercio interior con la
apertura de caminos,

merecio mis lisonjas.

Fui a él,
con cierta dificultad inicial
por el triunfo de los simuladores,
para decirle
quién era yo,
ese autor seriamente enfermo,
a veces algo ridículo
cuando proclama,
entre fragmentos de misa,
«feliz de aquel que todavía tiene patria».

DANTE O ANTA

¿De qué se alimenta Anta? Hablamos
de Dante o Anta, el tenaz animal triste, de tamaño superior
al fiel palomo romano
y al gallo de los peñascos.

¿De qué se alimenta Anta? Son varias,
dudosas,
sus fuentes nutricionales: Rodschenko sugiere el moho;
   Allisson
lo ve en la fruta; los necios barbilampiños
de la tribu Chota Beta
dicen que busca el sustento entre el aroma de muerte;
   Víctor,
superlativo,
lo sitúa en camposanto
y, quizá,
que captura mariposas.

¿A qué sabe Dante o Anta? Arduas son las discusiones:
   Gayo
lo caza a pedradas
y lo juzga aperitivo; en China,
bien adobado,
disfrutan de su vulva amplia, que consideran humana,
y no le hacen asco al ano,
capaz y ceremonioso;
Ottón Elvigio,
que a menudo viaja a la India,
considera que su carne
es nerviosa y abundante; Clusio,
que lo observa en Aranjuez,
gusta de él frito con guindas.

Así es como lo explica
Mestre Profiat y Durán,
israelita locuaz, señor de la controversia:
«Prodigios,
rapaces animales monstruos,
dantes descabalgados,
comúnmente mitigados
del uso descaecido
de una tercera pierna».

COMENSALES

Comí con un hombre de tez muy oscura
tan oscura al final de la noche
que nos dijo que sus pechos
mayores que los de su concubina encinta
arrojaban leche contra el techo del garaje.
Y con otro hombre cuyas mujeres habían concebido cajas
cajas de cartón conteniendo una forma
que afirmó ser humana sin concederme el beneficio de la duda.
Fue un ágape contrito que se inició con pan remojado
huevos fritos de gallina de Mallorca
chorizo picante de amarilla arena
y acabó con rosbif transalpino con salsas hexagonales.
Luego los ladridos llegaron al unísono
mientras servían licor de orugas procesionarias
acompañando una tabla de cabezas ahumadas.
Nada fue particularmente grave
mi espectro ya desnudo
iracundo caminaba por la plaza
y mi hermana morena
caliente caliente
se ofrecía envasada
como café Fortaleza.

DEMENCIÁNDOME

Me enfrenté a la muerte esgrimiendo la demencia
dejé de responder a estúpidas preguntas
sobre quién era
qué quería
qué gustaba
y me limité a mugir
mugía bien
en especial tras las comidas copiosas
y los largos tragos de agua
un extenso repertorio de mugidos inspirados en hechos notables
en personas notables
de mi vida
recuerdo al fiel Piturdas arrastrando una carreta
a Olave el que fuera mi socio en Arabia
también mugidos homenaje
a expresiones de mi infancia
referidas a personas casi humanas
anónimas pero constantes
como aquel aventurero que comía *Cap i pota*
y también
otro homenaje
a la cadena de explosiones
y humo denso
a eso que llaman o llamaban Mascletá
así la muerte llega acompañada de mugidos
distraída
diferente al dolorido traspaso
que los necios tienen como regla.

MANATE

Sólo me interesa la muerte
la aproximación a la muerte
lo que dejaré tras la muerte
y cómo serán interpretados mis poemas
con el paso del tiempo.

Así suceden las cosas,
de repente
deseas convertirte en un autor de precisión absoluta
dominar las palabras
construir frases con holgura, hacer
de la actividad del poeta una forma típica de existencia
   humana
amante de la verdad
pero mueres
de una muerte horrorosa
te invitan a beber agua hirviendo
trituran tus huesos con mazas de hierro
y te visten con ropas de fuego, los miembros
caen uno tras otro
y la nariz se dobla delante de los labios.

En el recuerdo
queda la prédica
reducida
a la entera magnitud de los animales que se reconocen,
los disformes del grupo del manate
y los que entran en calor en primavera
como el pájaro piedra que se sustenta de estiércol
y ni los negros se atreven a comer su carne.

Mis versos

ya abultados y sanguíneos
remedan la discusión
entre un desesperado y un abogado de provincias,
mi nombre remeda la peste levantina
y mi figura las evacuaciones periódicas de las campesinas
en los pantanos de Lincoln, en Inglaterra.

DIFÍCIL TÉRMINO

Desear concluir ya, morir,
muy largo era todo,
pero alguien parloteaba en la fonda
mientras adobaba terneros de carne prieta;
otro, quizá una figura sin escamas,
hablaba del oscurecimiento de la sangre, de su acodamiento
y también de encuentros casuales:
Johann Georg Faust, sanador itinerante,
en el cementerio de Staufen;
doce hombres lobo, una madrugada, en una plaza de
Erlangen;
Ampelis Guillemot, pájaro niño,
en una encrucijada en Balcluta;
y dos religiosos, en la Corte,
que plantaban árboles pegados a los muros
(anfibología manifiesta).
La ruina, el derrumbe, el tropiezo,
el desmoronarse, la decadencia,
el venirse abajo;
¿en qué se ha convertido,
fauna indirecta,
el paño de pureza?
Yo ya no fui como los hombres que se accidentan,
con síntomas malos
y mudan el cutis, verdaderos profetas, conocedores
de misiones inéditas, hombres
a los que pesan contra diez, contra cien,
y luego contra mil.
Así, decidí acabar
y la gravedad del rostro,
caromomia,

quizá el juego,
Pique Dame,
no me lo permitieron, pese a que,
en ese año,
dejé de hacer comparaciones extraordinarias.

UN GRAN AMOR

Decidí inventar un gran amor
o contar que tuve varios amores
a lo largo de mi vida
de la que ya quedaba poco
que antes de morir necesitaba
imaginar qué era eso
dejar de sentirme incompleto
orgánicamente
vibrante
antes de que se pudrieran
el sonido de los nombres
y la perfección de los números y las letras.
Tejí una red de engaños
fui advirtiendo
mediante el peso de las poleas de esparto
cuánto supuso
el nacimiento de aquel engendro dorado
al que denominamos hijo.
Luego vinieron las voces
infortunio
dolor por no alcanzar
lo que muchos enlutados
gruesos conejos de feria
henchidos de chocolate
mal chocolate de pueblo
esperaban
deseaban de mí de aquel
que como buen salvador
espita estrecha sonando
gritaba en el amanecer
del invierno interminable

que nadie intentó paliar.
Huía sin parar ya
caía en la fosa final
en el final del amor de una mujer apoyada
no pude entonces saber
qué había en el fondo de horror
allí en la frialdad final
dijeron ellos qué había
tras regresar la cosecha
la vieja tierra cansada
buscaban marfil de morsa
dijeron ellos que había
sólo hielo
golpeado.

INVENTARIO

1

Compré magacín crocuta
Ahondabas en el malestar
En el malestar general en la ignominia
De nuestros hábitos mejor conservados ocultos
En la pared del comedor tras la fotografía del mariscal Colillas
La caja de huesos de santo que nadie devoró ese año y que ahí están
Momias de huesos reliquias de leche condensada caracolillos de estiércol
Mesa camilla que heredaste del primo sin nombre
Aquel gusano que intentó besarte en el montacargas que llevaba al infierno
Eso fueron los años de bienestar recogida de la fruta
A veces me decías algo que yo interpretaba mal de eso
Estoy ahora seguro porque me avisaron que estaba ciego
Que unas noches unas tardes de placer
No llevaban a nada que la vida no era eso o no era sólo eso
Compre el bisturí con ánimo de introducir más que de rajar
Quizá un punzón hubiera sido la mejor arma produce grima desgarrar
Tejidos tan prietos de tu edad proclives a la hendidura
Quizá no llegué a licenciarme por eso por no sajar
Debí pedir al maestro que me formara en el manejo
Experto en el bisturí eléctrico podría haberme anunciado
Corte coagulación hemostasia mi lema en la guía de teléfonos
Hubiera evitado este horror de tripas huesos cartílagos de condición exangüe

En que he convertido a alguien que no sé
Si alguna vez yo quise

2

Calurosa emplomada la gato qué pudo ser no fue
Estaba madre y tú contemplando la incapacidad la mutilación
Hombre de arcilla me reducía no fui capaz en esos años de expansión
No fui capaz en esos años de levantar la voz venías a mí saludabas
Nadie me quería pensé y cuánto llanto estéril refugiado
En esos años me refugiaba en el local de juego en el fragor del combate
Jugaba con tipos de cartón marionetas que dominaba y buenos réditos
Pagué muy cara la huida no saber qué hacer cómo parar el desastre
Ahora estoy solo siempre estuve solo amparado en una buena facha
El médico coñón aventura descuentos en mi cronología
Y yo lo cuento como chiste o como realidad que nadie cree del todo
Estoy aquí eso está claro con las armas de la mediocridad siempre enfundadas
No vaya a dispararse un petardo o una bengala y caiga malherida
La marioneta de turno o algún tipo de cartón las noches
Cada vez más frías aventuran un invierno helado sin las risas
Que muchos me atribuyeron en coro cuando
Acobardado sacaba lustre a las molduras
Al cromo del perfil del Morgan
Verde y mucho cuero
Regalo de aquella mujer pulposa
A la que tampoco quise

3

Aborrecí al pintor de cámara porque puso
En la cera de los muertos tu perfil de princesa de estraperlo
Marquesa de la cabeza enlutada gloria in excelsis deo adherida

Al perfil de los justos de los irreconocibles que masticáis los rabillos
Que masticáis las arvejas que brotan en el consultorio
Fue un año importante para mi biografía y pensé
En la ceguera de la pasión infundada también en la tuya pero
No fue así no fue así de ninguna de las maneras tú
Ibas a por aquel hombre esbelto trovador sin partitura conocida
Que encandiló a vosotras tres hermanas del infortunio cocheras
De vehículo lento besabais en las patillas por no morder
Al hombre esbelto desnudas mostrabais en la humedad del confesionario
Las marcas que yo os hice cuando las reglas del juego aún no lo permitían
No debí elegir dejar que el trovador despreciara e ir rebañando
Lo que caía en el camino altramuces escupidos pieles
De altramuces que pudieran conformar una escultura de pasto e iracundia
Varios pedazos de ser humano que sirvieran
Al pobre artista vecinal al llamado premonitoriamente Frankenstein
Como disfrute en estas horas de agonía enfermo de la peor de las dolencias
Mal vergonzante señalado por los pasajeros del bien estigma
Corrompido ninguna quiso ya acercarse a mí ignoraban
Que una vez las quise que ahora golpeo con los jirones de la lepra

El fotograma familiar la estampa orinada por ratones en
este reducto
Luminoso pero que no alcanzo ya a ver con las cuencas
repletas
De una papilla espesa residuo de mis bellos ojos azules

4

Llegué a Pigüé dispuesto a besar a la Novia Reina henchido
De fervor por las chispas y fogonazos que las mejores
sepulturas aportan
A la soledad de la noche cementerio en pendiente sumidero
De carrozas y niños almidonados en época de grandes
pestes subterfugio
De la forma derramante emblema carcamal vejatorio
aunque actúan
Sin un grado de atrocidad como ese que era yo
Caballero colombiano a la búsqueda de la perfección
Turrolate energético pero ya decrépito no quiero
Seguir narrando lo que fui lo que pude ser y me callo
Doy paso a una relación de hechos complementarios fuente
De incontables argucias creativas misión de acendradas
urgencias fe
En los hechos que conforman la escritura discurso
De estilo desaforado cumbre de prejuicios meta de ancianos
Que apoyan el mísero codo en el atril del escritor vano el
que no sabe
Que la vejez no es terreno literario vuelvo
A Pigüé quiero entrar dispuesto a besar a la Novia Reina no
sirve
Recordar el hecho pecador duro seco que asesina corazones
no sirve
La calma negligente aburrida del repaso del censo no sirve
El temblor indulgente de quien ya no cabe en la redacción
De los libros argumentales ni siquiera
En los manuales de estilo
Y en la descripción de la huella de las moscas helicóptero

habitantes
Del zaguán de la casa de los padres

AGRADECIMIENTOS

MORAVIA

Moral venida de la emanación,
fatalidad fisiológica,
vaginas a las que llegamos furtivos,
esposas como minotauros,
a ellas llegamos a través de los muros,
esposas recluidas en el interior de los muros,
el amor como asunto de gimnasio, la frontera
con los hombres que padecen burla
castigados por obras de mascarada, el placer
como acto decididamente público, el secreto
de nuestra androginia despreciable,
lo que ya no está en los sistemas diferenciados, la idea
de que es mejor ser todos igualmente cobardes
antes que reconocer que existen,
en el Creciente Fértil
o en los flancos de las montañas,
algunos tipos valientes
no hechos para aceptar,
no hechos para conformarse,
cuando saben
que los demás también mueren.

Alboroto de Hambrientos, Rosario de Filósofos.
Con la Sequedad del Tiempo
comenzó la Pestilencia
intercambió la Sangre en el Jardín de los Pescadores
y los Movimientos de la Cólera
rociaron al Pueblo con sangre.

Hiel de Liebre para Fundir Espadas,
Hiel Humana para la Cabeza de los que murieron en
   Combate.
El Hierro se opone al Cobre,
Hierro como Símbolo de Obstinación,
Vulgaridad del Metal como Noción Constante,
Modificación de la Materia por el Objeto que corta,
Hierro en el Lugar del Hueso.

El Demiurgo Nefasto, Amigo Secreto, muy temido por la
   Mujer,
conmueve con Delirios Místicos a quien rechaza la Hiedra.
A la Mujer sin Hijo, la que posee el Aspecto de una
   Hermosa Ramera
una Piedra de Honda le rompe la Columna.
La Mutilación descalifica.

Señor de la Primera Palabra.
Terror de la Quinta Raza, curvó la Hierba de la Tierra.
El Ardor del Guerrero Desnudo funde la Nieve a más de
   Treinta Pasos.
El Simbolismo de la Encrucijada se vincula al Simbolismo
   de la Pata de Ánsar.

Historia de un Error, Extrañas Regiones del Pensamiento.

Su Manera de Pensar como la Muerte del Cobre.
Pudo quitarse y ponerse los Ojos.
Calor Süave, Epidemia, Esgrimidor del Martillo.
Transmutación Teórica, Calor Esclavo.

MILLER

Yo era, por esencia, una contradicción,
fanático del sexo
y con vocación de enamorado
buscaba en los muslos heridas de sagapeno,
esa gomorresina leonada, fluctuante
árbol de Navidad, carestía,
Judío Errante, también los Trópicos,
y no aprendía a desatar las manos
aunque actuaba con un grado tan leve de
   atrocidad
que extrañaba hasta en Venado Tuerto.

Lascivo inválido, colocaba la lengua seborreica
en el jardín sombrío, por ignorancia,
también yo ignoraba el origen, mi apéndice
   indiscreto
reproducido, por el imbécil,
en la fuente de los siete anfibios rechonchos,
mi primo imbécil, enemigo
del lascivo inválido, escoria
de una familia menor, dirigida desde la torre
por Carrere tío abuelo que, como Esón,
quiso envenenarme con sangre de buey y,
al no conseguirlo,
rogó a mi padre que, nuevo Learco,
me cazara como a un venado tuerto.

Profesoras,
jóvenes rubicundas, colegialas,
católicas institutrices
ensartadas bajo el olmo, tiempos
en que el mosquito escritor

en la primavera procaz
aún no lo barrenaba, Cristo,
invocábamos a Cristo, abría
las puertas del Cielo, gozábamos,
ese lustro de esplendor, unos años
de esplendor,
de lujuria, carnaval, anarquía, libertad,
confundidos hoy por hoy,
mancillados hoy por hoy,
por la turba tropical,
qué habrá más tonto, Señor,
que un demócrata convencido.

GRAFO PEZ
[2020]

Esa sensación generalizada de repentino crecimiento
ante las grandes obras de arte, aunque no todos
habitemos el mismo tiempo.

EZRA POUND

La punta de la pirámide; se llega allí,
y no es posible moverse.

CONSTANTIN BRANCUSI

Al sur de Greenwich
Más allá de la Isla de los Perros.

T.S. ELIOT

LA PALABRA

Sabía que La Palabra estaba cerca
que iba a alcanzar la consecución de La Palabra
La Palabra que todo lo significara
La Palabra compuesta por monemas habituales
pero tan endiabladamente dispuestos
que burlaran cualquier combinación
cualquier resultado conocido
por avanzado que fuera.

Conseguí «Patz» el 24 de noviembre
pero vinieron de Michoacán
para advertirme
que ellos conocían Pátzcuaro
que algunos vivían en Pátzcuaro
que algunos nacieron en Pátzcuaro
comprendí que no cabía demora
que La Palabra se escabullía
se escabulliría si no la completaba
e incluso si no retorcía los fonemas ya dispuestos.

Conseguí «Pazt» el 6 de enero
nadie rechistó entonces
como en silencio de óbito se callaron las alarmas
iba ya por buen camino
pero un judío africano se acordó de algo muy grave
que hubo una vez un Pazt

Etan Kalil Pazt fue el niño neoyorquino muerto
oficialmente desaparecido
pese a que su imagen risueña
nos acosara obstinada
desde los cartones de leche.

Así que apresuré el paso por el mercado de abastos
añadiría partículas perdidas
contenidas en los alaridos de los vendedores de fruta
«Craii» me pareció oportuna
«Suii» aún más necesaria.

En la primavera culminé el trabajo
en una carpeta de asbesto llevaba el folio soñado
La Palabra escrita con tinta de nuez moscada
La Palabra que servía para nombrar a los peces del lago
a todas las especies de peces
a los frutos de los árboles del restaño
a las aves de las charcas del estero
a los sacerdotes y chacineros
al sangrador, al capitán, al intendente
y también al asesino de mis padres
el que luego lo sería de mis hermanos
a mí mismo pues
aunque entonces anduviera preocupado
por saber si los clérigos podrían torear
en aquel verano de protésicos y plagas.
Los gusanos quilométricos
y la mutilación de miembros como homicidio parcial
también se incluyeron en el significado
todo lo valioso residía en La Palabra
la labor
como el trabajo de los agrimensores de Olmedo
fue relativamente fácil
adoraba La Palabra
la compartía en las redes
quizá fuera por eso
o por la costumbre inveterada en mi familia
la costumbre de hablar y no callar
que La Palabra se fue perdiendo
encogía
al final sólo quedó un resto
nada de importancia
una sombra

que nadie ya quería
quedó sólo esa cosa laxa
esa cosa de materia fea
que ustedes pronto adivinan.

TRÁNSITO

La alta clase labradora
por su entusiasmo ornítico
permanece aquí.
Agitaciones, inquietudes, gritos
no la fuerzan a la mudanza.
Sé, en cambio,
que las aves migradoras
morirán
todas
las que tanto me admiraron
y las que exhiben el hueso llamado pecho.

Los hombres en alto grado impresionantes
los esclavos caballeros
la mujer fogosa, indigna,
la apellidada Mudable
aguardarán
reflexivos.

La más recia de las piedras
el más digno de los hierros
estallarán
con el tiempo
en el rostro de las bestias avezadas, pero yo
en esos días, muy cansado,
reposaré dormido, quizá
en la provincia más angosta, cobijado
en la ruina palmeada
y no querré volver.

Dilatada la mirada
la mirada que doblega al extranjero

de complexión enjuta
y marcialidad temprana
cavaré
en la loma conocida por «la oscura»
un dormitorio de tierra
una cocina de espanto
un gran embudo de sangre.



No había elegido ninguna profesión concreta
quizá buscador
de pucheros repletos de arena quemada y monedas de oro
Berthold
ese hombre asentado en la cima de la corte incendiada
donde se recuerda el paso de inmensos rebaños de ovejas
por el Puente Pasotierra
uno de los cinco pasos, el central,
la voz del hombre
una voz ya hoy no productiva
alejada
de la idea de disminución
de la disminución del flujo
del caudal de ganado
y de muchos de nosotros
quizá el diminutivo, los diminutivos,
pero siempre el Simorg
en el que ellos se anulaban
el Simorg eran ellos
y yo la destrucción del mundo
por tres veces
alma agobiada
siempre lector de obras primigenias
atleta de las imágenes
aunque en botánica soy tan exiguo
como abundante en otros conocimientos
como la razón de la miel
las sendas de la verdad
o el rastro de la gelatina en el hígado gigante.

A mí

deben imaginarme como a un hombre moreno
al que se le atribuyen ciertos inventos
(sé dar vida a las panteras)
hombre del futuro
supergordo sentado en cama
cráneo modificado
que dejó de andar
de manipular
de proferir discursos de aparato
soy Berthold aún
pero no conduzco ya el rebaño
de ahora en adelante
rememoro la impostura
sanciono los encomios (*Elogio de la mosca*)
capturo peces con sabor a vino
y me enjuago en las fuentes de la sabiduría
pero
la verdad
es que en esta larga tarde de domingo
época patria
sólo pienso
en cómo será mi muerte
si la profecía fiel se cumple
y en edad muy avanzada
soy devorado por perros.

HERMANA MENOR

Narro aquí
sin excesivo entusiasmo
sin fundamento especial
la historia, capitular
y consumida,
de Hermana Menor, la que tragara,
una noche de vientos obedientes, la piedra
incandescente
de la que quedaría encinta.

Hermana Menor, embaucadora, casi
Zorro Menor, casi
canonizada
como la grajilla Lupe
picoteando
tantos cadáveres
que devino docta
en anatomía comparada,
y en el mundo aún no había luz
y la sonoridad llegaba intensa.

Fanática del orden
aprendió de los comensales que llevan cuchillo
   propio
de las cenas en las que ella era la cena
de los que sujetaban su antebrazo certificando la
   humedad,
hombres esos
con alumbre,
sí Hermana Menor,
en aquel año
en trance civil acuoso, juntaba

ensayos
diligentes
sobre movimientos de avanzada
aunque nunca conociera la eficacia
de los servicios postales.

Estúpida y voraz
amó
al cruel cocinero
al adúltero acicalado
y, quizá, al *analecta* extranjero, ese esclavo,
no locuaz, no agradable,
que recogía del suelo
los restos de los banquetes, suelo apenas
   manchado
de agua hervida
y luego enfriada con nieve, miel *decocta*,
servida como bebida refrescante
a quienes aplicara
la túnica molesta.

GLOTÓN DE MÍ

Pidió que no construyeran ciudades
que aquellos hombres se esparcieran por la tierra
que no construyeran ciudades, era
en el comienzo
de la humanidad.

No destruyó la torre, que no le repugnaba, es que
confundió el idioma,
confundir las lenguas, confundir a las gentes
con la lenguas, con la variedad de las mismas,
las lenguas como castigo,
Babel, confusión, el sanguinario de ahora.

Glotón de mí, torturado
percibía,
sentía, él, individuo solitario,
difería,
se sentía ajeno
a los actores de ahí,
el lenguaje le dañaba, laberinto,
la realidad transformada.

Qué vientre dijo llevar
un hijo muerto llevar
los médicos esos llevar
el hijo muerto llevar
pero nadie habló con ella
y no lo pudo decir
llevó
al hijo muerto llevó
hasta términos
de usura

de contención liminar
no era ella original
dijo en vena al intendente
«yo fui esa muchacha adusta,
pese a algunos cariños íntimos».

Propiedades generales:

Es plano, ya que puede representarse sin que sus aristas se crucen.
Es 1-conexo por vértices; tiene un vértice de corte y, por tanto, no es hamiltoniano.
Es 2-conexo por aristas. Al tener un vértice de grado 4 y los demás vértices de grado 2, el grafo pez es euleriano.

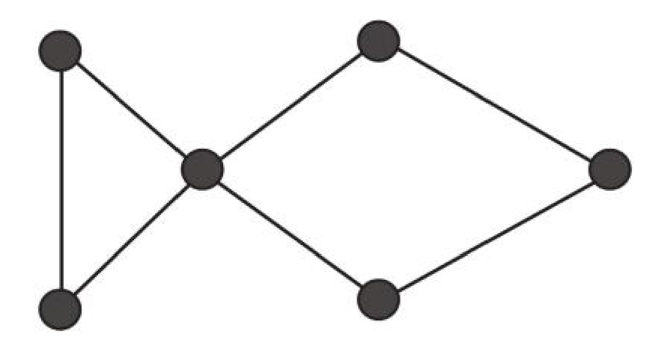
Coloración:

El número cromático del grafo pez es 3. Es decir, que es posible colorear los vértices con tres colores tal que dos vértices conectados por una arista tengan siempre colores diferentes.

El índice cromático del grafo pez es 4. Esto es, existe una 4-coloración por aristas del grafo tal que dos aristas incidentes a un mismo vértice son siempre de colores diferentes.

Propiedades algebraicas:

El grupo de automorfismo del grafo pez es un grupo abeliano de orden 4 isomorfo a Z/2ZxZ/2Z, el grupo de Klein.



HOMBRE DEL FUTURO

Personas que están conmigo
opinan
que tu aspecto no encaja
que salir en un sello
como Maximilian Goldman
no es bueno para nosotros
que no encajas en un grupo como el nuestro
grupo compacto
de perros voladores
alguaciles de cuerpo estrecho
y cabezas de ganado
que no eres más que una mosca espesa
un ave de excremento
que lo único sorprendente
es que aún resistas
con esas lesiones
incompatibles con la vida.

Sí, lo sé, dispones
de un cuerpo
sin programa de envejecimiento
como los gusanos
famosos, pero,
no olvides
tú eres el coleccionista
del gobernador
y estás expuesto
a la distorsión más peligrosa
a morir desprestigiado en la ciudad de Méjico
tras dar la víspera una suculenta cena a varios
individuos.


MAX REINHARDT
GEBOREN 1873
DDR
25

PLASTIC WORLD, APUD SAGRADA BIBLIA

Vivíamos de la carne
De la carne del mar y de la tierra
¡Ay del mar y de la tierra!
Las hojas del árbol eran saludables para las naciones
Pero los tábanos ahuyentaron a la hechicera
Ahuyentaron al reo
Ahuyentaron al extranjero
Al que poseía la piedra de jaspe
Lo perturbasteis y se puso en fuga
Como los falsos doctores
Bajo la influencia de la molicie reinante
Quedaban veinticuatro ancianos
Y veinticuatro vivientes
Veinticuatro vivientes misteriosos
Que cayeron de hinojos
Fulminados.

Se halló la sangre de todos los degollados
La sangre que ocupaba el mar
Que ocupaba los vientres de los peces
Y los vientres de las aves
Pero las tinieblas pasan
A bordo del navío de los hombres oscuros
Negros como pelo de cabra
Hasta que el caballo bermejo
Conducido por el manco que devora la espada
Pisotea al extranjero marcado
Marcado con señales tiznadas en la puerta
En la puerta de su casa de barro
Y alguien obtiene el poder de abrir los sellos de

hierro
Y el poder de no ocultarse
Ante el rostro de quien se sienta en el trono.

AVES NOBLES

A Dafne ya los brazos le crecían
convertidos en laurel,
presuntos marsupiales,
en el estío polvoriento.

A Gálvez, esposo de Matilde,
de familia adinerada, antigua
de rostro inmaculado,
anciano musculoso,
de una raza de gigantes lanzadores de piedras.
Todo ha ido a los perros.

A Sibelio,
¿quién sería Sibelio?,
lo vimos, manso,
beber agua del pantano
conducir rebaños de fieras salvajes
indeciso ante la idea de dejar de ser.
¿Podemos tener miedo a la nada?

A mi capitán Jarris, el verdadero poeta,
un verdadero poeta debe repetirse siempre,
le daba miedo morir,
ser un paciente indefenso,
volverse repulsivo.
Nunca llegó a saber qué le ocurrió a su familia.

Yo, ahora, mastico pan duro, roo madera,
devoro a la mujer del herrero,
la que puso un yunque entre las carnes,
amo a Robert Young, el actor
que tanto se pareció a mi padre, mi padre

de familia adinerada, nueva,
no la del Sastre Cabezón
ni la de su concubina Mary La Sastra.

Así, influido, venero
a ese hosco visitante, Óscar,
aquel muchacho no honrado,
quien dijera que los sueños
debieran ser biografía,
sí, a aquel muchacho
que conociera la especie neutra,
la especie nombrada Bird, Bird como Buena
   Madre,
la deidad córvida extranjera,
la de los tres cuerpos,
la que aminora la causa de los perdidos,
de los resucitados,
de los que aguardan el término de la estirpe,
de los que remedan, en el patio hospitalario,
los gestos de pavor
del niño envuelto en serpientes.

JÓGUAR

Esa es la casa del comandante Jóguar
la casa de la calle última
el comandante del balancín de acero.

Comandante Jóguar postrado
en la década de oprobio
pasan recuas de esclavos impunes
burlan la peña que era cristal
cruel guerra al ejército de gran sequedad.

Jóguar llegado de un lugar dicho Calahorra
donde un hermano expuesto
del obispo enfermo
se tornó moro.

Sí
toda tradición vive en variaciones
para un hijo de ganancia
necesitado de refresco.

Oh comandante
dio muerte a herejes acusados de relapso
herejes con la tez dispuesta
y yo le ruego que me mire
ya que usted nunca me habló.
Entre mucha polvareda un revuelo de cornejas
cornejas rojas que nunca fueron vistas
ahora levantadas
por el disparo.

No es interés de anticuario
quiero ver a padre Jóguar

quiero tentar su casaca
acariciar sus cabellos
sopesar el arma ardiente
golpear sus negras botas
componer sus ojos rotos
por la árida lectura
de aquella historia inventada
de cuando partimos de Francia
y cruzamos
el collado fatigoso
de las sierras de Tristura.

DEFINICIÓN DE POEMA

Un poema es el espacio en el que el aire queda
   atrapado
en el que se conserva el habla de las aves
y donde habita el gran rey de los desiertos
San Onofre sin duda
con la venia de Andrés de Claramonte.

Un poema es el espacio que no permite pensar en
   mí
sin pensar en él
que no permite expresiones como
vigilaré las obras
o este sitio no es seguro.

Un poema incomoda con la duda
a quien alimenta a las tórtolas turcas
a quien seduce incólume al emisario
a quien saluda al sargento engalanado
y a quien apacigua al gitano herbáceo.

Un poema es el conjunto de hombres displicentes
que ven en el mal ajeno un recurso recomendable
hombres displicentes diestros como nosotros
en el ejercicio de la muerte sobre las estólidas
   masas
ya que somos fieramente humanos
y nos bañamos en las aguas del desacuerdo
en la sangre de las citas a deshora
en la bibliofilia desaforada
y en el detalle áspero.

CIUDAD CORVINA

1

Hablo de Miguel Capellániz,
a veces de Buscón
y siempre de una retahíla de caballeros endomingados
que combinan el uso del naipe
con la fractura de las botellas de vidrio.
Ese fue el aspecto de la plaza de Corvina
durante los primeros años de alegría;
el clamor de los plebeyos, de sus madres,
de sus esposas
y de sus hijas.
¡Qué espanto aquellas veladas de placer!
Recuerdo la mañana en que encontré la llave,
un llavín de oro macizo
que abría las puertas del dolor,
de la risa
y de la enfermedad mental.
Miguel me empujaba, quería
alcanzar el conocimiento de las cosas
antes de que las cosas existieran
o que al menos iniciaran el proceso de formación.
También recuerdo a los hijos de Buscón,
tres o cuatro hijos de Buscón
empeñados en nadar, en la fuente; devoraban
bocadillos de Roquefort
y tartaletas de pez corvina
mientras agonizaban, los hijos de Buscón
agonizaban,
y ellos no lo sabían.

2

Alta geografía,
enfermedad renal,
pirueta de coordenadas,
no localizo ahora, viejo meditabundo,
el enclave preciso, dónde debió de estar la dichosa plaza,
la plaza de Corvina,
con sus caballeros endomingados, basura andante,
Miguel Capellániz, Buscón, quizá Loverdos,
quizá perdidos,
había un lugar, cuadrado, soportado,
endomingado,
con la fuente nueva del alcalde Prieto,
las palmeras,
y unos niños de Buscón, infantiles molestias,
devorando bocadillos, nadando semidesnudos,
dónde está, dónde fue a parar
toda esa base de datos holgazana, indispensable,
no queda ya nada, ahora veo una máquina infernal,
rugidora, coloreada,
caminando entre pequeños bloques de hormigón,
¿o serán altos edificios que se pierden en la distancia?,
en la distancia de mis gafas rotas,
irremplazables,
¿ciego en ciernes?, cabrón me dijo a gritos
el repartidor de Frigo,
casi derribo la vagoneta
o el tenderete
vana esperanza de negocio
en este estío helador.

3

Pero logro acercarme
a la ciudad Corvina, al campo
que llamaron muladar, al paraje

que llamaban también bastión
y algunos el baluarte, estoy cerca,
mas el cansancio
(ahora siempre este cansancio)
dobla mis piernas de alambre
y caigo de bruces al suelo,
sobre la tierra de miga, removida
por el paso de las bestias,
la tierra que tiene olor,
el olor que llevan los muertos.
Aquí me encuentro muy bien, un acomodo
no sé aún si definitivo, una tumba
al aire abierto, despejada, ofrecida
a la voracidad incansable,
al pico tenaz, a la argucia
de alas, plumas, garras
de esa aves a las que tanto quise
y que en este momento
vería volar
en amplios y elegantes círculos
si no me hallara
bajo esta luz deslumbradora,
si no fuera el fiel remedo
de aquel ciego,
Pablo Bernal,
mendigando tabaco
en la plaza de Corvina.
¿No seré yo ese invidente?

> Tendrás la grande Raya, la Corvína,
> El saludable Mero, y el Roválo.
>
> LOPE, *LA FILOMENA*

NOMBRE INANE

Intento describir «una ciudad, cubierta a todas horas de una fina capa de polvo, que alberga numerosas colonias de avión común», pero el nombre de este pájaro hirundínido es de tal inanidad que imposibilita convertirlo en sujeto del relato, imposibilita la redacción del mismo (cambiar el nombre no es aconsejable, devaluaría la narración el conJUNTO DE MI NARRATIVA). [AVIÓN COMÚN, NOMBRE OFICIAL ESPAÑOL DE LA especie *Delichon urbicum*]

El avión común fue descrito inicialmente por Linneo, en 1758, en su *Systema Naturae,* como *Hirundo urbica*, pero fue trasladado a su actual género *Delichon* por Thomas Horsfield y Frederic Moore en 1854. *Delichon* es anagrama del término griego χελιδών (*chelīdōn*), que significa «golondrina», y el nombre específico *urbicum* (*urbica* hasta 2004, debido al desconocimiento de la gramática latina) significa «urbano» en latín. Por otro lado su nombre común es aféresis del término antiguo *gavión* que a su vez procede del latino *gavīa* (que significa «gaviota»).

El libro *Cuervo*, de Boria Sax, permite utilizar sintagmas para construir nuevos textos; estrategia ya empleada en el apartado «Paleografías» del poemario *Fámulo*. En el primer texto, «Oreb», el resultado, aleatorio, es claramente profético; avisa de la mayor amenaza para Occidente, la explosión demográfica humana en África y Asia, y su correlato: las invasiones. En el segundo, «Edad Moderna», se modifica levemente un párrafo y se citan dos anacronismos.

Oreb

Un hombre, Oreb, se convierte en cuervo, un hombre que camina sin rumbo en busca de un lugar donde fundar su reino y que quizá ve en el pájaro el esplendor de la destrucción, el método exacto para evocar una sensación de asombro, la paciencia exacta para aguardar a que pase la época del ser humano. Alguien dice entonces que ese hombre es uno de los invasores, un adelantado de los invasores, hombres con cabeza de cuervo procedentes de las montañas, demonios sin fuego, seres nublados que viven con fortaleza y aplastan a sus enemigos, y que, aunque graznan en el umbral de los palacios, sangran igual que sangra el lobo y sangra el hombre, y así, en ese momento y de ese modo, se agota la jerarquía y entra la muerte en el mundo.

Edad moderna

Como los europeos antes de la Edad Moderna, los nativos americanos tampoco distinguían de forma clara entre el cuervo, *Corvus corax,* y la corneja, *Corvus corone*. (Podriamos fijar el inicio de la Edad Moderna en el momento en que Europa aprende a distinguir ambas especies) En la Hoya de Huesca creen que la corneja es la hembra del cuervo y la llaman «cuerva». En el Campo de Jaca llaman «cuervo» tanto a la corneja como al cuervo y no los diferencian ni sonora ni visualmente.

El seis de mayo recibí otro mensaje:

Dejaré este nombre y apareceré algún día en su vida con el mío, y por supuesto nunca habré oído hablar de Beldad Aria. Pero será muy diferente, jugaré a ser alguien razonable, me esforzaré en «explicarme», aunque en ello pierda mi propio lenguaje, que desde luego no son las palabras. Seguro que será un encuentro muy breve.

No fue el último. Documentados, incisivos, no dejaban lugar a la elección. Desconcertado, eché mano del detective Carlos. Mas tampoco él dio con quien se hallaba detrás de Aria. Me aconsejó viajar. Pero sólo supe hacerlo en círculo. Y volví a estar a merced de ¿ella? Decidí morir. De modo que ahora no puedo recordar el total de su última misiva. Sí, en cambio, su comienzo:

Sólo disponemos de una línea de tiempo, pero esas palabras tenían una temperatura indefinida.

CALIGRAFÍA

Recibo correo de un calígrafo. Se declara seguidor de
mi obra y se ofrece a caligrafiar mis prosas y versos.
No dice si todos. Lo hará de balde. Firma Zafiro.

Contesto que estoy encantado. Responde preguntando qué
poema prefiero. Contesto que el que él quiera.
Responde con una foto. Un texto del libro *Fámulo*
caligrafiado en letra Champiñón sobre la hoja
de un cuaderno bastante grueso. Parece que estaba
preparado.

Pregunto si me lo envía escaneado o me envía el
original. Y entonces ocurre algo maravilloso. Contesta
«Lo que tú quieras». ¿Alguien alguna vez me dijo
esas palabras? La verdad es que no lo recuerdo.
«Lo que tú quieras». Y de balde.

Caligrafía

Recibo correo de un calígrafo. Se declara seguidor de mi obra y se ofrece a caligrafiar mis prosas y versos.

Contesto que estoy encantado. Responde preguntando qué poema prefiero. Contesto que el que él quiera. Responde con una foto. Un texto del libro Fámulo caligrafiado en letra Champintin sobre la hoja de un cuaderno bastante grueso. Parece que estaba preparado.

Pregunto si me lo envía escaneado o me envía el original. Y entonces ocurre algo maravilloso. Contesta "Lo que tú quieras". ¿Alguien alguna vez me dijo esas palabras? La verdad es que no lo recuerdo. "Lo que tú quieras". Y de balde.

TRIÁNGULO GMAIL

A descubre el blog de B
A investiga quién es realmente B
A escribe a B
B pregunta a A quién es
A se niega a decirlo
B acepta una relación electrónica con A pese a hallarse en desventaja
C conoce, dada su labor de vigilancia y protección de B, la relación entre A y B
C sabe quién es A pero no se lo comunica a B
B informa a A de la existencia y del papel de C
A llora al ver que la confidencialidad del correo con B ha sido violada
A dinamita la relación y los proyectos comunes con B
B muere de pena

Eres muy generoso, me comparas a Andie.

Falleció mi padre. Estaba cansado, decía.

Y ya que tú y yo también estamos cansados, y aunque no sea ninguna novedad, mejor confirmártelo en vida: estuve enamorada de ti.

Tengo tan poco que contarte. Veo reportajes, a veces me intereso por algunas actividades culturales, y me da la impresión de estar fuera de lugar, como si ejercitar la mente no me conviniera. Me refugio en la religión.

Ahora en verano, casi a la caída del sol, vamos a la playa. Pero no tengo ganas de nada. Solo quiero descansar. He adelgazado muchísimo, según la opinión general, pero mi adolescencia de obesa no me permite apreciarlo. Soy diferente. Y soy definitivamente enferma mental.

Mejor lo dejamos aquí.

He soñado contigo. Estabas abierta en canal, pero no colgabas de un garfio. Tenía frío y pensé que el interior de tu cuerpo, empapado en sangre, supondría un buen consuelo, pero no fue así, el calor te había abandonado.

Palco. Qué miedo me da.

Lo que pudo ser un bonito sueño sexual se redujo al rutinario sueño de un hombre viejo aterido.

Necesitas calor humano.

Y rejuvenecer cincuenta años.

LA HIJA DE CORA

Me besaba la hija de Cora. Yo ahí sentado, en la mesa presidencial, la de los viejos, y ella da un rodeo y se coloca a mi espalda, y me besa en la mejilla. Alguien dice «es la hija de Cora» y luego en la calle de la acequia, la de los ricos, la veo pasar con unas amigas, quizá polacas o quizá gitanas. Fue el día en que recibí la noticia. Eva tenía cáncer. Fulminante. Le invadía el seno derecho, el más esplendoroso, el que yo prefería. Pensé, ya de noche, en casa, sepultado como casi siempre por la montaña de libros, que se cerraba un ciclo, que Eva ya no iba a poder ofrecerme consuelo, que debía buscarlo en la hija de Cora. ¿Pero dónde andará ahora, cuál será su nombre?

TÉRMINO

Nada hay al otro lado
que no haya sido dicho.

En busca sólo de alimento
¿qué mirar todavía?

Un viento amargo inunda la ciudad,
las ciudades del sueño
donde duerme
la memoria del sueño.

Lenguas de fuego, dónde
lo apenas entrevisto,
lo casi
no entredicho.

Y qué final.

INÉDITOS

ORMOND EL SANGRANTE

Una etapa de mi vida de la que nunca he hablado es la que pasé en Santander como celador en el Hospital Marqués de Valdecilla. No digo que fueran años especialmente esplendorosos pero sí cumplieron a la perfección con el objetivo buscado: vaciarme a fondo, sentimental e ideológicamente. Además, y por eso rescato ese periodo, pude conocer a algunos personajes realmente sobresalientes de los que destacaré uno, el hombrecillo parlanchín y vivaracho que apareció la madrugada de un domingo de invierno contando a todo al que se le ponía a tiro, en especial al sufrido personal de recepción, que a él le sangraban no sólo los orificios sino que también se le cubría la piel de sangre. Preguntado que cuándo le sucedía dicho fenómeno respondió que cuando le daba la gana. Llamaron al corpulento doctor López, el internista de guardia, entraron juntos en la sala de reconocimiento, y nunca más volví a ver a tan minúsculo individuo. Estas vacaciones, en las fiestas patronales del pueblo del que soy originario, me sorprendió ver que junto a los habituales autos de choque, noria gigante y caballitos, se había instalado un barracón pintado de rojo y con aspecto de búnquer, ya que carecía de vanos excepto la taquilla y una estrecha puerta tapada con una pesada cortina. Compré un tique y entré. Daba miedo. La oscuridad casi absoluta y el aire viciado se complementaban con la música siniestra que surgía de una gramola. Me senté, apartado del resto de espectadores, todos hombres, que fumaban compulsivamente. El espectáculo fue breve. Un tipo corpulento, en pijama hospitalario, se tendió, tras despojarse de la parte superior de la prenda, sobre una cama metálica, y una mujer, ataviada de enfermera, le dio a la manivela para

incorporarlo de modo que pudiéramos constatar, a la luz de un foco, como, de repente, comenzaba a sangrar por la boca, la nariz y los oídos, luego por los ojos y, finalmente, por la superficie de la piel que quedaba al descubierto.

A MENUDO VEO UN PERRO

A menudo veo un perro. A mi derecha. No muy apartado. Anoche, saliendo de La Cartonera, allí lo tenía. Se lo dije a mi amigo Juáncar y contestó que estos perros no son ciertos, que él no lo veía, que era cosa de mi vista ya defectuosa. Pero ahora, con buena luz, caminando solo por la Ronda de Serrano, compruebo que me sigue un perro, al trote, un perro pequeño, blanquecino, algo sucio, de posible nombre Pipo, y compostura fatigada. Me cruzo con Pablo Neruda. Lo paro. Le pregunto qué le parece el perro y, me lo temía, responde con un descorazonador «de qué perro hablas». Me intranquilizo. Porque, además, lo grave, es que el perro nunca es el mismo, ni es de la misma raza, aunque siempre es pequeño, como si uno grande no cupiera dentro de mis ojos. Pienso que, en esta situación, antes de ingresar en el manicomio, o en la perrera, debiera investigar en una enciclopedia canina, que no fuera que existieran perros volátiles, personalizados, inherentes a la condición de individuos que, como yo, como los camaleones, viven del aire.

SIPEDÓN POLVO

Ha fallecido Sipedón Polvo. En 1958 mostró a mi padre la entrada de la cueva y este me la mostró a mí en 1964, poco antes de morir. He guardado el secreto desde aquel instante y sólo la he visitado en compañía de Polvo. Una cueva sin nombre (nunca, por respeto, se lo dimos y, el populacho, proclive a los rótulos, no la descubrió; ahora la aldea está abandonada, Sipedón fue su último habitante).

Sipedón hablaba de un clan de criadores de caballos, de sacerdotes de la secta de los murmuradores, de hombres de mentes perfectas, de pastores sedentarios vestidos de lobo. Ellos ocuparon la cueva en sucesivas oleadas y aprendieron a dialogar con los grafismos parietales, grafismos que Sipedón rozaba con los dedos de su única mano afirmando que la veracidad es la virtud suprema; maniobra que provocaba enigmáticos fenómenos acústicos. Las figuras humanas emitían voces y gritos y las figuras animales zumbidos, ladridos y, en el caso de los bisontes, característicos rugidos.

LLEGAN RÁFAGAS

Llegan ráfagas, ráfagas
que invaden el cerebro, ráfagas
inconexas, muy breves, que no dejan señal
completa
que no puedo fijar. Quizá
correspondan
a cierto lugar que llaman Rambla
o a sutiles judíos
de aquella aljama de mi procedencia. ¿De qué
siglo
llegan
de cuando empezara la pestilencia
del alboroto de hambrientos en las calles de
Sevilla?
Aunque no conozco
si hubo intercambio de sangre, si rociamos al
pueblo
con su propia sangre, si hubo sodomía
secretos esenciales.

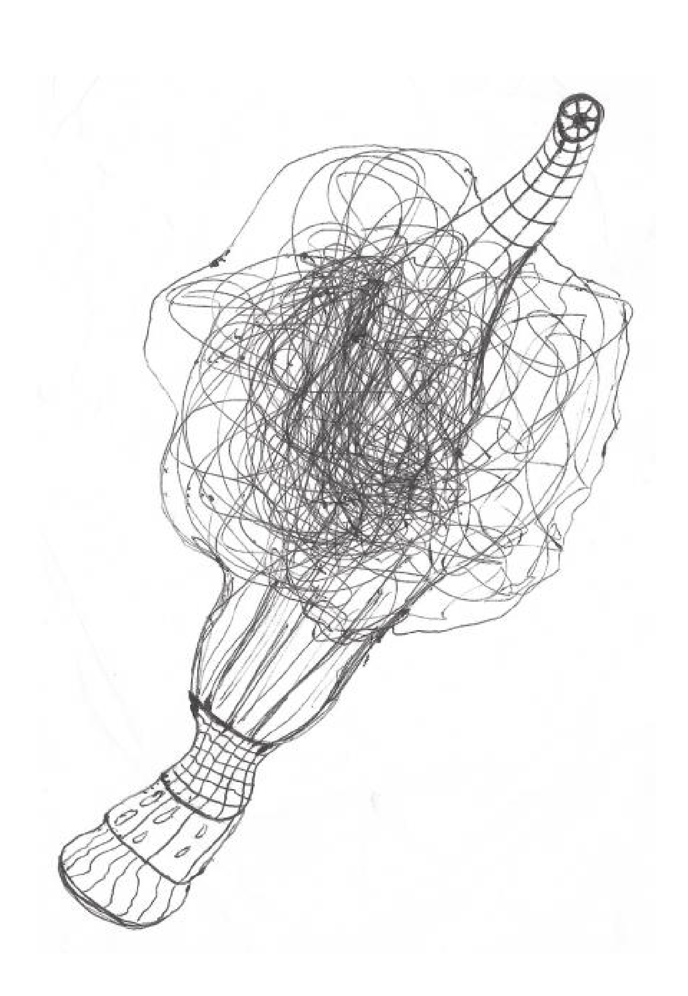
En este movimiento de cólera, de hiel
que opera transformando huesos en carne
aparece
fulminada
aquella idea genial, la biblioteca
absoluta
jardín de pescadores. Soñamos
juntos
que el hierro se opone al cobre, y que el cuero
y la madera
rodean nuestras cabezas

perforadas
ahora la mía sí
por un rayo
por elefantes enanos de la guerra
mientras tú te alejas, abandonas
a quien realmente te quiso.

Epidemia
carestía
vulgaridad como noción permanente
señor de la primera palabra, me despido
agoto el cupo, inmerso
en la negación de la patria
en la obviedad de la muerte subalterna
en la obstinación del acerado cerdo neutro
en el terror de la novena raza
en el delirio de las mujeres que aúllan, conmovidas
en el veraz desfiladero
con jade en sus cinturones, sonoridad que advierte
sin error, del punto exacto
del lugar de la familia
del lugar de los anales del jurado
de la simbología de la encrucijada
entre el cielo ceniciento
y la efusión de humores.

ANEJOS

EDAD DEL INSECTO
[1959-1989]



ABABOJOA
[1959]

SIN TÍTULO I

Así corroe la lujuria a un perro canelo.
Canes hieráticos miraban.

SIN TÍTULO II

Mi muy apreciada señora Schoffet me he permitido la libertad de escribir esta carta pensado en lo muy útil que para Vd. será el conocimiento de los siguientes hechos. El 9 de octubre de 1959 embarcó en el buque Santa Bárbara surto en este puerto...

SIN TÍTULO III

La hora nocturna tu perfume siente.
Me hablan los astros de tus ojos bellos,
y aún me parece que calladamente
tus dedos acarician mis cabellos.

F. VILLAESPESA

Alopécica faz de boca hermosa
enclavada en la cual tus ojos bellos
son como visión de dos camellos

en la desértica paz sin mariposa.

SIN TÍTULO IV

Un grito surgido de Dios sabe qué garganta rasgó el enrarecido aire.

SIN TÍTULO V

ut   sería bonito
oy   aprender los nombres
al   de los sayales
luna   de los peregrinos
el   y lentamente
sol   amonestarlos

A UN BILLETE DE AUTOBÚS

Triste trozo de papel
atravesado.
Triste trozo humedecido
de sudor.
Tú que llevas
en tu dorso numerado,
el color del moscón enamorado;
vuela vuela
que ya hay viento,
vuela vuela
que este cielo muy nublado

pronto presto mojará tu corazón.

SIN TÍTULO VI

Conozco en una calle, corta y barro,
a una niña, blanca y gato,
que mirando, vive cerca. Guardia y palo.

Conozco en una calle a un soldado
pequeñito, que pisado ya se hunde,
ya no es visto por la niña. Guardia y palo.

Conozco en una calle corta y barro,
a una niña y a un soldado,
que mirando van pasando. Guardia y palo.

SIN TÍTULO VII

En octubre
conocí a una mujer magnífica.
Se llamaba Greta
y escribía cartas cifradas.

SIN TÍTULO VIII

Ser del mundo;
ser en él.
Sabéis
lo que dijo

San Pablo en el Areópago.
No importa.
Yo tampoco.
Tony Ariet

TARDES EN SOMBRA

Me gusta el bocio;
me agrada verlo.
Corren lagartos asoleados por las vertientes de los
barrancos.
Me gusta el bocio:
su tono opaco
forma pelota
que yo muy pronto reventaré.

Y ESA ES LA MORADA DEL VIAJERO
[1960]

«OCH, HE REVIVES. SEE HOW HE RAISES.»

1: Martin Wisdom	O	ahsíya-resucitavedcomoselevanta
2: Abraza	O	estuve ensangrentándome durante 9 horas
3: Camina	O	
4: Muere	O	
5: Benjamin Haines	O	estuve ensangrentándome durante 9 horas
6: Abraza	O	al fin devolví el cordero
7: Camina	O	no pude con él
8: Muere	O	sólo al volver a cruzar las anémonas
9: X	O	sentí el terrible miedo por las cosas
OOOOOOOOOOOOOO		pequeñas por los bocadillos de anchoa

Y ES QUE ES DESASTROSO QUE NUESTRO PADRE NO SEA EL CIEGO DE LA PLAZA

y tener que aguardar la regurgitación de tardes lúbricas
soy como pájaro en llama
soy aunque a veces me parezca que todo ya ha acabado
su nr ty mo
ft nm mn lo   och, he revives. see how he...
ñl ik hy so   the man of the golden...
a ver e so   cupido enamorado
en gran asombro   manteca
rozando palios
comiendo huevos
yo así llegué
y una muchacha
salta y se agacha
y sin pensarlo me enamoré

SIN TÍTULO I

Voy convirtiéndome al pasar los años en la escoria predilecta de las grandes ciudades. Estoy ya, increíblemente cerca de la predicción de Aldo. La única esperanza que aún me sustenta es la de acabar pronto. Aunque sé que es difícil, lo intentaré. Mañana mismo.

La casa de los Prudhom aseméjase terriblemente a esas mansiones soñadas por todos los niños y que sirven de necesario marco a tanta aventura y desasosiego infantil. Posee un cuerpo central de forma cúbica; adosado a él se encuentran las dos naves. Una hace de garaje, y la otra es el taller de Mr. William Prudhom.

En los primeros días de mi estancia me estuvo prohibido entrar en el segundo departamento —es peligroso, Frank— y además Barry montó guardia de una manera casi exhaustiva ante la puerta del sagrado laboratorio. Durante el transcurso de la segunda semana pude acercarme relativamente. Después franqueé la puerta a diario. Fue mi principal refugio.

SIN TÍTULO II

No tengo conciencia exacta del tiempo perdido ni de las fantasías inacabadas; no sé tampoco a dónde me dirijo ni por qué me comporto así —si es que me comporto de alguna manera—. Realmente no tengo conocimiento de mi propia persona. Soy algo inmensurable, al menos por mí mismo.

De adelante ni hablar; ni hablar de adelante. Yerto, así yerto continué lamiendo la parafina del tiempo que se me ofreció y justo es señalarlo sonrosada y siempre ensamblada. En el año de gracia en que escribo aún respiro aromas familiares. Es notorio el sentimentalismo que

muchos me han adjudicado. Ayer, por ejemplo, la licuescencia de una caricia no familiar antojóseme riesgo inútil en cambio hoy en que madura está la fruta de las plomadas tengo patencia clara de que estoy ahorrando fuerzas. Es el entresijo de las no vidas.

Y JUNTO AL NÍVEO

ved al extranjero acomodar sus pasos
blandir despacio la epopeya de su debatir
y nunca extenuarse
ved allí en el teso deslumbrante la casa del extranjero
es blanca y destila luz
es blanca y no conoce otras manos
ese es el extranjero
nótase rápido el potaje por el tufo a deshora
y sus calamidades son las nuestras porque nosotros amamos
   al extranjero
quizás en otra época los caimanes y gaviales hubiesen
   devorado su contemplar
pero hoy la enseña bruñe en alto toda estela
hoy amanece
y las flamígeras anidan en las islas

TROQUEL EMBUDO BURIL

67 alopécicas doncellas presentaron las ofrendas rituales al
   supremo canciller
84 black-bass relampaguean dulce y atávicamente
16 amigos aman
98 son los años que
36 es un número

por eso a veces cuando el viento adormece a los pasajeros
y los aviones del cielo lanzan su carga de horror
empiezo la cuenta de las acciones 1 2 3 4 5 6 7 8 9
de esas buenas estancias y aperitivos 1 2 3 4 5 6 7 8 9
e incluso también de los primeros ratos pasados en Crimea
ensemble

FRANCIA

yo
paseante de las sombras
pienso aún
que las ventajas están en la belleza, en la juventud de los
abrazos
en la mano untada a pedazos por crema
y en la caricia de Monique

SILENTE APARIENCIA. DÚCTIL DEVANEO
[1961]

MUERTE

Decir que todos los hombres están hartos de tanto estúpido encumbrado
no es decir mucho
o quizás lo es todo
sin embargo lo digo
decir que las mariposas que caben en los ojos nunca son suficientes
no es decir mucho
o quizás lo es todo
decir que el ansia de matar sólo se puede equiparar a la de no ser incinerado a deshora
no es decir mucho
decir que ya me vengo cansando de tanta lágrima y espejo de ella
decir que la única realidad está fuera de su comprobación
decir que la única vida que he creído palpar se me escapó en sólo mirarla
decir que en diecinueve años aún no he visto el motivo de ser
decir que no es mucho lo que todo es sin embargo y lo digo
oh letanía
oh tú que sabes encumbrarte en tu nulidad
oh tú semilla del desespero
oh tú
oh

Plúmbeo
nítido y licuescente
retráctil
dúctil y bello
así consideré tangencialmente desde luego a Mr. Levin
más adelante las séptimas panochas hiciéronme variar mi aserto
comencé a notar en su bigote síntomas evidentes de queratomalacia
sus corvas no se me antojaron capaces de soportar una tracción mayor de 300 unidades Bohr
y su bombín
y su bombín adquirió desde entonces las proporciones de un vulgar muñón de carmelita
estomacal
por eso
cuando Mrs. Natalia Chamfort me introdujo en su camarín
no pude resistir ya más el bufido de los miriápodos
y engullí un tea lipton
hoy
pasadas evanescentes jornadas
pelágicas pantomimas
siéntome capaz de hacer ladrar a un mondadientes
e incluso
la televisión remedia favorablemente la gesta de Elcano
el muy marrano
y cuando caballeros andaluces consideran en mí a un enemigo de novalis
yo
estiro el glucógeno de la única náyade
y saludo
cortésmente
delicadamente
casi bruscamente
asesinado
asesinando

yo
ego

HOMENAJE A PERSE
[1961]

TONADAS ENTONADAS

lauriarogergloriainexcelsisdeocarmenladeronda
vuelan tan graciosas las suaves magnolias
las tres lesbianas o bolleras apretaron sus no almas
entrelazaron su besar y eclosión rítmica
en danza
volvieron del revés el apoltronamiento de siglos
rezumaron instantáneamente claro sáficos deleites
y así hablaron
redesma atacrit redesma atacrit redesma
y me fui a buscar nuevas y extraordinarias
   aventuras
nuevas y apetentes rosas de picardía
nuevas metabólicas doctrinas
con Pedro Provencio

SIN TÍTULO I

He hablado con Anta la de los ojos blancos
y he llorado en la cumbre del monte Lemos.
Traje las guirnaldas rociando escarcha
por la enhiesta senda que al mar baja.
Navegando bravío y tenso
el sol gime en el ocaso.

El fúnebre cortejo
la roca ha besado.
Mis ojos toman
luna y agua.
Romances
breves.
Sur.

SIN TÍTULO II

Enérvate hombre despreciable porque los querubes aplacarán tus iras
lamerán tus desdichas y acogerán las turbias manos del pordiosero amigo.

Pero si prefieres balancearte con los remolinos del nuevo día asciende
a las cimas donde sólo reina el olvido y tus pasos serán descontados.

CARTÍLAGO

Una de dos o tres o cuatro veces
camastro ensangrentado
fueron siempre las primigenias las no me olvides
y aquí entremezclado está el plexo
topacio.
Caminos enlutados
caminos proseguidos
y la mujer amplia de cuero estirado y panza colorada.
En los aleros en las acacias en las madréporas
suculentas

sólo permanezco.

SIN TÍTULO III

Supongo que aconteció en aquellos vasos aún reliquia de malvasía, entre el pasado que, y ahora lo recuerdo claramente, no podía, de hecho, ser sino de un color rosa-calabaza-siena.

Y quizá lo que más fuertemente me atraía eran los péndulos de los relojes turgentes, de los puberales no smoking.

HUNFJKOERDBMBHGJHFUTIRJFNBMHKOPÑSFERDGBVHFGTY

Aquella noche todo era resplandor bup bup aunque me pesaba el brazo derecho y las gotas sudorosas amenazaban sin embargo deseé conocer el secreto del comer eterno y de las circulaciones subterráneas y me encaminé hacia la gran pila bautismal.

Ella siempre había brillado siempre había sido fugaz estrella casi perenne bup bup puede ser que alcance con la mano todas las caricias toda belleza integral e íntegra no obstante prefiero el olor a pan caliente bup bup la hierba recién regada por aspersión y las canoas vagabundas.

Supe que no me había amado desde el comienzo bup bup desde el primer y fatuo desde ahora roce y todo fue ya banal y por ende por definición no definida innecesario y flojo como en cuerda de guitarra no tensa creo que las fábricas principales están en madrid barcelona y valencia y los trapecistas sobre ella que caen estos días a menudo y

siempre desde entonces cada vez prefiero no ver ni oír ni gustar sólo en paladeando la palabra que es gesto ya tiemblo como los primeros apareamientos alumínicos mas lunáticos de los escuerzos

Y ella encabezando coronando dominando toda extensión y reino descalza de amor y ternura sexual sólo sostenida apuntalada aguantada por hilos de marioneta grácil pero y por eso más bella creo y siempre siempre siempre siempre te amo y deseo te noto excesivamente lejana bup bup casi no recuerdo la canción creo que era así

Este trino lejano
Este trino temprano de buen ruiseñor
Es a lo mejor... a lo mejor...
dulce despertar de un nuevo hado.

Este trino lejano
etc.

Más mucho más bella como los plátanos que siempre perfuman después manos y labios y paladar como las granadas crujientes que descomponen la luz en mil miríadas espectrales así y no más a sí y no más no puedo déjame por favor te lo pido déjame sé bueno escucha esto que oyes retumbar este golpeo lejano a tronco hueco y disforme esa alocución asordinada es la selva que cual mango satinado cual durazno extranjero va y viene como los corderos trashumantes badajoz badajoz y su sexo incomparable incomparabilísimo incomparabilísimamente incomparable dulce dulzura de granadaplátanoduraznomango flor de mango y siempre cuando lejos quedaban rumores de pisada y casi espejismo de caderas flotantes aún perduran y mucho más durarán vaho caliente de paja y establo ganado bup bup al póker algo casi todo pues oye aún perduran olores a sexo inconfundible creo las mujeres escucha a las mujeres creo debiera dividírselas por su sabor y olor las viejas lo acre las maduras armario las jóvenes esa cosa extraña que queda en

el fondo uvular después de un beso perverso y largo las niñas amapola sencilla amapola del camino inodora inodora del camino sencilla amapola desde luego oye seguro de esto sí que estoy seguro las niñas huelen a amapola recién meadita por ellas claro a amapola quiero deseo una amapola grande grande bup bup grande enorme enorme bup bup enorme gigante gigante bup bup y vivir en ella en ella en ella en la sepulcral reminiscencia de la siempre roja amapola a-m-a-p-o-l-a grande grande casi inalcanzable pero posible y tropiezo con las raíces de un paseante que nunca pudo quejarse con las extremidades aéreas de un parasol abandonado con el cutis apolillado y rugoso de un sextante y así tropezado caído vencido pisoteado aplastado humillado deseando sabiendo todo ser es ya era fue será nunca no podré indeseable no resisto aquí estalla la piedra restalla el vidrio corroe salta salta bup bup bup bup bup bup no puedoooo nooo pueeeedooooo bup bup todo me cubre claustro claustrof claustrofo claustrofob claustrofobi claustrofobia

SIN TÍTULO IV

La trecera
culebrera
ratonera
del latín.

Rinconera
patatera
camorrera
del serrín.

Ernst Ludwig Kirchner
caballista circense
distorsionante brückeniano
Marsden Hartley
paisaje virgen
desnudez frígida
Expresionismo
irrealidad real
vencimiento de lo casi onírico

Es ya soy ya clímax desbordado
es ya es por siempre y ahora túmulo in vertido
in vitro nunca
in onírica apariencia
desflorando azúcar-convencionalismos
mancillas eternas
esmegmas rabinos plumas reos candelabros
y al fin poder imprecar a toda bosta y tiempo
a toda mazorca semiquebrada
y cuidado con el límite y término y tradición
esperar
no las pisoteéis aún
pronto madurarán contrapuntando transpiración y hedor social
y entonces abatiendo toda flamígera enseña
cortaremos la prudente manteca
el sedal espacioso
la luna
el sol

DE LAS CONDICIONES HUMANAS
[1962]

ESFERA: PIRUETA ETERNA

¡Que no salgan las recuas al camino y los amigos entonen alabanzas!
Fui recogiendo lluvia y mojé sus manos.
Fui imprecando sable y los hinojos cumplidos.
¡Que sean gráciles las plumas y cobardes los casquillos!
¡Oh tú que decides sexo y núbil! Abomina.
Interroga al pobre que fabrica árboles; al pobre que construye llanos; al perenne.

Y casi todo salpicó su vientre.
Y convirtióse en jerarca, un agujero entre los ojos.
Luego cuando el alabar tornóse cercano y los pequeños jeques enhebrados
sacudieron sus tartanes
adecenté rigurosamente la choza
planté dalias y crisantemos
humeé incienso
repartí cojines suaves
y el real cortejo poseyó mi morada
honrado estallando en alegría y felicidad daba pues posada al grácil magnánimo y
escuchaba su vocaleo
o a a e i e e u a
pupilas clavadas en su porte
temblando en gozo de hombres no bergantes
oh tú que ensamblas la caricia, el vaganbudear, la paciencia

héteme aquí
y juega con mis adornos que son los tuyos
y yo embelesado trazo meteoros en granito de escarcha
O A A E I E E U O
ha variado su decir
los alcoholes pujan ahora en fehaciente sordina
es inmensa-tremenda-únicamente sabio
sólo él conoce el motivo
el supremo porqué
precisamente en este momento está orinando.

SCINTILLANTE PASEO

Cautivo del pedernal y atolondrado por los magnates
recorrí las avenidas donde anida el abejaruco.
En un principio existía el verbo amar escondido tras las ferias veraniegas
y la mesa metálica primigenio subterfugio y los labios azorados.
Luego la primaveral efigie dardo envenenado con el matiz limón
y la añoranza de todos los años desbordándose.
Yo amigo de la amistad acuchillando por la espalda
y la muerte cunde ella abre sus ojos.

LA AZORA XXIX

La araña (Al-Ankabuts)

Makki: 69 aleyas

¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable!

I. Alif, Lam, Mim, Cuentan los hombres con que se les dejará que digan:
«¡Creemos!»; y ellos no serán probados.

Ven a mi cegadora espuma
presiento el germen despótico
la nebulosa devoradora
y nada espero
sólo poder acuchillar la radiante Ruzafa
pan climático
amor.

CICLO CALVINISTA
[1963-1964]

INACABADO

Ya no crecen flores donde tú hollaste
Ya no crecen pájaros donde tú habitas

Ya no se oye el latido fuerte
retumbar en la vieja madera carcomida
por tantas horas de ensueño.
Ya no ceden las ropas al compás
de tu invencible derrota y color
de sangre en aquel momento.
Ya

POR FIN LO CONSEGUÍ Y COMPRENDÍ QUE ERA UN SER TOTALMENTE MÓVIL I

y así pasaron los primeros tiempos. Y ahora contemplo las paredes, una silla amarilla, ¡el sofá!, y la botella vacía.

Recuerdos en las cubiertas de los semanarios, en la pornografía de los frascos de mentol-pirina y la belleza de la juventud; sensible Ana. Aquella temporada en la zona abierta, secreta y oscura epopeya de los grandes descubrimientos, mis brazos aún sacudían la enseña del supremo abanderado.

POR FIN LO CONSEGUÍ Y COMPRENDÍ QUE ERA UN SER TOTALMENTE MÓVIL II

Ya no ceden las ropas
y es invencible la textura de tu sangre.
Contemplo las paredes, una silla amarilla, ¡el sofá!,
la botella vacía,
las cubiertas de los semanarios,
los frascos de mentol-pirina.
Aquella temporada
en la zona abierta
mis brazos aún sacudían la enseña del supremo abanderado
mas la fría escoriación de las ideas
fue tranquila sepultando
la posibilidad de vivir en el presente.
Sí, verano.
Oh noche.

SOBRE EL VIDRIO QUIETO PERMANECE LA HORA MÁXIMA

Y la nostalgia derrumba los soportales

tiembla la rama depositada en los aledaños
y tú acaricias el humo de las miradas
trenzando la tersa tierra plena de ocres invernaderos

oh noche raza

BRILLANTE RESPLANDOR DE MI LÁMPARA DE ARCILLA
[1962-1965]

MARÍA STABLENSKA. CASADA = 5 HIJOS. 345 DURRELL AV. PLANCHADORA. 3ª categoría.

M.S. Feremtreimer. Abandona a sus cinco hijos en edad infantil cuatro de ellos huye con Jhonatan Le Roy dos meses en Marsella luego regresa a París donde es internada en la clínica neurológica de la Caridad en la habitación 97 cama 5 en la cual hoy se halla agonizante.

Albacea. Pierre Desjeans. 22 Rue Signeracq. Paris XI.

Posibles herederos según declaración oral de la encausada:
a) Manuel Sevilla Colaboración
b) Ricardo López Cofán
c) Joshua Dreiser... «Jos«
d) Francisco Ferrer Lerín

a) española nacionalizada francesa, soltera, 59 años, sin domicilio ni ocupación definida
b) español nacionalizado francés, soltero, 30 años, en relación con a)
c) se ignora su filiación
d) adjunto documentos

En las hojas numeradas con las cifras del 2 al 14 se da cuenta de la versión de los hechos tal como sucedieron realmente los días 4, 5, 6, y 7 del mes de noviembre de 1962 en esta ciudad de Barcelona en los llamados «café Cosmos», «cafetería Panams» y «salón Bwana».

Esta relación de hechos fue certificada ante el juzgado de primera instancia nº 9 de esta ciudad de Barcelona, en fecha del 3 de enero de 1963 ante el juez interino Francisco Torralba Lucas y a su vez testificada como válida por los testigos cuyas filiaciones también adjunto.

Además y como rúbrica de lo anterior y numerado con las cifras 15 y 16 se incluyen las pruebas notariales que avalan la legitimidad de la firma y rúbrica.

FAUVES

La escena se abre en un amasijo de rocas. La estancia es cúbica: paredes laterales adornadas por cortinajes azul cielo; techo rojo de ropa acolchada con crespones rosados; el tabique de fondo está ocupado casi totalmente por un ventanal que permanecerá siempre abierto; hay dos sillones a cada lado y un sofá enorme adosado al ventanal de fondo; no hay puertas y la luz crepuscular parece venir del exterior.

La luz, que ha ido aumentando sin llegar a ser suficiente, permite ver las figuras estáticas de dos hombres sentados en los sillones. Comienza a sonar una dulce música y por el firmamento cruzan ángeles tañedores.

Hombre del sillón Derecho = Barbarie suenan restos aaaaaaaaa.
HI = Es curioso preguntar a los dioses y ser respondido.
HD = Destruir claman azadaaaaaaaaa.
HI = Desde luego no sé aún cómo resistiremos la prueba.
HD = Azota y quema oh Tánar.
HI = Claude por ejemplo no se ha repuesto todavía y eso que es muy fuerte.
HD = Tanque dragamina ametralladora bombardero

bazooca destructor.

HI = Si viniese alguien esta noche podríamos jugar al póker.

PASTORALE

La historia que me intentan relatar comienza con una huida por el prado con la coloración marrón-rojiza de las paredes y el gris de los encofrados. Hay además una esplendorosa vitalidad con un deseo vehemente de hacer bien las cosas y abrazar a la mujer que amo. En esto aparece la señal de que los demás también desean participar; los niños comen bananas y saludan retrocediendo; sonríe el hombre sudamericano; qué violencia en las alas; corro y sin tropiezos aparentes llego a la cumbre, qué año.

Mi lugar en esta vida es el que uno se construye, en los palacios o en los corredores del monasterio; la posibilidad de bailar durante horas y preparar al mismo tiempo una oración para asombro de los jinetes; las galopadas con el viento tibio hinchiéndome las faldas; la farsa diaria en las postrimerías de la época; y finalmente la perversa noche en la leprosería.

Se me acusa de necio pero nadie conoce el dolor de mis manos al romper la prueba. Ahora desde la glorieta diviso a los invitados, diríase que permanecen inmóviles pese a la velocidad de los caballos. Hay una claridad de verano en esta tarde última. Tomo asiento; lentamente recojo mis ropas y crujen como antaño debieron de crujir en estos lugares los huesos de los ajusticiados.

MIS NOMBRES DOBLES

ahora espero algo más ante la evidencia de la respuesta ayer recibida no sé quizá una sonrisa o una mirada o a lo mejor y esto sería maravilloso un roce aparentemente involuntario

estoy en el cuarto de los armarios sentado y con las manos temblorosas apoyadas en la mesa de planchar atento a cualquier ruido o movimiento de las sombras que aparecen dibujadas frente a mí

qué dureza en su carne de hembra en celo y qué color blanco y rosado en los lugares que yo particularmente deseo y allí en el momento en que entra en la habitación y yo la sigo silencioso sin poder respirar cabizbajo asustado y deja la puerta entornada y nerviosamente miro

me sobresalto cuando aparece y sus labios brillando al resplandor de la tarde articulan ayer miraste y yo no sé qué decir y cuando su mano regordeta acaricia mi cuello y así de pronto impulsado me abrazo a sus caderas hundiendo mi cabeza entre sus senos tibios envuelto todo ello por un delantal que hiede a lejía y aceite mi primer amor

SIN TÍTULO

Habla del difícil cometido allá en las perdidas
aulas.
Habla también del porvenir —o las pocas
esperanzas—.
Mi extraña compañera tiene las manos de Kafka.
¡Y la búsqueda de Dios!
Bergman tiene la palabra.

EMBROLLO

Qué canción prefieres —me dijo mi hermana,
mordiendo risueña una roja manzana.
Quizá —insistióme— desearas algo
que a tu bajo vientre convirtiera en galgo.

Yo al ver sus manejos de experta ramera
no pude impedir que mi pene ardiera
y temblando entero ante su actuación
llegóme al momento la eyaculación.

En la carretera junto a los rosales
un pastor enjuto llora funerales.

DESPROPORCIÓN APARENTE NÚBIL PASATIEMPO

La calle está repleta de amarillentas especies,
y yo no tengo tiempo de anotarlas en mi retina
   amalgamada.
Una pequeña rubia de bordes naranja trota al compás de los
   viejos büeyes,
es lechuga de mastodontes olvidados;
aunque seguramente es amada por un soldado con bigote.
Tengo motivo para quejarme
porque no es justo lo que me sucede;
Henry, por ejemplo, hubiera sabido desprender su velo
   cranachiano,
e incluso le podrían haber pedido un autógrafo...

TRES POEMAS

En la senda oscura la torva pantera
espera hechicera la presa animal
que en breve tortura su loca carrera
lacera agorera de un golpe brutal.

En gayo teso de nichos poblado
camina mudo el negro morlaco
la grísea tarde le presta nublado
sus brazos halan llenándose el saco.

En la humilde faz amarillenta
tras la angosta rúa polvorienta
que acrecienta mi ritmo vascular.
Cuando gime la anciana en el hogar
en la noche fría y soñolienta.
Lejana y escondida, voluble y balear.

TAMBIÉN ME COMPRARÁS UNA CORONA
[1966]

MARDI

se escapan las letras
¡qué locas!

 Gunter & Brígida
esperan un hijo
  y a

medi jeron om b re paraq
ue usas gafa syy ole sdij e
quen os epreocupa ra n

 Post
 En noviem
 erb
  mi herman
 a
contrae matrimonio con un

 BANQUERO$
 suizo

 y y o e s p r o
 E
c o m e r muc h a c a r
 n e d e v a c a

N´es, º ‘ £ ? wer Bb/45)
½ «/()&_¿?!ˆ
123456789

White Whore

NOSTRADAMUS

ÑANDÚ

en el
hombro derecho
tengo un dedo
pintado
de verde
que mi amiga Margie
adora.

Siempre
que me preguntan
por ti
respondo
el avión gruñe en la madrugada
y así van las cosas
mon vieux.

En fin que todo esto
me produce
terrible
cansancio
y yo ya no tengo
edad para juergas
y champagne
rubio.

Limosnas eso digo.

Mondrian me aburre soberanamente —acaso prefieres a Klee, ni que decir tiene que sí—.
Muy bueno el cuento de la orquesta sorda te prometo que saldrá en Mentor muy pronto tonto.

Adivina hijo adivina que yo de tanto explicar estoy como gallina exprimida que de no volar rechina

Bueno ahí va eso

> *La rosa de Ginés llora al revés*
>
> Telúrico en la vaina del guisante y l'école du regard nacía por aquel entonces y yo anduve gritando gritando hasta que Robbe hubo consumado la pasión por las olas indudablemente encrespadas y tú me hablabas de Ernst y sus torceduras niponas con la fruta no se debe jugar hasta pronto nos dijo Harry y todos sabíamos que no que no lo volveríamos a ver fue un golpe para Ana con sus tonterías sobre la influencia de Platón en no sé dónde y en no sé quién hizo que nos cansáramos voy voy con el poy poy hay hay con el bigay

Es innoble por tu parte no responder a la llamada de la crítica. Deberías volver a París y dar una conferencia en Seurat para que se viera lo mucho que vales y acallar esas cosas sobre la paternidad de tus escritos que por otra parte nadie cree pero están estropeando tu plan.

De veras ve con cuidado con los de la orilla izquierda que se las saben todas y si hoy te apoyan es para hacerte hablar mañana frente a los gordos y descalabrarte.

Bueno tahúr abur
Velilla

DUALACTÓN [1962-1966]

RECIBO LA DE VUESTRA MORTANDAD

Recibo la de vuestra mortandad, y aunque no le he merecido que me diga de su salud, por acá se sabe que, si no está bueno, ha mucho a lo menos que no le duele nada.

Mi queja con vuestra merced, señor astrólogo, es haber visto el desprecio con que trata y carga la mano a los pobres médicos, además de la común desdicha que padecen en el mundo.

De vuestra merced su íntimo apasionado.

Carter.

[1966]

AMIGO FURLAN

Aquí con los peces de nuevo e irisadas las guedejas como bien me dices en tu mano noto el pergeño de tamañas fortunas créeme lo siento, leerte y pude cerciorarme en tus versos la púrpura inmensa risas a todo pasto en las cimas hermosas damas, ese Lucio cambia constantemente de posición con sus uñas de viejo piano húmedas las paredes del cielo con la vecina que tú tan bien conoces en la sedería lo recuerdas amigo qué tiempos cuando pudimos por fin

abrir el túnel la estúpida de Carmela puso el grito en el cielo y otras veces las paredes del cielo tú lo sabes baca en ese descapotable en el fondo de todas las desesperaciones siempre hay lo mismo de acuerdo tú ganas como siempre en el fondo todo siempre es lo mismo las mismas caras las mismas sonrisas las mismas alabanzas en tus oídos cansados de todo eso eh Furlan despierta visto Grau puaf adelante en esa calamidad colectiva de acuerdo otra vez ganas qué tal lo mío de verdad no me engañes mira que si me engañas yo me enteraré picarón estoy harto de la filosofía de las gentes de las gentes y de su estúpida filosofía mecenazgo de cosas impuras y la claridad del cielo con sus paredes qué asco, actualmente mi pasatiempo favorito es vagabundear por las calles aunque también hago escapadas risi al campo y me arrastro por tanta verdad en ti confío en ti pienso oh amor mío ludibrio es una palabra estúpida y estúpida es una palabra estúpida

[1965]

ACADEMIA DE SOLDADOS

Para evitar en lo posible el contagio sexual conviene saber que las mujeres que se entregan a la prostitución clandestina son más peligrosas todavía que las empadronadas en tal vil tráfico, siendo particularmente sospechosas las de menos años, las camareras de cafés cantantes y otros establecimientos análogos, las concurrentes a ciertas fiestas y bailes, y, sobre todo, aquellas que rondan con frecuencia por los cuarteles y procuran ocultar su domicilio.

En dichas mujeres es señal indudable de venéreo o de sífilis la menor erupción, mancha o grano, el tener la voz ronca y el presentar grietas en los labios o tumores en el cuello.

Se habilitará en los cuarteles un pequeño local, que convendrá esté adjunto al cuarto de reconocimiento facultativo, donde se hallarán los medicamentos antisépticos y los utensilios necesarios para que los individuos que se hayan expuesto al contagio puedan hacer uso de ellos bajo la vigilancia del practicante de servicio. Estos medicamentos serán: una pomada, compuesta de 10 partes de calomelanos y 20 de lanolina, y una solución de permanganato potásico al 1 por 5.000 que, para mayor eficacia, debe usarse siempre templada.

POEMA DE SEFERIS CON TRES VERSOS INCOMPLETOS POR ROTURA DE LA CUARTILLA

Fumo sin parar esta mañana.
Si me detengo, van a rodearme la
con sus espinas, sus pétalos sue
Crecen de lado, todas con el mismo
Miran, espían a alguien. Nadie pasa.
A través del humo de mi pipa, las observo
en su tallo que se aburre sin aroma.

En la otra vida, me decía una mujer: puedes tocarme la
mano,
me la puedes coger,
ahora o más tarde, cuando quieras.

Sin dejar de fumar, bajo las escaleras
y las rosas bajan conmigo, exasperadas.
En su actitud hay algo de esa voz raíz de alarido
cuando el hombre empieza a gritar «¡Madre!«
o «¡Socorro!», o esos grititos roncos del amor.

En un jardincito lleno de rosas,
unos metros cuadrados que descienden conmigo
mientras que, sin cielo, bajo los escalones.

Y su tía le decía: «Antígona, olvidaste hoy la gimnasia.
En mi tiempo no llevábamos corsé a tu edad».
Su tía era cuerpo triste con venas muy salientes
con muchas arrugas en las sienes y nariz moribunda,
pero todas sus palabras rebosaban sensatez.
Un día la vi tocar los senos de Antígona
como un niño que roba una manzana.

CITAS

Vea si persigue el mapa de los caminos
ANIBAL M. MACHADO

La pluie seule est divine ANDRÉ BRETON

Laura fue quien alabó más dulce y ardientemente la excelencia de esos cuidados, besándola muy alborozada en las mejillas y en la garganta, que era su beso predilecto.
GABRIEL MIRÓ

Sabes lo que yo te quiero;
tú sabes cómo me encanta
tu boca..., pero prefiero
los besos en la garganta.

Yo amo tus pomposas pomas
y el olor de tu cabello,
mas, prefiero los aromas
enervantes de tu cuello.

EMILIO CARRÈRE

MUERTE DE CABALLOS EN ARENIS

Arenis. Descripción de la ciudad.
El estruendo de la manada.
El temor.
Pasan los caballos.
Primeras muertes.

[1966]

ESTÉTICA POPULAR

Es conocida la frase de Wilde sobre lo que el vulgo entiende por belleza y que él equipara a lo que es realmente fealdad. De ahí la necesidad de poner límites a la estética del pueblo, que a menudo no es otra que la de las clases cultivadas con una diferencia de espacio y tiempo. Uno se pregunta a veces si el comportamiento de la gente humilde es algo acorde con su idiosincrasia o es que sólo lo hacen para molestar.

[1964]

COJO

A los quince años me llamaban «el Torero» porque lucía un andar sensacional, lleno de hombría y garbo. Quedaba por encima de la turbamulta de señores bajitos que merodeaban por las calles; y era eso —sentirme diferente a la inmensa mayoría—, lo que ayudaba a mi ego, ya de sí muy chulo, a reflejarse en mis maneras y de este modo atolondrar a mis coetáneos. ¡Qué gran etapa!

Bordeando los diecisiete cogí la fea costumbre de tener siempre a media altura y encogido el brazo derecho: el húmero pegado al cuerpo mientras el antebrazo pendía de un hilo atado a la muñeca y que dejaba la mano medio pocha. Ello enturbió mi fama de bien hecho, pero como conservaba aún el garbo en cintura y piernas se me perdonó el defecto y no bajó mi cotización en guateques y salidas campestres.

Fue a los deiciocho, teniendo ya el brazo francamente mejorado, cuando una súbita crisis me convirtió en una criatura desazonada. Perdí el control de mi prestancia y me abandonó la fuerza que me ayudaba a mantenerme siempre en franca superioridad. Perdí la seguridad en mí mismo, no sabía cómo saludar a la gente, no tenía nunca la risa apropiada e incluso perdí el gesto vigoroso con que de siempre me limpiaba las gafas con el pañuelo incólume y encendía cigarrillos a las damas. Noté además que no sabía firmar: se me agarrotaba la mano y no acertaba a estampar dos firmas iguales. Todo ello debía de redundar en algo que constituía hasta la fecha mi motivo más lógico de orgullo: el andar. De golpe, al salir a la calle y tener que enfrentarme a las primeras miradas y saludos, noté que no sabía andar, que de la cintura hacia abajo no tenía control sobre mi cuerpo; entiéndase yo podía mover las piernas como quisiera y no necesitaba ordenarles que al caminar un pie va después de otro, pero lo que fallaba era el estilo. Al darme cuenta de lo que sucedía me detuve rápidamente y haciendo ver que me interesaba por las camisas de alta fantasía que lucían en los escaparates de una tienda de lujo, me dispuse a analizar la situación: creí en un principio que no era más que una tontería y para probarlo me dirigí al escaparate siguiente, intentando aparentar una absoluta normalidad: di un tremendo traspié y de no ser por un empleado de banca, hubiera rodado por el suelo: la cosa era grave.

[1962]

SIN TITULO
[1968-1970]

THE CASTETILLO'S SONG

En el Castetillo conocí a Membrillo,
un chico amarillo de gran corazón;
me habló de su hermana, fogosa romana,
de cara de rana y culo bailón.

En el Castetillo conocí a Membrillo,
etc.
«
«
«

UNE FILLE SANS COMPLEXES

Después de todo pudiera ser que tuvieras razón. Siglos enteros meditando sobre nuestra condición y llegas tú, sentada en la pequeña butaca forrada de cretona, y zas nos dejas con la palabra helada en la boca. Así, al llegar al Edificio Central y preguntar por Luis todos se giran. Triste es mi panorama. Acudo a la galería de arte de la calle Veinte y busco entre los espejos, entre el sofá circular y la consola del rincón, entre los viejos libros de Renoir y Matisse, la sombra que dejaste y el ruido de tus medias oscuras. Realmente te he perdido.

SIN TÍTULO I

La energía cristalina
que navega en tu lomo de azafrán.
La nostalgia campesina
que devienen tus caricias al rezar.
Esos bucles de duquesa
que me traban las palabras al hablar.
La arrogancia peregrina
que componen tus delicias al bailar.
La atonía femenina
que estratega yo descubro en tu ademán.
Eso es parte de tu encanto
señalado ya de forma secular
en los viajes soñolientos
de Don Pedro Villalobos y Aralar.

ANA

Si dejar el camino,
si perderme y encontrar la escalera de caracol
que me lleva a la alcoba de tu alma,
si errar por las saetas y vivir
en la entrañable fiesta de tu regocijo,
si saberme válido para tu ternura escondida,
si llegar con la ropa jadeante
a la rueda que lleva al perdido vïaje
y dormir bajo la frágil luz de tus cabellos;
si eso es amor,
si así lo llama la voz del mástil donde reposa el ave;
entonces,
tendré que olvidar la hacienda y partir,
con las manos heridas por el vendaval,
hacia el sonido de la palabra.

SIN TÍTULO II

En la hora en que defecan
los monjes junto a las tapias
y las ranas suicidas
se columpian en las ramas.

En la hora en que comienzan
las canciones coloradas
de los niños traicioneros
que se ocultan en las sábanas.

En la hora sanguinaria
de las fúnebres campanas
que se hunden en los senos
de las blancas carnes blandas.

CREACIÓN [1961-1975]

MIRÓN

Un mirón mira a través de una persiana. Mira a una mujer que se halla en una habitación cuya ventana queda cerrada por una persiana. De persiana a persiana. Cuando lleva varios meses mirando a la mujer descubre que la mujer le mira. También ella es un mirón. El problema del narrador es hacer absolutamente comprensible su narración. Aparatos ópticos: prismáticos, catalejo con trípode. El lugar de trabajo del mirón: vivienda sin muebles, excepto una cama y las sillas tras las ventanas; oscuridad y temperatura adecuadas. El mirón va desnudo.

[1972]

EMMA MOURY

Emma Moury
¡Oh, Emma Moury!
Llevas plomo en las nalgas

[1966]

SIN TÍTULO I

Don Juan Manuel, como dice Blecua, insiste «de nuevo en su decoro literario» y a continuación, movido por un evidente sentido de la propiedad, relaciona sus obras.

[1967]

SIN TÍTULO II

Supongamos que la realidad aparece siempre bajo el aspecto de fantasía histórica. Es decir que la lucha entre los valores del ser y el querer-ser se resuelve siempre en tablas. Un universo con estas características es un universo banal, un universo de antípodas.

Hay cinco porciones en la superficie que predisponen a un enfrentamiento agotador. Estas porciones son laxas, inmediatas y de fácil hallazgo. Las combinaciones no se nombran y una total utilización predispone al caos.

En Méjico en 1948 un hombre de ingenio, con una tenaz voluntad, concluye un viejo proyecto: delimitar el escenario de las luchas mantenidas durante más de diez siglos entre la tribu tumathlán y la tribu tlicolhco. El escenario es un valle de singulares dimensiones. La cabecera del río dista de su confluencia casi 100 kilómetros. La cabecera se halla a 5600 metros de altitud y la confluencia a 400. El río está flanqueado por numerosas colinas que enmarcan, a su vez, los incontables subafluentes. El paisaje es estepario con tupidas manchas de vegetación en las hondonadas próximas a la glera.

[1971]

SIN TÍTULO III

Conocí a Drácula en mil novecientos cincuenta y dos. Ambos montábamos veloces caballos y emprendíamos un largo viaje por las tierras rojas y sedientas de Estrecho Quinto. Nuestras metas eran aparentemente dispares. Drácula escogía aquellos parajes por la semejanza del terreno con su fisiología. Yo, Bárbara Blomberg, dejaba a Doña Blanca, a Don Patricio, al fino elenco que aplaudía mis arpegios y me lanzaba a la aventura deseando olvidar en el frenesí del galope cierta pasión inconfesada. Pero el azar juega malas pasadas y opuestas trayectorias confluyen. La noche del tres al cuatro de octubre pedí albergue en el contumaz castillo de Montearagón. Deseaba pasarla en la erecta fortaleza que domina el valle. Drácula deseaba lo mismo.

[1972]

SIN TÍTULO IV

El 11 de diciembre se firmó un contrato en Madrid entre EXAGASA y ROUSMANN IBÉRICA por el que esta última se comprometía en el plazo de cinco meses a sanear la laguna eliminando el agua y desalinizando el terreno. Se fijó el 10 de enero como fecha en que comenzarían las obras aunque la preparación de las mismas —traslado de maquinaria, construcción de barracones, contratación de personal, etc. — se iniciara en la primera semana del mes.

El pueblo de Gallocanta esperaba expectante el inicio de las obras que iban a acabar con la secular pobreza de la zona. EXAGASA adquirió el edificio donde había instalado sus locales y habilitó rápidamente una planta del mismo para vivienda de sus dos ingenieros y otra para dispensario y departamento técnico y de contratación. La planta baja quedó para oficinas generales.

El 2 de enero de 1975 llegó a Gallocanta una furgoneta

Citroën de ROUSMANN IBÉRICA en la que viajaban un conductor y un encargado de personal. Aquel mismo día en las dependencias de EXAGASA fueron contratados diez hombres en calidad de peones para el tiempo que durara la obra. El 4 de enero llegó un camión-grúa THÜRER y dos camiones tráiler GMC que transportaban parte de los grandes tubos de hormigón reforzado que iban a utilizarse para el drenaje. En ellos viajaban un total de seis hombres. Puestos de acuerdo con el ayuntamiento se decidió convertir la plaza de Joaquín Costa en almacén al aire libre para los materiales que fueran llegando. El camión-grúa se situó al lado del primer camión y se inició la descarga del primer tráiler. El gruista, asesorado por su compañero, iba dirigiendo diestramente su máquina. Los dos ayudantes de los conductores de los camiones se encargaban de colocar las mordazas alrededor de los tubos y seis peones los calzaban cuando eran depositados en tierra. Los otros cuatro peones mantenían a raya al numerosísimo público que observaba la operación.

El primer camión descargado, pasó el segundo a ocupar su puesto y al realizar la maniobra se enganchó a un saliente de la grúa una barra de hierro de la caja del tráiler, abriéndose este lateral y violentamente cayendo la totalidad de tubos sobre los obreros que se hallaban a su lado. El pueblo entero se lanzó en ayuda de los accidentados. Para algunos fue inútil. El ayudante del gruista, los dos ayudantes de los conductores y tres peones murieron en el acto. Dos peones más fueron alcanzados aunque uno de ellos no recibió heridas de gravedad; al otro, trasladado urgentemente a Zaragoza, se le amputaron ambas piernas y se le apreció una lesión muy grave en el cráneo por la que perdería la vista y el habla.

[1975]

11 de Marzo. Me han ocurrido dos cosas. Visité a tío Ivo en su caserón de primavera. Y conocí un nuevo parque.

Simplemente, tras veinte años de vida apacible con un comportamiento huidizo casi tímido, me vi encaminado a la residencia de un pariente sin otra intención que visitarle, casi un cumplido. La finca, enteramente rodeada de un muro ruinoso, apartada de la ciudad, se halla en la parte más alta del cinturón de colinas que la circundan. Tras ella se desmoronan las vertientes traseras y numerosos arroyos se entrecruzan y convierten aquel sector del valle en una zona selvática y pantanosa.

Ahora empujo la puerta y otra vez el olor vuelve a sorprenderme. Es una atmósfera densa, cargada de un aroma rancio pero agradable, tamizada de una luz ocre, con una templada sensación de lugar antiguo. No hay muebles excepto el banco en que deposito el abrigo y una latente desconfianza en el ambiente. Empiezo a recorrer el zaguán y sin darme cuenta camino con la cabeza agachada, recogidos los brazos y a leves pasos. Y ahora la sombra en la escalera blanca: ya han notado mi llegada.

Greta me conduce al mirador. El viento golpea mi rostro al tiempo que el sol, que se hunde, desvanece aún más la figura de mi tío encajado en la silla. ¿Para qué he venido? Creí al principio que me estaba mirando pero al acercarme descubro que está de espaldas. No me ha oído. ¿Es él? ¡Leroy Trucco! Sin duda ha vuelto. Su obra más ambiciosa. La contempla extasiado. La más esplendorosa de sus avenidas. Un parque de macetas gigantes y pinos enanos. Mas tío Ivo no debió de hacer frente a las abultadas facturas. Y Leroy Trucco se cobró con su vida.

[1963]

JUNIO ES LA PRIMAVERA

Mentían los ademanes y la Tierra
quebrada en la pierna soltaba el freno de huerto.

Marcabas el sobresalto dulce amiga costeada
la franquicia del influjo por la rasa
cabeza de aguardiente.

Quiso darme la mano de nácar y señalando
como hacías entonces me vendó la posterior
triste quimera festejada pagué de nuevo la ristra
con ellos nació la adivinanza.

Vemos
como en las historias pobres
la sal de tus labios
la playa perdida
los ojos del pozo
regresemos a su lado
otra vez recogidos
mentimos con los ademanes
quebramos y marcamos la débil ristra montada
montada quiero ver mis brazos pender
lisos y amontonados
quebrados y marcados con
fuego a fuego palabra
de influjo
y mediterráneo influjo.

[1964]

OREILLES DE RADEAUX. THEM

Narisol marisol Django Reinhardt.
Brazos gruesos en la tormenta arrugada
pero henchida cara cartón en la perdida

espesura sobre los chatos minaretes.

Dejas la peluda espalda prendida en el beige
cadáver de lujo abarcando el rincón embarrado
las chancletas académicas rompen la bandeja
no hay canto ahora para alegrar el tren
rápido y enfermo de los fríos veranos.

Resulta difícil mesurarte
arriba se amontonan los años juveniles
y hay como un arranque de infancia partido
naciendo de la cintura
hacia abajo
cuando caen tus piernas inhallables
ocultas en los agujeros del infierno.

Totalmente erróneo
desbocado y querido es tu abrazo en la tarde
con mi alma de santo.

[1964]

MR. WEST

Comienzo en el fin de la tarde como las gafas autógrafas
me dan asco
y en el no de la tarde que viene hacia mí
mi silencio
y arde la extremidad del rostro
y el dedo pulgar que grita suavemente
los árboles abetos
el declive gris
la niebla gris
hace mucho frío con las guitarras hervidas rascando el
papel

miel polvo miel
para ti y para todos los que tragan abundante saliva bajo el fuego
autobuses que arrancan
paso militar
adoro la calle
y la mano
el orden militar en el autobús rojo
pues sí estoy en las piernas de la calle
que conocemos
por haber bailado tanto
los gritos de tinta
papagayos en la sombra de las fábricas que amo
apoyadas en el fósforo
se ahoga el turco
el coro irlanda
libélulas de arroz
dios cuánto negro.

[1961]

VERSIONES [1966-1989]

DESTINOS QUE SE CRUZAN

Destinos que se cruzan los de Crúguer Polentos —pintor, hombre de bien, enamorado— y Margó Venegas —abogada, mujeraraña, peligro inmenso—. Allá por 1983, opositando a juez, una sombra, una cabezahuevo, aparece en las paredes del caserón jaqués donde empollaba. Crúguer era la sombra, una llamada al arte, y una realidad, al fin, junto a Begoña Sabio, en el Villalar de sus recuerdos.

El guerrero, el vigía, los helenos, cabalgando sobre un ruido de motores; imaginemos el amor infernal de la pareja: Margó fagocitando al interfecto y una palabrería ruda, casi brutal —«engrana», «vulcaniza«—. La obra final, magno tríptico ecuestre, es destruida en parte por la fiera; sabiamente consigue así que las cuernas prefiguren una fecha mágica (5-7-55). Polentos muere en Ponzano, fláccido, huido, en la noche nueva.

[1989]

SIN TÍTULO I

está el vientre de Jeannette
por encima de tus elucubraciones viejo ridícu
lo y además es por ella por quien vivo en ar
lés

cabalmente
eres un buen tipo aunque adoleces de ciertos
   defecto
s en ruán también hay horquillas
y lo digo por tu bicicleta

Velilla

[1966]

A MI CHARLOTA RAMPLIN

Rubia
por el filo de tus chaquetas corre un aire de
   membrillo
hipotenusa
mármol de Carrara.
Sé que desayunas en el lecho
puñal de oro
orquídea ignota
desparramando tu mirada por los escenarios.
Ángel
caballo
castras las colmenas y las llagas del amor
arengas la tropa
gacela
estás de pie entre los astros.
Una noche
perro alano
tocinillo de cielo
te vi bailar sobre las llamas con tus bragas blancas
virgen desnuda
cristo
escupiendo sangre ante el atleta.

[1974]

SIN TÍTULO II

pabloruizpicasso senil demente
junto al infinito árbol del delirio
abres los brazos a inmundas calamidades
y el corazón de cuerda metálica
resuena en la sala de máquinas
tampoco conozco el color del viento
pero sí en cambio sus pisadas

[1966]

ANÁLISIS
[1972]

ANÁLISIS

el automóvil gris está lleno de tortugas, grandes y medianas tortugas que hacen reír al respetable

en un principio dudé del resultado, ahora la cosa estaba clara, lo conveniente era aligerar la ropa de las cupletistas y lo demás se daba por añadidura, las balaustradas eran indiferentes y el horario podía cambiarse

bueno, los hechos eran estos, un hombre con aspecto de pertenecer a la mafia con una oreja atravesada por un aro de oro y una gran energía en los brazos era engañado por su esposa marta loverdos de altimira en las noches que sucedían al drama, éste consistía en un fraude horrible perpetrado por león de montesquieu en la persona de su egregio abuelo el barón gomante, la historia de atrevido contexto arranca en un bosquecito de las ardenas donde poseen un palacete los personajes hay unos pinos desmadejados en primer término y unos perros de pastor atraviesan el camino se oyen búhos y margie se sienta en el proscenio, luego al reconsiderar la obra hice variar algunos detalles y decidí que debía haber más énfasis en las manos del preboste

estoy en londres año 1967 me duelen los ojos hablamos del problema y las rubias me sonríen aún soy joven, me lleva a su casa que normalmente es isabelina también finge llamarse greta y prepara un mediocre combinado de pera el proceso es el de siempre se asoma al ventanal y me habla de su madre luego levantándose la falda me enseña una cicatriz de cuando los kurdos ceceando deliciosamente saca

los helados esconde el cuadro de su madre y baila al compás de patty stephen ya he caído al suelo por el calor y el olor putrefacto que despide el gato muerto greta intenta rodearme con sus labios oigo el mar el mar y el océano pacífico cuando jonás y la ballena y los plazos de la cinta magnetofónica dios qué desastre

no siempre es así yo sé que hay cosas serias incluso en una ciudad como esta saco las entradas para la representación y me acompaña una chica hasta la fila dos la butaca es incómoda y ella espera la propina no sé cómo diablos explicarle en mi pobre inglés que no tengo cambio y le arreo una tremenda patada en la boca

… LA HISTORIA DE RUTH!
AQUÍ SE INVOLUCRA LA HISTORIA DE LOS MOABITAS

Podríamos, en un principio, llamar al protagonista de tu historia con un nombre sonoro: Joker, por ejemplo. Los decorados que la enmarcan son a mi modo de ver indiferentes. También, el hecho casuístico de la paternidad de la obra escapa, pese a algunas reticencias, a una necesidad insoslayable. Queda solamente, pues, una condición válida: su argumento; es decir: la historia de Ruth.

Veo, en la trastienda de tu establecimiento, una hilera de torcidos aguardando la hora en que Carlos los repartirá por el pueblo. No amo especialmente los dulces de fruta; mándame, no obstante, una docena para los niños.

Anota ahora este pensamiento: «Toute l’eau de la mer ne suffirait pas à laver une tache de sang intellectuelle». Habló Isidore Ducasse, conde de Lautréamont.

En prefacio cumple siempre una presentación, un inexorable lugar común que tranquiliza a los lectores. Apoyándome en eso, légote un conato de epigrama, hábil para cualquier obra tuya o casi tuya. Este es: Quisiera narrar una historia bella, pero la ebriedad aparente del que

me lee, me obliga a subsanar su miopía otorgándoles un simiesco ripio. Gracias de antemano.

REPOSICIÓN DE UNA OBRA

Acto único. La casa verde de Doroty Feshing. Primavera y noche cerrada. Música incierta. Acúmulo de gente henchida de gozo por la celebración. Gran perro de plata sobre la chimenea apagada.

PERSONAJE IMPORTANTE (*adelantándose hacia mí*):
Te conozco y sé que en tus hombros está marcada la forma aguda de los senos que yo he visto preparar celosamente.

PERSONAJE SECUNDARIO:
Hubiera asegurado que tus ojos brillaban al ingerir la dorada carne de mujer.

PERSONAJE IMPORTANTE:
Háblame de ella. Haz un análisis de sus movimientos, de sus olvidos y sobre todo de sus quejidos últimos.

PERSONAJE SECUNDARIO:
Sí, hazlo.

YO (*con parsimonia*):
Hay un tono impertinente en toda esta obra. Los personajes resultan incontrolables; se evaden del escenario y desaparecen incluso de la sala —ayer concretamente, encontré a uno en mi cama. (*Silencio.*) (*Sentándome*). Mi vida transcurrió dichosa hasta que las armas —entiéndase bien, las armas— me obligaron a matar a un simple empleado de mi fábrica de muebles. Ello produjo en mi espíritu una sensación de liberación, que vuestros profesores ya os habrán

explicado. Así, en mi cadena de crímenes, llegué a la necesidad de ingerir a mis víctimas; en parte por placer culinario, y en parte para fortalecer mi coartada. Así, en el día de hoy, os he llamado para devorar reunidos a mi póstuma presa. Porque yo morí en sus brazos, y sólo aparezco como personaje.

NO ERAN TIEMPOS DE ARTISTAS
[1969-1972]

Déjenme ver si puedo describirla: yo tenía
unos ojos rajados, unas trenzas de cobre, un bigote
miope, unos senos tremendos y la barbilla rala
de los filibusteros. No eran tiempos de artistas.

HEBERTO PADILLA

¡Adiós, hermanos! Erais buenos marineros. Jamás mejores
embridaron con gritos salvajes la ondulante tela
de un pesado trinquete ni, balanceados en la arboladura,
perdidos en la noche, contestaron mejor, alarido por
alarido, al asalto de un temporal del Oeste

EL NEGRO DEL NARCISSUS, JOSEPH CONRAD

Bizarro fue una especie de mi sombra materializada...
Si sabes a dónde va mi sombra después de que se oculte
el sol sabrás a dónde fue Bizarro

LOS DOS SUPERMÁN, WAYNE BORING

EL MAR I

Parece caro el mar en esta guerra de opiniones.
Tan caro como la voluntad de gozar y la
sonrisa de los que perdimos.
Mi vista es impaciente y busca,

en la hora interna,
un proyectil que incrustado en las aguas
no pudo ser extraído entonces
por la tropa de geólogos.
(La verdad es que he ido poco
hasta el mar.) A menudo me llegaba
al páramo, al robledal rozado,
y creía descubrir la salina ola,
el oro increíble.
Quizá debieron marcarme bien el camino.
Decir dónde debía apoyar el hombro y la fuerza
exacta para evitar ser incluido.
Es un largo recorrido de aquí al mar.
Precisas conocer la alfarería y la euritmia
de tanto impulso. Separar con la criba
lo que puedo y lo que debo y al fin,
con la capa pluvial o la bota de paseo,
se alcanza el mar. Mas ya se es viejo.
Y no se abarca.

EL MAR II

Vasto es el mar y vasta es la mirada.
Horas de ocaso hasta el fin del paisaje
que nace en el camino como nace la luz.
Aquí me hallan la mañana y el fuego:
armas disparadas y escolta sombría.
Quedo como símbolo de un raro empeño
derribado y necio.

Habladme ahora del mar, de la ola salvaje
que en mis brazos inunda el horizonte.
Dadme afluentes que horaden mi piel;
satisfacción inútil, avatar festivo.
Necesito erosión, barrenar mi figura

terminando el difícil suceso de hombre,
la fugaz parodia.

Qué distancia entre el triunfo y las aguas.
El rumor de las tórtolas en la olmeda
y la soledad del alma en el regreso.
Esta es la señal de la última escala:
apertura de trayectos en la bahía,
saludos sofocados en las encrucijadas
y la sombra en el panel de la plaza.
Lejos va el mar y nos trae su presencia.

ANTIPAS EN MAQUERÚS

1

Son dos las posturas, los hitos,
que rigen el mundo del amor
y dominan los controles de gobierno.

Una es la mirada desde el ventanal,
la balaustrada, el teso,
o la simple e insegura atalaya.
Otra la espera quieta
entre carrizos, aliagas,
o meros trojes.

Ambas condicionan el campo:
ciudadela, crique, torre;
o senda, breña, ruina en la rasa.

Ambas permiten gozar, mientras
abren las brumas
o aumenta el polvo tras los jinetes.
(Sé que la primera es victoriosa,
que la segunda se aguanta por el odio

y que las dos se entrecruzan:
acechos a la tropa
que pasará, no lo duden,
camino del asedio.)

2

Así es la espera.
Cómo corre el cielo su color bajo el púrpura de las garzas
—están llegando las garzas—, el chirrup
de las alondras
y el bramido del avetoro.
Luego la fortaleza del sol
que nos enseña a hundirnos,
a desaparecer, y la certeza
de que ya llegan.

Ver
la bola blanca que aumenta,
y oír poco a poco los duros cascos.
Antes de ellos
la desbandada aérea;
y al fin
el paso de la milicia.

Se pudo intentar
—pero nadie quiso— lanzarles
un dardo o alguna azagaya.
(Ahora estarán lejos,
hacia el risco gris
que aterra la llanura.)

y 3

Finalmente el Tetrarca, sus temores
fundados en sus vicios de jefe:
lujuria y ansias de poder, ¡qué normal
causa para el asalto!

Junto a los pantanos,
cerca del calor de la ladera,
el punto, que es la muerte,
avanza.

No habrá combate, sólo
intercambio de gritos, promesas,
carcajadas, y sobresalto
entre la tropa.

Quedarán pertrechos adheridos al lentisco,
municiones desechadas,
vituallas inmundas,
y no más dos muertos, tirados
boca arriba, esperando el pico azulado
y el colmillo nocturno.

EL SOTO

Como el camino,
que curvo y trabajoso
añade al soto
su amarilla luz,
es el largo recorrido,
la contumaz manera
de mi historia.

El soto sería el mundo,
un mundo de familia

y pequeños comparsas:
servidumbre,
ciegos gesticulantes,
barullo de clérigos
y algún anfibio que asoma en el foro.

No aparece otro contraste
que ilustre el proceso.
A lo sumo, quizá,
un fulgor difuso
allá en la quebrada
y penosa infancia:
campanas, caretas,
y entre las sábanas
la muerte del hermano
que tanto odiaba.

BROCH I

Cuando la vejez ineludible se anuncia ya a la
   puerta
y uno se pregunta acerca de su huella
en esta tierra llana, que la edad
convierte en pantanosa,
interesa procurarse un mástil, clavarlo
donde sima y sial tienden sus nudos
y esperar los embates,
sujeto, y cubierto de recias vestiduras;
no sea
que la nueva sangre nos despoje
y vea el corrosivo y babeante mundo
nuestra íntima miseria,
nuestro legal y enorme odio
a la horrible ola

BROCH II

Parece simple esa zona de edad
que llega sola y pronto
adecuada al momento y regalo
a tanta lucha.
Pero ese es el engaño;
tras la bondad de las hojas
está el dardo y el cepo abierto.

Difícil circunstancia.
Queda el recurso de las modas;
seguirlas tropezando en nuestras viejas
convicciones;
o también,
al ver flaquear el brazo,
temblar el paso, secarse la memoria,
lanzarse al frío mar de donde,
al fin y al cabo,
salimos algún día.

TURBIO RÍO ES EL HOMBRE

Turbio río es el hombre,
turbias sus riberas.
Profundo mar, inmenso,
ingiere su corriente.
En ese punto huelgan
balas y labios.
En él yo nada gano,
y todo ellos.

NOTAS

DE LAS CONDICIONES HUMANAS

«Eros»

Meublé. Así en cursiva, institución barcelonesa de gran raigambre en la postguerra. Casa de habitaciones para encuentros sexuales de parejas ya formadas. Algunos, como el de la calle Regás, disponían de aparcamiento donde se tapaban las matrículas de los coches, set blindado de recepción, sistema anónimo de salida y entrada de los habitáculos y, sobre todo, carácter temático de las habitaciones: todas diferentes, con rótulo en la puerta que adelantaba el escenario: Tropical, Venecia, Montañas Nevadas, etc. El espejo cenital era común.

Grajo. Denominación localista y ataxonómica. De una época en que Lerín aún no era ornitólogo. Hoy, hablaría de Cuervo, la misma especie —*Corvus corax*—.

Paja, los bengalíes, vahídos calientes. La proyección de *Tres lanceros bengalíes*, el filme de Hathaway de 1935, en el atiborrado y sudoroso cine Savoy del Paseo de Gracia de Barcelona, produjo a Ferrer Lerín una sensación próxima al mareo durante la secuencia de la tortura mediante introducción de pajas incandescentes bajo las uñas de las manos.

«Primera conmoción»

Caoutchouc. Gusto por emplear palabras en su forma extranjera (francesa aquí). En este caso quizá justificadamente dado el anodino Caucho. Este poema «Primera conmoción» y el anterior «Eros» abundan en

reconocimientos a la cultura gala, representada por las jóvenes turistas asaetadas en la Costa Brava con el acompañamiento de canciones, bebidas y perfumes del mismo origen.

Cambiando el vaso de mano diferente sabor. Apreciación de la abuelita Irene —natural de Blanes, Gerona— ampliamente contrastada por el autor a lo largo de los años aunque siempre referida al agua del grifo.

«Sesgo»

Yavé. Como el título del siguiente apartado *¡Ye los que creen!* y el Aleya del poema «Los justos», en el apartado *De las comunidades*, proceden de la lectura apasionada de *El Koran* en la traducción de Rafael Cansinos Assens para la colección Crisol de Aguilar (1961, 4ª ed.).

«una raza...»

Cicindela, Dítiscos, Epeira diadema. «El caballero salteador de caminos armado de coraza» fue uno de los capítulos más enriquecedores de *El reino de los animales. El animal en su medio ambiente* la obra de Arthur Berger y Josef Schmid que traducida por José M. Sacristán publicó Espasa-Calpe, en tres tomos, en 1953.

LA HORA OVAL

«J'Attends une chose inconnue ou peut-être, ignorant le mystére et vos cris»

Título. Los dos primeros versos de la última estrofa de la Hérodiade, la escena dialogada de Mallarmé. Una cita aleatoria, conseguida tras abrir al azar un libro, en este caso el decimotercer volumen de la colección «Poesía en la mano», una antología bilingüe de Stéphane Mallarmé seleccionada, traducida y prologada por Xavier de Salas para la Editorial Yunque de Barcelona en 1940.

Carrère y Ossián. Presencia que busca lo insólito aunque no deje de reflejar el tipo de literatura imperante, en aquellos años, en las librerías de viejo de Barcelona.

Baile de letras. Un error mecanográfico —«al acpa» por «la capa»— que pasa desapercibido propicia, al descubrirse en una segunda lectura, la inclusión del juego «cpaa paac capa» y, quizá, «vita / vipera» en una prolongación del poema (que acababa en «ignotas adquisiciones»).

Último verso. Ahora se muestra en su forma original. El editor impuso «gritara» en vez de «eyaculara».

«Port-Royal»

Intento de «dos en uno». Cada verso dispone de una primera parte original y de una segunda a partir de libros de (o sobre) piratas; palabras o sintagmas procedentes de títulos, autores o textos abiertos al azar. Cabe pues una lectura individualizada de cada uno de los dos bloques verticales.

La segunda y extensa segunda parte del último verso corresponde a los inicios de la Tercera Parte —Aguas peligrosas— (pág. 44, Capítulo XI) de *Mía es la venganza* (Captain Adam) de Donald Barr Chidsey en traducción de Juan A. G. Larraya para la colección Famosas Novelas, de Editorial Molino, de Barcelona, s/a aunque la dedicatoria manuscrita aporta información: «Para Paco de su amigo Álvaro 19/2/55». (Álvaro Pineda fue el caballero acompañante, durante más de cincuenta años, de Emilia «Emmy» Lerín Falcó, tía carnal de Francisco Ferrer Lerín.)

«Niña con muñeca»

Un error intencionado aparece en este poema. Cuando se escribe «ha sido hoy / en este vigésimo aniversario de la muerte de James Ensor» se está faltando a la verdad ya que el pintor de Ostende murió en 1949.

Tras adquirir *Los expresionistas*, un volumen (sin número, pie de imprenta y año) de la colección «El libro de arte de bolsillo» de la Editorial Timun Mas, de Barcelona, en una galería de arte de la calle Consejo de Ciento de la ciudad condal, con texto de Will Grohmann y traducción de R. S. Torroella, el autor se monta en un autobús camino de su domicilio y oye al revisor decir al conductor: «¡y que

sepas que no soy un mentirán!».

La lámina 11 de *Los expresionistas* reproduce el óleo de 1884 *Niña con muñeca* con una extensa nota de la que se pueden entresacar frases como «El elemento alucinatorio, que repugnó a sus contemporáneos pero que fascinó a la generación siguiente», «embrionaria figura», «carácter onírico» y «Ensor, precursor belga del surrealismo». Elementos gráficos y literarios detonantes sin duda para un joven de veintiún años.

«Los editores»

Leopoldo María Panero se deja olvidado *The Great Gatsby* —edición estadounidense de bolsillo— en casa de Lerín. Una forma de recuperación es, quizá, la elección de este poema para ilustrar la entrada Francisco Ferrer Lerín en la antología *Última poesía no-española* que el poeta madrileño publica en junio de 1979 en la revista *Poesía*.

El cuarto verso de la primera estrofa terminaba «los verdaderos foramontanos» en homenaje al libro *Nuevo viaje de España. La ruta de los foramontanos* de Víctor de la Serna en su tercera edición, 1959, Editorial Prensa Española, Madrid, que fue regalado a Lerín por su padre. El paso de ‘foramontanos’ a ‘caballeros’, ya en 1971, obedeció a la carga localista y rimbombante del primer vocablo.

«Sophronime, ayant perdu les biens de ses ancêtres» inicia *Les aventures d’Aristonoûs* que rematan *Les aventures de Télémaque fils d’Ulysse* la obra de Fénélon ampliamente difundida en las librerías de viejo y que Ferrer Lerín colecciona.

El nomenclátor de la cuarta estrofa procede de Matisse. Período Fauve, volumen número dos de la colección Minia de la Editorial Gustavo Gili; Barcelona, 1956, aunque impreso en Francia. Un texto de Georges Duthuit del que no consta traductor pero que podría ser Juan-Eduardo Cirlot, único traductor conocido de dicha colección a partir, al menos, del número nueve, en que ya se señala tal encargo. La colección Minia fue un material indispensable en la magra información plástica de la época.

El último verso rezaba, en una primera versión, «con la agüita de Rodenbach»; una alusión, diminutiva —en la línea ‘peludito’—, a los poemas «La lluvia», «El corazón del agua», «Los surtidores» y «Los cisnes» traducidos y prologados por Luis Guarner en el libro Rodenbach, publicado en la Serie Poética Fama, de la barcelonesa Editorial Fama, año 1956. Tras pasar de «agüita» a «brisa» en la edición de Ocnos se recupera aquí el motivo original aunque sin disminución.

«... lozana la grama...»

El texto de este poema es utilizado por Túa Blesa en 2004 para su disquisición «Aves de rapiña».

«El monstruo»

Cita. «Acabé con la provisión de pollo en un santiamén y mi plato quedó colmado de huesos» inicia un párrafo de la página 57 de *Yo, el jurado* de Mickey Spillane en la versión de Eduardo Escalona para Editorial Diana, S.A. de Méjico en su Colección Caimán nº 5, novena edición, 1963.

«Dalla fangaia...»

Título. Última estrofa del poema «Anellide ermafrodito» de Salvatore Quasimodo. La edición utilizada es la bilingüe *Obra completa* (versión española de Franco Mogni) de Editorial Sur, Buenos Aires 1959. Así quedó al traducirse: «Del lodazal aflora / róseo anélido / hermafrodita».

«En la escalera blanca de mármol»

Cita. G. B. Algún avanzado barajó la posibilidad de Georges Bataille. Pero no; «L’amandier»... de Georges Brassens. Una anticita, una cita pasada (de un autor pasado, popular), ejercicio de rizar el rizo, casi anacronismo, que se repetirá —sin el truco de manejar sólo las iniciales— con Kazantzakis en «Mansa chatarra» (1969).

«Mis memorias»

Cita. Recomendación del Dr. Laskowski en la página 170 —capítulo XII, «Embalsamamiento humano»— del *Manual del naturalista preparador* por el Dr. Pablo de Areny, Manuales Soler, LXXXIV, Barcelona, s/a (hacia 1915).

CÓNSUL

«Lámina devota»

A partir de una hoja de cromos —calcomanías— de índole piadosa comprada en una librería-papelería de Barcelona. Calle Salmerón esquina a Príncipe de Asturias.

«Adriana Asti»

Gina en *Prima della rivoluzione* (1964) de Bertolucci.

«Corvus corax»

Busca recrear la atmósfera de *Pepe le Moko* (1937) de Julien Duvivier.

«Profesora y alumna»

Material biográfico. Ariola Espino es el alias de Aurora Egido surgido tras el alto temor editorial a una demanda. Rinola Cornejo es Rinola Cornejo (Ricarda Manuela Cornejo Botello).

«Rinola Cornejo y el El Estrangulador de Boston»

No es una historia fantástica. Es una relación de hechos vividos por el autor en la ciudad de Barcelona.

«Elena Blum»

Tras Ferguson Lee y Elena Blum se hallan dos genios del ramo ornítico que me honraron con su amistad y belleza.

«Railroad Farewell»

En el primer verso se escribió «estancia» en vez de «alcoba» a instancias de Félix de Azúa poco dado a la

expresión amorosa. Ahora, quemada «estancia» por el estro mercantil, se vuelve a los orígenes.

FÁMULO

«Consideraciones biográficas»

José Lascuraín Golferichs, amigo del alma homenajeado en *Níquel* bajo el alias de José Andoaín Castells.

Virila fue, a finales del siglo IX, monje del monasterio de San Salvador de Leyre, Navarra, del que llegó a ser abad y su figura histórica está perfectamente documentada en el *Libro gótico de San Juan de la Peña* (fol. 71). Mantenía el bueno del abad tremendas dudas sobre cómo sería el gozo de la eternidad. Es así que un día de plenitud primaveral se interna en el bosque cercano con estas meditaciones que leía en un libro. En la espesura del bosque aparece un ruiseñor, que con sus trinos distrae su atención de la lectura escatológica, apartándolo hasta una fuente. Allí queda prendado del canto del pájaro, hasta que se adormece. Cuando se despierta la naturaleza había cobrado nueva vida y no encuentra el camino de vuelta, hasta que al fin lo reconoce y al monasterio al fondo, que ahora es más grande, con iglesia mayor y nuevas dependencias que no comprende. Al llegar a la portería e identificarse, nadie le reconoce. Buscando en el archivo del cenobio encuentran un abad Virila «…perdido en el bosque…», pero hacía trescientos años. Es entonces el monasterio una revolución por el milagro acaecido, y en pleno *Te Deum* de acción de gracias se abre la bóveda de la iglesia y se oye la voz de Dios «…Virila, tú has estado trescientos años oyendo el canto de un ruiseñor y te ha parecido un instante. Los goces de la eternidad son mucho más perfectos…». Un ruiseñor entra entonces por la puerta de la iglesia con un anillo abacial en el pico, y lo coloca en el dedo del abad, que lo fue hasta que Dios lo llamó a comprobar la gloria eterna. (De un folio ciclostilado que se entrega a los peregrinos del Camino de Santiago).

Tiermas. Villa de la provincia de Zaragoza hoy deshabitada al anegarse sus campos tras la construcción de la presa de Yesa. Aprovechamiento termal («termas» > «tiermas») desde época romana, y aún hoy, a finales de verano, al quedar al descubierto las instalaciones balnearias por el descenso de nivel de las aguas del embalse, lugar de culto para fanáticos del azufre. La población, situada sobre un promontorio, mantiene un marcado aire medieval y se dice patria de Virila el que fuera abad del vecino Leyre.

«Fámulo»

Es deudor de la monografía *Calzada de Valdunciel. Palabras, cosas y memorias de un pueblo de Salamanca* de Pascual Riesco Chueca.

«Cotas de excelencia»

De un texto inédito de Miguel Ferrer Jiménez.

«Wodwo» y «Estío»

Lo son de Carmen Ruiz Bravo Villasante, siendo a su vez el título «Wodwo» un atrevido y obvio homenaje a Ted Hughes.

«Iro»

Debe a Voltaire y a su exegeta Marián Montesdeoca.

«Elevátor»

A Feijóo y a Artemisa Ediciones.

«Melville» y «La torre»

A *Las Encantadas* en la versión de Ana Lima prologada por Francisco León.

«Segmenta» e «Inscripta»

Al *Libro de los sellos redondos de hierro* en la edición de Dámaso Sangorrín y Diest-Garcés.

«Aritmética»

A la ponencia de Juan Francisco Esteban Llorente en el

Congreso Trans Pyrenalia.

«Lope de Roca» y «Carmeu»

Suponen gran independencia de fuentes directas aunque el primer verso de «Carmeu» proceda de un texto de Juan Manuel García Ramos.

«Aguilucho cenizo»

Circus pygargus. Vicente Alamán, de casa Buey de Larués, pastor de ganado, propició el descubrimiento para la ciencia del Reguero del Tomizar, el único humedal de la Península Ibérica en el que nidifican las tres especies europeas del género Circus.

«Quebrantahuesos»

Gypaëtus barbatus. En Sigmaringen, el ornitólogo Karl-Fidelis Gauggel muestra, a un grupo de naturalistas, una postal alemana de 1904. En ella una niña de largas trenzas rubias vestida a la tirolesa es arrebatada por un ave gris azulada. En la parte inferior de la imagen se ve a la sonrosada madre en actitud de desespero rodeada de varias vacas de grandes ubres y, en la parte superior, se ve a la gran rapaz, con la inocente criatura en las garras, volando ya entre las nubes cerca de una gigantesca montaña en cuya cumbre se sitúa el nido, en el que unos desapacibles polluelos aguardan para darse un festín. En Baviera los quebrantahuesos fueron exterminados en 1855, en Suiza en 1886, en los Alpes de Italia en 1913.

«Cuervo»

Corvus corax. El relato «Corvus corax» apareció publicado, por primera vez, en *Manifiesto Español o una Antología de Narradores*, Barcelona, Ediciones Marte, 1973; luego, en *Cónsul*, y, finalmente, en *Ciudad propia. Poesía autorizada*. No se conocen otros recipientes en papel.

«Buitre leonado»
Los versos entrecomillados pertenecen a los poemas «Carta a una estrella mallorquina» y «Profesora y alumna», recogidos en *Cónsul* y luego en *Ciudad propia. Poesía autorizada*.

«Aniversario»

Referencias: Edward Hopper, *Escritos*, Elba, Barcelona, 2012; Stefano Faravelli, *Istanbul*, Confluencias, Almería, 2011; Francisco Arago, *Historia de mi juventud*, Austral, Buenos Aires, 1946; Jean Paulhan, *Braque le patron*, Gallimard, París, 1952; Claude Roy, *Arts fantastiques*, Delpire, París, 1960.

GRAFO PEZ

«Andie»

Andie MacDowell

«Mujer molusco y sin fondo»

Palco. Personalización del hipocorístico «Paco».

«El amor correspondido siempre es rejuvenecedor», comentó T.S. Eliot en una entrevista a sus setenta años. Apud Peter Ackroyd, *T.S. Eliot*, FCE, 1992 [*T. S. Eliot: A Life* (1984)].

INÉDITOS

«Ormond el sangrante» y «Sipedón Polvo»

Forman parte del libro conjunto *Cavernas y otros orificios notables* con el artista Frederic Amat.

SILENTE APARIENCIA, DULCE DEVANEO

«Muerte»

Publicado en *Poesía Española*.

DUALACTÓN

«Amigo Furlan»

Respuesta a una reseña de *De las condiciones humanas* aparecida en la revista *Histonium* de Buenos Aires en junio de 1965 y firmada por Ricardo Abalsamo, seudónimo de Luis Ricardo Furlan. La reseña fue enviada a Lerín por el propio Furlan, con una dedicatoria manuscrita. La respuesta ha sido revisada por Javier Ozón con la autorización de Lerín.

CREACIÓN

«Mirón»

Aparece en una carpeta con otros documentos, algunos de los cuales son posteriores a 1972 y otros a 1976. El texto iba acompañado de un gráfico.

«Junio es la primavera»

Escrito en el reverso de una cuartilla con ejercicios de inglés de 1964.

ANÁLISIS

Poemas publicados en *Papeles de Son Armadans*.



PRÓLOGOS DE ALGUNAS OBRAS

PRÓLOGO A *DE LAS CONDICIONES HUMANAS,*

José Corredor-Matheos

Un libro, como un árbol y un hijo, encierran —aparte otras cosas— una justificación de la propia personalidad, esa necesidad que es mucho más poderosa que el hambre y el sexo. Un primer libro trae, pues, consigo, de una manera tímida, trémula, anhelante, este deseo. Francisco Ferrer Lerín dice en el segundo verso de este su primer libro: «nadie sabe la verdad de mi existencia»; he aquí, ya en el principio, la justificación de la propia personalidad, concretada en la necesidad de expresión poética. Como suele ocurrir con frecuencia en estos casos, el poeta, muy joven aún, atraviesa un momento crucial de su vida: acaba de abandonar la adolescencia, y, añorante, se resiste a dejar ese mundo dorado y melancólico, con cuyo regalo el hombre aplaza el encuentro con lo real. «Canto abrazado a las barreras del sueño» puede ser, en este sentido, un verso muy significativo. Estoy por decir que, a pesar de esos relámpagos que con frecuencia le alumbran la realidad inmediata, el joven poeta prefiere seguir soñando. Le despiertan, como digo, de vez en cuando, sacudidas muy fuertes, que le hacen abandonar su lenguaje de dandy, prematuramente cansado, con un cansancio que pone en realidad muy en evidencia unas fuerzas recién estrenadas, ansiosas de ser probadas, pero temerosas también. No estoy seguro que Ferrer Lerín —ni nadie— se dé cuenta siempre de cuándo llega a calar verdaderamente en la vida que importa; y a veces parece como si, después de hablar con

palabras hondas, se arrepienta y vuelva a hacer un mohín burlón. Oigámosle: «una salamandra juega con su maravillosa piel / y mi hermano arranca el sonido de la piedra oscura...». O cuando canta: «al que descubre la vida bajo una piedra plana; / al que da nombres a los arados, hachas, esteras y amigos; / al que está siempre solo, una encina dibujada». Después de hablar de este modo, siente en ocasiones necesidad de disimular, y su verso siguiente es brutalmente contrastado: «caminan adscritos a la sublime tragedia y sin variar adolecen en sauces. / El gran árbol saluda su llegada y los arreboles fornican...». Otras veces, de pronto, se vuelve ensoñadoramente lírico: «...las doncellas huelen a prado y los afluentes acarician al gran padre río...», o serenamente lírico también: «El polen de los justos asciende / y la esperanza anida en los semblantes. / Hoy es tiempo hermoso en las casas donde tú habitas».

He discutido varias veces con el poeta sobre la necesidad de escribir siempre una poesía metida en el hombre mismo, en su aventura: de amor, naturalmente; y por amor, necesitada de estar en los otros, de formar con ellos una sola cosa. Como suele ocurrir, mientras se lo decía me iba convenciendo yo mismo con mis propios argumentos. (Supongo que esta fe, como todas, necesita renovarse cada día.) Él decía que sí, que tenía razón; pero que esto lo escribía sin darle importancia, para divertirse. Pero me bastaban ciertos versos suyos: él lo sabía seguramente mejor que yo. El poeta no siempre puede evitar la duda, la impresión de que ha sido engañado. Así escribe, con un cierto aire de poesía olorosa a brillante césped británico, a húmeda nostalgia de la tierra firme: «...en primavera otra vez reunidos / y la huida / juntos / a la frondosa cénit de toda existencia / y de nuevo / un largo verano / hasta que muchas cosas cambiaron / y tu mirada se tornó lejana / desprovista de lo esencial para ser nuestra / seguramente fueron ellos los que te hicieron mirar así / aunque ahora ya da lo mismo / fíjate / hasta los árboles tienen otro aspecto / parecen descontentos / y sus labios no se abren apenas / tengo la impresión de que alguien nos ha

engañado / a lo mejor todo fue una broma / contempla las colinas». Con todo y el sueño que pesa sobre los párpados del poeta, este tiene ya los ojos abiertos. No le queda más remedio que decir —parece que a regañadientes, lo que no le quita mérito— qué es lo que tiene delante: «Soy el mundo de algo ignorado y que se derrumba ostensiblemente». Pero siempre que se derrumba algo es porque algo se está ya levantando: «...lentos descubrimos el sentido de la existencia / de su existencia desde luego y llena de febril esperanza...». Y el poeta sigue con unas palabras que afirman su vocación y que, cerrando este prólogo, son las que mejor pueden abrir su libro: »...de saber de qué soy capaz...».

PRÓLOGO A *LA HORA OVAL,*

Pedro Gimferrer

Conocí a Francisco Ferrer Lerín en la Universidad (aunque cursábamos carreras distintas: él Medicina y yo Derecho, ambos sin lo que se suele llamar vocación) en el curso 1962-63. Pronto nos hicimos amigos; y, hasta 1965 aproximadamente, creo que fue la persona con quien sostuve más abundantes y extensas conversaciones sobre arte y literatura. Quiero decir, que descubrimos juntos muchas cosas. Me parece que éramos los únicos estudiantes que en la Universidad teníamos en aquellos años algún interés por el surrealismo y el arte de vanguardia en general. Quizá esta afirmación sea inexacta, pero no he tenido hasta ahora ninguna ocasión de verificar tal inexactitud.

El tiempo suele poner a prueba las amistades de adolescencia. Yo inicié tempranamente una cierta carrera literaria; Ferrer Lerín partió al servicio militar y posteriormente supe que se había recluido en un centro de Biología experimental, dedicado a la ornitología. Estuvo allí

casi tres años.

Al regreso, había cambiado mucho. En la época en que nos conocimos, hacía gala de un humor punzante y paradójico, no parecía dispuesto a tomarse nada completamente en serio y todo inducía a creer que había adoptado la literatura como un *hobby*. Si algo me sorprendió en él, en cambio, fue la seriedad y la honestidad de que daba pruebas ahora. Sin duda, el paréntesis ornitológico había sido mucho más que una anécdota. «Tiempo de silencio», sí; pero acaso también «tiempo de destrucción», en cierto sentido al menos.

Los poemas recogidos en *La hora oval* —que es una muestra antológica de toda la poesía de Ferrer Lerín— ilustran este proceso. El lector no deberá olvidar que buena parte de ellos fueron escritos hace más de diez años. Quizá el conocimiento de su existencia haga parecer menos nuevas algunas cosas que han aparecido después en la poesía española. También hay que tener presente el tiempo transcurrido —e incluso los azares biográficos— por lo que respecta a los poemas más recientes, que pueden sorprender por su contención después del anterior desenfreno experimental. No hay que olvidar que estos últimos poemas son, pura y simplemente, poemas de un desterrado, de un marginado, de alguien que siente «borrada la andadura» y quemado su nombre.

Dudo que alguien, entre los poetas de mi generación, haya emprendido la aventura vanguardista con la libertad imaginativa y el fervor iconoclasta de Ferrer Lerín. Sus relatos, de un poder hipnótico nada frecuente, o sus innumerables *pastiches* y *collages*, conservan al cabo de los años todo su poder revulsivo. Sus poemas posteriores dan fe de una crisis vital, de una brusca interrupción, a la que finalmente parece en situación de poner término la aparición de *La hora oval*, libro llamado a situar sin duda a su autor en el lugar que le pertenece por derecho propio en la joven poesía española.

FRONTISPICIO A *CÓNSUL,*

Pere Gimferrer

Son textos rescatados de una era de insurrección; en cuchilladas, al sesgo, hieren aquí y allá la trama del lenguaje. ¿De dónde vienen? Del mismo territorio intermitente y en vilo que en 1963 visitó *De las condiciones humanas* y en 1971 *La hora oval*: el predio discontinuo de Ferrer Lerín es el campo minado de la postvanguardia.

Hubo una edad de absoluto en la que no parecía tolerable escribir sino de este modo; resulta reconfortante, hoy, saber que todavía se puede escribir también de este modo. O, cuando menos, que todavía sabemos, podemos, queremos leer cosas escritas de este modo; pero no escritas —bien claro lo dicen las fechas al pie de cada texto— precisamente hoy, sino que a inicios de los años setenta, justo en el gozne temporal en que el ala extrema de la escritura novísima, de la que Ferrer Lerín fue pionero y fundador, se lo jugaba todo en un último envite. De este reto final nacieron meteoritos de diversa trayectoria: la atomización deslumbrante y atónita de los poemas de Ignacio Prat, los terribles cuentos negros de hadas de Leopoldo María Panero, los palimpsestos poéticos de Félix de Azúa, estas parábolas irreductibles de Ferrer Lerín, llamado luego a ser, literalmente, como en una última finta, ornitólogo de aves carroñeras en Jaca y Torredonjimeno. No creo que su silencio poético deba ser definitivo; es, sí, el silencio que pedía una experiencia de la escritura tan radical como la que aquí se nos muestra. La onda expansiva de una explosión verbal como la que presenciamos en estos textos pedía el silencio, el puro vaciado de expresión y sonido, a modo de destino natural, por la simple ley del equilibrio.

El desafío, empero, permanece en estas páginas; más que latir en ellas, desde ellas se adelanta, se yergue ante nosotros, nos requiere y conmina. Sucintos enigmas, o zigzagueos en dameros malditos de un país más vasto, las incursiones de *Cónsul* se adentran, sí, en otra región; pero

también nos salen al paso, cuartean el habla usual, la orografía fatigada de los atlas de la preceptiva. Otras cosas puede ser la poesía; pero, ante todo, debe ser exploración y revelación. Ni una línea de *Cónsul* abdica de esta verdad indeclinable.

PRÓLOGO A *CIUDAD PROPIA*

Carlos Jiménez Arribas

La obra poética de Ferrer Lerín es una de las más originales del último tercio de siglo en España. Y lo es hasta el punto de poner en duda su catalogación dentro de ese género. De hecho, cabe preguntarse si el epíteto que acompaña a esta reedición, autorizada, no tendría algo de concesión también, de autorización para su lectura como poesía. Para su simple lectura, cabe añadir, vista la dificultad de hallar disponible hasta la fecha un corpus suficiente de la misma. *Ciudad propia* viene a arrojar luz sobre esa condición problemática —a la vez que pone de manifiesto la de poética— que la obra de Ferrer Lerín, al menos en lo esquivo de su comparecencia, ha protagonizado durante demasiado tiempo entre nosotros. El lector de este volumen no sólo tiene en sus manos los tres libros que le dieron al autor su fama de leyenda, es decir, no sólo tiene la oportunidad de cualificar en su justa medida esa aura legendaria; además cuenta con un número de inéditos suficiente como para constituir un libro más. *De las condiciones humanas* (1964), *La hora oval* (1971) y *Cónsul* (1987) son una apuesta personalísima en cada una de estas décadas, sucesivamente asordinada por la deriva del panorama poético circundante: adelantado en los sesenta, estrictamente contemporáneo en los setenta, por último, aluvión se diría que residual con los años ochenta, cada uno de estos libros fue tomado más como síntoma de la aventura novísima que por su propuesta estética en sí.

Leerlos aquí reunidos les devuelve su estatura original, ahora que muchos de sus coetáneos hace tiempo que han dejado la poesía. No faltará quien diga que es la poesía la que les ha dejado a ellos; como no faltará quien piense que a Ferrer Lerín nunca le dejó, pues nunca estuvo con él. Pero si algo viene a demostrar *Ciudad propia* es el desmentido de esto último: desde un poema programáticamente poético como «Los humildes», ya en *De las condiciones humanas*, hasta el último de sus inéditos, «Fámulo», la escritura leriniana se muestra como radicalmente poética. Incluso los poemas en prosa, muy escorados hacia la narratividad, cobran nueva luz si son leídos como poemas. Lectura en absoluto forzada, pues, tomados en su conjunto todos ponen en escena una variación de motivos, una supeditación de la anécdota al gesto enunciativo, que sólo parece explicable como poema.

No voy a dedicar demasiado espacio en este prólogo a las posibles causas del silenciamiento de Ferrer Lerín, su exclusión de *Nueve novísimos poetas españoles*; ni a los rasgos gruesos bajo los que se le ha caracterizado. No me interesa ni el jugador de póker, ni el romántico medioambientalista. Pero ambos rasgos, su silencio y su leyenda, me parece, están directamente relacionados. Y no sólo porque la mudez se explique con la vocación extraliteraria, sino porque esta puede también leerse como una forma impuesta de aquella. La veneración que parecen profesarle a Ferrer Lerín algunos de los novísimos —Félix de Azúa en *Diario de un hombre humillado*, por ejemplo— da buena fe de ello. Al lector actual, para quien se ha rescatado esta obra, quizá sí que le interesará saber, sin embargo, que en aquellos convulsos sesenta en los que pocos poetas se libraban con suficiencia del rodillo social-realista, un libro como *De las condiciones humanas* estaba abriendo nuevas vías para la expresión poética en España. Era el año 1964, aunque el libro databa en realidad de 1962, y fue publicado, no se olvide, en la misma colección que *Mensaje del Tetrarca*, de Pere Gimferrer, de 1963, aunque este último orquestó su presentación en sociedad en fecha suficientemente

antedatada. De hecho, las marcas más reconocibles de lo que luego, años más tarde, fuera venecianismo epigonal están ya aquí, presentes en el desenfado de una voz que se sacude, casi por primera vez si salvamos los distintos brotes de posvanguardia, el humanismo romo de posguerra. Pero también legibles en su flirteo con los veneros más camp, en la voluntad crítica de aprovechamiento del ejercicio surrealista, que el propio autor define más bien como caso extremo de poligénesis, no tanto por exposición a modelos específicos o mímesis de los mismos; en el culturalismo como aporte de experiencia al poema; en la presencia, por activa y por pasiva, de autores no carpetovetónicos; en fin, en todo un acarreo de materiales que, sedimentados en un verso cada vez más largo, algo que no era exploración única de Ferrer Lerín entonces, turbó a los lectores atentos.

La precocidad de esta escritura se aprecia bien si atendemos a las citas de su propia obra inédita que introduce el autor como pórtico a *De las condiciones humanas*, y que aquí se reproducen en idéntico lugar; o al texto de la solapa de aquella primera edición. Merece la pena leer este último íntegramente:

En este mi primer libro édito, confluyen los sarcasmos de dos grandes amigos: Perse y Pound. Un título humano, casi social, ahuecado en el verso de estos magníficos tiempos en que vivimos, sirve de base a la verdad de tantas cosas. Y en la espontaneidad, el humor motor del mundo rige nuestras horas desde Beowulf a Henry Miller; y yo me canto a mí mismo en estos poemas escritos en 1962, a los veinte años.

Está el poeta mejor informado que su prologuista, pese a la impresión opuesta que pudiera derivarse de aquellas líneas, un tanto paternalistas, con las que José Corredor Matheos saludaba el debú leriniano. Le parecían al reciente Premio Nacional irreconciliables las «palabras hondas», lo que más elogios le arranca, con lo que llama «un mohín burlón». Y es esa imposibilidad para aunar en una única lectura, en una sola escritura, polos aparentemente distantes lo que

sirve para datar ambos empeños, el del poeta y el del lector tipo que entonces era Corredor Matheos. Porque no contemplar la posibilidad de que coexistan profundidad y fantasía, sentido del humor junto a lirismo, delata lo pretérito de los planteamientos poéticos en la España de la época. Una polaridad que Ferrer Lerín, y muchos otros después de él, venían precisamente a romper. Ahí radicaba la diferencia, el cambio fundamental, generacional si se quiere, pero también y sobre todo estético, que hacía a unos percibir como gesto malhumorado e histriónico lo que para otros era pura necesidad vital. Hubo, pues, y ese prólogo es quizá dolorosa prueba de ello, quien no entendió la escisión con el humanismo más estrechamente entendido: véase esa admonición por «escribir siempre una poesía metida en el hombre mismo, en su aventura: de amor, naturalmente; y por amor, necesitada de estar en los otros, de formar con ellos una sola cosa». Y muchos de quienes cayeron en el malentendido, más jóvenes que Corredor Matheos, acabaron pagando el precio trágico del que se ve arrumbado por la historia. Pero lo más significativo es que hoy, muchos años después de aquello, el libro sigue teniendo un valor, no sólo testimonial o histórico, sino sobre todo como trasunto irreprimible de una voz única. En un panorama poético que sólo reconoce la singladura efectuada muy a la sombra de la tradición, una determinada lectura estrecha de la misma, la aparente orfandad latente en *De las condiciones humanas* nos habla cuarenta años después de uno de los libros más prometedores de aquella década y, sobre todo, constata que la voz no adocenada es siempre la más válida, incluso cuando más cuesta reconocerse en ella, cuando más cuesta reconocerla. O precisamente entonces.

Tras *De las condiciones humanas*, libro breve y primerizo, pero de un valor, insisto, que el lector actual sabrá calibrar en lo que tiene de hito y de vigencia poética, Ferrer Lerín publicó, en 1971, *La hora oval*, de nuevo en una colección señera en la época, Ocnos, y de nuevo muy en el contexto editorial de la Barcelona más poética. Nada

de esto es gratuito, como puede que no lo fuera su ausencia de la ciudad a la hora de figurar en más aventuras editoriales y mediáticas. Pero no es ese el debate que más me interesa ahora. Sí lo es constatar cómo, tras unos poemas ya inclasificables pero que el lector más avezado de poesía de la época se podía permitir el lujo de tutear, con *La hora oval* el texto leriniano introduce unos índices altísimos de radicalidad en los temas y en las formas. Tan altos que marcan un hito incluso dentro de su propia obra, la cual no ha vuelto a sentir la necesidad de mantenerlos. Es normal que así fuera, pues se hace insostenible una tensión tan acerada por mucho tiempo. Y no me refiero tanto a los excesos tipográficos, ni a ese sentido del humor, ya anotado por Gimferrer en el retrato del prólogo. Me ocupan más concretamente los poemas en prosa que relatan, en apenas página y media, la peripecia de un arrasamiento. El mismo prologuista se refiere a una suerte de evolución destructoficticia, si se me permite tomarle el término prestado a otro compañero de aquel corto viaje, Leopoldo María Panero. Ferrer Lerín suele hablar de ello, explicando la necesidad casi física que sentía de aquella escritura, una forma de expresión en el texto, en el sentido más liberatorio del término: la plasmación sobre el papel de los demonios propios, su enajenación en formas literarias. Así se entiende, además del motivo del crimen, la tópica de la metamorfosis, o la emasculación que tanto juego había dado a los surrealistas, por ejemplo. Sus palabras describiendo la complejidad o cacofonía dentro de su cabeza, algo que sólo la escritura hacía disminuir en su volumen, revelan la operación llevada a cabo en textos irrepetibles, la mayor parte de ellos en prosa, en los que los motivos de la novela negra no deben distraer al lector sobre lo que realmente está en lid.

Leer estos textos de *La hora oval* en clave de ficción breve, algo legítimo, no es tan revelador, tan iluminativo de su naturaleza, como ver en esa repetición casi obsesiva del crimen escenificado y sus elementos más reconocibles una ordenación en serie lírica, una auténtica serialización

poética. Aquel libro, incrementado en su ya copiosa factura por la recuperación de los textos más densos en *De las condiciones humanas*, compartimentado en epígrafes que se corresponden con los años de escritura, supone la irrupción de una voz inédita antes y después en la poesía española contemporánea. Y si lo es, no se debe tan sólo a esos conflictivos poemas en prosa, a esa arista de novedad que introducen en el debate sobre las formas poéticas textos como «Empleo del tiempo», «La mano», o «José D. Hébern», de rara taxonomización —una serie que incluye también su propia pieza paródica o subversiva: obsérvese cómo varía el desenlace, no así la atmósfera, cuando el protagonista de la peripecia es una mujer y no un hombre, tal y como excepcionalmente ocurre en «Mis memorias»—. Tampoco se debe en exclusiva esta voz nueva a un texto inclasificable como «...lozana la grama...», que hace de la labor hermenéutica toda una poética: toda escritura es, a fin de cuentas, una forma irremplazable de leer. La condición inusitada de un libro como *La hora oval* se debe, también, a poemas legibles de un modo convencional, si se puede aplicar ese epíteto a algo escrito por Ferrer Lerín, textos del cariz de «una raza de hombres principiantes...», que puede remitir a varios de los inéditos últimos; o la efectiva mímesis de los sonetos de corte inglés, las series tituladas con fechas, donde la tijera del autor ha sido más evidente en esta reedición; o bien la lucidez de una poética aún hoy vigente —especialmente hoy vigente— como es «Tzara».

No creo que sea novedoso ni esté sujeto a escándalo decir a estas alturas que, después del páramo oficiado en la poesía española por el auge de la figuración —simplificando, las poéticas alterosentimentalistas surgidas en los ochenta, tras su secuela epigonal pretendida hegemónica—, la práctica poética en nuestro país ha de pasar necesariamente por la recuperación crítica de la promoción previa, la de los setenta. En ese sentido es lícito leer algunos libros recientes. Se puede, así, poner en relación mucha de la poesía joven más celebrada en los últimos cinco años con el venero camp que trajo de la mano

la orquestación mediática vía *Nueve novísimos*. No se olvide que ya Castellet, en su debatido prólogo, hacía por arrimar a su sardina el ascua de la posmodernidad. No se trata de equiparar, por poner un ejemplo, *Arde el mar* con *Las moras agraces* o con *Mi primer bikini*, ni muchísimo menos, pues la poesía del preuniversitario y las lenguas clásicas no tiene parangón posible con las primeras muestras de poesía LOGSE; pero hay gestos, síntomas que se pueden explicar por cierto hastío común. En el primer caso, lo insoportable que se venía haciendo la poesía social; en el segundo, un rebrote de la misma: la llamada poesía de la experiencia. Y esa mirada atrás, me temo, habrá de ser necesariamente jerárquica, es decir, estableciendo un canon setentero, por llamarlo de algún modo, no estrictamente novísimo, que sepa extraer el grano de la paja. Por mi parte propongo algún criterio de separación: olvidarse de todos aquellos que aun hoy hacen gala de haber sido novísimos, cuando los dos o tres que realmente lo fueron hace tiempo que lo borraron de sus currículos; prestar atención a los que menos la merecieron entonces, y no confundir la autodestrucción con el secano de la voz. Los poetas de los setenta, los últimos hijos del franquismo, muy acogotados por su conciencia burguesa, son en realidad quienes más aceradamente han sentido en el siglo XX lo que se ha llamado la culpa de la escritura, legible en los mejores casos como voluntad eminentemente (auto)crítica. No en vano les vino a suceder el todo vale en los ochenta, una poesía que, de tan relajada, de tan encantada de haberse conocido, se volvió insustancial y busca ahora reinventarse esencializada con el lirismo más paleto del cincuenta.

Bien, estoy generalizando. Pero centrando el debate, diré que la escritura de Ferrer Lerín, dimanada en tres puntos álgidos de la segunda mitad del siglo recientemente acabado, constituye una de las vetas más ricas, variadas y fructíferas de su tiempo. Algo completamente novedoso, canjeable en experiencia poética —de ninguna otra se trata aquí—, y diseminado en unos terrenos que aún no han sido del todo explorados. Ni por la teoría ni, lo que es más

sintomático, por la práctica poética. Me viene a la mente al respecto un texto como «2 - III - 65», de *La hora oval*, por ejemplo, reeditado en espíritu y forma en el siguiente libro, *Cónsul*, «Rinola Cornejo y El Estrangulador de Boston», rastreable en otro que vio la luz en su día en la revista *Papeles de Son Armadans* (al igual que los otros dos, gracias al empeño personal de uno de nuestros pocos surrealistas, Antonio Fernández Molina), pero no recogido en ningún libro y que ofrecemos aquí: «Reposición de una obra». Léanse estos textos, publicados, no se olvide, como todo lo demás, en libros de poemas, y extráigase la enseñanza consiguiente. La cual, me parece, no debe ser tanto un cuestionamiento de su naturaleza poemática como la demarcación de una de las sendas de aprovechamiento que puede recorrer el poema. Como lo ha puesto la crítica más preocupada por el aspecto genérico de la poesía escrita en prosa, y como ilustra sobremanera la obra leriniana, la pregunta no es si el texto X es o no es un poema en prosa, sino qué significa, qué aporta y qué conciencias remueve leerlo como poema. Insisto, tras el felizmente acabado criterio del todo vale, falsamente etiquetado en formas fijas y reconocibles de versos, estamos en el tiempo del vale todo, es decir, una sana democratización de los temas —rompiendo la exclusiva y estrecha nostalgia impostada por el paso del tiempo— que el poema puede abordar con múltiples formalizaciones.

Porque vale la recuperación de la fantasía para el espacio del poema, tanto en su vertiente más lúdica como en la que es sinónimo de misterio, sin olvidar aquella acepción que Coleridge quiso cercana al puro fenómeno de la poiesis, esto es, la creación. Vale la variación sobre el motivo del thriller. Vale la sublevación de los espacios naturales. Vale la escritura no automática pero suficientemente desatada, suficientemente indecorosa; la subversión de las categorías narrativas y teatrales para su usufructo sin ambages por parte del poema. Vale la explotación del periodo sintáctico como patrón de escritura, vale la prosa y no sólo el verso. O bien, vale este pero no

sometido a cánones métricos convencionales, algo que hará de esta escritura, cuando suceda la defenestración del endecasílabo, un modelo válido: un verso alternativo, alternado y que reinventa con desenfado la cansada convención del encabalgamiento. Vale, en definitiva, esa palabra, esa combinación de palabras que nunca hubiésemos puesto ahí y nos empeñamos en leer como no poética; pero que precisamente por eso es más poética, por su necesidad y libre combinatoria dentro de una gramática única.

Me refería antes a la condición vicaria bajo la cual se han leído las tres apariciones de Ferrer Lerín en el panorama poético español —de su novela *Níquel*, publicada hace muy poco, ya se ha ocupado, con el suficiente número de signos de exclamación, la crítica más inquieta—. Se ha podido decir, así, que *De las condiciones humanas* antedataba la aventura novísima; y se ha dicho que *La hora oval* fue una erupción en ningún aspecto más tenue que cualquiera de los libros que los poetas de los setenta publicaban entonces. Eso sí, daba fe de un hecho: era una escritura no asimilable, lo que podría explicar su no comparecencia en la cocktail party, con pick-up incluido, de *Nueve novísimos*: aquella antología —todo un cambio de chaqueta— que con cierta confusión teórica, gran pompa y circunstancia, no tanta miga poética, oficiara Castellet en 1970. *Cónsul*, publicado en 1987, cuando la otra sentimentalidad involuciona hacia la poesía de la experiencia y está tomando posiciones estratégicas, puede ser leído, bajo esta óptica ancilar, como un rescate promovido desde la editorial Península, a cuyo timón se encontraban algunos de los defenestrados en este ciclo o culebrón de las promociones poéticas en España. En ese sentido, rescatar al raro de Ferrer Lerín, y hacerlo con el subrayado de las fechas detrás de cada poema, podía ser un valioso carbono 14 que datara lo que parecía imperiosa necesidad a finales de los ochenta: dar fe de que otra experiencia poética era posible. El prólogo de Gimferrer, que se reproduce aquí, al igual que los otros, es explícito en

este sentido. Aun así, eso no es lo que debe ocuparnos en la lectura, hoy día, de un libro más ligero en su equipaje que el anterior pero que supone una suerte de cima en los planteamientos allí avanzados. *Cónsul* seguía avisando, para quien lo quisiera oír, que había una forma distinta de escribir y que la había habido al menos desde principios de los sesenta. En un contexto histórico, finales de la década octava, en el que la boutade estética no era ya de recibo, Ferrer Lerín demostraba que sabía morigerar su estro sin perder ni un ápice de radicalidad, dándole al poema ese aire patricio que nunca le ha abandonado en su persona. No hay que olvidar que poemas de *La hora oval* como «3 - XII - 68», «4 - XII - 68», o «Empleo del tiempo» apuntaban ya hacia una mayor contención, cierta «tierna mansedumbre», cierto abandono aún teñido de sutil nihilismo. Siguen la sangre y el crimen, en un cultivo de su casuística que puede despistar si se lee como exclusivamente narrativo. Lo que ocupa a Ferrer Lerín, no obstante, en muestras de la precisión de «Viejo Circus», «Obras públicas», o el impresionante «Corvus Corax», es otra cosa. Se trata de textos muy parecidos en su extensión a los presentes en *La hora oval*. Pero de un mayor reposo en el discurso, de una madurez en la dicción que se sujeta al cómputo y no se deja llevar fácilmente por el deslumbramiento de las imágenes. La fantasía late aún, pero la factura es tremendamente objetiva, preciosista en su detalle casi, si no fuera por una enorme necesidad de computar lo ocurrido que cuaja en tratamiento exquisito del lenguaje. La ficción se informa de ese modo de unas calidades poéticas indiscutibles en el vigor y el aliento de las frases más dilatadas y en la precisión de los periodos cortos. Hay además un fenómeno novedoso con respecto a la entrega anterior, una especie de aquietamiento de la dimensión lingüística que redunda en la humana: ya no es necesario el salto mortal de los significantes que acalle el fragor interior. Y quizá sea esa rehumanización del texto, pese a tratarse de piezas que computan procesos asépticos de aniquilamiento, lo que dé mayor cabida al lector en su trama y cree una escritura más

solidaria. En ella se revelan las marcas profundas de lo lírico: un texto actualizable en sucesivas y diferentes lecturas, una escritura apropiable, poemática.

A un teórico de las formas poéticas, a alguien ocupado, sin ir más lejos, en la evolución del poema en prosa, es esta equivocidad genérica de Ferrer Lerín lo que más le puede interesar, siendo *Cónsul* una suerte de culminación. Al lector de poesía, quien no necesariamente está reñido con la interpretación paradigmática anterior, lo que le interesa realmente es la plasmación en todo el libro de las aristas diversas que constituyen la voz de un poeta: una forma única pero universal, universal en cuanto única, de decir yo. Por eso, los poemas en verso aquí presentes pueden sorprender. Igual que muchos de los inéditos coetáneos, revelan un poeta de una sensibilidad y contención exquisitos. Parecieran irreconciliables dentro de una misma cavidad torácica las voces que enuncian «Elena Blum» y «Railroad Farewell», poemas por otra parte absolutamente contiguos. Pero es un mismo poeta quien se entrega tanto al diseccionado en clave mítica e irónica del lance erótico, una auto-mitificación que actúa como máscara, computada con elegancia en su consecución, como al levantamiento de acta de un fracaso sentimental, aquí sin anestesia de ironía que valga, en carne viva y, pudiera sorprender, nostálgica. Entre medias, apenas una página, o un año si atendemos a las fechas consignadas. Y es esa plurivocidad, el registro de la voz en los múltiples cortes en sección de su proferencia, lo que da validez a la relectura hoy de Ferrer Lerín. Diría más: a su lectura como poeta.

Es comprensible, lícita, incluso inevitable, otra mirada a su obra en clave no estrictamente lírica. El pliegue genérico al que parece acogerse su escritura, flirteando, más que con el propio género, con la retórica de la diégesis, da pie a esa lección. Y se trata de un territorio fronterizo que remeda, como tantas veces en Ferrer Lerín, el de la misma vida. Y al revés: bios y grafos aparecen intrínsecamente unidos. Se me permitirá, no obstante, que me quede con las aristas más reconociblemente lingüísticas del fenómeno. Y

algo habrá que decir, si no lo ha dicho ya Túa Blesa, uno de sus pocos y más autorizados intérpretes, sobre esos nombres que pueblan los tres libros y, también, como no podía ser de otro modo, el material inédito. Desde los personajes hasta los toponímicos, la elección nominativa revela una muestra más de fantasía en el sentido estrictamente poético, es decir, de creación, de facultad de la imaginación —la biodiversidad latente en el nombre de decenas de especies, cuando no es dialectal o sucede en latín científico, es fenómeno aparte—. Y no creo que sean de tanto interés, según esto, los compuestos elegidos para ocultar la verdadera identidad de personas reales con las que el autor entró en relación, incluido él mismo. Eso queda para los detectives de lo biográfico, y no hay pocos en lo literario. Me parece que son mucho más reveladores los nombres que Ferrer Lerín elige ex nihilo para balizar el terreno de lo computado, y así crear mundo cuando nombra, cifra indiscutible de lo poético. Se trata de combinaciones fónicas que remiten a un territorio más acá o más allá que el de la ficción, que se hacen carne en el morfema, palabra en un sentido tan real como ficticio. Reflejan la toponimia del vértice geográfico que decidió habitar hace años, el Prepirineo oscense, un pliegue lingüístico entre los restos de voces vasconas, gasconas, aragonesas, sólo en menor medida catalanas, en definitiva, una riquísima deposición de lenguas muertas. Cuando la leyenda cuenta que Ferrer Lerín acudió a Jaca para repoblar la zona de aves carroñeras, sólo cuenta la mitad de la historia; en realidad estaba sentando sus reales, haciéndose dueño de un territorio poblado de carcasas de palabras. Y es que el mero hecho de atravesar el nordeste peninsular hacia el encuentro de este gran lector de diccionarios le lleva a uno progresivamente al territorio de su escritura. La vista a ambos lados de la carretera, al posarse en los carteles que anuncian poblaciones inusitadamente bautizadas, es un balbuceo iniciático, un saber que se vuelve sabor, de la lengua leriniana. ¡Cómo pretender encasillar ese caudal en la angostísima geografía de los géneros literarios! O bien,

¡cómo hacerlo desde otra perspectiva que la de la creación pura, la edificación de nueva planta del yo, la palabra nutricia y fundadora, la poesía! Ferrer Lerín, con su dieta de vocablos, al margen de los cánones más caducos de la lexicografía, es el poeta que hubieran querido ser todos los malditos: el lexicófago.

Nueno, Arguis, Belsué, Serué, Ipiés, Rapún, Aurín, Borrés, Lerés, Ipas, Banaguás, Barós, Novés, Abay, Atarés. Parece el sortilegio de un hechizo pronunciado en noches de aquelarre, en alguna lengua tan cavernosa como incomprensible. Pero increíblemente sonora y bella, una lengua, casi como las pinturas rupestres, facultada para convocar, con su poder fónico carnoso e hipnótico, la realidad que nombra. Cantado sobre este recitativo de pueblos del alto Aragón, se puede oír el idiolecto de Ferrer Lerín: Hert, Ludel, Werfel, Darzen, Ura, Herstad, Las, A'Do, Beón, Bartak, Lamsland. La conjugación completa de este nuevo idioma se produce con la sutileza de *Cónsul*, pero hay una voluntad seria de enunciarla ya en *La hora oval*. Allí, en los poemas finales en verso, correspondientes todos al epígrafe cronológico de 1970, se pueden leer también las claves de desciframiento de la escritura que se hizo vida y viceversa. A aquella culpa de la escritura —que no es, no obstante, el motivo principal por el que muchos de sus compañeros de viaje más promocionados acabaron guardando poético silencio—, se le oponen como contrapeso, como suelo antípoda, los breves pero significativos lugares en los que Ferrer Lerín entona algo parecido a una tentativa de explicación autobiográfica. Es sugerente tomar como valor propedéutico, auto-explicativo, este murmurado planto. Pero en numerosas ocasiones, es algo legible sólo desde el polo de la recepción, pues el autor se muestra invariablemente sorprendido cuando alguno de los que nos acercamos a sus textos llamamos la atención sobre su potencial de interpretación de una vida, y una época. ¿Cómo resistirse, por ejemplo, a leer «Aparecen fatuos epígonos y su sombra no hace sino acrecentar mi valía», del poema que abre su tercer libro, en clave de

promoción poética? Pues pensando que se trata siempre de una clave originalmente interna, un recurso de necesidad dentro del poema, que sólo el lector avisado suele interpretar dentro de la contemporaneidad del mismo. Véase el artículo de Molina Damiani (2004), por ejemplo. En muchos casos estas claves pueden explicar o ilustrar el silencio auto-impuesto al que se refiere Gimferrer en el frontispicio a *Cónsul*. Y también es tentadora aquí una lectura de esta renuncia como un negarse a consentir que fuese la vida trasunto de la escritura y no al revés. ¿Era su particular huida de aquella marca estética, cifrada en un exceso de lecturas y muy poca vivencia, que signó a no pocos poetas de los setenta?

Y párrafo aparte merecen, en ese sentido, los poemas inéditos que aquí se recogen, espigados de entre el abundante material que atesora Javier Ozón, a quien nunca podremos agradecer lo suficiente sus desvelos por salvaguardar y difundir la obra leriniana. La vida parece que incida de forma persistente en la letra. Pero a estas alturas lo que realmente importa reseñar es el fenómeno opuesto. Y aquí sí asume Ferrer Lerín la marca culturalista de sus contemporáneos. Con peculiaridades en su caso a las que conviene atender. Léase, por ejemplo, la descontextualización de una cita de Diego de Torres Villarroel, quien hizo tanto por poner la escritura autobiográfica en el mapa de nuestras letras, en el poema «Sin título I». Allí, la simple firma de la nota, «Carter», con su acarreo de connotaciones de contemporaneidad, sirve para apropiarse de un lugar afín en la vida de otro. Pero lo más revelador son las variaciones sobre el motivo biográfico que hallamos en estos poemas. La disolución en texto de materia vivencial, su fijación escrita, no busca tanto las referencias fílmicas o pictóricas con las que se asociara luego de modo grueso al llamado venecianismo, como una especificidad eminentemente bibliófila: la parte más física de esas referencias. Libros raros y rarezas familiares se mezclan en los poemas más declaradamente titulados bajo el estigma del ratón de biblioteca. La

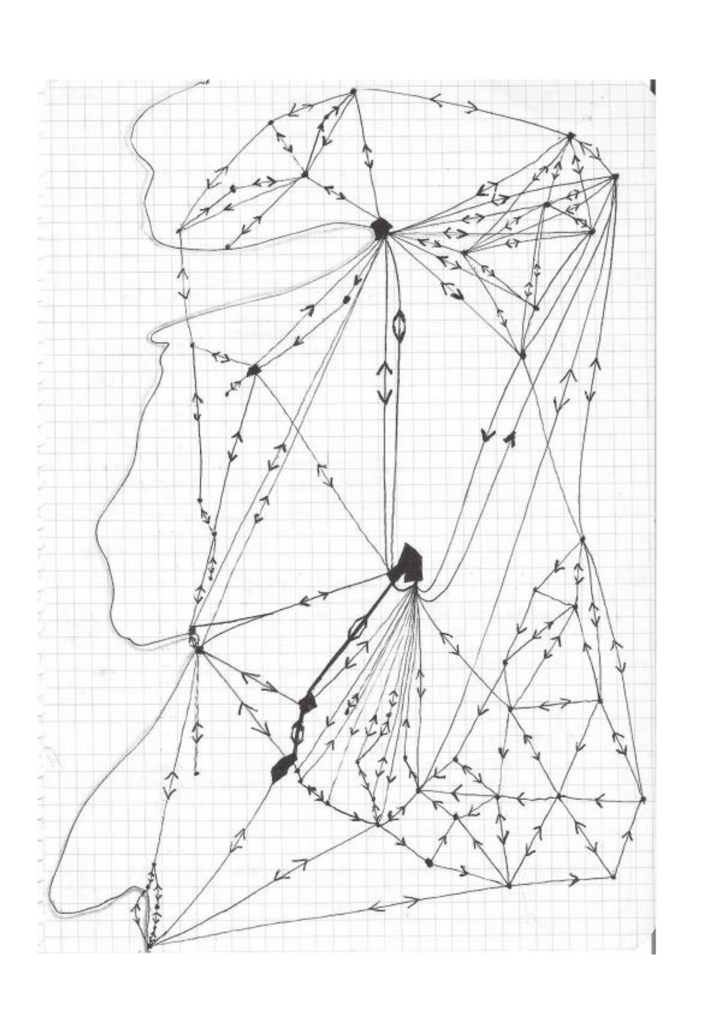
bibliofagia, una variación del apetito léxico al que me refería antes, es aquí la encargada de marcar los tránsitos entre uno y otro ámbito, vida y ficción, experiencia vivencial y experiencia literaria. La encrucijada es, claro, la experiencia lingüística, una (re)creación de la misma que va más allá del recurso de la cita para instalarse directamente en el territorio de la fantasía, recuérdese, inventiva, imaginación. Hasta el punto de concebir la existencia de fenómenos tan borgesianos como la lectura posible de las cenizas que ha dejado un libro quemado, o esa hoja interpuesta «flotante intercalable universal». El intercambio sigue en las notas, del autor, como no podía ser de otra manera. Aquí, legible en una escritura de hermenéutica historiada —una intrahistoria— y en tercera persona, se hace problemático el espacio vicario y puramente funcional de la glosa al llenarlo de fantasía. Porque la única explicación posible a lo que el escritor ha leído es lo que el lector ha escrito.

Acabo. Este repaso a los poemas inéditos se topa con más «Consideraciones autobiográficas». Se trata, sobre todo en los más recientes, de una nueva vía abierta en la obra de Ferrer Lerín, y prueba de que, como adelantaba Gimferrer en el prólogo a Cónsul, su silencio no sería definitivo. Aún es pronto para decirlo. Pero si esta línea iniciada con el nuevo siglo sigue dando frutos, no será gratuita su plasmación en un verso corto que mimetiza lo sincopado de una mirada atrás entrecortada y contrita. Y volvemos a la culpa de la escritura. Volvemos al principio, a aquellos años finales de los sesenta en los que Ferrer Lerín, en un escorzo que de nuevo describe muy bien Gimferrer en su prólogo a *La hora oval*, decidió dar la callada por respuesta. Quizá fue sólo esa la explicación de su no comparecencia en la nómina más celebrada de la época. Quizá también el motivo por el que ha vagado como una sombra por la historia de la poesía española, como una nota a pie de página que explicara el constructo. Su lectura, su nominación también, había de hacerse siempre en negativo, a contraluz de una labor de troquelado que daba fe de su

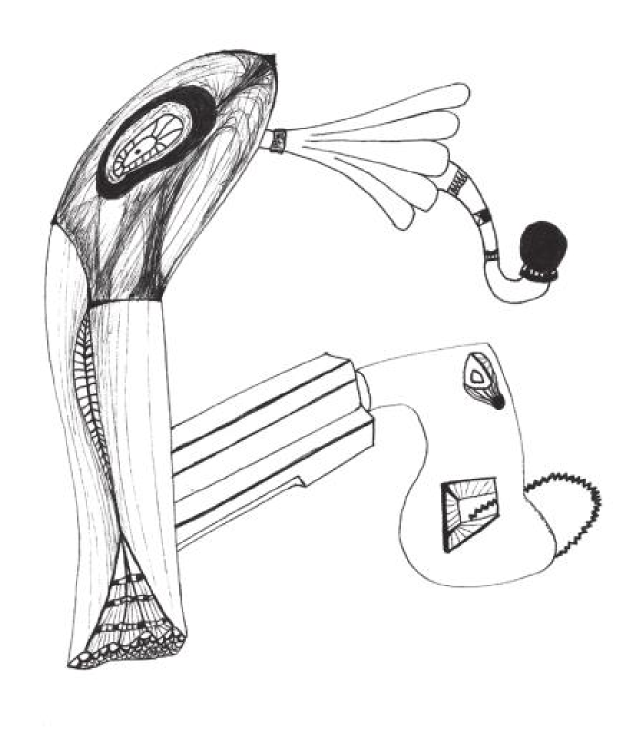
existencia sólo como el humo da razón del fuego. Pero Ferrer Lerín, como esos pájaros que explican con su sola presencia un bosque, en realidad no se queja. Tan sólo canta:

> Olvidaron mi acento.
> Borrada la andadura
> quemaron mi nombre.

Tenemos la suerte de que el fuego no abrasara la totalidad de la letra, de que el camino no se deshiciera al andar. Hoy, con *Ciudad propia*, el pájaro de nuevo anuncia su presencia entre los árboles.



EPÍLOGO



Ha sido una buena Temporada

Emma.

Esta edición comprende los siete libros de poesía íntegros que el poeta, lexicógrafo, narrador, oniróf̄ago, propugnador del arte casual y ornitólogo Francisco Ferrer Lerín ha publicado en sus dos periodos compositivos: *De las condiciones humanas* (Barcelona, Trimer, 1964), *La hora oval* (Barcelona, Llibres de Sinera-Ocnos, 1971) y *Cónsul* (Barcelona, Península, 1987) por una vertiente; y *Fámulo* (Barcelona, Tusquets, 2009), *Hiela sangre* (Tusquets, 2013),

Libro de la confusión (Tusquets, 2019) y *Grafo pez*, (Madrid, Libros de la Resistencia, 2020), por la otra, así como cuatro poemas inéditos. A todo ello se anejan los rescatados por Javier Ozón Górriz en la valiosa compilación *Edad del insecto* (Barcelona, SD, 2016), que pertenecen a su época inicial, así como las notas originales a poemas de diferentes volúmenes. Cierran *Poesía reunida* los prefacios a sus tres primeras obras y el prólogo —todos de mano ajena— a la edición conjunta de ellas, *Ciudad propia* (Santa Cruz de Tenerife, Artemisa, 2006).

En ese inaugural periodo de su autor, solo el precoz *De las condiciones humanas* se concibió como libro unitario, a diferencia de los dos siguientes que coleccionaron tácticamente poemas escritos entre 1960 y 1973, estableciendo así debidamente su poesía como precursora, junto con la obra de José Miguel Ullán, en el restrictivo panorama peninsular de ese periodo. Por ello, *La hora oval*, dividido en secciones que los agrupan por año de composición, omite en las presentes páginas la correspondiente a 1962, la cual antologó tres poemas («Memoria de un recuerdo», «Los justos» y «Los humildes») de aquel primer libro. Además, *De las condiciones humanas* se sirve ahora restituido integralmente, pues había sufrido omisiones en la referida edición conjunta.

Otras salvedades. Respecto de *Edad del insecto*, en el que su editor ordenó y espigó los reveladores descartes («delirantes para las respetables editoriales de la época», según el poeta) escritos entre 1959 y 1975 —y algún poema de 1989—, catalogados en carpetas o libros por el propio autor, se presentan ahora, a diferencia de aquel, por año de composición a fin de mantener la ordenación consecutiva del presente volumen. Asimismo, aquí se reintegran a su respectivo libro original poemas recogidos en dicha antología («Democracía» a *De las condiciones humanas*, o la primera sección de «Olga» a *Cónsul)*.

Por último, se corrigieron erratas, se añadieron algunos dibujos del autor, se restauró la disposición de algunos poemas y se uniformaron los criterios editoriales, así como

igualmente se introdujeron cambios, por voluntad de este artista de la distorsión, en algunos versos y versículos.

La presente edición plantea entonces delinear una imagen posible, con todas las cautelas del caso, de un implícito texto y ritmo originales en la obra de Francisco Ferrer Lerín, habida cuenta de que se trata aquí de una poesía del riesgo, siempre inestable en el marco cambiante del verso, el poema en prosa, el caligrama, la cita, el guion, el cuento, el informe, el centón, el teatro; y de los propios restos biográficos («mi vida ha actuado a menudo como una losa —sostiene— a la hora de valorar mi obra escrita»), cuya carroña, conviene reiterarlo para circunscribir el equívoco y enterrarlo, es devorada, digerida y sobre todo tergiversada en sus poemas.

Contar y cantar: «En la infancia tuve un ruido en la cabeza. Un sonido que aparecía a la hora de acostarme y que a los siete años, con motivo de mi primera y única crisis religiosa, se transformó en cantinela sacrílega desapareciendo a los pocos días». Esa cadencia encontró su correlato, patente desde su primer libro publicado, en la asimilación del versículo, el tono épico y las enumeraciones de la obra de Saint-John Perse, en una corriente verbal que es «poder, innovación que desplaza los límites» y que, conviene subrayar, «se niega a disociar el arte de la vida», como escribió el poeta franco antillano. La poesía de una suerte de hombre de acción en soledad, pues aunque Ferrer Lerín fuera coetáneo en la Barcelona de los años sesenta de otros poetas muy próximos y al cabo divergentes, como Pere Gimferrer y Félix de Azúa, apenas fue integrante de una generación, en lo que ésta tiene de concertada actitud común. La suya es en parte la de un heroísmo evasivo, del que carece de armas pero no de medios, al que le han quemado el nombre y cuya seductora astucia poética ha convertido en Nadie.

Además de la evidente y declarada impronta de la obra de Borges en el autor de *Fámulo*, sirva este excurso para señalar que precisamente las traducciones de Saint-John

Perse debidas al ensayista Jorge Zalamea no solo influyeron en la muy diferente poesía del también colombiano Álvaro Mutis en los años cincuenta (y antes en otros hispanoamericanos), sino que posteriormente la edición antológica de Perse que Zalamea publicó en 1960 fue la misma que la leída por el fundacional poeta mexicano de origen español Gerardo Deniz y por Ferrer Lerín. Afinidades paralelas: ambos de formación científica escriben sus primeros poemas en los mismos años acusando el legado liberador de Perse, y la obra de ambos comparte sorprendentes afinidades en el acarreo de nuevos léxicos ampliando su campo semántico, en el humor, y en el tono y propósito de resignificación del poema. Así, en el trance de que generaciones posteriores en la América hispana lo conviertan también en su predecesor, esta edición asimismo tiene como meta asentar la poesía de Ferrer Lerín en la relectura de esa más amplia tradición de la ruptura: «quizá tenga como distintivo el uso forzado de las palabras, la desestabilización de los ejes de significado y significante, y también el aprovechamiento de palabras y sintagmas sin vocación literaria —ha escrito—. Es una operación de deslizamiento; las palabras trasladan su corporeidad dejando al descubierto lo que de verdad importa, la esencia del hecho poético».

Hay que conocer las reglas, sí, pero para conocerlas hay que transgredirlas. Este tahúr o taumaturgo, mercenario de la mente y «profesional del sueño», sabiendo que los sueños son juguetes («el sueño es fenomenología y ardid, pulsión y constructo, espacio escénico y manifestación de energía. El sueño, así, es el poema» escribe Bernd Dietz sobre un aspecto de esta obra), y que el juego es la esencia de la inteligencia, ha sido consciente «del castigo al que se somete al pionero» —el de la marginación—, al que alegremente desmantela lo solemne y parodia la seriedad. En la negativa a disociar el arte de la vida, su poesía también encontró acaso su correlato liberador, antes incluso que en Perse, en el surrealismo y su breve cruce con dadá, en tanto que la dislocación de la

lengua monta otra tramoya del poema: es «el fervor iconoclasta» al que se refiere Pere Gimferrer en páginas precedentes, es el azar, el error y el equívoco, el desplazamiento (que se convierte en «un emplazamiento», a decir de Jordi Ibáñez Fanés) y el uso de los llamados géneros populares, es el volcado de la poesía a otros medios como la plástica, la fotografía y las acciones artísticas, donde el poema a veces se encuentra o viene dado, y es el disolvente pasmo del humor, lo que cortocircuita el tono augusto. En el centenario del iracundo rompimiento entre el dadaísmo y el surrealismo, tampoco es irrelevante recordar aquí que Ferrer Lerín vertió al español —inédita traducción perdida— *El hombre aproximado*, el largo y magistral poema de Tristan Tzara de 1931. Justamente en una composición de 1970 titulada con el inventado apellido de uno de los fundadores del dadaísmo, se relee en los últimos versos: «aquí ahora poder columbrar nuestra diaria vida desconocida / la vida ceñida que desatamos / hasta que auténtica se refleja en lo que no se limita a un modo / que incumbe el total de mis actos / que a modo de canto damos lúcidos / porque se domina el oleaje y el calado de la semántica».

A todo lo antedicho, este francotirador, cuyas presas son los objetos encontrados o perturbados, sean o no verbales, ha aunado al palimpsesto del poema, a su centón implícito, en recientes composiciones que casi podrían calificarse de póstumas, el diagrama o la imagen, la (mínima) reescritura de citas, de enumeraciones, y de otros términos y sintagmas filológicos, históricos y científicos: «la Naturaleza constituye la antítesis de la Creación Literaria —aclara sobre este último campo—. Ese fenómeno contemplativo no tiene nada que ver para mí con la literatura, que es fruto de la introspección y la consulta». En la contravención de las expectativas de lectura creadas entre un libro y el siguiente, subvirtiendo con sus procedimientos casi toda certidumbre crítica, y muy principalmente porque su obra no traza un periplo sino un punto de fuga, para Francisco Ferrer Lerín,

Un poema es el espacio en el que el aire queda
atrapado
en el que se conserva el habla de las aves
y donde habita el gran rey de los desiertos

Aurelio Major*

Nota

* Joaquín Fabrellas ha prestado un valioso servicio al lector curioso con su útil y amplia monografía dedicada a la poesía de Francisco Ferrer Lerín, *La condición radical* (Zaragoza, Libros del Innombrable, 2023), donde además se actualiza la bibliografía crítica sobre todos los aspectos de su obra, y que ha ido ampliándose a lo largo del siglo.

El editor de esta *Poesía reunida* agradece a Juan Cerezo, director de la editorial, la confianza; al pintor Frederic Amat, la primera revelación de la obra; al poeta y crítico Antoni Marí, fundador de esta colección, el consejo y la amistad; y sobre todo a Francisco Ferrer Lerín, que siga mirando hacia arriba.

Poesía reunida
Francisco Ferrer Lerín

Ilustración de la portada: Grabado de Albertus Seba

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-1107-296-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es